ALFAGUARA

José Carlos Llop

Cuarteto de la memoria



Narrativa Hispánica

José Carlos Llop

Cuarteto de la memoria

El informe Stein
La cámara de ámbar
Háblame del tercer hombre
El mensajero de Argel

ALFAGUARA

Para Helena

Otro mar

El verano de 1993, mientras me estaba bañando en el mar de un pequeño puerto de pescadores del norte de Mallorca, me vino a la mente esta frase: «Guillermo Stein llegó al colegio a mitad de curso y lo hizo en bicicleta. Ninguno de nosotros iba al colegio en bicicleta». Entonces no supe a qué venía aquello, sólo que un verso no era. Pero la frase me gustó, la repetí en voz alta y la retuve en la memoria. Cuando llegué a casa la apunté en un folio. El sol de agosto quemaba el aire, las cigarras no paraban de cantar y los pájaros se habían refugiado en el ramaje de pinos y encinas.

Aquel folio se quedó durante un año en la casa del puerto y el verano siguiente, al ir a ordenar la celda monacal donde me encerraba a escribir, lo encontré sobre la mesa, como quien encuentra el mapa de un territorio desconocido o un mensaje en clave. Iba a ser las dos cosas. Sobre el papel había polvo, pequeñas láminas de cal, ceniza y algunos insectos muertos (mi celda tenía persianas y barrotes de hierro, pero no cristales). Era fácil interpretarlos como signos de lo que queda del tiempo cuando no estamos en él y sólo la memoria y su capacidad de creación es capaz de rescatarlo.

Dos semanas después abrí un documento nuevo en el portátil y escribí en él esa frase abandonada durante un año entero que, por algún motivo, había permanecido esperándome. Así empecé a escribir *El informe Stein* —la primera novela de este *Cuarteto de la memoria*— y lo hice como quien va sacando cerezas de un cestillo: tras esa primera frase aparecieron más, una estiraba a la otra y ésta a la siguiente; al cabo de poco tuve ante mí los primeros párrafos. No sabía lo que estaba escribiendo: un relato, un poema en prosa, música tal vez, pero en ningún momento sospeché que fuera una

novela. Pero continué, guiado por la brújula de aquella frase nacida, como Afrodita, en el mar —no abandonemos nunca los mitos—, y acompañado por las que habían venido detrás, sin vacilar ni estorbarse entre ellas.

Si al principio aparecían ordenadamente, después empezaron a acumularse, cruzándose tiempos y escenarios nuevos, y para no perder en ese desorden paralelo a la escritura el hilo narrativo original, añadí un cuaderno junto al ordenador donde apuntaba el futuro de un libro inexistente, sus fragmentos más volátiles. No quería que la velocidad de pensamiento me interrumpiera el relato, lo dificultase, o lo que me parecía peor: provocara el descuido de esos hallazgos repentinos, la mayoría de ellos de carácter epifánico. Ya he dicho que no sabía a dónde iba. Sólo que era feliz. Sin perder, en ningún momento, la voluntad de estilo, deuda contraída con la poesía y único elemento consciente que estructuraba la historia que iba contando.

Immanuel Kant —y cito al filósofo de Königsberg no por capricho sino porque tiene su lugar en este *Cuarteto*— escribió en alguna parte que «las intuiciones sin conceptos están ciegas y los conceptos sin intuiciones están vacíos». Siempre he creído que la intuición es un modo poético del conocimiento —«*I, an ambassador from Another Part*», escribió el poeta Robert Graves— y yo hacía lo que estaba haciendo no por voluntad, sino por una intuición de sesgo poético. No quería escribir una novela; la novela se estaba imponiendo en mí. Aquel cuaderno junto al ordenador me ayudó a establecer los conceptos donde se iban a desarrollar mis intuiciones, mientras al mando del teclado, yo, embajador de Otra Parte, escribía esas intuiciones que tejían la atmósfera del relato. Como si tocara el piano. Como si escribiera un poema y no una novela. Como un médium de mí mismo. Pronto descubriría que aquella escritura era una escritura en estado de gracia y que ese estado permanecía en mí al apagar el portátil.

Doce días después, escribiendo de día y de noche, sin importar el sueño o el hambre —en aquel vivir sonámbulo no existían ni uno ni otra— acabé *El informe Stein* y el estado de gracia se extendió en el tiempo un par de semanas. Nunca más volví a sentirlo en las novelas

que le seguirían: epifanías y la alegría de los hallazgos inesperados, sí, páginas felices, también, pero ese *continuum* en el tiempo que va más allá de cualquier felicidad, nunca más. Como ocurre tantas veces en la vida, en el premio estaba también la pérdida de lo vivido.

Soy un escritor erizo, un escritor que escribe con los materiales que tiene alrededor de su madriguera. *El informe Stein* ordenó esos materiales y los situó en torno a dos epicentros: la ciudad y la memoria, una constante en las cuatro novelas de este ciclo. *El informe Stein* me hizo novelista. Aquella frase nacida en el mar y los restos del invierno sobre el folio donde la escribí iban a ser el punto de encuentro entre el arte y la vida, y de ahí surgirían *La cámara de ámbar*, *Háblame del tercer hombre* y *El mensajero de Argel*. Había más puntos en común, ya los descubrirá el lector, pero quiero subrayar dos evidentes: el yo narrativo, y la época donde suceden. Por ellos es por lo que estas novelas configuran un cuarteto unitario.

El yo narrativo, la primera persona del singular, suele añadir un componente de verdad al texto: el lector se identifica instantáneamente con ese yo, lo que puede establecer cierta confusión con lo biográfico. Entonces hay que acudir a Flaubert: «*Madame Bovary c'est moi*». Porque ese yo no es tanto una persona, aunque lo sea en la ficción, como un espacio de creación, un lugar donde se desarrolla la narración, el lugar donde ocurre el arte. Pero no está solo. Y no me refiero a la vida familiar o sentimental, que también, sino al tapiz donde se origina el relato; es decir, a la Historia, esa novela paralela a la vida que escriben las sociedades como Tintoretto pintó los frescos de La Scuola de San Rocco.

Siempre me gustó la Historia, una herencia de mi padre, a caballo entre el Antiguo Testamento y el siglo XX. La segunda mitad de este siglo es la época donde transcurren las cuatro novelas, en ese cruce de caminos donde el tiempo viejo no se ha ido del todo y el tiempo nuevo aún está por llegar: como en las civilizaciones. En este punto de inflexión, donde el pasado es el reino de los mitos, el misterio encierra la voluntad de interpretación de lo que de ese pasado no se nos contaba, como si el mundo adulto estuviera plagado de secretos

nacidos de la pulsión convulsa de la Historia. Y ahí hay una mirada tan literaria como la de Poe o James: el misterio es un código para narrar lo que no sabemos y la invención —la ficción—, el catálogo de claves para descifrarlo. ¿Cómo se escribe lo no dicho?, me preguntaron hace años en un liceo de Marsella. ¿Cómo puede verse lo invisible? Como en *La carta robada*, porque lo tenemos ante nuestros ojos: los símbolos del tapiz —peces, algas, insectos...— y su envés: la luz esmeralda del agua. El humus donde se hace el novelista, aunque luego nazca en el mar y bajo el sol del verano, con una frase sin sentido aparente en los labios.

JOSÉ CARLOS LLOP

El informe Stein

Mirar las cosas a las que entregaste tu vida, rotas,
y agacharte y reconstruirlas con herramientas
viejas.

RUDYARD KIPLING

1

Guillermo Stein llegó al colegio a mitad de curso y lo hizo en bicicleta. Ninguno de nosotros iba al colegio en bicicleta.

La bicicleta de Guillermo Stein era una bicicleta italiana, de color negro, muy alta. Casi no se le veía, al recién llegado Stein, sobre la bicicleta, de no ser por aquel impermeable colorado que llevaba sobre los hombros, una capa de plástico anudada al cuello por la que se deslizaba la lluvia hasta el suelo. Porque aquél fue el año de todas las lluvias: no cesó de llover durante todo el curso. Por eso ninguno de nosotros iba al colegio en bicicleta. Bajo la hilera de paraguas vimos llegar a Guillermo Stein: vimos su espalda enfundada en el impermeable colorado y junto al reflector del guardabarros trasero, una placa ovalada y blanca con dos letras negras —CD— y un escudo con un lema en latín, unicornios y flores de lis. Guillermo Stein venía al colegio con una bicicleta que pertenecía al Cuerpo Diplomático de una nación, cuyo escudo no aparecía en el Atlas Universal.

Pero ésa no fue la única novedad de la llegada del alumno Stein. Cuando Guillermo Stein llegó al colegio murió el padre Azcárate: apoplejía. El eco de la palabra restalló en claustros, patios y aulas. La apoplejía, entre nosotros, tenía el sello de la ira de Dios y un tinte siniestro, como de monstruo marino. Aún recordábamos las filípicas del difunto en contra de Lutero, una de sus obsesiones escolásticas. Y cómo los ojos se le salían de las órbitas al describir los síntomas de la enfermedad del cismático alemán. A-po-ple-jí-a, silabeaba furibundo sobre la tarima, mientras todos rogábamos en silencio que al llegar la hora de nuestra muerte, ésta no viniera del brazo de la peste luterana.

Lutero y Stein; la apoplejía y el impermeable colorado; las lluvias y aquel escudo que no figuraba en las páginas del Atlas, donde todos

los escudos parecían mariposas de exóticos colores sujetas por alfileres en las cajas de un coleccionista.

—Mala señal —dijo Palou—. No me extrañaría que acabáramos suspendiendo. Stein es un tipo raro y a mí no me gustan los tipos raros. Descompensan.

Palou era el capitán de nuestra clase. Palou era fuerte y astuto y nos capitaneaba a todos los demás desde la sombra, con esa impunidad que sólo poseen los que son fuertes y astutos al mismo tiempo. Era un mal comienzo para Stein, la clasificación de Palou. Para Palou el equilibrio era la clave secreta de la vida, un equilibrio salvaje del que sólo él conocía las medidas: descompensar era un verbo terrible para Palou, una condena sin juicio previo.

Aquella mañana en la que llegó Stein le tocó a mi sección velar el cadáver del padre Azcárate. Cuando el padre Laval, prefecto de nuestro curso, nos comunicó la orden del día, una difusa y silenciosa tensión nos atenazó en los pupitres; salvo al alumno Stein, que permaneció abstraído en sus cosas, como si explorara las junglas de aquella nación cuyo escudo no aparecía en el Atlas. A ninguno de nosotros nos gustaba velar a los muertos en la cripta del colegio. Pero menos que a ningún muerto, al padre Azcárate: temíamos que el rastro de su enfermedad hubiera quedado grabado en el rostro de cera de su cadáver. Imaginábamos la angustia de Lutero dibujada en los labios y la mirada del cuerpo que ahora íbamos a velar.

La guardia en la cripta duraba veinticuatro horas en turnos de media hora y grupos de siete, dirigidos por los cónsules de cada asignatura. Este rito funerario lo oficiábamos los que ya habíamos cumplido once años pero aún no dieciséis. Formaba parte de las costumbres del colegio y estaba destinado a forjar nuestro temple y a trabar conocimiento con el sueño pasajero de la vida. Yo era cónsul de Historia y a mi grupo le tocó velar el primer turno: el peor, porque tal vez el muerto no había muerto y de repente abría los ojos y forcejeaba con la mortaja para salirse del ataúd. O incluso estando

muerto, sabíamos que podía escucharnos desde que, en unos ejercicios espirituales, la tenebrosa voz del padre Riche nos habló de la muerte aparente y de cómo los muertos, al principio y aunque estén muertos, oyen todo lo que ocurre en el mundo de los vivos. La cuestión era si los muertos también adivinaban lo que pasa por la mente de los vivos. Entonces estábamos perdidos, porque mientras velábamos el cadáver del padre Azcárate todos estábamos pensando en Lutero; o lo que era peor: en qué pecados habría cometido el padre Azcárate para que Dios le hubiera castigado con la misma enfermedad y muerte que al hereje.

He dicho todos y he cometido un error; el error que se comete cuando se rompe el equilibrio conocido: el olvido. Me he olvidado de Stein. A Stein le tocó en mi grupo, junto al lado izquierdo del rostro del padre Azcárate, justo enfrente de mí. Guillermo Stein no miró, ni durante unos segundos, al padre Azcárate. Nos miraba a nosotros, observándonos como observábamos a las amebas y los paramecios en el laboratorio de Ciencias Naturales. Como si los seis miembros restantes del fúnebre cuerpo de guardia fuésemos amebas y paramecios y el padre Azcárate tan invisible como las lentes del microscopio.

Cuando acabó nuestro turno fuimos relevados por el siguiente. El cónsul de Matemáticas era Palou y mientras efectuábamos el cambio de guardia —en una maniobra de medias vueltas en posición de firmes, que estaba entre la formación gimnástica y la parada militar — me preguntó con la vista acerca de Stein, como si preguntara sobre la fermentación de una rara especie de gramíneas en medio de un examen. Con disimulo me encogí de hombros, como se encogen de hombros los cobardes en medio de un examen. Algunos miembros de la comunidad rezaban arrodillados en los reclinatorios: sotanas negras sobre terciopelo rojo y una temblorosa y asfixiante luz amarilla, de cirios empapados en incienso. Las cabezas inclinadas eran una exposición de calvas: de la incipiente coronilla a la bola de

billar. Nunca entendí por qué los curas empiezan a perder el pelo por el occipucio y tampoco llegué a advertir ningún rasgo diabólico en el rostro del padre Azcárate.

Subimos en formación hasta el aula, mientras la lluvia caía sobre el claustro a ráfagas y nos salpicaba la ropa. Cuando moría un Padre, la actividad académica del colegio se paralizaba durante un día. Se suspendían las clases y esas horas de trabajo y recreo se dedicaban al estudio y la oración. Y a la temida media hora de guardia en la cripta.

En aquella primera hora de estudio Stein se dedicó a ordenar sus cosas en el pupitre. Yo vigilaba sus movimientos y cómo sus objetos iban introduciéndose en el único santuario privado que cada uno de nosotros poseía en el colegio. Lo vigilaba debido a mi curiosidad, pero también para tener algo que contarle a Palou cuando subiera de la cripta. Guillermo Stein había llegado en la bicicleta de un misterioso cuerpo diplomático y con un maletón de piel de cerdo que tenía dos carteras con dos hebillas en el frontis. Era un maletón de profesor, más que una maleta de alumno, y tenía el mapa de África en la zona posterior: una mancha oscura, no defecto de la piel, sino provocada por un descuido: el derrame de una botella de colonia, tal vez, o el contacto con el fuego. El mapa de África se divisaba a la perfección desde mi pupitre.

Stein abrió la tapa verde, pintada como se pintaban las portezuelas de los carruajes, y la apoyó sobre la línea de tinteros y lapiceros. El interior de las bisagras refulgía en la oscuridad del cajón. Pude observar algunas de las pertenencias de Stein:

1. Tres cuadernos rojos tamaño folio.
2. Siete libros forrados en papel azul de Prusia.
3. Una caja metálica de tabaco Craven A: roja como su impermeable y con la cabeza de un gato negro entre las letras doradas.
4. Una fotografía de grupo color sepia con muchas plumas y polainas, que sujetó con chinchetas en la cara interior de la tapa del pupitre.
5. Un caleidoscopio.
6. Una caja de habanos.

7. Otra fotografía, de bordes dentados en blanco, que me pareció la fotografía de una mujer vestida con traje de chaqueta: la introdujo en uno de sus cuadernos.

8. Una pluma de baquelita, un lápiz alemán y otro, intacto, sin puntas, de dos colores: azul y rojo.

9. Una gastada cartera color canela, de piel de cocodrilo.

Cuando acabó la operación, el alumno Stein cerró con cuidado su pupitre y girándose hacia atrás me sonrió. Yo sonreí también, sin encogerme de hombros como hacen los cobardes y suelo hacer yo cuando no sé qué decir, ni qué responder.

Desde la tarima, el padre Laval empezó a rezar el rosario en voz alta.

Por la noche, en casa, comenté la llegada de Stein a mis abuelos. Yo no vivía con mis padres: yo vivía con mis abuelos. Mis padres siempre estaban de viaje. Mis padres eran postales color ámbar; mis padres eran postales en blanco y negro a las que una máquina había teñido de unos colores chillones e inverosímiles, tan chillones e inverosímiles como los colores del celofán que envuelve los caramelos. Mis padres, pues, eran mis abuelos, que no eran mis padres y mis padres, vistas de la Promenade des Anglais, en Niza; del puerto de Marsella y sus pailebotes; de las casetas de playa de San Juan de Luz; de los acantilados blancos de Dover y los cafetines de El Cairo, Tánger o Alejandría. Había muchos cafetines, puertos de mar y calles con chilabas, asnos o automóviles de lujo en el rostro rectangular de mis padres, que siempre estaba garabateado por detrás con la letra de mi madre, una letra que apenas decía nada sino estamos bien, esto es muy bonito, apenas veo a tu padre de tanto que trabaja y cuídate mucho, tus padres que te quieren.

Estábamos cenando en el fumador de casa: cenábamos siempre en el fumador de casa, bajo una lámpara de alabastro que daba una luz tan amarilla como las velas de la cripta y la radio encendida. A mi

abuelo le gustaba cenar con la radio encendida porque a aquellas horas solían emitir un concierto de piano.

—El piano facilita la digestión —decía mi abuelo—, y afina los sentimientos. Un hombre ha de cuidar su digestión y tener siempre afinados los sentimientos; si no, corre el peligro de transformarse en una bestia.

Eso decía mi abuelo, entre la cascada de notas de piano, la bendición de la mesa, la tortilla francesa, el pan con tomate y la fruta. Yo estaba pelando una manzana cuando les comenté lo de la llegada de Stein, una manzana roja con líneas color ocre como las manchas de las manos de mi abuelo. Mi abuela miró a mi abuelo cuando dije Stein y mi abuelo se ajustó la montura de sus gafas cuando oyó la palabra Stein y Stein me pareció, por primera vez, el silbido de una cobra, el sonido de una bala antes de dar en el blanco. Y me pareció que a ellos también les sonaba Stein a algo que no se ve y que porque no se ve encierra un peligro y que por eso me sonaba a mí al silbido de una cobra o al sonido de una bala antes de dar en el blanco.

No dijeron nada y me resultó extraño que no dijeran nada, porque mis abuelos me hablaban de las familias de otros alumnos y de cómo los habían conocido y si tenían fincas, o una casa muy bonita cerca de las murallas, frente al mar, y si algún miembro de su familia había estado muy enfermo, o lo habían herido en la guerra y tenía la cruz del mérito militar, o si gozaban de una salud de hierro y se morían precisamente de eso, de una salud de hierro. Pero de Stein no dijeron nada, como si aquella noche el concierto de piano les interesara más que de costumbre.

Cuando me fui a la cama relampagueaba y la luz de los relámpagos iluminaba mi habitación como si fuera de día, pero con una luz diferente a la del día, una luz tan intensa como el chasquido de un látigo o la caída del pozal en la cisterna de casa. Abrí la caja de cartón donde guardaba el rostro de mis padres y miré, como todas las noches, mi colección de postales. Las miré y no las leí porque no las leía nunca: me las leía mi abuela y después de hacerlo los ojos se le nublaban y cambiaban de color, del mismo modo en que cambia de color el agua de un estanque cuando una nube

oculta el sol. Aquella noche soñé con el padre Azcárate que ardía en las llamas del infierno y me desperté sudando de madrugada y vi las postales a los pies de mi cama porque seguía relampagueando y todo mi cuarto estaba iluminado, como si fuera de día, pero con una luz diferente a la del día.

No he hablado de la ropa de Guillermo Stein. La ropa de Guillermo Stein era como su impermeable o la placa ovalada del guardabarros trasero de su bicicleta. No llevábamos uniforme en el colegio, pero era lo mismo que si fuéramos uniformados. Todos teníamos la tez muy pálida, olíamos a la misma colonia e íbamos peinados con raya, por corto que lleváramos el pelo. El color de los jerséis: azul marino, gris o pardo, del color de las plumas de las perdices, tejidos en casa por las madres, salvo los míos que los tejía mi abuela. Los botones eran de cuero, como medio balón de fútbol en miniatura y los pantalones estaban hechos de los viejos pantalones de nuestros padres, salvo los míos, que estaban hechos de los viejos pantalones de mi abuelo. Los míos, por tanto, eran más viejos. Nos llegaban hasta las rodillas y también eran grises, azules o pardos, del color de las plumas de las perdices. Camisa blanca y zapatos marrones. Y el babero de rayadillo, con un bolsillo sobre el pecho izquierdo, con el escudo del colegio y nuestro apellido bordados en el bolsillo del pecho. El babero era para bajar al patio.

Guillermo Stein no tenía babero: había llegado a mitad de curso y no tenía babero. Y el color de sus jerséis, de un nudo mucho más pequeño y mejor hecho que el nuestro y cerrados hasta el cuello y sin botones, no era azul, ni pardo, ni gris. Guillermo Stein llevaba jerséis rojos como su impermeable, verdes como el cristal de los botellones de aceite, amarillos como las rayas del patio, como las rayas que delimitaban el campo de balonmano donde jugábamos al fútbol. Y llevaba pantalones de cuero oscuro, con muchos bolsillos que eran la envidia de Palou, de tan recios. Y los pantalones de Stein que no eran de piel también tenían muchos bolsillos, como si Stein

guardara muchas cosas en sus bolsillos, tuviera más cosas que guardar que nosotros, necesitara más bolsillos para llevar sus secretas pertenencias, Stein, y no un pañuelo blanco, solitario, como llevábamos los demás.

Stein era rubio y tenía los ojos azules con pintas color caldero. Ninguno de nosotros era rubio, ni tenía los ojos azules con pintas color caldero.

—Mi padre fue amigo del conde Ciano y yo soy agente secreto de Su Santidad.

Lo dijo sin pestañear, pero también sin mirarnos a los ojos. Palou se quedó como electrizado. Palou se quedaba siempre como electrizado cuando no tenía respuesta. Era como si la falta de palabras lo sometiera a una descarga de alto voltaje: le temblaba el labio inferior y los ojos se desvaían en un líquido acuoso que no eran lágrimas, no, era el líquido que desprenden los muertos: a Palou se le ponían los ojos como los ojos de los peces muertos. Porque para Palou, la falta de respuesta era como estar muerto; no se cansaba de repetirlo: «Si no contestas es que estás muerto». Entonces yo dije: «¿Por qué no llamamos a Planas?».

Planas era nuestro especialista en la Segunda Guerra Mundial; Planas lo sabía todo acerca de la Segunda Guerra Mundial; Planas tenía un tío que había luchado en Rusia, con la División Azul. El tío de Planas se llamaba Raimundo y había visto mucho mundo: le llevaba los planos al general Muñoz Grandes y cuando murió, en un hotel de Barcelona, las únicas pertenencias que encontró la policía fueron sus recuerdos de Rusia: una pistola Luger y la Cruz de Hierro. La verdad es que se dijo que habían encontrado un maletín lleno de billetes falsos y varias cajas con ampollas de penicilina, pero en el periódico sólo se habló de la pistola Luger y la Cruz de Hierro, como si una pistola y una medalla pudieran explicar el secreto de la muerte del tío de Planas.

Había sido idea de Palou acorralar a Stein en el gimnasio y preguntarle quién era, de dónde venía, en qué colegios había estudiado, por qué había llegado a mitad de curso y en bicicleta. Stein no se sorprendió: parecía que estaba esperándonos. Mi padre conoció al conde Ciano y yo soy agente secreto de Su Santidad, se limitó a decir. Sin pestañear ni mostrar nerviosismo alguno, sin mirarnos a los ojos tampoco, como si ya conociera las costumbres de ese grupo de simples protozoos que lo rodeaba. Entonces fue cuando dije: «¿Por qué no llamamos a Planas?».

Rovira fue el encargado de llamar a Planas. Rovira era nuestro mensajero; corría como las balas y pasaba por cualquier sitio sin ser visto apenas, de tan pequeño. Rovira siempre sonreía, mostrando sus grandes dientes caballunos. Planas, en cambio, no sonreía nunca. Tenía el pelo del color de los cuervos y sabía recitar por orden las piezas de la ametralladora MG-47, las claves secretas de la Resistencia antes del desembarco en Normandía, el despliegue de las fuerzas navales en Okinawa o la estrategia seguida por la Wehrmacht en la batalla de las Ardenas. Planas lo sabía todo sobre la Segunda Guerra Mundial.

—Lo del conde Ciano es posible —dijo Planas—; en cuanto a lo de espía de Su Santidad, no creo; aspirante a camarlengo, todo lo más. Tío Raimundo también lo conoció, al conde Ciano, en sus viajes a Roma con Serrano Suñer. Me contó mi tío que Ciano planeaba italianizar la isla. Sus planes (me dijo mi tío meses antes de morir) consistían en hacer de Mallorca una base militar y un lugar de descanso para los jefes del Fascio; pero si no pudieron ni con Abisinia, donde sólo tenían lanzas...

Planas hablaba como quien declina en latín. Planas siempre hablaba como si estuviera en clase de latín, traduciendo en voz alta un pasaje de la guerra de las Galias, sin sonreír, sin mover apenas un solo músculo de su cara, pero con una extraña luz en su mirada, como la luz que tienen los derviches o los hombres santos de la

India. Todos escuchábamos a Planas cuando hablaba y ninguno le preguntaba qué significaba esto o aquello: camarlengo, por ejemplo. Planas había dicho camarlengo y todos lo aceptamos, pensando incluso que el escudo de la bicicleta de Stein era el escudo de los camarlengos, aunque ninguno de nosotros supiera muy bien qué quería decir camarlengo. Pero Planas había dicho, también, espía; espía y no agente secreto, que era lo que había dicho Stein. Y la palabra espía borró de los ojos de Palou el líquido blanquecino que tienen los ojos de los peces muertos.

Ya le bastaba a Palou, con el error de Planas: ya se daba por satisfecho. Ahora sólo tenía que esperar. Ya sabía lo que era Stein: un espía. Y si no lo era él, lo sería su padre, con ese apellido, Stein, y Palou sabía que podría insultar a Stein en el momento que a él le diera la gana, en uno de esos momentos que Palou conocía tan bien, cuando Stein bajara la guardia y fuera uno más de nosotros. Entonces Palou se haría valer, como lo había hecho siempre y le demostraría a Stein por qué era él, Palou, el capitán de nuestra sección y no otro, no Rovira, ni Fortuny, ni Calafat, ni Orfila, ni Dezcallar, ni Casasnovas, ni Prim, ni Forteza, ni Salom, ni Planas, que era más sabio que Palou, aunque Palou fuera cónsul de Matemáticas, ni yo mismo, sino Palou, sólo Palou y entonces Stein sabría quién era Palou y todo recuperaría su equilibrio, el equilibrio de Palou.

Y Palou le dijo a Planas: «Lo quiero saber todo sobre la familia de Stein. Quiero un informe escrito sobre la familia de Stein». Porque Palou sabía que nada iba a sacar de Stein y que Planas podía llegar a saberlo todo de todos, porque Planas era sabio y los hombres eran para él como los personajes de una novela que no escribiría jamás.

—Usted, Bonet, no ve ni la pizarra.

La contundencia del padre Puig era una contundencia paralela a la pasión que desarrollaba en sus explicaciones. Nosotros pensábamos que el padre Puig moriría sobre la tarima, en acto de servicio,

víctima de una furibunda congestión. Imaginábamos al padre Puig sacando espumarajos por la boca y aleteando en el vacío, mientras las gafas caían al suelo en cámara lenta; caían al suelo sin romperse porque habían caído en cámara lenta.

El padre Puig era nuestro profesor de Religión y la pasión con que explicaba la historia de los Concilios, la decadencia de la Roma de Augusto o la habilidad estratégica de los hermanos Macabeos le hacía sudar copiosamente, brincar en la tarima o abalanzarse sobre la mesa como una pantera en busca de la ingratitud de cualquier alumno, en busca de algún alumno que no apreciara la pasión con que explicaba lo que él llamaba «el camino por el que ustedes han tenido el privilegio de llegar hasta aquí».

El padre Puig era un estratega al que gustaban las tizas de colores. Los planos de las batallas bíblicas dibujados sobre la pizarra eran un prodigio que hubiera envidiado el Estado Mayor de Napoleón. Los planos y las batallas del padre Puig nos fascinaban. Nuestra vida se coloreaba como los jerséis de Stein durante las tres horas semanales del padre Puig. Pero también pendía de un hilo, un hilo invisible regido por los caprichos y las manías del padre Puig y esos pañuelos con los que se secaba la frente o se ocultaba el rostro, camuflándose para observarnos mejor, para observarnos sin ser observado.

Entonces, después de la maniobra del pañuelo, mientras las flechas amarillas, verdes, encarnadas y azules de la pizarra, las cordilleras y los despliegues tácticos de los arqueros permanecían inmóviles como un paisaje después de la batalla, caían sus piezas como caían sus gafas en nuestra imaginación. Una era Montaner; la otra Bonet.

A Bonet le gustaban especialmente las clases del padre Puig. Bonet competía con el padre Puig por llamar nuestra atención. Bonet juntaba sus manos cerradas formando una especie de catalejo y se pasaba todo el rato en que el padre Puig nos daba la espalda observándole a través de su catalejo y todos llegábamos a ver un catalejo entre las manos de Bonet, haciendo esfuerzos por no reír. Y cuando el padre Puig se giraba hacia nosotros, Bonet colocaba su reloj de tal manera que la luz rebotara sobre la esfera del reloj de

Bonet y al padre Puig le aparecía una corona de luz sobre la cabeza, como si fuera un santo de los que colgaban de las paredes de la sacristía y el fondo del cuadro fuera un paisaje barroco lleno de símbolos y los símbolos fueran los elefantes que guerreaban en las batallas de los hermanos Macabeos o el árbol nominal de los santos padres en el Concilio de Nicea, cuando a las mujeres se les concedió la posesión del alma, un error descomunal, me parece a mí, decía el padre Puig.

—Así, Bonet, que usted desconoce el flanco por donde Eleazar atacó a las tropas de Antíoco. Así, Bonet, que usted tiene un catalejo pero no ve más allá de sus narices, de sus sucias narices de mocoso malcriado. A partir de hoy tiene usted un cero en conducta, Bonet, y ya sabe lo que significa un cero en conducta: a los tres, expulsión del colegio.

Bonet sonreía en silencio, con una sonrisa tímida que al padre Puig le parecía retadora. Porque una sonrisa inoportuna era siempre una sonrisa retadora.

—Bonet, acaba de ganarse otro cero en conducta. Usted, si llega a crecer, será usurero, Bonet: le gusta acumular intereses.

Entonces Bonet hacía como que titubeaba, porque Bonet no titubeaba jamás sino que hacía como que titubeaba.

—Pero ¿por qué, padre?

—Por cazador furtivo, Bonet. Por estar cazando moscas con su estúpida sonrisa de cazamoscas. Usted, Bonet, es tonto y lo es por dos cosas; por preguntar y por cazamoscas furtivo. Vamos, siéntese y calle, no sea que siga acumulando intereses y se gane a pulso el tercer cero.

Y Bonet se sentó, como se sentaba siempre, con movimientos muy lentos y sin caber apenas en el pupitre, de tan larguirucho, deseándole en silencio al padre Puig que no muriera sobre la tarima porque entonces Bonet ya no tendría catalejo y los ceros en conducta eran para él lo mismo que el sonido de la lluvia contra las ventanas: algo usual en aquel curso en el que llegó Stein. Y a Bonet le importaban un bledo los ceros en conducta pues su padre era el gobernador civil y él sabía que no lo expulsarían jamás, por muchos ceros en conducta que tuviera y sólo quería que el padre Puig y sus

milicias bíblicas vivieran para siempre y pudiéramos ver su rostro y sus manos como blanquecinas garras de pájaro en el coro de la iglesia, igual que veíamos a los jesuitas más viejos, los que esperaban la muerte en el coro de la iglesia mientras el colegio entero escuchaba la misa, a las nueve de la mañana, o asistía a un funeral, como el del padre Azcárate, por ejemplo, cuando la voz del Rector parecía una voz de ultratumba, la voz del padre Azcárate, por ejemplo, después de haber sufrido su último ataque de apoplejía, la voz del padre Azcárate vestida de negro y oro y envuelta en humo de incienso.

En casa de mis abuelos se recibía los jueves por la tarde. Los jueves por la tarde venían las visitas y yo pensaba que venían provistas de un cronómetro, pues cada media hora, a partir de las seis, sonaba el timbre de casa de mis abuelos. Había dos timbres en casa de mis abuelos: uno eléctrico, que sonaba como el zumbido de un insecto encerrado en una campana de cristal. El otro era una campanilla, una campanilla como la del torno de los conventos que yo visitaba con mi abuela en Navidades y Semana Santa. Y según sonara el timbre o la campanilla, yo sabía si la visita era de unos amigos de mis abuelos, o de unos parientes, las viejas Viala o mi tío Federico, por ejemplo, que venía todos los jueves a ver a mis abuelos y sólo los jueves y yo notaba que mis abuelos eran más amables con las visitas de sus amigos, los que tocaban el timbre que parecía el zumbido de un insecto, que con mi tío Federico, que tocaba la campanilla estirando los finos tubos de latón y la arandela que pendía junto a la pesada puerta de la casa de mis abuelos. Porque con las viejas Viala mis abuelos eran tan amables como con sus amigos.

Los jueves por la tarde yo no iba al colegio, ninguno de nosotros iba al colegio porque una de las costumbres de los jesuitas era cerrar el jueves por la tarde y no los sábados, como el resto de los colegios. Y los sábados por la tarde todos nosotros íbamos al colegio

y el colegio estaba abierto, no como los demás colegios, que permanecían cerrados los sábados por la tarde. Yo abría la puerta de casa, los jueves por la tarde, y los amigos de mis abuelos solían traerme algún regalo: azúcar cande, soldados recortables o cigarrillos de chocolate. Excepto las viejas Viala que me traían postales porque sabían que yo coleccionaba las postales que me enviaban mis padres, pero lo que no sabían las viejas Viala es que las suyas las tiraba a la basura para no confundirlas con las de mis padres, para que no desdibujaran el rostro de mis padres. Y las visitas olían a alcanfor en invierno y a agua de colonia en verano.

Y yo acompañaba a las visitas hasta la sala de las cornucopias con el paquete de azúcar cande entre las manos o las cartulinas de soldados o las postales o los cigarrillos de chocolate, y la sala de las cornucopias estaba tapizada de seda adamascada y de sus paredes colgaban cornucopias doradas y una colección de abanicos en cajas de cristal con el marco también dorado; los acompañaba hasta la sala de las cornucopias cuyos balcones había abierto de par en par la criada de casa de mis abuelos, Eulalia, el jueves por la mañana, mientras yo estaba en el colegio. Porque las visitas jamás se recibían en la sala donde estábamos nosotros o en el fumador, que era el lugar de la casa preferido por mi abuelo, sino en la sala de las cornucopias que estaba junto a la biblioteca y permanecía cerrada el resto de la semana hasta que llegaba el jueves por la mañana y Eulalia abría sus dos balcones de par en par. Y mis abuelos se levantaban de las butacas isabelinas donde se sentaban los jueves por la tarde, a partir de las seis, para recibir a las visitas con una sonrisa en los labios mientras las mujeres se besaban y los hombres se palmeaban la espalda. Y las visitas se sentaban en uno de los dos canapés isabelinos y aparecía Eulalia con una bandeja de plata y unas jícaras con chocolate y las botellas de Bohemia con el moscatel para las señoras y el coñac y los habanos para los caballeros. Y yo me iba entonces a la biblioteca de mi abuelo, a esperar a que pasara media hora y volviera a sonar el timbre y me sentaba en uno de los sillones tapizados en terciopelo amarillo y negro con dibujos mitológicos y recortaba los soldados de cartón, que solían ser granaderos de la reina Victoria, artilleros carlistas y húsares

franceses, o miraba la lluvia y pensaba que tal vez aquella tarde sonara la campanilla y no serían ni mi tío Federico ni las viejas Viala, sino mis padres y detrás de ellos los baúles forrados de sellos de aduanas y hoteles de ciudades exóticas porque venían para quedarse y yo ya no tendría que repasar mi colección de postales para saber cuál era en ese momento el verdadero rostro de mis padres.

Todos sabíamos que Planas redactaría el informe sobre Stein. Planas miraba a las personas como a las láminas de Ciencias Naturales, a los insectos del museo o a los mapas del Atlas donde no figuraba el escudo de la bicicleta de Stein: su mirada era una mirada metódica, tan metódica como la clasificación de Linneo o las tablas de equivalencias. Y había, además, una cosa que no gustaba a Planas y era que se hablara de su tío Raimundo a sus espaldas. No de su muerte en Barcelona, ni de cuando llevaba los planos al general Muñoz Grandes o había conocido al conde Ciano en Villa Torlonia, no: todo eso eran capítulos de la Segunda Guerra Mundial, la especialidad de Planas, y Planas estaba orgulloso de ellos. A Planas no le gustaba que se hablara de la juventud de su tío Raimundo, una juventud de noches de apuestas y cuadriláteros de lucha libre, una juventud hampona que acabaría en un tío Raimundo enardecido y frío a la vez, de uniforme negro y gatillo fácil, nos había contado Palou, pero Planas no lo sabía y tenía miedo de que Palou nos contara lo del gatillo fácil de su tío Raimundo antes de que su tío Raimundo cayese de un caballo, como san Pablo camino de Damasco, y dijera me voy al frente de Rusia, a que me maten por mis pecados. Pero en Rusia no lo mataron, la horda bolchevique no pudo con el tío de Planas, el que llevaba los planos al general Muñoz Grandes, y el tío de Planas ganó la Cruz de Hierro y regresó sin una sola herida, pero más herido que si le hubiesen herido en el frente ruso y más muerto que si hubiese muerto, y por eso volvió a sus viejas costumbres, que eran las costumbres de los muertos, hasta

que lo hallaron muerto de verdad en un hotel de Barcelona y se habló de billetes falsos y cajas de penicilina, muchas cajas de penicilina amontonadas en el cuarto de baño de aquel hotel de Barcelona, el hotel Oriente se llamaba, nos dijo Palou en el recreo, una tarde en que Planas estuvo enfermo y no vino al colegio y Palou aprovechó para contarnos la historia del tío Raimundo, que había visto tanto mundo.

Planas y yo éramos amigos. Yo era cónsul de Historia y él nuestro especialista en la Segunda Guerra Mundial y tal vez por eso fuéramos amigos: podíamos hablar de muchas cosas que los demás desconocían. Y había una especie de reto, entre Planas y yo, un reto entre amigos: el número de Laureadas que obteníamos un curso detrás de otro. Planas y yo solíamos tener Laureada casi cada mes, salvo alguna Distinción si habíamos cogido la gripe, por ejemplo, o nos habíamos reído demasiado con Bonet, cuando miraba al padre Puig a través de su catalejo. Por eso acompañé a Planas a registrar el pupitre de Guillermo Stein, una tarde en que Guillermo Stein no apareció por el colegio y los demás estaban en clase de gimnasia en el gimnasio, que era donde hacíamos gimnasia porque en el patio resultaba imposible, ya que sólo llovía, en el patio, el curso en que llegó Stein.

Lo primero que vimos cuando abrimos el pupitre de Guillermo Stein fue la fotografía color sepia que estaba agarrada con chinchetas a la cara interior de la tapa verde. Yo conocía esa fotografía por haberla visto en un ejemplar de la revista *Blanco y Negro*, una revista que mi abuelo había coleccionado y encuadernado antes de la guerra, cuando yo no había nacido y mi madre vivía con ellos y de mi padre nadie sabía aún nada de nada, si es que alguna vez alguien supo algo de mi padre. Era una fotografía de la realeza europea, tomada el día del funeral del rey Eduardo VII de Inglaterra. En ella estaban sentados, en primera fila, Alfonso XIII, Jorge V y Federico VIII de Dinamarca; y de pie estaban el rey Haakon VII de Noruega, Fernando I de Bulgaria, Manuel II de Portugal, el káiser Guillermo II, Jorge I de Grecia y Alberto I de Bélgica. Yo conocía esa foto de memoria y me gustaba el brillo acharolado de las polainas, los cascos emplumados, los sables y las

condecoraciones. Me gustaban el rey de España y el rey Jorge de Inglaterra, que estaba en el centro, y a mí me parecía el zar Nicolás II pero en el pie de foto decía: junto a Su Majestad el Rey de España se encuentra sentado el rey Jorge V de Inglaterra, que a mí me parecía el Zar de Todas las Rusias y pensaba en la equivocación del redactor de *Blanco y Negro* y después pensaba: no es posible, la letra impresa jamás se equivoca, por eso es letra impresa.

Le recité a Planas los nombres de los congregados, que yo me sabía de memoria por haberlos contemplado muchas veces en las revistas de mi abuelo y de repente me despisté, de repente vi una sombra desconocida entre el rey Jorge de Grecia y el rey Alberto de Bélgica, que no miraba hacia el objetivo de la cámara, el rey de los belgas, sino hacia una esquina del salón que no podía contemplarse en la fotografía, y aquella sombra era un rostro con bigotes engomados y uniforme con entorchados y bandas y cruces de plata y oro y yo sabía que aquel rostro no pertenecía a ningún rey de Europa y aquel rostro estaba tan serio como los demás pero yo sabía que era un intruso y que la fotografía debía de tener algún truco y le dije a Planas: tal vez sea el padre de Stein; y Planas me respondió: qué extraño, y luego llegó el padre Laval, con sus gafas de vidrios gruesísimos, tan gruesos que sus ojos parecían los de una libélula, y nos dijo: muy bonito, Planas, muy bonito, Ridorsa, esta vileza no la esperaba de ustedes, y nos dio un cachete en la cara y la cara ardía como debían de arder las antorchas en Westminster el día de la fotografía de luto real. Esa fotografía donde se había colado el padre de Stein y que hizo que aquel mes Planas y yo no tuviéramos Laureada, ni Distinción, ni Mención porque el padre Laval nos puso un cuatro en conducta y la vergüenza me hizo pensar en el aviso aplastante de Palou: no me extrañaría que acabáramos suspendiendo.

El padre Laval tenía cara de funcionario alemán de Correos: sólo le faltaba el uniforme verde de funcionario al padre Laval, cuyas gafas

parecían dos minerales y sus ojos los ojos de una libélula. Al acabar el día, después de rezar el rosario, el padre Laval nos leía durante media hora o tres cuartos, porque el día siempre acababa con dos horas de estudio y a esas dos horas de estudio Laval les restaba una, entre el rosario y la lectura. El padre Laval nos leía relatos de Chesterton y relatos de Kipling y esa media hora o tres cuartos del final del día eran la vida que yo quería para mí cuando fuera adulto y la casa de mis abuelos fuera la casa de mis padres.

A veces, cuando el padre Laval leía un cuento de Kipling o un pasaje de Chesterton, Guillermo Stein me observaba sonriendo. Se giraba hacia mí y sonreía como cuando yo miré cómo colocaba sus cosas en el pupitre, y yo veía sus ojos azules con pintas color caldero sonriéndome y pensaba que me sonreía porque no sabía que le había traicionado, registrando su pupitre con Planas. Y Stein parecía darse cuenta de que yo quería vivir en un relato de Kipling cuando fuera mayor y a mí me daba la impresión —cuando Stein se giraba hacia mí y me sonreía— de que él ya vivía en un relato de Kipling o en un pasaje de Chesterton y eso que no era mayor que yo, que no era mayor que ninguno de nosotros y me preguntaba cómo habría llegado Stein a ser un personaje de Kipling, cómo habría llegado Stein a ser un personaje de novela. Y una noche, poco antes de salir del colegio, mientras escuchaba las palabras de Kipling en la voz del padre Laval —«Caí en manos de un sargento instructor de ametralladoras, de profesión modisto de señoras»— y Stein me sonreía, pensé que a lo mejor Stein quería ser amigo mío, como lo era Planas, y siendo amigo de Stein tal vez podría ser yo también un personaje de Kipling, viviendo la novela de Stein, antes de que pasaran los años, que son los que deciden por sí mismos y te embarcan en sus páginas, como se embarcaban antiguamente los marineros: a la fuerza, empujados por las bayonetas de los soldados del rey. Entonces me hice amigo de Stein y desde que me hice amigo de Stein sentí un miedo difuso, un miedo como el de algunos personajes de Kipling: el miedo a las represalias de Palou, si llegaba a sospechar que yo era un verdadero amigo de Stein y no un aliado de Planas para que Planas pudiera llegar a escribir el informe sobre Stein. Y pensé en el silencio de mis abuelos cuando les conté que

había llegado un nuevo alumno que se llamaba Stein y la palabra Stein resonó en el fumador como el silbido de una cobra, como el silbido de una de esas cobras que aparecían en los cuentos de Kipling que nos leía el padre Laval.

—A ver, a ver: atención. A ustedes, cuando salgan de aquí, les hablarán de Hegel, un pesado ese Hegel, pacotilla abstrusa y de mal gusto. Recuerden que a partir de Hegel se intenta demostrar la inexistencia de Dios. Pues bien, ¿saben lo que hago yo con toda esa pacotilla hegeliana? Amontono sus libracos, cojo una cerilla y les prendo fuego... Y, ¿qué queda entonces de Hegel? Nada, no queda nada: sólo ceniza y la ceniza es incapaz de demostrar la existencia o la inexistencia de nada. No escuchen a nadie que les hable de Hegel cuando salgan de aquí: se aburrirán. Porque los que hablan de Hegel son gente aburrida y pesada, gente tosca y resentida: aventen sobre ellos las cenizas que les digo y huirán como conejos, con su Hegel entre las piernas...

El padre Cristino era el único jesuita del colegio al que llamábamos por su nombre, como si fuera franciscano en vez de jesuita, o Hermano en vez de Padre: a los Hermanos también solíamos llamarlos por su nombre, excepto al hermano Loring, que nos daba clase de latín y era un hombre sabio que no había querido cantar misa, por humildad, decían, y yo pensaba que el hermano Loring era un lama tibetano que había querido ser jesuita, y cuando reía, al hermano Loring se le ponían los ojos como a un lama tibetano. El padre Cristino llevaba monóculo, un monóculo naranja, y tenía el pelo canoso con reflejos verdes. Todos sabíamos que esos reflejos verdes estaban provocados por la colonia barata del padre Cristino, pero todos decíamos que el pelo verde del padre Cristino había adquirido esa coloración porque el padre Cristino se pasaba la mano por la nariz antes de alisarse el cabello. Y el padre Cristino, en clase, se pasaba la mano por la nariz antes de alisarse el cabello gris con reflejos verdes.

El padre Cristino decía que había luchado en la guerra civil. Tenía una mano inútil, el padre Cristino, una mano muy pequeña, seca y deformada, que llevaba envuelta en una tela negra y parecía de goma roja, parecía una manita ortopédica de goma roja. El padre Cristino decía que se había inutilizado la mano al cortar unas alambradas electrificadas de los rojos, unas diabólicas alambradas fabricadas en Checoslovaquia, decía el padre Cristino. Pero todos sabíamos que la mano tarada del padre Cristino era una mano tarada en el noviciado, intentando arreglar no sé qué fusibles de un poste de alta tensión. Y siempre le preguntábamos por su campaña militar y por las alambradas checas y al padre Cristino se le iluminaba el rostro y se le erizaba el pelo verde y nos hablaba de su heroico comportamiento bélico y nosotros sabíamos que el padre Cristino era incapaz de luchar en una guerra, incapaz de atravesar una alambrada para matar al enemigo, incapaz de quemar un libro, aunque fuera del pesado de Hegel y demostrara la inexistencia de Dios.

El padre Cristino era nuestro profesor de Filosofía y nos aprobaba a todos con notable y sobresaliente. Porque todos copiábamos en los exámenes del padre Cristino y el padre Cristino, que lo sabía, hacía como si no se diera cuenta y cuando corregía los exámenes decía desde la tarima:

—Qué barbaridad, qué derroche de inteligencia, qué capacidad para el pensamiento abstracto: no creo que a ninguno de ustedes los suspenda la vida...

Y yo sabía que el padre Cristino se reía de nosotros con sus notables y sobresalientes y tenía la sospecha de que el padre Cristino conocía a la perfección a quién iba a suspender la vida, a quién iba a aprobarlo y a quién a darle un notable. Porque el padre Cristino sabía que la vida no regalaba jamás un sobresaliente. Fue lo primero que me dijo Stein: «El padre Cristino se ríe de tus amigos». Dijo tus amigos como si él perteneciera a otra casta, como si ni siquiera estuviera en la misma clase que nosotros, ni su nota de Filosofía fuese como las nuestras, como si pasara por ahí y me dijera: se están riendo de tus amigos; pero no dijo que se estuvieran riendo de mí. Y las palabras de Stein se me quedaron grabadas,

sobre todo cuando dijo: «¿Por qué no pides permiso a tus padres para venir a casa el domingo que viene?». Y yo no le dije que mis padres eran mis abuelos, que no eran mis padres, pero le dije que sí, que encantado y entonces me dijo: «Yo iré a buscarte, el domingo por la tarde, ¿de acuerdo?».

Los sábados por la noche, después de haber cenado, mi abuelo me dejaba quedarme con ellos hasta las once. Las once era la hora en que mis abuelos se iban a dormir y los sábados por la noche era cuando yo hablaba con mis padres, allí, en el fumador, pegado al aparato de radio.

Sobre la radio había una fotografía de mis padres enmarcada en un marco de piel color tabaco. Estaba tomada hacía tres años, al poco tiempo de que yo me quedase a vivir en casa de mis abuelos; de que la casa de mis abuelos fuera mi propia casa. En ella mi padre llevaba un traje claro, de hilo, y una corbata desanudada sobre la camisa blanca. Estaba consultando un plano, con la cabeza gacha y el ceño fruncido. Mi madre, a su lado, llevaba un vestido de flores, gafas de montura blanca y un sombrero, y miraba a mi padre como quien mira a alguien que conoce pero que no acaba de reconocer. En aquella fotografía, fechada en Singapur, hacía mucho calor y había unos chinos con camisa blanca y la cara borrosa que pasaban por detrás de mis padres. Yo apenas reconocía a mis padres en esa fotografía y me preguntaba quién habría disparado la cámara, quién les habría hecho esa fotografía. El rostro de mis padres era una sucesión de postales de ciudades lejanas y aquella pareja que consultaba un plano en una calle de Singapur me resultaba extraña, tan extraña como el gallo de cristal que había junto a la foto de mis padres, sobre la caja oscura del aparato de radio; tan extraña como la sensación de mi madre contemplando a mi padre en una calle de Singapur.

El gallo de cristal era un barómetro que cambiaba de color según la presión atmosférica: malva significaba buen tiempo y azul,

amenaza de lluvia. Aquel año el gallo era tan azul como el mar en invierno y en casa tuvimos albañiles en tres ocasiones, a causa de las goteras. Yo hablaba con mis padres junto al gallo y la fotografía enmarcada en piel color tabaco. Encendía la radio y entre pitidos magnéticos y ruidos que parecían el tableteo de distintas ametralladoras iba recorriendo ciudades con la aguja del dial en busca de mis padres. En el centro de la aguja había un círculo metálico: de él salían dos aspas como dos estiletes que recorrían la pantalla saturada de nombres: Madrid, Oslo, París, Varsovia, Moscú, Budapest, Ankara, Saigón, Rabat, Pekín, Vladivostok, Shangai, Singapur... También estaba Singapur en aquella constelación de nombres, pero en uno solo de aquellos nombres se encontraban mis padres y yo sabía que no era en Singapur: había pasado ya demasiado tiempo desde que la casa de mis abuelos empezó a ser mi propia casa. Yo escuchaba, entre pitidos magnéticos y tableteo de ametralladoras, aquellas voces en idiomas extraños y pensaba que tal vez, en aquel mismo momento, mis padres estuvieran escuchando aquellas mismas voces y sin ellos saberlo, estábamos los tres juntos hablando en el mismo raro idioma a través del caos celeste de las ondas hertzianas.

Entonces miraba su fotografía, el nombre de la ciudad señalado por la aguja de acero y el gallo teñido de azul y apagaba la radio y el chasquido de la radio al cerrarla era parecido al chasquido de unos labios sobre mi mejilla caliente, de tan cerca que estaba de la radio, y esos labios eran los de mis padres que estaban en alguna ciudad escrita que no era Singapur y me besaban por el rato que habíamos pasado hablando en una lengua extranjera aquel sábado por la noche, como todos los sábados por la noche, mientras mi abuelo leía junto a la chimenea y mi abuela tejía un jersey de lana color azul o gris o pardo como el plumaje de las perdices y la mirada de mi madre en la fotografía tomada por una mano invisible, en una calle de Singapur.

Mi abuelo no me dijo que no. Mi abuelo me dijo: cuídate de lo que no conoces y estate a las ocho en casa, pero no me dijo que no. Mi abuela, en cambio, calló, como callaba siempre que hablaba mi abuelo y en el silencio de mi abuela estaba el espíritu de mi abuela, que negaba aquellas vidas que no eran como la suya, como si no existieran, las negaba en silencio, sin hablar mal de nadie, pero las negaba con su silencio. Eso creí yo, al menos: que en el silencio de mi abuela estaba su negación de lo que siempre había alejado de sí misma, pero me equivocaba, como se equivocan los hombres cuando no conocen a las mujeres.

Aquel domingo apenas si presté atención a la misa y al desayuno del domingo: chocolate en vez de leche y coca de cuarto y ensaimadas nevadas por el azúcar molido, en vez de pan tostado y casi tan negro como las sotanas de los días laborables. Tenía prisa por que llegara la tarde y con la tarde Guillermo Stein. De lo único que me di cuenta fue de que las horas pasaban más lentas que de costumbre y de que en la comida mi abuela estaba más silenciosa que de costumbre y mi abuelo hacía más caso a mi abuela que de costumbre. De nada más, hasta que sonó el timbre y el timbre que sonó fue la campanilla que tocaba tío Federico y no el timbre eléctrico, el que tocaban las visitas y tenía un sonido como de insecto encerrado en una campana de cristal. Y Guillermo Stein saludó a mi abuelo con respeto, pero no a mi abuela, que tenía dolor de cabeza y se había retirado a su habitación con un frasquito en cuya etiqueta se leía: Distovagal, un frasquito que mi abuela cogía a menudo cuando se retiraba a su habitación a unas horas en que, normalmente, nunca estaba en su habitación. Y mi abuelo me dio tres billetes de cinco pesetas, para que cogiéramos el autobús, porque la casa de Guillermo Stein estaba en las afueras, en un barrio que se llamaba El Terreno y que yo no conocía porque mis abuelos jamás me llevaban a pasear más allá del perímetro de lo que fueron las murallas. Mis abuelos decían que sólo vivían extramuros aquellos que tenían algo que ocultar.

—Ten, invita a tu amigo —me dijo mi abuelo cuando me dio los tres billetes de cinco pesetas para que cogiéramos el autobús—. Recuerda que a las ocho debes estar en casa.

Y a las ocho estuve en casa de regreso y en mi cabeza desfilaban las imágenes del barrio de Guillermo Stein, la casa de Guillermo Stein, la sonrisa de la hermana de Guillermo Stein; desfilaban todas esas imágenes como en un diorama de colores, como en un mundinovi de los que me hablaba mi abuelo cuando llegaba la época de la feria y yo caía enfermo de gripe y él me prestaba su diorama y me contaba que siempre le hubiera gustado tener un mundinovi. Porque yo siempre tenía la gripe cuando llegaban los feriantes a la ciudad y las bandadas de vencejos eran fuegos artificiales que ennegrecían el cielo.

La casa de Guillermo Stein era la casa de la luz: nunca había visto tanta luz en una casa. El barrio de los Stein era un barrio de casas con jardín, un barrio que se asomaba al mar y de los muros de los jardines colgaba un incendio de buganvillas, unas cataratas verdes y blancas de las que saltaban a la calle los jazmines, las glicinias y las hiedras: las callejuelas empinadas del barrio de Guillermo Stein olían mejor que las tiendas de perfumería a las que yo acompañaba a mi abuela, tantos eran los perfumes de las callejuelas empinadas donde vivían los Stein. Y en las aceras había muchos pétalos y hojas verdes y amarillas, como si fuera el Corpus, y eso era por la lluvia, aunque aquella tarde sólo lloviznaba en el barrio de los Stein, por primera vez en muchas semanas sólo lloviznaba, sólo caía una lluvia muy fina y transparente, que apenas si calaba y la lluvia parecía un ejercicio de caligrafía sobre las páginas del aire.

La casa de los Stein no tenía cortinas y desde todas sus ventanas se veía el mar. Se entraba por un patio de azulejos, un patio cubierto, lleno de macetas, que daba a una terraza con marquesina y a un jardín. Y desde el patio, la terraza y el jardín también se veía el mar; se veían el mar y los muelles, las grúas como enormes pelícanos metálicos, los cargueros y los yates fondeados. Y al fondo la ciudad, extendida en abanico sobre la bahía plateada, y en el centro de la ciudad la catedral: un fantástico buque de piedra ocre,

coronado por caprichosos palos, ojivas y cabrestantes, un galeón de piedra dorada atracado sobre las murallas. La bahía y la ciudad eran parte de la casa de los Stein; se metían en la casa como se meten en una casa la luz del día y la oscuridad de la noche.

El mobiliario de casa de los Stein era diferente a los muebles a los que yo estaba acostumbrado: los sofás y sillones tenían formas cúbicas y estaban tapizados con pieles de cebra y telas con dibujos geométricos: había pocos muebles para lo grande que era la casa de los Stein. Y los otros muebles eran de maderas que hacían jaspes y tenían tiradores cromados e incrustaciones metálicas y se redondeaban en las esquinas: parecían automóviles los muebles de los Stein; parecían Bugattis de cuando Fangio corría en Montecarlo.

Y los cuadros eran de colores muy vivos y había bronces de atletas y muchos retratos de hombres y mujeres sobre un paisaje, un tapiz o un espejo; recuerdo el retrato de un hombre que llevaba un guacamayo en el hombro y su corbata era de los colores del plumaje del guacamayo; y las alfombras también eran de formas geométricas, parecían láminas de dibujo geométrico hechas en tintas estridentes. Jamás había visto una casa como la de los Stein, con tanta luz y tanto mar y muebles tan estrambóticos, unos muebles que aunque fuesen estrambóticos tenían una belleza misteriosa, como de película americana de gangsters y hoteles nocturnos, como la mirada de Guillermo Stein mientras yo miraba la casa de Guillermo Stein.

Guillermo Stein vivía con su padre y su hermana. La hermana de Guillermo Stein se llamaba Paula, Paula Stein, y su padre no debía de tener nombre porque Stein no me dijo cómo se llamaba su padre. Sólo me dijo: «Mi madre no vive con nosotros; mi madre abandonó a mi padre al poco tiempo de nacer yo». Y después me dijo: «Ahora te enseñaré el cuarto de mi hermana Paula y el gabinete de mi padre». Y en el cuarto de su hermana Paula las paredes estaban forradas de cajas de cristal y en las cajas de cristal había cientos de mariposas diferentes, cientos de mariposas de colores que parecían los escudos del Atlas Universal en cuyas páginas no figuraba el escudo de la bicicleta de Guillermo Stein. Y la colección de Paula Stein era la primera colección de verdad que yo veía en una casa:

parecía la colección de un museo y no la de la hermana de un compañero de curso. Porque la mayoría de los de mi curso coleccionábamos algo: Calafat, minerales; Fortuny, cromos de aviación; Prim, balas y vainas de proyectil; Jiménez, chapas de botella; Forteza, afiches de películas; yo, postales y soldados de cartón y Gual, calendarios de *pin-ups* americanas que su padre le traía de Hong Kong: se contaba que el padre de Gual le había vendido armas a Chiang Kai-Shek desde su despacho de Hong Kong. Pero ninguno de nosotros tenía una colección como la de Paula Stein. Ninguno de nosotros tenía una hermana como Paula Stein.

Vi a Paula Stein dos veces en toda mi vida. La primera vez me enamoré de ella. La segunda, no conseguí olvidarla nunca. Estábamos Stein y yo en el gabinete de su padre la primera vez que vi a Paula Stein. El gabinete era la única estancia de la casa que tenía cortinas, unas gruesas cortinas de terciopelo verde y un mobiliario familiar: butacones de piel gastada, una mesa de despacho abarrotada de papeles, estanterías llenas de cajas y carpetas derrumbadas, y dos lámparas con pantalla de tela que teñían el despacho de una luz como de confitura de frambuesa. Porque al padre de Guillermo Stein le gustaba la luz artificial en su despacho y siempre tenía las persianas cerradas y los postigos entornados, me dijo Guillermo Stein. De las paredes colgaban retratos de aristócratas centroeuropeos —son príncipes centroeuropeos, me dijo Guillermo Stein— y yo pensé en la fotografía del día del encierro de Eduardo VII, porque en aquellas fotografías del despacho del padre de Stein también había polainas y condecoraciones y bandas de seda, pero yo no conocía ninguna de aquellas caras con largos bigotes, barbas espesas y uniformes con dolman y cordones de oro; aunque yo fuera cónsul de Historia jamás había visto aquellos rostros que nos vigilaban a Stein y a mí en el despacho del padre de Stein. Fue entonces cuando apareció Paula Stein.

Yo estaba mirando unas tarjetas del padre de Stein; en una se leía: Boris Negresco, Abogado; en otra Boris IV, Rey de Galitzia. Yo estaba estupefacto con las tarjetas del padre de Stein, pensando si sería un falsificador perseguido por distintas policías extranjeras, pensando en que mis abuelos decían que los que vivían extramuros era porque tenían algo que ocultar, cuando apareció Paula Stein, sonriente y completamente desnuda, en el despacho del padre de Stein.

Yo jamás había visto a una mujer desnuda y no supe qué hacer ante el cuerpo desnudo de Paula Stein. Su hermano parecía no darse cuenta de la desnudez de Paula Stein, pero yo, bajo la luz frambuesa del despacho del padre de los Stein, sólo veía la piel blanquísima de Paula Stein, el pelo rizado del pubis de Paula Stein, los pezones negros de Paula Stein, que me miraban como dos ojos penetrantes, y eso que yo hacía esfuerzos por mirar a la cara sonriente de Paula Stein, cuyos ojos eran como almendras color miel y tenía los labios rosados y una dentadura tan blanca como su piel. Y Paula Stein sonreía mientras me tendía la mano y yo temía rozarle un pecho y al mismo tiempo tenía ganas de rozarle un pecho y pensaba en Boris Negresco, Abogado, y en Boris IV, Rey de Galitzia, mientras estrechaba la fría mano de Paula Stein y el cuerpo de Paula Stein era una lámpara de alabastro que había llenado de luz blanca el gabinete del padre de los Stein.

Entonces caí en la cuenta de algo de lo que me había dado cuenta al entrar en el gabinete del padre de Stein: el olor a gato. El despacho del padre de Stein olía profundamente a meado de gato. Pero yo me hubiera quedado para siempre en el despacho del padre de Stein, pese a aquel olor a gato, me hubiese quedado con Stein sentado en una butaca de piel gastada y Paula Stein, desnuda, sonriéndome con todo su cuerpo. Y Paula Stein ya me estaba dando la espalda y tenía la manivela de la puerta en su mano derecha y el pelo le caía sobre un omóplato, dejando la nuca al aire, cuando yo miré al suelo y vi sus tobillos, unos tobillos muy delgados, y entonces alcé la vista y miré su culo, el primer culo que vi en mi vida, el mejor culo que haya visto jamás en mi vida, y Stein se rio y yo sentí vergüenza de que Stein estuviera ahí, agazapado en el

butacón, mirándome mientras yo miraba el culo de su hermana y Paula Stein dijo: nos veremos otro día y yo estaba en el autobús, de vuelta a casa, y pensaba en ese otro día: por eso no le di ninguna importancia a aquel viejo con el pelo teñido y el bigote recortado, que llevaba una chaquetilla de camarero de la que colgaban pitos y cintas de colores; aquel viejo que se pasaba la lengua lentamente sobre el labio superior, debajo de su bigote recortado y teñido de negro, un negro azulado, y me miraba mientras lo hacía y se reía, y acabó sacándome la lengua, una lengua pastosa y violácea que ahora estaba cantando en italiano, mientras yo pensaba en Paula Stein y en la casa de los Stein, y en que mientras estuvimos en el despacho del padre de los Stein olía a meado de gato; olía a gato y se oían unos pasos sobre el despacho del padre de Stein, como si alguien estuviera andando por el desván de casa de los Stein.

Aquella noche tuve un sueño.

Cuando me fui a vivir con mis abuelos, una de las tías Viala me regaló un libro pío. «Ya tienes un libro pío», me dijo tía Teresa Viala cuando tía Rosa Viala me entregó el libro, y yo creí que un libro pío era un libro de ornitología, un libro de pájaros, algo así creí yo que era un libro pío. Y me reí. Tía Rosa se enfadó. Se enfadó con tía Teresa y se enfadó conmigo. «A ti sólo te interesan el bridge, la ginebra y los hombres —le dijo tía Rosa Viala a tía Teresa—. Haz el favor, Teresa, de no mofarte de las cosas serias, que de nada te va a servir la risa a la hora de la verdad». Y yo no sabía qué era el bridge, ni la ginebra, ni la hora de la verdad, ni los hombres; bueno, los hombres sí, pero aún no sabía lo que quería decir tía Rosa cuando decía «los hombres» con una mueca de repugnancia en los labios, como si hubiera comido alguna fruta amarga. Y tía Teresa Viala se rio como me había reído yo y yo volví a reírme y tía Rosa Viala me dijo: «Léelo, querido, y se te pasará la risa: debes estar preparado; un chico como tú ha de estar preparado». Y tía Teresa Viala dijo: «Deja ya al niño, tontorrona». Y lo dijo cariñosamente, como

perdonándola por algo y yo supuse que ese algo era lo del bridge y la ginebra y los hombres, pero no lo del libro pío. Y lo del bridge y la ginebra y los hombres, pensé, tal vez estuviera relacionado con lo que yo había oído contar en voz muy baja: que un amigo de la familia, capitán de un buque mercante, se había pegado un tiro en la sien por culpa de tía Teresa Viala.

Aquella noche también tuve un sueño y el sueño fue poner en movimiento, como en el diorama de mi abuelo, un dibujo de aquel libro que me había regalado la tía Rosa Viala, para cuando se me pasara la risa. Yo había contemplado aquel dibujo durante un buen rato, antes de irme a dormir. Aquel dibujo me fascinó: era el dibujo de un puente que parecía un acueducto, de tan alto; un puente que tenía diez arcos, cada uno con un número romano: del I al X, y cada número era un mandamiento de la ley de Dios y al final del puente estaban dibujados unos ángeles y sobre el puente estaba el ojo de Dios dentro del triángulo —«El Ojo que Todo lo ve», ponía en el dibujo— y bajo el puente había un temporal de olas y llamas y yo pensaba cómo pueden estar juntas las llamas y las olas, y entre las llamas y las olas estaban dibujados unos monstruos espantosos y más abajo unos demonios con tridente y rabo que azuzaban a los monstruos espantosos. Y en el puente había unos paseantes que lo cruzaban en dirección hacia los ángeles y unos caían en el número III y otros en el V y otros en el VI —había muchos que caían en el VI— y más caían en el IX, casi al final, a punto de llegar y algunos, muy pocos, llegaban al final y los que llegaban al final tenían una aureola sobre la cabeza, como si fueran santos, y los que estaban cayendo en las fauces de los monstruos caían entre un montón de piedras del puente que se desmoronaba en el III, en el V, en el VI o en el IX. Y aquella noche yo soñé con el puente. Soñé que me caería en uno de aquellos números romanos, pero no sabía en cuál y entonces me quedaba muy quieto antes de pisar el primer arco y los monstruos chillaban y hacía mucho calor y también mucho frío y yo estaba quieto y el puente iba derrumbándose desde el final hasta el principio, donde yo estaba muy quieto, sin poder darme la vuelta y escapar, y en el IV estaba la caja de mis postales y yo veía cómo el puente iba derrumbándose y cuando el vacío se abrió ante mis pies

me desperté. Jamás volví a soñar con aquel puente hasta el día en que estuve en casa de los Stein.

Aquella noche volví a soñar con el puente de los diez arcos. Paula Stein estaba al final de ese puente, desnuda, como la había visto en el despacho de su padre. Pero no hacía frío ni calor y bajo el puente sólo había oscuridad. Se oían unos pasos detrás de mí, unos pasos a mi espalda que sonaban como los pasos sobre el despacho del padre de los Stein. Y por el puente, en dirección hacia mí, venían charlando Guillermo Stein y el viejo del autobús, el viejo que se lamía el bigote azul mientras me miraba canturreando en italiano. Y los pasos sonaban cada vez con más fuerza y el puente temblaba y yo empecé a marearme, pero con un mareo muy dulce, y Paula Stein corría para impedir que me cayera, y Guillermo Stein y el viejo teñido de azul le impedían el paso y yo me caía, pero no hacía ni frío ni calor, y de repente estaba entre los brazos de Paula Stein y sentí un temblor más intenso que el del puente, un temblor que se apoderó de mí mientras sentía la carne de Paula Stein como si fuera mi carne y entonces me desperté y noté una humedad caliente y espesa en el pantalón del pijama y pensé en el olor a meado de gato de casa de los Stein, pero la cama olía a almendras amargas, no a meado de gato, y yo aún sentía entre mis dedos la piel de Paula Stein mientras me buscaba en el pecho la huella de los pezones negros de Paula Stein.

2

Una vez al año, por primavera, venía el coche de tío Federico a buscarme. El coche de tío Federico era un Buick Roadster verde oscuro y lo conducía el chófer de tío Federico, Francisco. El volante del Buick Roadster era de madera, de una madera muy pálida con vetas negras. Una vez al año, por primavera, el chófer de tío Federico me llevaba hasta Masvern, la finca donde vivían tío Federico y su padre, es decir, mi bisabuelo, el padre de mi abuela. Francisco iba vestido con uniforme de chófer, con un uniforme color gris perla, gorra y botones plateados. Comía altramuces y se sonaba con los dedos. Yo siempre le preguntaba por qué se sonaba con los dedos y él siempre me respondía lo mismo:

—Más guarros sois los señores, que os guardáis la porquería en el bolsillo.

El chófer de tío Federico se sonaba con los dedos y arrojaba el moco al suelo con un gesto como de rabia, como si castigara a la tierra por haberlo convertido en chófer, y yo pensaba que era injusto y que ya les gustaría a muchos conducir un coche como el Buick Roadster de tío Federico y llevar un uniforme tan bonito como el de Francisco.

Masvern estaba a pocos kilómetros de la ciudad. La recuerdo como una casa muy larga y llena de balcones, con una logia central de tres arcos que miraba hacia los campos de almendros y un camino flanqueado por palmeras muy altas y delgadas, como los penachos de los lanceros bengalíes. Y perros: había muchos perros en Masvern; unos perros grandes y negros, que me daban miedo, y que saltaban a nuestro alrededor a lo largo de todo el camino de palmeras y ladraban y yo nunca sabía si ladraban porque estaban contentos de ver el Buick Roadster de tío Federico o si ladraban

porque estaban enfadados y querían mordernos a Francisco y a mí cuando bajáramos del Buick Roadster de tío Federico.

Y en la puerta de la casa estaba tío Federico con su toscano entre los dientes, esperándonos, y los perros se callaban y se volvían mansos cuando veían a tío Federico, allí esperándonos, con las piernas abiertas y una fusta de cuero en la mano derecha, una fusta con la que se golpeaba la pernera derecha del pantalón. Y más arriba, en la logia, estaba mi bisabuelo. Mi bisabuelo siempre estaba en la logia, vestido con un traje de rayadillo y con unos prismáticos que le colgaban del cuello. Los zapatos de mi bisabuelo eran marrones y parecían espejos, de tan limpios, dos espejos color canela, llenos de bultos que olían a crema, que siempre olían a crema, no a crema de zapatos sino a crema de huevo y leche, así olían los zapatos de mi bisabuelo. Y de vez en cuando cogía los prismáticos y contemplaba los campos de almendros y se le alegraba la cara, una cara grisácea que se sonrosaba cuando se alegraba, y gritaba:

—Ya las veo, ya las veo; en el yate ya las veo: aquí están, las alegres bailarinas de Berlín.

Entonces tío Federico lanzaba una risotada y yo reía también, ya que tío Federico reía, y después yo ya no decía nada más porque en Masvern yo nunca decía nada si no me preguntaban, salvo a Francisco, el chófer, que le preguntaba por qué se sonaba con los dedos habiendo pañuelos, y preguntarme, nadie me preguntaba nada. Y después de haber comido, tío Federico se retiraba a hacer la siesta y yo acompañaba a mi bisabuelo hasta la logia, donde se sentaba en su mecedora de tela y esperaba; esperaba que volviera a pasar el yate de las alegres bailarinas de Berlín por un mar que no se veía porque Masvern estaba construida de espaldas al mar. Y yo me sentía muy raro en Masvern; no me sentía como en casa de mis abuelos o en el colegio y lo único que me gustaba de Masvern era estar junto a mi bisabuelo mientras tío Federico hacía la siesta; estar sentado a los pies de mi bisabuelo que dormitaba acariciándome la cabeza como quien acaricia el pomo de una puerta ante la que duda si abrirla o no, porque sospecha que si la abre su vida ya no será la

misma y le da miedo que su vida no sea la misma, aunque su vida le aburra profundamente.

Y cuando tío Federico se despertaba de la siesta, Francisco aparcaba el coche delante de Masvern y yo besaba en la frente a mi bisabuelo y bajaba las escaleras corriendo y ya estaba tío Federico al volante y con el motor encendido, dispuesto a acompañarme hasta casa de mis abuelos, es decir, hasta casa de su hermana, a la que veía los jueves por la tarde, aprovechando, decía, unas consultas que había tenido que hacer en Palma con su abogado. Y en el asiento trasero del Buick Roadster había un cesto con hortalizas y una pieza de queso de oveja, y cuando el coche se detenía delante de la puerta de casa de mis abuelos, tío Federico cogía el cesto y me decía:

—Ten, para tu abuela.

Decía para tu abuela, no para mi hermana, o para mi cuñado, o para vosotros; no: decía para tu abuela y yo sabía que a la mañana siguiente mi abuela cogía el cesto con las hortalizas y el queso de oveja y se lo llevaba a las Hermanitas de los Pobres, porque mi abuela no decía nada, pero yo sabía que en Masvern se escondía uno de los dolores secretos de mi abuela, el más grande, después de la ausencia de mis padres. Por eso yo tampoco decía nada en Masvern y me sentía un extraño en Masvern, aunque la mitad de mi familia hubiese nacido entre sus muros y visto la primera luz en la logia, donde ahora mi bisabuelo esperaba la muerte, solo, contemplando con sus prismáticos a las alegres bailarinas de Berlín.

A la salida del colegio, nos íbamos juntos Jiménez, Planas y yo: vivíamos muy cerca los tres. Ir a la guerra, lo llamábamos. Aquel año, el escenario de la guerra estaba en Indochina o Camboya, con tanta lluvia. Las calles eran las de una ciudad sumergida en los monzones y en cualquier esquina podía aparecer un *rickshaw* con un *coolie* de piernas flacas pedaleando bajo su sombrero de paja, bajo un sombrero que parecía una sombrilla de playa. Íbamos paseando

muy despacio, a la búsqueda de nuestras víctimas. Buscábamos paseantes con aspecto de sospechoso y les inventábamos una historia, un pasado turbio que les hiciera caminar con ese aspecto de sospechoso.

—Éste seguro que es un criminal de guerra alemán —decía Jiménez en voz muy baja.

Y nos escondíamos en una entrada, a la espera de que pasara nuestro criminal de guerra, que llevaba un sombrero verde y gabardina cruzada y sólo por el sombrero verde y la gabardina cruzada ya era un alemán y sólo por ser alemán ya era un criminal de guerra, y lo seguíamos por si dejaba algún rastro que confirmara nuestra sospecha. Y el alemán se metía en un salón-limpiabotas y la fachada del salón-limpiabotas era de cristal negro y mientras lo esperábamos hacíamos la bicicleta en el cristal negro, que nos dividía por la mitad devolviéndonos nuestra imagen formada por dos mitades idénticas, dos mitades idénticas que pedaleaban sobre el vado riéndose de nuestra propia caricatura, riéndose de la magia simétrica de los cristales negros del salón-limpiabotas.

—Aquél debe de ser un agente soviético en misión secreta —decía Planas.

Entonces abandonábamos a nuestro criminal de guerra alemán en el salón-limpiabotas y perseguíamos a nuestro agente soviético, que llevaba la cabeza rapada, como en las películas de Von Stroheim, y marchaba en silencio a una cita clandestina en cualquier taberna de los muelles. Una cita con miembros de la Resistencia: comunistas, republicanos y alguna extranjera, de esas extranjeras que fumaban con boquilla de nácar y llevaban gafas en forma de mariposa —gafas de mala, decía Jiménez—, esas extranjeras que sólo podían ser espías de alguna potencia enemiga, allí sentadas en una taberna de los muelles, con dos o tres hombres de mala catadura, riéndose como nosotros en los cristales negros del salón-limpiabotas, riéndose mucho para que nadie supiera que estaban al servicio del espionaje soviético. Y nuestros impermeables grises eran los trajes de camuflaje: éramos sombras grises por las que patinaba la lluvia mientras caminábamos por las calles grises de una ciudad cualquiera inundada por la lluvia: Macao, tal vez, o Saigón. Y a Planas se le

iluminaban los ojos, como un animal al acecho, y entonces decía: vamos a ver al viejo del Messerschmitt.

Y nos lanzábamos corriendo, cuesta abajo, hacia el taller de máquinas de coser cuyo dueño tenía un coche que era la carlinga de un Messerschmitt y en aquel momento estaba bajando la valla metálica de su taller de reparaciones, una valla gris como las verjas de los cementerios, donde sólo se reparaban viejas máquinas de coser y luego se subía a su automóvil, una carlinga de bombardero de la Luftwaffe en cuyas planchas había unos grandes números blancos y muchos clavos y la cruz negra del ejército alemán, raspada con una lija, pero aún se veía la cruz negra del ejército alemán. Y el coche tenía sólo tres ruedas y una luz de plata sucia bajo la lluvia que caía sobre la ciudad. Y Planas decía: cuando sea mayor le compraré el coche al señor Martínez. Porque encima de la valla había un cartel pintado de azul y rojo, con unas letras verdes que decían: «Diego Martínez. Se reparan máquinas de coser»; como si las máquinas se arreglaran solas.

Y primero se quedaba Jiménez en su casa y luego Planas y yo era el último en llegar a casa y antes pasaba por el barrio de los cines y leía sus nombres: Rívoli, Nueva Orleans, Rialto, Luxor, Excelsior, Trocadero, Beverly, Positano y los nombres de los cines, las fotografías coloreadas de sus vitrinas, los títulos de las películas, me devolvían el rostro de mis padres, el rostro encerrado en la caja de cartón que yo guardaba en mi habitación, Vía Portugal número 12.

En aquellas expediciones, los Stein me parecían personajes de un sueño, los personajes de un sueño lejano que apenas si podía recordar.

—Siéntese, Miralles, venga hombre, siéntese, que si no lo mismo se echa a llorar aquí en la Sección, delante de sus compañeros.

Y Miralles, muy pálido, se sentaba. Se sentaba con los ojos enrojecidos, Miralles, a punto de echarse a llorar; le temblaban las manos a Miralles y se mordía la lengua para no llorar, después de

que el Padre Prefecto le hubiera leído sus notas, una catástrofe Miralles, una magnífica cosecha de suspensos, Miralles, no sé qué piensa hacer en esta vida, qué vergüenza, tendré que hablar con sus padres.

—Los hay que son la deshonra de este colegio —continuaba el Padre Prefecto mirándonos, uno a uno, a los ojos y silabeando las palabras como si fueran piedras—. Jóvenes turcos, esto es lo que son, jóvenes turcos salidos de las filas de Atatürk, zopencos que quieren acabar con nuestra civilización.

El Padre Prefecto se llamaba Riudavets e igual que era Padre Prefecto podría haber sido jefe de un campo de prisioneros o alférez de la Legión. El padre Riudavets era nuestro enemigo, tuviéramos buenas o malas notas, fuésemos alumnos excelentes o pésimos alumnos, el padre Riudavets era nuestro enemigo. Él lo sabía, y le gustaba. Le gustaba ser nuestro enemigo.

—Yo quiero superhombres, señores, no quiero desechos humanos. El curso que viene, cuando estudien a Nietzsche, ya me entenderán. A ver, Montaner...

Y Montaner se levantaba, también muy pálido, aunque Montaner sabía que iba a tener buenas notas; Montaner sabía que aquel mes llevaba un promedio de notable y que como mínimo Mención en el boletín, con hojas de laurel, y yendo bien, tal vez Distinción, con orla neoclásica. Pero Montaner se levantaba de su asiento como si fuera a suspenderlo todo y hacía como que miraba a los ojos del padre Riudavets, que era lo que exigía el padre Riudavets, pero Montaner miraba un poco más arriba; Montaner miraba la pizarra negra, como todos nosotros al oír nuestro apellido: mirábamos a la pizarra negra pero parecía que mirábamos a los ojos del padre Riudavets.

Y a los que teníamos buenas notas, el padre Riudavets nos despachaba en pocos minutos —Planas, Laureada; Ridorsa, Laureada— con cara de circunstancias, como si pasara por un trance desagradable, pero cuando vislumbraba en aquel libro de siniestras tapas metálicas una presa herida donde morder y no soltar, al padre Riudavets se le estiraban las comisuras de los labios y todos veíamos unos colmillos blancos que brillaban bajo la piel pastosa del padre Riudavets.

—A ver, Salom, levántese. Levántese, hombre, que lleva usted un curso estupendo. Qué meses lleva usted, Salom, a ver si en éste nos superamos.

Y giraba la página y la piel se le volvía más pastosa y los colmillos le brillaban con más fuerza y entonces susurraba con voz muy ronca:

—Claro que nos superamos; vaya si nos superamos, Salom, es usted un fenómeno. Vamos a ver, Religión, un cuatro, un chirriante cuatro... Salom, Salom... ¿De dónde sale usted, Salom?, ¿de las filas de Atatürk o de las hordas de Atila? Es usted una desgracia humana, Salom, un cuadrúpedo enfermo, Salom, mire que sacar sólo un cuatro en Religión... ¿Por qué no un dos, Salom, o un unito, hombre, un unito, que abulta menos, hombre, que cuesta menos esfuerzo? Éste debe de ser el primer cuatro de su vida, supongo. Le quedan pocos días de vida en este colegio, Salom: es usted una deshonra ambulante.

El padre Riudavets lo decía así: le quedan pocos días de vida, Salom, y Salom sí lloraba, Salom se echaba a llorar sobre el pupitre, tapándose nariz y boca con las manos, y entonces el padre Riudavets decía: «¿Quiere un pañuelo, señor Salom? ¿O debo llamarle señorita?».

Y después de Salom, venía Stein.

—Tiene usted Laureada, Stein. Enhorabuena.

Y Stein oía Laureada como quien oye llover, con la vista clavada en las ventanas donde la lluvia desfiguraba los árboles del patio, y una sonrisa fría, una sonrisa que alteraba casi imperceptiblemente los resortes del hierático padre Riudavets, como si Stein supiera que tras el hielo del padre Riudavets se agazapaba un maniquí de barro, tan pastosa era su cara. Y Stein miraba la lluvia y sonreía, y el padre Riudavets le decía, siéntese Stein, y el eco de este «siéntese Stein» sonaba entre las blancas paredes de la clase a «ya le atraparé otro día Stein; nos queda tiempo. A los dos nos queda mucho tiempo por delante».

Mi abuelo no daba importancia a las notas. Mi abuelo consideraba lo más normal del mundo que yo tuviera buenas notas. Pero aprovechaba el día de la entrega del boletín de notas para hablarme de otras cosas. Me esperaba sentado a la mesa de su despacho, bajo las panoplias con sables, pistolones y gumías, revolviendo los cajones, haciendo como que revolvía sus cajones, que eran imposibles de revolver porque estaban más ordenados que las cajetillas de tabaco en un estanco. Y de los cajones aparecía un ventilador mecánico de carey, un pequeño ventilador de mano que mi abuelo usaba en verano, un reloj de bolsillo, algunas fotografías de la campaña de África, algunas fotografías de cuando él estuvo luchando en África y defendió una plaza durante cinco meses, el fuerte de Tizzi-Asa, del asedio de las cabilas de Abd el-Krim. Siempre aparecían las mismas cosas en las manos de mi abuelo y yo sabía que cuando me esperaba sentado a la mesa de su despacho y aparecían el ventilador de mano, el reloj de oro y las fotos de Marruecos, mi abuelo quería decirme algo, aunque hiciera como si estuviera ordenando sus cajones, sin dar ninguna importancia al número de notables y sobresalientes escritos con tinta negra en las páginas selladas de mi boletín azul.

—A tu abuela no le gusta que vayas a casa de los Stein. A mí me da igual, todo lo que tiene que ocurrir en esta vida acaba ocurriendo. Y además, tengo confianza en ti: no me has defraudado nunca. Pero los Stein no son como nosotros, dice tu abuela; en realidad tu abuela dice que son todo lo contrario de lo que somos nosotros y ya sabes que tu abuela siempre tiene razón.

Yo no entendí ninguna de las palabras de mi abuelo. Llegué a pensar incluso, sentado ante la librería acristalada del despacho de mi abuelo, que mi abuelo me estaba planteando un misterioso jeroglífico, del que no podría entender nada hasta que resolviera todas sus claves. Y que mi abuelo lo sabía, que mi abuelo lo hacía a propósito para comprobar la inteligencia de su nieto, más allá de los números escritos en un boletín azul. Pero también pensé en la palabra Stein en el fumador de casa mientras cenábamos, en cómo Stein me había parecido una palabra tan siniestra como el silbido de una cobra y no porque yo pensara que era una palabra siniestra el

apellido de Stein, no, sino porque mi abuela estaba pensando en Stein como un peligro siniestro y me lo había comunicado por medio de esos hilos invisibles a través de los cuales, las personas de una misma familia acaban pensando siempre lo mismo.

—Ha llegado una postal de tus padres —me dijo mi abuelo cerrando los cajones de la mesa de su despacho—. Está sobre la chimenea del comedor.

Fui corriendo a buscarla. Era una vista de Buenos Aires tomada desde un aeroplano; eso decía al dorso: Vista de Buenos Aires tomada desde un aeroplano, pero no leí nada más; no leí la letra picuda de mi madre, la letra escrita por mi madre en el bar de algún hotel de Buenos Aires. Y añadí la ciudad de Buenos Aires al rostro de mis padres. Como si añadiera una arruga al rostro de mis padres. Por primera vez en mi vida, como si les añadiera una arruga.

—El Congreso de Viena. Hoy hablaremos del Congreso de Viena, del funeral de la Europa napoleónica; un funeral de costumbres muy livianas, por cierto, de costumbres perversas incluso, aunque dirigido por un hombre admirable: el canciller Metternich. A ver, Ridorsa, explíqueles a sus compañeros los astutos manejos del príncipe de Tayllerand, esa sabandija franchute, y la estrategia del canciller frente a sus sucios manejos...

Yo era el secretario del padre Ribas, nuestro profesor de Historia. Yo era cónsul de Historia y, por tanto, me correspondía a mí ser el secretario del padre Ribas. Porque el padre Ribas necesitaba secretario. «A mí, en este colegio —decía—, hasta mayordomo deberían ponerme». Y el secretario; es decir, yo, ponía las notas a mis compañeros, unas notas que el padre Ribas iba musitando con voz gutural en un complicado sistema de naumaquias. Eso dijo el primer día de clase.

—Caballeros —el padre Ribas siempre nos llamaba caballeros—, a mí me gustan las naumaquias. Y a ustedes, que están a mi cargo, no les queda más remedio que gustarles las naumaquias. A lo largo del

curso cada uno de ustedes tendrá una flota: dos galeones, cuatro goletas y cinco faluchos. El día que yo les hunda la flota (y se la hundiré poco a poco si no responden correctamente a mis preguntas) estarán perdidos. Per-di-dos, ¿me oyen? Pasarán directamente a las catacumbas: a las ca-ta-cum-bas. R. I. P., estarán ustedes muertos y los peces les comerán los ojos. Hasta septiembre, que si estudian, a lo mejor resucitan y pueden gritar tierra a la vista.

Yo conservaba íntegra mi flota, pero era de los pocos. El padre Ribas parecía el comandante de un submarino causando más estragos en el Atlántico que el iceberg que hizo naufragar al Titanic.

—Húndale el falucho que le queda al percebe de Prim, húndaselo. Con ese apellido, Prim, y no saber nada sobre Amadeo de Saboya... ¿A qué se dedica usted, Prim? ¿A la pesca? Pues ahora va a ver los pececitos de cerca. Verá qué monos son los pececitos de cerca, con sus escamitas y su boquita de estúpidos. No sé a quién me recuerdan, Prim, con esa boquita de estúpidos que tienen los pececitos.

Y yo hundía el último falucho que quedaba en el tarjetón naval de Prim. Lo hundía y no disfrutaba hundiéndolo pero tampoco padecía en lo más mínimo. Las reglas del juego de la naumaquia eran iguales para todos y en los apuntes del padre Ribas, Amadeo de Saboya se despachaba en tres líneas: no era difícil. Ni para Prim, ni para nadie. La historia moderna de España no era difícil para nadie, porque al padre Ribas no le gustaba la historia moderna de España, pasaba de puntillas por ella —cinco líneas para las guerras carlistas, siete para la de la Independencia— como si pasara por encima de un escenario vergonzoso.

—Si por lo menos se hubieran unido España y Portugal; entonces sí —decía el padre Ribas—, pero así como fueron las cosas, a partir del dieciocho un desastre, créanme. Qué gran error el de Felipe II, no trasladando la capital a Lisboa...

La tarde del Congreso de Viena, el padre Ribas estaba muy nervioso. Miraba al techo constantemente y se pasaba la mano derecha sobre las gafas, se pasaba la mano sobre las gafas como si tuviera telarañas delante de las gafas. Yo estaba hablando del papel

de la policía secreta de Metternich en el congreso cuando el padre Ribas me interrumpió.

—Pare, Ridorsa, pare. ¿No ve las grietas del techo?

Yo miré hacia arriba: no había ninguna grieta en el techo. Puse cara de circunstancias.

—¿Cómo, Ridorsa, no ve usted las grietas que nos amenazan? Debe usted ir al oculista, caballero. Y los demás, ¿no ven las grietas? Este techo va a desplomarse sobre nuestras cabezas. Tenemos que cambiar inmediatamente de clase.

El padre Ribas se quedó como hipnotizado, mirando al techo.

—Esto es un sabotaje —gritó de repente, golpeando la tarima con el zapato—, un sa-bo-ta-je. Y yo sé quién es su autor. Riudavets; el anarquista es Riudavets.

Empezamos a mover el libro, los cuadernos y los bolígrafos, mirándonos estupefactos; no sabíamos qué hacer mientras el nombre del Padre Prefecto retumbaba bajo el techo agrietado del padre Ribas, reo de su repentino delirio.

—No, si ya no sabe qué maniobra tramar para hundirme, este bergante de Riudavets. Jamás ha soportado a los aristócratas del espíritu como yo. Quiere liquidarnos uno a uno el maldito jacobino. Aunque en esta comunidad de plebeyos va a tener poco trabajo: sólo a mí me tiene enfrente. Pero me defenderé: Ridorsa, avise a los bomberos.

Y mientras decía que yo avisara a los bomberos, el padre Ribas se ocultó debajo de la mesa. Escondido debajo de la mesa, empezó a rezar el *Confiteor Deo*.

Stein se levantó del pupitre y se acercó a Fortuny. Le dijo algo al oído. Stein susurró una frase al oído de Fortuny como si Stein fuera Palou, como si Stein fuera nuestro capitán y no Guillermo Stein, el que llegó a mitad de curso. Y a Palou no le pasó desapercibido el gesto de Stein, pero Palou hizo como si le pasara desapercibido. Fortuny, que era nuestro delegado de curso, se levantó y salió del aula. A los pocos minutos regresó con el Padre Prefecto y el padre Laval. Cuando el padre Ribas oyó la voz de Riudavets, salió de debajo de la mesa, gritando.

—Va a pagar por esto, Riudavets. Esta misma tarde hablaré por teléfono con el Padre General. Y se van a enterar hasta en el Vaticano, Riudavets, hasta en el Vaticano. Está usted acabado, Robespierre de poca monta. Si no llego a darme cuenta, desgracia usted la vida de mis muchachos.

No volvimos a ver al padre Ribas y ninguno de nosotros volvió a hablar del súbito desvarío del padre Ribas. Ni siquiera Prim, a quien el padre Ribas tenía ojeriza y le había hundido la flota. Todos nosotros queríamos mucho al padre Ribas, el único profesor que nos llamaba caballeros y al que le gustaban las naumaquias. Por las mañanas, en misa, lo buscábamos en el coro; mirábamos hacia el coro por si veíamos al padre Ribas entre las manos y los rostros de cera de aquellos que esperaban la muerte sentados en el coro. Pero ya no volvimos a verle: por el coro se paseaba el padre Riudavets, tomando nota de los que hablaban en misa.

Aquel año todos aprobamos la asignatura del padre Ribas: incluso Prim, a quien no le quedaba ya ningún barco. Nadie suspendió la asignatura del padre Ribas, al que llamábamos Hiro-Hito y aún no sé por qué le llamábamos Hiro-Hito, porque el padre Ribas no se parecía a Hiro-Hito. Pero cuando desapareció del colegio jamás volvimos a hablar de él como del emperador Hiro-Hito.

El día en que el padre Ribas perdió la razón, vimos al padre de Stein. Fue Planas, a la salida del colegio, quien lo dijo. Como si disparase una pistola. Su frase sonó a un seco pistoletazo bajo la lluvia:

—Éste es el padre de Stein.

—¿Y cómo sabes tú que éste es el padre de Stein?

—Lo sé y basta, créeme. Ya os explicaré —contestó Planas.

Los tres esperamos a que el padre de Stein acabara de fumarse su cigarrillo frente a la iglesia del colegio. El padre de Stein llevaba una gabardina de piel negra y unas botas de alpinista, unas botas marrones con suela militar y hebillas, las botas que yo oí mientras

estaba en su despacho. Era grande y fuerte, muy alto, pero los rasgos de su cara eran los rasgos más difíciles de retener que haya visto en mi vida. Aún hoy no sabría describir los rasgos de la cara del padre de Stein, ni el color de los ojos, ni si tenía bigote o no, o si llevaba un bigote que no parecía un bigote. Planas se fijó en lo mismo que yo.

—Es el hombre del rostro invisible —dijo Planas.

Cuando Stein salió del colegio se dirigió hacia él, pero Stein hizo como si no lo viera. Retiró la cadena de la rueda trasera de su bicicleta y la metió en su maletón de piel de cerdo, el maletón que tenía una mancha como el mapa de África y parecía el viejo maletón de un profesor y no la maleta de un alumno. Entonces el padre de Stein agarró a Stein por el hombro, cuando Stein iba a montar sobre su bicicleta. Casi se cayó, Stein, cuando su padre lo cogió por el hombro. Cruzaron unas palabras y a Stein se le veía molesto, como si le diera vergüenza que alguien pudiera verlo en la calle hablando con su padre. Jiménez dijo:

—¿Y si no es su padre? Puede ser un desconocido que esté amenazando a Stein.

—Es su padre, Jiménez; os digo que es su padre. Lo sé, he visto su fotografía entre los papeles de mi tío Raimundo —contestó Planas.

Y Stein empezó a pedalear bajo su impermeable colorado y el hombre que Planas decía que era el padre de Stein se dirigió hacia nosotros a grandes zancadas. Pasó a nuestro lado, el padre de Stein, sin vernos, sin echarnos una mirada de reojo siquiera. Lo seguimos. Pero la persecución no era como las demás, no era como otras en las que inventábamos una historia al perseguido, sino que en ésta esperábamos que el perseguido nos diera las pistas de su propia historia. Y yo pensaba en Boris Negresco, Abogado; en Boris IV, Rey de Galitzia; en las palabras de Planas: «He visto su fotografía entre los papeles de mi tío Raimundo», porque aquellas palabras eran la señal que indicaba que Planas ya estaba redactando su informe sobre Stein.

El padre de Stein se detuvo cinco calles más arriba, ante una relojería. Entró. Era una relojería que nosotros conocíamos porque

siempre estaba vacía y en el escaparate tenía una extraordinaria colección de antiguos relojes de bolsillo, relojes con esferas de todos los colores, viejas esferas esmaltadas que sobre el tapete de terciopelo verde parecían un atolón del Pacífico en miniatura, un luminoso archipiélago perdido en el océano. Nos gustaba mucho el escaparate de la relojería Osiris. Pero aún nos gustaba más su dueño, un hombre malhumorado que siempre nos echaba a gritos del escaparate. Salía a la calle, en mangas de camisa, con un aparato tubular en el ojo izquierdo, un tubo de baquelita con una lente que le agrandaba el ojo izquierdo, y dos brazaletes metálicos en el antebrazo que le sujetaban las mangas, y gritaba que nos marcháramos: «Iros a vuestra casa, bereberes, iros con vuestros padres y dejadme en paz; me tenéis harto», decía el relojero. Y gritaba la palabra «bereberes» en un tono muy grave, como si cantara ópera con voz temblona en una cueva subterránea.

La tarde en que el padre Ribas se volvió loco el relojero no gritaba. Estaba muy pálido escuchando al padre de Stein, que agitaba unos papeles con sellos de lacre y cintas azules ante el polifémico ojo vítreo del relojero. Cuando el padre de Stein entró en la tienda, el relojero echó las cortinas del escaparate, unos visillos amarillentos que colgaban de una barra de latón mugriento, pero la lámpara encendida del interior nos permitía ver la escena con claridad.

—¡Lleva una pistola, el padre de Stein lleva una pistola! —gritó Jiménez.

Y Planas y yo también vimos la pistola. Una pistola plateada con cachas de nácar en la culata. La vimos durante unos segundos, porque de repente alguien apagó la lámpara y cuando se apagó la lámpara salimos corriendo. Salimos corriendo como si el padre de Stein nos hubiera amenazado con su pistola.

Ya no volvimos a ver al padre de Stein. Hasta que su fotografía no salió en los periódicos, ya no volvimos a ver al padre de Stein.

Lo que nos contó Planas:

«No he logrado averiguar de dónde viene Stein, pero sí que ésta no es la primera vez que el padre de Stein vive en nuestra ciudad. Ya estuvo antes, cuando la guerra. El padre de Stein no se llama Stein sino Piglia; se llama Fortunio Piglia y nació en Palermo, Sicilia. Es cierto que conoció al conde Ciano, tal como nos dijo Stein. Conoció al conde Ciano y a mi tío Raimundo, durante la guerra. El padre de Stein vino a la isla cuando la guerra; vino con los pilotos italianos que bombardeaban Barcelona. Pero él jamás bombardeó Barcelona, ni pilotó un avión».

Planas no dijo avión, Planas dijo Savoia Marchetti, porque Planas lo sabía todo acerca de la Segunda Guerra Mundial y eran los mismos aviones, nos dijo Planas, los que bombardearon Barcelona y los de la Segunda Guerra Mundial.

«Él jamás pilotó un avión porque pertenecía a los servicios secretos de Mussolini. A los servicios que actuaban en el exterior y dependían del conde Ciano. Eliminaban adversarios políticos exiliados en ciudades extranjeras y estudiaban posibles acciones bélicas en países vecinos. El nuestro, por ejemplo. El padre de Stein fue uno de los cerebros que planearon italianizar la isla, convertirla en una provincia de la Roma negra. Éste fue el motivo de que viniera disfrazado de piloto italiano, con su largo pañuelo blanco y su chaqueta de cuero negro, que es como está en la fotografía que encontré entre los papeles de mi tío Raimundo. Pero después se complicaron las cosas; la muerte de un miembro del consulado italiano o algo parecido, no he podido averiguarlo, y el padre de Stein desapareció. Se escondió en casa de mi tío Raimundo: se habían hecho muy amigos Fortunio Piglia y mi tío Raimundo. Me lo ha contado el hermano de tío Raimundo, Murat, vosotros lo conocéis».

Planas nos miró a Jiménez y a mí. Sí que conocíamos a Murat. Le llamábamos Murat porque en la calle hablaba con Murat y llevaba unos bigotazos enormes, «son bigotes de húsar napoleónico» dijo Jiménez la primera vez que lo vimos; además, blandía el bastón como si fuera un sable. El tío de Planas se llamaba Joaquín, pero le llamábamos Murat. Era cirujano, usaba pajarita y hablaba solo por la

calle: hablaba solo recitando las batallas de Napoleón: Jena, Austerlitz, Marengo..., y cuando llegaba a Waterloo bajaba el bastón y se detenía pensativo en medio de la calle. ¡Qué desgracia, amigo Murat, qué desgracia!, decía en voz más baja. Por eso le llamábamos Murat y lo seguíamos por la calle. Nos gustaba seguirlo por la calle, aunque a Planas no le gustaba tanto como a nosotros y enseguida apuntaba hacia otro objetivo: «Éste debe de ser un agente soviético», decía Planas. Y entonces dejábamos a Murat abatido en medio de la calle, como si la calle fueran las lomas de Waterloo.

«Mi tío Raimundo y el padre de Stein se fueron juntos al frente —continuó Planas—. Estuvieron en la batalla del Ebro los dos, con el agua llegándoles hasta la cintura durante semanas, y sin poder moverse de su posición. Cuando acabó la guerra regresó tío Raimundo solo, sin el padre de Stein. Hubo algo de un intento de compra de unas plantaciones en Filipinas, pero no he podido aclararlo. Me lo contó Murat, pero Murat es algo confuso contando anécdotas de su hermano. Tío Raimundo escribía sus cosas en unas agendas del Servicio Geográfico del Ejército. Todo esto lo he encontrado en una de sus agendas. Una en que la letra parece una caravana de hormigas: me ha costado mucho llegar a entenderla. Pero ya no sé nada más».

—Y su madre, ¿qué sabes de la madre de Stein? —le preguntó Palau.

—De su madre no sé nada. Ya sabéis que yo, sobre mujeres, no sé nada de nada —dijo Planas sonriendo.

Esto es lo que nos contó Planas, después de que Palau, en el patio, le dijera: «Desembucha Planas, que ya está bien de hacernos esperar. ¿Qué sabes del padre de Stein?».

Y el cielo parecía un paraguas negro, un paraguas negro que alguien hubiera acribillado con una metralleta, cuando Planas dejó de hablar.

Lo que respondió Palau:

«Me has decepcionado, Planas. No esperaba esta birria de ti. Tú sabes que ésta no es toda la historia del padre de Stein. Que hay más: mucho más. Y ese más que tú ocultas tiene mucho que ver con uno de nosotros. Con Ridorsa, por ejemplo. Y también contigo».

Y Palou me miró. Me miró como diciéndome: espera y verás, tan amigo de Planas, tú, tan amigo de Planas y mira luego lo que pasa con Planas.

«Es cierto lo del padre de Stein, es cierto lo del conde Ciano y sus planes de opereta bélica, con desembarcos en la isla y toda la faramalla. Pero hay más. No has contado cómo el padre de Ridorsa, que también trabajaba en el consulado italiano, descubrió que el padre de Stein, o sea Fortunio Piglia, y tu tío habían sido los matones que se cargaron al secretario del consulado, un sospechoso, ese secretario, y a tu tío y al padre de Stein se les fue la mano, un asunto turbio, algo de apuestas y garitos clandestinos, no sé, y después le cargaron el muerto al padre de Ridorsa, don Paolo. Denunciaron a tu padre, Ridorsa, entonces era muy fácil denunciar a alguien y tu padre acabó en la cárcel. Pero tu tío Federico pudo intervenir, arreglar las cosas y lo sacó de la prisión, pagando, claro. Tu tío Federico tenía cierta influencia sobre las autoridades del nuevo régimen. Pero aun así costó mucho dinero; le costó la herencia a tu abuela, que fue a parar en gastos de armamento, supongo, la guerra y todo eso. Lo que no debió contrariar en exceso a tu tío Federico porque le supuso quedarse con vuestra finca de Masvern y gozar de más influencias todavía. Lo de tu padre se arregló y pudo normalizar su vida, pero ya nada fue como antes. Estuvieron viviendo en Madrid algunos años, cuando acabó la guerra, negocios de importación de productos argentinos, creo. Y poco antes de nacer tú regresaron. Habían hecho mucho dinero y creyeron que ese dinero sería un baluarte ante la infamia. Tu madre lo intentó, vivir aquí otra vez, pero no aguantó más de diez años. No pudo soportarlo. A los diez años se fue. Se fue porque no podía soportar las miradas por la calle, los comentarios; no podía soportar que no la invitaran a las fiestas, a ella, que siempre fue la protagonista de todos los saraos de antes de la guerra; no pudo soportar que todo el mundo la soslayara cuando iba de visita y siguieran pensando que tu padre,

Ridorsa, era un criminal. Que tu padre, que no era un criminal, fuese un criminal, era insoportable para tu madre. Y que tú, al crecer, tuvieras que pagar por ello también. Y mientras tanto, Planas, tu tío Raimundo, tan fresco. Nadie se creyó que tu tío Raimundo, de tan buena familia, un poco crápula sí, pero quién no lo fue en aquella época, hubiese podido cometer semejante desfachatez: acusar a un inocente. No: tenía que ser Paolo Ridorsa, que era extranjero y había cometido el pecado de casarse con una de las mujeres más guapas de la ciudad: tu madre. Tenía que ser Ridorsa, que por algo no era de aquí, que por algo era un italiano que no vivía en Italia. Y cuando murió tu tío, Planas, no pasó nada: unas líneas en el periódico y sus recuerdos de la campaña de Rusia. No hay como ser alguien para falsear la propia vida y la propia muerte, si viene al caso. Esto me ha dicho siempre mi padre, que está muy acostumbrado a tratar con cadáveres. Pero ya te contaré, Planas, ya te contaré algún día de qué murió tu tío; o mejor, por qué mataron a tu tío, al héroe de la campaña de Rusia: un vulgar estraperlista que acabó contrabandeando con medicamentos. Ya os contaré algún día.

»En cuanto a Stein, el silencioso Stein no tiene madre porque su padre se la jugó en una apuesta, hace dos años. ¿Os lo imagináis? Como si fuera un barco o una casa: se la jugó. Fue en un casino de Francia y la perdió ante un jeque árabe, un petrolero de esos que ahora pululan por el mundo cargados de dólares. Por eso ella abandonó al padre de Stein y a los hijos del padre de Stein. Si buscáis en el pupitre de Stein hallaréis una fotografía de su madre. Está en uno de sus cuadernos rojos. También era muy guapa, la madre de Stein. Casi tanto como la tuya, Ridorsa».

Y Palou calló. Por fin Palau calló. Ninguno de nosotros había dicho ni una sola palabra mientras Palou estuvo hablando. Todos sabíamos que Palou no mentía. Palau era sobrino de un canónigo de la Curia e hijo del inspector-jefe de la policía secreta, la BIS, y cuando nos contaba algo, todos sabíamos que nos estaba contando la verdad. Por eso me abalancé sobre Palau, nuestro cónsul de Matemáticas. Por primera vez en mi vida sentí la necesidad de matar. Quise matar a Palau. Y Palau me dio un golpe en la cara que me hizo caer al suelo. Y cuando vi que Palau venía hacia mí diciendo «ya te dije que

los tipos como Stein rompen el equilibrio» tuve miedo. Y no supe si tenía miedo de Palou, de lo que había contado Palau, o si tenía miedo de haber sentido la necesidad de matar, pero lo que sí supe es que ya siempre tendría miedo y pensé en mis padres, no sé por qué, pensé en mis padres y pensé que jamás habían estado a mi lado, que yo jamás había conocido a mis padres y que por eso tenía miedo, que por eso siempre tendría miedo. Entonces sonó el silbato.

El padre Laval hizo sonar su silbato cromado anunciando el fin del recreo.

A la mañana siguiente me vino a buscar tío Federico en su Buick Roadster color verde oscuro. No conducía Francisco: conducía tío Federico y el coche apestaba a humo de toscano. Tomó la carretera en dirección a Masvern. Apenas dijo nada durante el camino: que si este año la uva y los higos iban a ser una porquería, con tanta lluvia; que se iba a desperdiciar la cosecha de almendras; que su perra Estrella había tenido cuatro cachorros y que Francisco le estaba fastidiando el cambio de marchas. «Va mucho más duro; este ganapán acabará destrozándome el coche», dijo. Pero no volvió a abrir la boca salvo para expulsar el humo de su cigarro.

Yo contemplaba el movimiento de los limpiaparabrisas e intentaba sincronizarlo con los plateros que flanqueaban el camino. La lluvia formaba una película irisada en los cristales, una película como las lágrimas de mi abuela la noche anterior, cuando yo llegué del colegio y mientras cenábamos en el fumador les conté una parte de lo que había oído en el patio del colegio. Una parte tan sólo, ya que todo no me atreví a contarlo. No me atreví o no pude contarlo. Y mi abuelo no dijo nada, pero mi abuela, con los ojos como la película irisada del parabrisas, se levantó de la mesa y le dijo a mi abuelo:

—Esto tiene que acabar de una vez por todas. Voy a llamar a Federico.

Y cuando acabé de cenar me fui enseguida a la cama. Me fui a la cama con la culpa a cuestas, con la sensación de ser culpable de

haber cruzado un umbral infranqueable, y cogí la caja donde guardaba las postales de mis padres y miré aquellas calles que me sabía de memoria, aquellas calles que sabían más de mis padres que yo mismo. Hasta que me dormí. No sé cuánto tiempo había pasado desde que me dormí, pero noté cómo mi abuelo entraba en la habitación, retiraba las postales de la colcha, apagaba la lamparilla de noche y se quedaba sentado, contemplándome desde la otra cama de mi cuarto, contemplándome mientras yo, medio dormido, pensaba en Paula Stein.

A la mañana siguiente me vino a buscar tío Federico en su Buick Roadster color verde oscuro.

Cuando llegamos a Masvern entró en su despacho, una gran sala situada al entrar en la casa, a mano derecha. Salió con dos escopetas de caza.

—Hoy tú y yo nos vamos a cazar —me dijo, mientras me daba la más pequeña de las dos, una escopeta de cañones muy estrechos con una culata muy lustrosa, una culata tan pequeña que parecía la culata de una espingarda—. Dieciséis milímetros, muchacho —me dijo tío Federico—, no habrá torcaz que se te resista.

Y empezamos a andar. Encendió un toscano y nos pusimos a andar en silencio. Anduvimos durante dos horas sin decirnos nada. Ambos sabíamos que no íbamos a cazar: con la lluvia que estaba cayendo era imposible que volaran ni las hojas. Al cabo de dos horas nos refugiamos en una caseta de carbonero, bajo las encinas. Tío Federico encendió otro toscano, dejó la escopeta en el suelo y empezó a hablar. Fue la única vez en mi vida que oí a tío Federico hilvanar más de tres frases seguidas.

—Muchacho, el mundo de los adultos es una porquería. ¿Por qué te crees que vivo aquí, sin ver a nadie excepto a mi padre, que no es nadie, porque mi padre es un vegetal con ojos, prismáticos y bailarinas de Berlín, pero un vegetal? Porque el mundo de los adultos es una porquería. ¿Por qué te crees que tus padres viajan de ciudad en ciudad, sin detenerse en cada ciudad más de tres meses? Porque el mundo de los adultos es una porquería. Si no eres sucio, el mundo de los adultos te ensucia; si no estás lo suficientemente sucio, intenta ensuciarte un poco más. Esto es el mundo adulto y lo

demás son monsergas, créeme. Tú vives en el mejor de los mundos: por un lado el colegio, donde no hay adultos, porque aún no he conocido a ningún cura que sea adulto: ¿cómo van a serlo, alejados como están de las mujeres y rodeados de jovenzuelos todo el día?; es imposible; y por otro, tus abuelos, que son mayores y por eso mismo ya no son adultos. Y además, te quieren. Es muy difícil que le quieran a uno entre adultos, ¿sabes? Todo funciona por intereses, tú me das, yo te doy, a ver qué puedo sacarle a este idiota y dale que te pego, un palo todos los días, cuando no son dos. Todo funciona a base de intereses, envidia y vanidad: el resto se considera o bien oficio de tontos o una completa pérdida de tiempo. Y no hablemos de cuando los tiempos se ponen turbulentos. Tú no estás solo, muchacho; no creas que estás solo: sería un error. Y además, eres inteligente. Pero solamente depende de ti que el mundo de los adultos no te meta en su barrizal. Únicamente va a depender de ti durante toda tu vida. Olvídate de lo que te han contado y deja que los demás achiquemos el barro. Y ahora dispara, dispara al aire, a los árboles, adonde quieras. Ten y dispara, muchacho, te aliviará; no sabes cómo alivia disparar.

Y tío Federico abrió el zurrón y me entregó un puñado de cartuchos.

Empecé a disparar. Disparé y disparé hasta perder la cuenta del número de disparos y el olor a pólvora fue excitándome poco a poco hasta que me puse a llorar. Hasta que tiré la escopeta al suelo y me eché a llorar como no había llorado nunca, abrazado a mi tío Federico. Allí, los dos abrazados bajo la lluvia y las encinas, sabiendo tanto él como yo que ya era imposible olvidarse de todo lo que había oído.

Faltaban pocas semanas para finalizar el curso y la lluvia amainó. De vez en cuando caía un aguacero, después clareaba, y al cabo de unas horas caía otro aguacero; pero llovía mucho menos. La ciudad se llenó de pájaros. Quiero decir que los pájaros volaban, piaban en

el alero de los edificios y cantaban en los árboles; dejó de ser la ciudad sin pájaros; por primera vez en muchos meses volvió a ser una ciudad con sol y pájaros. Hubo alumnos que empezaron a venir al colegio en bicicleta. Por la estrecha calle adoquinada que conducía hasta las puertas del colegio volvieron a oírse los timbres del manillar, los frenos como apagadas sirenas de muelle, el renqueante sonido de las cadenas al pedalear hacia atrás. Hablábamos más alto en la calle, hablábamos en la calle como si estuviéramos recitando en un teatro al aire libre. Y Stein, de repente, dejó de asistir a clase.

Nadie preguntó por él. Desde el día de la pelea con Palou apenas si mirábamos a Stein. Y ninguno de nosotros sabía si no mirábamos a Stein porque Stein se había convertido en un apestado, o porque sentíamos vergüenza de nosotros mismos al mirar a Stein, ya que éramos nosotros los que nos sentíamos apestados por lo que había pasado y evitábamos mirar a Stein, para no contagiarlo. Ninguno de nosotros lo sabía. Y él hizo como si no se diera cuenta de nuestra actitud: continuó sonriendo con la misma sonrisa que el primer día, cuando llegó al colegio en bicicleta a mitad de curso, en un curso en el que ninguno de nosotros iba al colegio en bicicleta.

El día en que Stein dejó de venir al colegio Jiménez trajo un periódico y lo dejó sobre mi pupitre. Era muy extraño ver un periódico en clase. Ninguno de nosotros llevaba nunca dinero en el bolsillo y menos aún para comprar un periódico, algo que se tenía en todas las casas, que se leía en las casas y no en el colegio.

—Página 12, Ridorsa, lee la página 12: sección de sucesos —me dijo Jiménez en voz baja.

Y abrí el periódico por la página 12. El padre de Stein me miraba desde una borrosa fotografía de la página 12; los rasgos desdibujados del rostro del padre de Stein hacían más borrosa aquella fotografía borrosa. Leí el titular: «Detención de un falsificador internacional». «Ha sido detenido en nuestra ciudad el súbdito italiano Fortunio Piglia, alias Boris Negresco, quien también se hacía pasar por el rey Boris IV de Galitzia, una provincia del antiguo imperio austrohúngaro, hoy integrada en la república comunista de Polonia. El malhechor, que ha sido detenido junto con su compinche de fechorías, el súbdito español B. B. F., de profesión

relojero, falsificaba títulos nobiliarios de las coronas centroeuropeas, hoy exiliadas en Madrid a causa de la instalación en sus naciones del cruel y ateo sistema comunista. Alertadas las secretarías particulares del Rey Leka de Albania, el Zar de Bulgaria, el Rey de Montenegro y el Rey de Rumania —cuyas residencias se encuentran ahora en Madrid, bajo el manto protector de Su Excelencia el Generalísimo Don Francisco Franco Bahamonde, quien ha añadido a la solera de la capital el encanto de una corte cosmopolita—, éstas intentan esclarecer el número de títulos falsos expedidos por el tal Fortunio Piglia. Unos títulos nobiliarios que, al parecer, gozaban de gran predicamento entre las fortunas hechas en años pasados con el estraperlo. El detenido se encuentra pendiente de que la Subsecretaría de Gobernación decrete, a través del Ilustrísimo Señor Gobernador Civil de la Provincia, su expulsión del territorio nacional, una expulsión que, según fuentes dignas de toda confianza, parece inminente. La policía continúa sus investigaciones a la búsqueda de posibles cómplices ocultos de esta trama criminal».

Cuando acabé de leer la noticia de la detención del padre de Stein, Palou me miraba desde su pupitre y en la mirada de Palou, durante unos segundos, vi la mirada de mi tío Federico en el encinar de Masvern, vi su mirada a través de la lluvia cuando me dijo: deja que los demás achiquemos el barro.

Aquella tarde me escapé del colegio. Fue la primera y la única vez que me escapé del colegio, para ir a casa de los Stein.

El barrio de los Stein olía a tierra mojada. Los jardines del barrio de los Stein eran una jungla contenida por los muros, una jungla que olía a tierra húmeda y a perfumes de jazmín y dondiego. Las puertas de casa de los Stein estaban abiertas de par en par. El mar era una balsa de tinta azul veteada por estelas de zumo de naranja. Un carguero, de casco rojo y negro, entraba en el puerto. Había muchos paquetes en el patio de azulejos de casa de los Stein. No se veían las macetas, ni el pozo, ni los bancos de ladrillos blancos con

estrellas amarillas. No se veían más que paquetes en el patio de los Stein. Entré en la casa.

Guillermo Stein estaba en la terraza de la sala, mirando la ciudad, el abanico de casas de una ciudad que le expulsaba como, según Palou, había expulsado a mis padres. Al oírme se dio la vuelta y entró en la sala. Se colocó en medio de los muebles y los cuadros amontonados en el suelo y envueltos en sábanas blancas. El mobiliario de casa de los Stein era ahora un mobiliario fantasma. Sólo el mar, a través de los ventanales, seguía adornando la casa de los Stein.

—Paula está arriba, en su cuarto —dijo—. Paula está arriba en su cuarto, ¿me oyes?, y yo no tengo ganas de hablar.

Guillermo Stein no sonreía. Guillermo Stein me miraba como quien mira a un invitado inoportuno, a un familiar desconocido que ha cruzado el Atlántico y que, después de los regalos y las formalidades del encuentro, no queda más remedio que aguantarlo en casa durante unas semanas, no queda más remedio que convivir con aquel extraño que dice que es pariente tuyo pero que no se parece en nada a los tuyos, durante unas largas, lentas y aburridas semanas.

Dejé a Guillermo Stein en la sala y subí al cuarto de Paula Stein. La puerta estaba entornada.

—Soy Pablo —dije—. Soy Pablo Ridorsa, ¿puedo entrar?

—Entra, por favor —contestó Paula.

Entonces oí su risa; oí sus risas y un golpe seco y noté cómo el agua empapaba mi ropa, cómo el agua caía sobre mi cara y empapaba mi ropa. Paula Stein había puesto un cubo lleno de agua sobre la puerta. Un cubo que ahora rodaba por el suelo de la habitación de Paula Stein. La miré, la miré a ella, que seguía riendo sobre el colchón de su cama y miré las cajas de cristal, las mariposas ordenadas por familias, aprisionadas por la muerte en éter, ahogadas por el éter y clavadas al corcho por un alfiler plateado.

—Estoy cazando elefantes, Pablo; estoy cazando elefantes tontos como tú y como la horrible gente de esta ciudad.

—Los elefantes tienen memoria —contesté—, por tontos que sean tienen memoria.

—Aquí nadie tiene memoria, Ridorsa. Tal vez tú seas el único que tenga memoria. Los otros están enfermos, padecen de amnesia. Viven en la amnesia y la amnesia es la que permite que continúen viviendo. Adiós, Pablo Ridorsa.

Entonces Paula Stein se levantó de la cama y me besó. Besó mi pelo mojado, besó mi cara y mis manos. Cogió mi cara entre sus manos y me miró como nunca me había mirado nadie. Y yo pensé que Paula Stein estaba loca, que Paula Stein estaba completamente loca. Y salí corriendo de su habitación, salí corriendo escaleras abajo y no le dije nada a Stein. No dije nada a nadie hasta que llegué a casa, donde tampoco dije nada. Y antes de ir a casa estuve paseando por el barrio de los cines y repasé sus nombres: Rívoli, Excelsior, Luxor, Rialto, Trocadero... Y los cines, con los letreros apagados, me parecían tumbas abandonadas, aquella tarde en que Paula Stein me besó, los cines me parecieron tumbas de una dinastía borrada de la faz de la tierra.

—Atención: en pie.

Todos nos levantamos del pupitre cuando el Padre Prefecto entró en clase con Stein. Los colmillos del padre Riudavets le llegaban hasta el cuello de la sotana. La blancura de los colmillos del padre Riudavets se confundía con la blancura del alzacuellos de la sotana del padre Riudavets. Stein llevaba un pequeño paquete en las manos, pero no sonreía, esta vez tampoco sonreía.

—Siéntense —dijo Riudavets—, no hace falta que nos reciban de pie. Esta vez no. Les deshonra a ustedes recibir de pie a un individuo como Stein, aunque vaya conmigo. Siéntense, sólo hemos venido a recoger sus cosas.

Y el padre Riudavets dijo sus cosas como si dijera la basura, como si dijera hemos venido a recoger la basura de Stein, siéntense ustedes y tápense la nariz, no vayan a oler mal, no vayan a ensuciarse. Y sonreía, el padre Riudavets sonreía triunfante mientras Stein recogía sus cosas y las metía en el maletón de piel de cerdo

que tenía una mancha que era el mapa de África. Sonreía como no había sonreído nunca cuando le leía las notas a Stein y decía «Laureada» y lo miraba como avisándole «ya le atraparé otro día, Stein, nos queda tiempo. A los dos nos queda mucho tiempo por delante». Y ese día había llegado, había llegado el día en que Riudavets se paseaba por la clase con su presa colgando de sus colmillos: con Guillermo Stein sangrando entre los colmillos del padre Riudavets.

Cuando Stein lo hubo recogido todo se acercó hasta mi pupitre y me dejó el paquete que llevaba entre las manos al entrar en clase. No dijo adiós a nadie. Ni a mí: no me miró, ni me dijo adiós; sólo dejó aquel pequeño paquete envuelto en papel de periódico sobre mi pupitre. Y yo lo escondí en el interior del pupitre, lo escondí como quien esconde una falta inconfesable, mientras Riudavets y Stein salían de la clase sin que ninguno de nosotros nos pusiéramos de pie.

Por la noche, después de cenar, me encerré en mi habitación y saqué el paquete de Stein de la maleta. Deshice los nudos del cordel y desdoblé el papel de periódico. Cogí el regalo de Stein entre las manos. El regalo de Stein era la placa ovalada de su bicicleta, la placa de porcelana blanca que llevaba un escudo con unicornios y flores de lis y un lema en latín y dos letras negras sobre el escudo, dos letras negras que decían CD. El regalo de Stein era el escudo del cuerpo diplomático de aquella nación cuyo escudo no figuraba en el Atlas Universal y que ahora supuse una invención de su padre. Leí el lema en latín: *Respicere aliena ducet secum desgratia*. Saqué el diccionario de la maleta y lo traduje sobre mi cama: «Mirar lo ajeno trae consigo la desgracia». Entonces vi llegar a Stein el primer día que vino al colegio; vi llegar a Stein con su impermeable colorado y su bicicleta negra, y vi sus jerséis de colores y sus ojos azules con pintas color caldero, sus ojos que me sonreían cuando yo espiaba las cosas de Stein, cuando yo espiaba cómo Stein iba introduciendo sus cosas en el pupitre que le había asignado el padre Laval a mitad de curso, cuando las lluvias caían con más fuerza y llegó al colegio Guillermo Stein en bicicleta e impermeable colorado.

Y puse la placa de Stein en la caja de metal donde guardaba las postales de mis padres.

El salón de actos del colegio estaba abarrotado. Recuerdo que hacía mucho calor, que siempre hacía mucho calor en el salón de actos. Sobre el escenario, una mesa cubierta por damascos rojos era la trinchera tras la que estaban parapetados el Padre Rector y el Padre Prefecto, Riudavets; la trinchera donde descansaban los méritos de un año custodiados por los mariscales de la plana mayor. Y detrás de ellos la bandera de la posición, la bandera de terciopelo pardo con el escudo y los blasones del colegio. El hermano Tello, de pie ante el micrófono, ejercía las funciones protocolarias. El hermano Tello tenía una pierna de acero de tres movimientos, y cada uno de los movimientos tenía una vocal diferente: si el hermano Tello se movía, en las primeras filas se oía clic-clac-cloc, se oían las tres vocales de la pierna del hermano Tello, pese a los pitidos del micrófono y el rumor de las conversaciones.

En los pasillos estábamos nosotros, los alumnos más distinguidos de aquel curso, los héroes de guerra perdidos en una barahúnda de estandartes y lábaros azules y rojos, Cartago y Roma, coronas de laurel, bandas, y medallas de oro, plata y bronce, que no eran medallas de oro, plata y bronce, sino medallas de fundición pintadas en oro, plata y bronce. Las de conducta eran delgadas pero macizas, una cruz redonda entre laureles; las de aprovechamiento eran más grandes y alargadas, pero estaban vacías por dentro y sonaban como las esquilas de las ovejas al chocar entre sí prendidas en la camisa. Era una paradoja que no llegué a entender, pues los jesuitas compensaban a menudo una mala conducta con el peso de una inteligencia brillante, la astucia en beneficio de la estrategia. El equilibrio natural de Palou, supongo.

Habíamos subido al estrado uno a uno, al oír nuestros dos apellidos seguidos por el nombre y el triunfo cantado por la voz del hermano Tello: ¡Príncipe de Historia!, ¡Cónsul de Matemáticas!, ¡Edil

de Latín!, ¡Emperador!, ¡Tribuno...! Cuando bajábamos del estrado nos aplaudían como si regresáramos de las campañas de Germania. Y ahora estábamos en la entrada del salón de actos, con lábaros y estandartes en las manos, romanos a la derecha y cartagineses a la izquierda, la bandera azul de Cartago a la izquierda, el rojo SPQR a la derecha. Y a la voz del hermano Tello empezaba el desfile, empezaba el desfile hacia el escenario, flanqueados por las filas de butacas y los ojos de nuestros padres, de los padres de los demás alumnos, quiero decir, porque a mí me miraban los ojos de mis abuelos.

Volvimos a subir al estrado formados en dos hileras y nos quedamos de frente, mirándolos a todos mientras aplaudían, mirándolos sin verlos, cegados por los focos, y con los ojos del padre Riudavets clavados en nuestra espalda; con la mirada de Riudavets esperando como Sila los idus de marzo, los idus que habían desterrado a Stein. Entonces sonaron los primeros acordes del himno del colegio y empezamos a cantar:

Nuestras islas son trozos de España,
son trozos de España,
lanzados al mar.
Son vanguardias de España hacia Oriente,
son naves que surcan
un mar imperial...

Y mientras cantábamos enfebrecidos por la música busqué a Stein en el patio de butacas; busqué a Guillermo Stein sabiendo que no estaba; lo busqué como el que busca la salida de incendios de un teatro en llamas, precisamente porque sabía que nunca más volvería a ver a Guillermo Stein.

Aquel verano los rusos invadieron Checoslovaquia y yo estuve con mis abuelos en Masvern. Nos invitó tío Federico y mi abuela dijo que sí. Por primera vez en veinte años mi abuela pisó la tierra y la casa de Masvern. Mi abuelo estaba indignado con los tanques bolcheviques por las calles de Praga, pero aún le indignaba más la proclamación de Macías como presidente de Guinea. «Cría cuervos: este hotentote nos hará salir por piernas, como si lo viera». A tío Federico le importaban un bledo las calles de Praga y los chamizos de Fernando Poo. Mi abuelo seguía las noticias en la radio de mi tío, que ya no se llamaba radio, sino transistor, y parecía una caja de puros envuelta en una piel marrón como cartón agujereado; parecía una caja de puros toscanos como los que fumaba mi tío Federico. En la logia, mi bisabuelo seguía sentado con los prismáticos colgados del cuello, pero por el horizonte de sus ojos ya no cruzaba ningún yate cargado con alegres bailarinas de Berlín. En sus ojos sólo habitaba una cortina líquida de color blanquecino y yo pensaba que esa cortina era la bandera que la muerte había instalado en el cuerpo de mi bisabuelo. Pero aquel verano fui muy feliz.

Aquel verano recibí la primera carta de mis padres. Fue mi abuelo, una tarde que había bajado hasta la ciudad aprovechando que tío Federico iba a visitar a su abogado, quien me entregó la carta de mis padres. Mi abuela estaba bordando un tapete para la capilla de Masvern cuando mi abuelo agitó la carta ante mis narices diciendo: «Tienes carta de Londres, mostrenco, tus padres están en Londres, a dos pasos de aquí». Lo primero que hice fue mirar los sellos; en uno estaba la efigie de perfil de la reina Isabel, en el otro me miraba un granadero de H. R. M., un granadero de uniforme rojo y gorro de piel de oso como los que yo recortaba en el despacho de nuestra casa, en el despacho de Vía Portugal número 12. Después la abrí.

Era una carta escrita en papel timbrado, en el papel de un hotel de Bloomsbury, el Fitzroy, no lo olvidaré nunca. Se podía leer con los dedos porque la letra estaba impresa en relieve: Hotel Fitzroy, Bloomsbury, London. La carta estaba escrita por mi padre. Era una carta fría y titubeante, con muchas idas y venidas, como si fuera una carta escrita a un desconocido, para pedirle un favor. Me resultó desagradable el tono de mi padre en esa carta. Pero lo importante

no era el tono sino la noticia de que iban a pasar por la isla en otoño, a mediados de noviembre. Aquel verano yo era muy feliz: cazaba con tío Federico, jugaba con sus perros, pescaba ranas en el torrente, nadaba en el estanque circular de Masvern e íbamos a misa al pueblo en el Buick Roadster conducido por Francisco. Todos nos miraban, en el pueblo, sentados en los asientos de cuero del Buick Roadster y tío Federico y mi abuela saludaban con la mano. Tío Federico saludaba igual que Franco; sólo le faltaba la Guardia Mora al Buick Roadster de tío Federico. Y en misa nos sentábamos en los sillones del coro, junto al altar: sólo nosotros nos sentábamos en el coro, junto al altar, y a mí me daba un poco de vergüenza estar ahí arriba, separado de los demás, pero miraba a mi abuela y a tío Federico y los dos ponían cara de que aquello era lo más natural del mundo.

Aquel verano yo fui muy feliz, y sentado en una de las mecedoras de la logia, con mis abuelos y mi bisabuelo, no supe dónde encajar esa pieza del rompecabezas. No supe en qué lugar de mi vida encajar la visita de mis padres. Entregué la carta a mi abuela, que había dejado de bordar porque le temblaban las manos; le temblaban las manos y le había pedido a mi abuelo que le trajera la botellita de Passiflorina, una botellita azul que mi abuela siempre llevaba en el bolso, junto al frasco que ponía Distovagal.

—Toma, abuela, guárdala tú.

Y le entregué la carta. Le entregué la carta, que se le cayó en el regazo de la falda y oí la voz de tío Federico que me llamaba desde abajo.

—Venga, muchacho, vámonos a pegar unos tiritos, que no hay nada para cenar. Y bájame un purete, que necesito carburante.

El sol caía sobre las montañas tiñéndolas de un color rosáceo, de un color como la esfera esmaltada de uno de aquellos viejos relojes de la relojería Osiris. Olía a mata y a palmito y al perfume dulzón de la higuera y la algarroba. Aquella tarde cacé un conejo y dos perdices. Y el verano fue apagándose poco a poco y mi bisabuelo fue apagándose con él. Lo enterramos a principios de septiembre: el sol caía a plomo en el cementerio de Masvern. Parecíamos

espantapájaros al sol, tan negros todos y con aquel calor. Y a la vuelta, tío Federico me regaló los prismáticos de mi bisabuelo.

—Toma —me dijo—, para que puedas llegar a ver tantas cosas como vio mi padre.

Después de la muerte de mi bisabuelo volvió a llover. Estaba acabando el verano y mis abuelos hicieron las maletas: había que regresar. Tío Federico salió a despedirnos con sus perros negros, que saltaban y saltaban a su alrededor y ya no me daban ningún miedo. Tío Federico salió a despedirnos y se quedó en el camino de las palmeras, se quedó de pie en el camino de los lanceros bengalíes, agitando la fusta como si nos fuéramos de viaje. Mis abuelos discutían: no lograban ponerse de acuerdo sobre los misterios del rosario. Fue la primera vez que oí discutir a mis abuelos.

Y mientras entrábamos en la ciudad y Francisco reducía las marchas del Buick Roadster de tío Federico pensé en Guillermo Stein como quien piensa en una sombra; me di cuenta de que no sabía nada de Guillermo Stein, de que ni Planas, ni Palou, aunque lo creyeran, tampoco llegaron a saber nada sobre Stein; y entonces pensé que la vida tal vez fuera eso, no saber nada de nadie: no saber nada de nadie, ni de uno mismo siquiera, y vivir como si supiéramos.

Mis abuelos continuaban discutiendo.

3

Cuando regresamos de Masvern, a finales de septiembre, me esperaba una postal de Paula Stein. Hoy estoy casado con ella.

Su hermano Guillermo murió en Fiumicino, aeropuerto de Roma, víctima del ataque terrorista de un comando palestino. Ocurrió en 1973 y tenía diecisiete años.

Nunca supe qué hacía Guillermo Stein en Roma.

La cámara de ámbar

1

—La muerte de Porfirio Rubirosa me impresionó. Tú naciste el día de la derrota de Dien Bien Phu aunque yo te conocí años después, el día en que murió Porfirio Rubirosa. En cambio yo empecé a morir el día en que Franco y Hitler se entrevistaron en Hendaya. Algún día lo recordarás: mi muerte empezó en aquel vagón en una vía muerta de Hendaya y tu vida la noche en que Rubirosa se estrelló contra un árbol del Bois de Boulogne, al volante de su descapotable...

Desde la ventanilla de mi camarote la ciudad parece cubierta por un velo amarillo. La ciudad parece de arena. La ciudad tiene el color de la resaca, el color del hígado cuando está enfermo, el color de una ciudad que ha maldormido, pues maldormir es uno de sus vicios, uno de los vicios de esta ciudad insomne que fue la mía.

Soy un hombre que regresa para recuperar la memoria. Para no perder del todo la memoria. Para no ser un hombre con guantes, con los recuerdos al otro lado de los guantes, sin poder tocarlos —eso pensé antes de decir en voz baja, empañando el vidrio del ojo de buey: soy un hombre que regresa para recibir una herencia, nada más—. Y el color del orín era el color de esta ciudad que no esperaba mi regreso... No por nada, sino por ser una ciudad que, precisamente, no espera ya nada y mucho menos el regreso de un muerto. Lázaro; o mejor, lazarillo de una sombra.

Yo siempre necesité marcharme para volver. Ahora lo sé. Siempre he necesitado marcharme para volver, pero no necesito irme por el mero hecho de irme, por el mero hecho de ir a algún sitio que no sea éste donde nací, sino precisamente para volver al mismo sitio, al lugar donde nací. Me voy para volver, me fui para volver y si no hubiera podido volver, nunca me hubiera marchado de esta ciudad; la ciudad flotante, la ciudad palafito, la ciudad que se levanta sobre un pozo negro: un pozo negro en el que también se hunde el origen de lo que soy, el centro de mi vida.

Mi vida. Supe que mi vida sería diferente a la de los demás en cuanto me di cuenta de que prefería los recuerdos al presente, la memoria a la vida, los museos que atrapaban la calle que la calle misma. Ésta ha sido mi vida; ésta es mi vida: vivir para recordar, porque sólo recordando me siento verdaderamente vivo. Y sólo al recordar comprendo el sentido exacto de lo vivido, como quien halla la pieza perdida de un gran puzzle. Siempre como si hallara la última pieza de un puzzle. Un puzzle inmenso, tan inmenso como un mapamundi, que aunque se vea muy pequeño en la página de cualquier enciclopedia nos parece inmenso porque es un mapa del mundo, un mapa que encierra el mundo entero. Porque yo no recuerdo sólo aquello que tengo conciencia de haber vivido: yo recuerdo el mundo, mi memoria es como ese mapamundi. Yo recuerdo muchas cosas que sé que es imposible que las haya vivido, pero las recuerdo como si las hubiera vivido, y algo en mi interior me dice que ese imposible no existe, que estoy recordando lo que viví en un tiempo que no recuerdo haber vivido.

Tal vez por eso la idea de irme siempre ha despertado en mí la idea de volver. Y nunca al revés. Tal vez por eso me hice escritor: para no perder la memoria. Tal vez por eso regreso ahora a hacerme cargo de la herencia de mi tío Nicolás Bemberg: para recuperar la memoria, para tocar los recuerdos como se toca un piano: sin guantes. Aunque los guantes estén muy cerca, tan cerca como suele estarlo el olvido.

Cuando tenía que hablar de mi ciudad y yo estaba lejos, acudía a las palabras de otros, a las ciudades de otros, a las canciones de otros. Todo era más fácil de esta manera. De Alejandría a Lisboa, de Lisboa hacia Alejandría; ahí, a medio camino estás tú, quebradiza sobre tus bases espectrales —Ungaretti— y otra vez te vuelvo a ver —Pessoa—, con el corazón más lejano, el alma menos mía... transeúnte inútil de ti y de mí, como quien reza una letanía; ¡mambo! ¿Mambo o tango?: de Ungaretti a Pessoa, qué vulgaridad, qué lástima que se pusiera de moda, piensas al cerrar la maleta. La moda es un lavado de cerebro que roba los recuerdos y los salda en unos grandes almacenes, al alcance de quien sea, tus propios recuerdos, cuando los tienes, al alcance del primero que pase, como una oferta de calcetines: compre un par y llévese tres.

El culo de mi Nora Barnacle, sí, o la boca de Wallis Simpson y las canciones de mi juventud: todo se resume en una luz color caramelo y en un buque desguazado, varado en los años sin navegar. Las horas resbalan en el horizonte mientras construyo una casa inacabable, a solas, una casa en la que no podré vivir. Una casa que ni siquiera sé si es mía; sólo sé que está desprotegida de la lluvia y las tormentas y que vivo en ella como si viviera en un cuarto de pensión: perdí mi casa y ahora construyo una casa inacabable cuyo precio es mi vida, un malentendido.

Creer que el tiempo se detiene al escribirlo es otra equivocación. Como creer que el arte hace más amable el paso del tiempo. Si es al revés, si es el paso del tiempo el que hace más amable el arte, despojándolo de aguas residuales, del culo de Nora y la lengua de Mrs. Simpson, de las canciones de una juventud que ya parece, de tan lejana, inventada. Y esa luz color caramelo, ¿dónde la viste? ¿En qué esquina de una calle desdibujada, en qué ciudad que no recuerdas, por mucho que te esfuerces, página tras página, como tantos de los que nada sabes tú y nada supieron otros? Un salón de madera policromada y volutas de pan de oro, un saloncito de

provincias, falso, donde ser un fantoche *alla maniera* de Goethe en Weimar, a la sombra de unas náyades desnudas. Qué no darías ahora por olvidarte, por olvidar aquella madrugada de diciembre, *It's all over now, baby blue*, *Suzanne*, *Heart of gold*, *Famous blue raincoat*, *Don't let it bring you down*, ja, todo eso; por olvidar los años más grises y los muertos, los que murieron en tu lugar para que tú no murieras y fueras su memoria a falta de una memoria propia: la que perdiste ya no sabes dónde. Por eso te es fácil hablar de ciudades brumosas, de edificios metafísicos con ventanas color caramelo y automóviles que no se detienen, por eso te es fácil hablar horas y horas, guacamayo sobre la tarima, como quien construye una casa, mientras ellos piensan en sus cosas, en las cosas que harán que ninguno de ellos pueda ser como tú.

El día en que mi tío Nicolás Bemberg me habló de la muerte de Porfirio Rubirosa no le entendí. De hecho no entendí nada. Un descapotable estrellado contra un árbol, Indochina, un vagón en una vía muerta, un play boy, un fúnebre iluminado que puso Europa patas arriba y un militar en cuyas filas había combatido el tío Nicolás. Circulábamos en un automóvil extraño. Recuerdo que la tapicería era de piel de cocodrilo y los cristales tenían una tonalidad verdosa, como de aguamarina. Parecíamos reptiles en un terrado. Eso pensé: el tío Nicolás tiene la piel de lagarto, parece un lagarto fumándose un puro y yo soy el sobrino de un lagarto, qué raro es ser el sobrino de un lagarto y sentarse sobre un cocodrilo muerto.

Los dedos del tío Nicolás eran sortijas: tenía las manos regordetas y cargadas de sortijas. Le gustaban los pañuelos y las sortijas, las chaquetas de cheviot y los galgos. Nicolás Bemberg apostaba a los galgos las tardes en que se enfadaba con el mundo y tenía un galgo ruso disecado en el desván. Se lo había regalado una actriz parisina, decía, allá por la primavera del cuarenta y uno, cuando la Ocupación. No pudo acostumbrarse al clima y murió. Pero vuelvo a Rubirosa y a Dien Bien Phu y a Hendaya, como quien vuelve a una

ciudad conocida que ha de darle la verdadera explicación de su vida. Como quien regresa a su ciudad natal y descubre que no recuerda el idioma que se habla en ella, que no recuerda cómo entender la única lengua que puede decirle quién es y de dónde viene. Sólo sabía que la muerte de Nicolás Bemberg había empezado en Hendaya y eso, a estas alturas del siglo, era la muerte más larga que se haya visto. Faltaba la herencia y en ella el nombre de Porfirio Rubirosa: una muerte instantánea. Al volante.

Nicolás Bemberg también murió al volante. Pero no conducía.

2

El mar es un bálsamo aceitoso. La suciedad del puerto modifica el mar. La rada es un campo oscuro de metales líquidos. El mar es una laguna de jarabe irisado, donde uno no acierta a ver su propio rostro, solamente su sombra y unas cáscaras de mandarina que flotan como peces muertos. Regresar es eso: pasear la sombra de un cuerpo que fue, de un rostro que es otro. Y hay una distorsión nerviosa en las imágenes, como si no encajaran, las de ahora y las de antes. Lo único que permanece inmutable es el punto de partida: el olor del barco, ese olor a pintura y fuel, a sarcófago de hierro que el aire no ventila, la magdalena que une el día de la partida con el día del regreso. Días que ahora reposan sobre la ganga mineral y el óxido ferruginoso del agua, días que son el eco de un teléfono sonando en un piso en el que no vive nadie.

Un año antes de morir tío Nicolás me había mandado un libro de autógrafos. Era uno de esos libritos que se pusieron de moda en los años treinta en cuyas páginas firmaban las visitas ilustres y los invitados a las fiestas de la casa. A veces he topado con alguno parecido en librerías de viejo: rastros, deseos incumplidos, apuntes de una historia inacabada. Estaba encuadernado en piel de serpiente y tenía un cierre de plata, un cierre de la época, de un cubismo incipiente, como las letras de la cubierta: Beryl Dawson, el nombre de su antigua propietaria. Recuerdo que cuando lo recibí busqué, entre dibujitos ingenuos, ripios y firmas picudas, la fecha del día en que nací: ahí estaba la firma de Nicolás Bemberg junto a una

anotación: Dien Bien Phu. Y al lado una retahíla de nombres escritos con estilográfica azul: Otto Glashoff, su esposa Helga, Hugo Montenegro, Carmen Manila, Rainer Grabowski, Eduardo Parma, Bruno Arqués el trompetista, Claudia Orlov —Orloff en páginas anteriores—, Jaime Caviedes, Lucía d'Alençon, Jacobo Blastein, Mauro Gálvez, Teresa Wilkins, Tico Morenés, Laura Glabber, Jean Valender y, al final, aquellas iniciales en tinta negra —B. N.— trazadas toscamente, como por una pluma rota al escribir.

Nombres fantasmales. Algunos de ellos ni siquiera debían corresponder al verdadero nombre de sus propietarios. Nombres falsos que evocan lo que cualquier nombre falso: una muerte en vida, el exilio de uno mismo. Pero cuando recibí el libro no le agradecí a tío Nicolás el envío. Eran demasiados años sin saber nada de él. Creyó que ese recuerdo podría servirme para mis novelas. ¿Lo creyó? Nombres falsos, nombres literarios. La literatura es ese mundo falso que construimos para escapar de la falsedad del mundo real, para convertir el mundo real en algo más falso que el mundo literario, mientras éste acaba metamorfoseándose en la única realidad posible. Nicolás Bemberg era un maestro en estrategias de esta clase y pensé que quería que yo extrajese de esos nombres la irrealidad que tuvieron —la que él conocía— y la que podrían haber tenido. Para encontrarlo, al fondo del escenario, sonriendo detrás del humo y las sortijas. Estaba seguro de que él habría leído mi última novela —una novela sobre la búsqueda de un pasado inexistente— y que pensó que en esos nombres hallaría material para otra: de Dien Bien Phu a Porfirio Rubirosa, con pizzicato Bemberg. Era un regalo que no le agradecí y ahora que estoy a punto de empezar esa otra novela, protagonizada por algunos nombres de aquel libro de autógrafos, ya no puedo agradecerle. Ni siquiera con una dedicatoria a su memoria, una dedicatoria que no es nada, porque no tengo memoria y no sé dónde está la suya.

Y este viejo anuncio de Martini, unos neones rojos y blancos, entrelazados sobre una azotea que divisa los muelles y la ciudad antigua y da la espalda a la ciudad nueva. Mi faro de Alejandría en tantas madrugadas, de vuelta a casa, cuando las largas mangueras negras regaban el asfalto, los adoquines, las aceras. Un martini invita a vivir, *pure poetry*. Ahora está hecho puré. Es un anciano mayordomo con la columna destartalada, embalsamado junto a la puerta de la ciudad, dándonos la bienvenida sin advertir las telarañas, la madera que se pudre bajo sus pies. Las gaviotas se posan sobre sus hombros, ajenas al chisporroteo de los cortocircuitos: mar, vita, vir. El hombre mira su vida sobre el mar: unas cáscaras de mandarina que flotan en el aceite. Bienvenido a casa.

El taxista mete las maletas en la maleta del taxi. La portezuela se cierra sobre el vacío, amortigua el choque como el disparo a través de una almohada de plumas.

Bueno, ya estoy dentro: ¡inmersión!

—Usted dirá.

No diré nada, apenas el nombre de la calle, ni siquiera el número. Aprendí que en esta ciudad por no decir, por no dar, no hay que dar ni el número. Sólo hacer como que no se entera uno y si insisten, acabar preguntando. Una pregunta a quien pregunte es el final de una conversación no deseada. Ya está. El conocimiento de una ciudad pertenece al dominio de las ciencias naturales, no de la civilización. Las plantas carnívoras son las más sofisticadas; las serpientes venenosas tienen los colores más llamativos; la piel de las fieras más peligrosas es la alfombra más elegante. Así ciertas ciudades, letales en su belleza, carnívoras, venenosas, de una elegancia aparente que se confunde, a menos que uno se descuide, en dañina: no fiera sino alimaña. Ciudad innoble como una alimaña. Ciudad asentada sobre hospitales y cementerios. Ciudad de pantanos que parecen estanques con flores de loto, cañas y ranas moteadas: camuflaje para las arañas, el fango y los huevos palúdicos de los mosquitos: no hay que remover el agua, mejor no hacerlo. En ella muere todo lo que no es como ella. Sólo el enfermo sobrevive y el sano enferma, se atrofia, se embrutece: no se

admiten delicadezas excepto si son adornos de la impostura. De la impostura se aprovecha todo, como del cerdo.

Observo el rostro apelmazado de los transeúntes a través de la ventanilla del taxi, los edificios dormidos, la piedra ocre, el baile de chaquetillas blancas en la terraza de un bar, colocando sillas. El taxi es un submarino que atraviesa la gran pecera de la ciudad. Soy el capitán Crane a bordo del Sea View: siempre era el capitán quien padecía todos los males desconocidos; sólo que esta vez ya los conozco: vivir fuera es estar muerto y la muerte es la única vacuna posible contra los males de esta ciudad adormecida, de esta ciudad maldormida. Soy el hombre invisible, soy Jonás y ya estoy dentro de la ballena. ¡Inmersión he dicho, cabo Kowalski!

3

Si no fuera por las motos y los turistas el barrio aún sería silencioso. Venerable ya no sé: lo circundan los coches oficiales y no se ve ningún canónigo. Ahora van de paisano. Quedan algunos gatos y algunas viejas que van a misa a la catedral a primera hora. Ya nadie duerme la siesta. Las casas permanecen cerradas. Los jardines están cubiertos por una alfombra de hojas muertas. Si levantáramos esa alfombra contemplaríamos la verdadera vida del barrio: lombrices de tierra, limacos, el esqueleto de un ratón, escarabajos, larvas... Y la humedad, densa como la mantequilla, la humedad que todo lo pudre. En estas calles siempre ha llovido: incluso las tardes de verano parece que hubiera llovido.

Aquí vivió el Escritor, *mon semblable, mon frère*. Aquí construyó la oruga su crisálida. Las mutaciones se producen al beber el agua de este pantano que parece un estanque con un emparrado de vides y el zumbido de las abejas. Toda isla es un pantano que parece un estanque y el Escritor fue quien más supo de mutaciones. Levantó la alfombra de hojas muertas y sintió miedo ante lo que vio. Un miedo espeso que respiró durante toda su vida como se respira en una noche de niebla cerrada. Él respiró siempre con dificultad: así ocurre con los mutantes. Basta leer sus artículos de juventud, sus cartas, sus primeros libros: entonces respiraba. Aún no había levantado esa alfombra: se creía libre y cosmopolita, listo y sentimental; se sabía inteligente. Luego renegó de la libertad, el cosmopolitismo y la sentimentalidad: le dañaba vivir con aquellos a quienes quería. Prefería no amar: resultaba más confortable. El Escritor fue el campeón de la metamorfosis. La inteligencia le sirvió para construir esa crisálida de hielo en la que se ocultó disfrazándose no de mariposa sino de lechuza con cabeza de tortuga. La inteligencia y la

frialdad serían las anteojeras con las que la lechuza contemplaría el mundo a partir de entonces. La maldad —una maldad de mesa camilla, de territorio en el que uno se siente seguro— sería la sal con la que lo sazonaría, para no aburrirse, para no perder la fe en sí mismo. Y el sarcasmo y la ironía, el pan y el aceite. No necesitaba más. O sí: necesitaba mucho más pero sabía que no iba a poder disfrutarlo porque no encontraría espejos donde hacerlo. Por eso mató todo lo que le dañaba. Los sentimientos primero: de él dirían que fue un ser cerebral. Después vinieron los otros libros, su otra lengua, la que a los ojos del mundo iba a convertir la fea oruga de veleidades vanguardistas en flamante mariposa proustiana. Pero a mí no me engaña, ni siquiera su cara de tortuga me engaña: era una lechuza, era mi hermano, era mi espejo oxidado. Lo conozco mejor que a mí mismo, aunque yo llegara tarde. Conozco su miedo como su literatura: padezco ambos.

Conozco su miedo como conozco su casa: el sofá isabelino donde recibía a las visitas, la camilla, el falso tapiz francés, su cara espantada: la cara que le quedó después de haber levantado la alfombra, cuando averiguó que, solo, no podría vivir aquí —y él quería vivir aquí—; cuando comprendió que sin dinero —es decir sin tacañería— y sin una buena casa en este barrio que ya sólo veneran los turistas no sería nadie, por muchos libros que escribiera. ¿Hasta qué punto confió en la literatura? Más bien poco. Era sensato: aquí no se lee. Escribir es sólo una rareza permisible. La literatura no iba a servirle para vivir y sí en cambio le serviría edificar un escenario de pacotilla, una puesta en escena similar a las que había visto, a las únicas que le daban una seguridad que él sabía inexistente. La aristocracia: lo que permanece. La otra literatura —la del disfraz en vida— era la única útil. Y cuando digo literatura no digo sus libros, digo su manera de adaptarse al mundo, de cambiar de piel, ahí, con su camisa blanca, el pulligan gris cuello en pico, su placa de procurador, su corbata oscura y la americana de espiguilla, también gris; ahí, inmóvil, sin molestar a nadie, muriéndose de ganas de hacerlo, de abandonar para siempre la peluca dieciochesca y regresar: ¿adónde? No se viaja a través del tiempo. Mejor el viejo orden —la peluca otra vez—, con óxido y humedad y podre, que otra

cosa. Debajo de cualquier otra cosa que no fuera el orden de una dulce y monótona manera de vivir estaban agazapados la brutalidad, la ambición y el resentimiento: todo aquello que conduce al caos. Mejor el orden. Mejor el orden.

Al bajar del taxi imagino los salones de su casa sellada para siempre, como se sella una tumba, imagino los muebles, las pinturas y se dibuja en mi mente una cartografía de la falsificación. Todo era falso: todo parecía, al primer golpe de vista, de una calidad familiar a la de otras casas de este barrio, pero todo era falso, copiado, incluso la aparente decadencia, tan estudiada y literaria, tan rancia. Sillerías de imitación, la chimenea francesa de mármol obtenida regateando en el rastro, lámparas que querían ser venecianas, caballeros pintados por él mismo, muy oscuro el fondo, la pátina del tiempo inexistente, armas compradas a cualquier chamarilero, cómodas pobretonas, alfombras baratas, Savonneries y d'Aubisson de bambalinas. ¿De quién estoy hablando? ¿De él o de mí? De ambos: los dos sabemos que de ambos. La lechuza y el autillo. Debió irse, en París supo que debía irse y supo también que no sería capaz de irse. Y después llegó la guerra: una guerra arrasa todas las esperanzas, agosta cualquier deseo, incluso aquel que jamás se atrevió a nombrar, pero también nos congela en el tiempo: ya nadie está indemne. Y por las noches soñaba que estaba embalsamado junto al esqueleto del ratón, los escarabajos, las larvas, los limacos y las lombrices de tierra, y un manto de hojas muertas le cubría en una versión mediterránea del cuadro de Ofelia. El Escritor era una dama de antaño, como la nieve. Me lo contó una noche, en sueños, cuando hacía varios años que estaba muerto y yo me dormía leyendo sus libros. Como quien se duerme escuchando la voz de su hermano mayor.

Los libros, el paisaje inventado, el orden inventado, la memoria inventada de un caballero inventado para poder sobrevivir en medio de la grisura, letal también como todo lo demás y la guardia siempre en alto. Y la maldición de la arteriosclerosis, la calcificación de las arterias, la mimesis definitiva: su cerebro transmutado en el cerebro del gato que ronroneaba en su regazo. Sus risitas disparadas, al final, la ausencia de lucidez —como quien se despide de un huésped

molesto—, o su profunda melancolía, entre dos sueños junto al brasero, mientras las figuras del tapiz vigilaban su cogote rasurado y largo. El gato tenía los ojos de uno de sus personajes: la sobrina enloquecida, a su regreso de París, tras haber sido la amante del emperador. Él mismo era entonces la imagen de su sobrina derrotada. Pero ya estaba a salvo, aunque el miedo hubiera acabado con todo.

Mientras pago al taxista miro el arco gótico, la quentia y el platanal del patio, la cisterna en una esquina, los líquenes, las argollas de las caballerizas, los escalones gastados por su centro, las ventanas renacentistas, carcomidas por el mal de piedra. Aquí crecí yo también, en casa de mi tío Nicolás Bemberg, vecino, que no amigo, del Escritor: el Escritor no tuvo amigos, los olvidó, le hubiera dañado tenerlos; la intimidad le hería, sé de lo que hablo.

Conozco bien estas calles, he padecido el mal de piedra. Por eso me fui. Cuando empezaron a aflorar los gases letales del fango del pantano me fui. No quería que se repitiese en mí la historia del Escritor y sin embargo cuando miro mi sombra veo la suya. Alta, encorvada, con largos zapatones negros y abrigo de franela gris marengo.

Me pongo el abrigo gris marengo sobre los hombros, busco las llaves en el bolsillo derecho: están en el izquierdo. Huele a hierba recién cortada y a salitre del mar. Un yonqui se inyecta su dosis blanca en esta mañana azul; se apoya en un portón cerrado, enmohecido por el verdín, para soportar el mareo. Yo abro la puerta de mi casa, de la casa que Nicolás Bemberg me ha dejado en herencia. Abro la memoria de un tiempo que perdí como quien pierde su destino en una partida de póker: en el desván me espera un galgo ruso disecado hace veinte años.

4

Cuando mis padres murieron en aquel accidente de aviación, cerca de Lisboa, yo quedé bajo la tutela de mi padrino: mi tío Nicolás Bemberg. Era verano, un 6 de julio; lo recuerdo porque al día siguiente, en los periódicos, la noticia ocupaba media página y en la otra media había dos fotografías: una de un caballero con nariz chata y otra de un Ferrari estrellado contra un árbol: el accidente mortal de Porfirio Rubirosa, así se titulaba la crónica del día 7 de julio. La noticia de mis padres no llevaba fotografía. Yo tenía catorce años y el misterio de casa Bemberg —como lo llamaba mi padre— amortiguó el dolor y el desconcierto ante el incendio en pleno vuelo del DC-3 que hacía la travesía Madrid-Lisboa. Me gustaba pasar a formar parte de ese misterio, conocerlo más allá de las bromas de mi padre. Me gustaba la casa de mi tío Nicolás, al que visitábamos por Navidad, Pascua Florida y primero de año. Sin olvidar el día de su santo, que también le visitábamos pero sin verle. Nunca veíamos al tío Nicolás en el día de su santo, porque ese día tío Nicolás estaba siempre de viaje. Mi padre le entregaba una tarjeta a Emilia, la sirvienta andaluza, le preguntaba por sus novios y ella se reía con una risa clara, como de agua y hojas verdes. Emilia era muy guapa y un poco bruja, decía mi madre, y en las últimas Navidades que pasé con mis padres la vio levitando en la cocina: estaba tan blanca como la cal de la pared y sus pies no tocaban el suelo, eso contó mi madre. Y mi padre se rio de ella como si se riera de las gracias de una niña pequeña. Pero yo la creí. Yo la creí porque mi madre no mentía jamás; hablaba poco, pero no mentía jamás.

Nuestra casa era muy austera y estaba cerca del camino del cementerio; sin embargo la casa de tío Nicolás Bemberg estaba muy cerca de la catedral y no parecía una casa sino lo que yo entendía

entonces por un palacio: grandes espejos, artesonados en el recibidor, frescos mitológicos en los salones —en esas pinturas vi yo las primeras mujeres desnudas—, una biblioteca iluminada por las letras y dibujos dorados de los lomos de los libros y una cocina muy grande donde yo jugaba al fútbol con Emilia después de haberla ayudado a pelar las patatas. Hasta había una pareja de pavos reales en el jardín de atrás. Y a veces, por la noche, los pavos gritaban y aquel grito me producía un raro cosquilleo en los oídos y entonces me asomaba al balcón de mi cuarto e imitaba el grito de los pavos reales y veía sus ojos que me miraban desde el suelo. Como cuatro luciérnagas junto al pozo. Como los ojos de mis padres iluminados por las llamas, como los ojos de mis padres iluminados por la risa. Así los recuerdo, antes de salir de viaje a Lisboa, riéndose en su cuarto, con las maletas preparadas.

Mis padres se reían mucho. Daban la impresión de ser muy felices juntos. Habían venido a vivir a la isla, pocos años antes de nacer yo, procedentes de Barcelona, cuando a mi padre lo nombraron director del Banco de Comercio. Nicolás Bemberg era el único pariente que tenían aquí. Mi madre sentía un gran afecto por él. A mi padre, creo, le hacía gracia, pero prefería no intimar; algo le decía que no debía, o no podía, intimar con Nicolás Bemberg, el primo de su mujer, el padrino de su único hijo. Y ahora, en la oscuridad de la noche, yo estaba observando a los pavos reales del jardín de Nicolás Bemberg mientras él, en la sala de las ninfas, escuchaba por la radio un aria de Puccini, y los restos de mis padres viajaban de vuelta a esta isla de donde no tendrían que haber salido nunca.

Abro la puerta de esta casa que ahora es mía, que lo será por poco tiempo pues pienso ponerla en venta. Vender una casa es poner precio al pasado, pero antes debo averiguar cuál es el pasado que pongo en venta. Un hombre sin memoria es un hombre sin pasado, y un hombre sin pasado no es nadie. Nadie está abriendo la puerta que ahora yo abro: soy como un fantasma que no puede

abandonar el lugar que, al morir, lo convirtió precisamente en eso: en fantasma. Así ocurre a veces con las novelas: un escritor no siempre lleva las riendas de sus novelas. Al principio planifica: una novela es como una batalla. Hay que cavar trincheras, tomar lomas, cruzar alambradas, trazar bolsas que conquisten el objetivo. Hay que emplazar la artillería, dosificar los avances de la infantería, lanzar una carga de caballería en el momento preciso. Pero a medida que se establece la estrategia a seguir van cambiándose los primeros planes. Surgen escollos imprevistos, barrizales que no figuran en el mapa, guerrilleros que acosan por los flancos: la novela está tomando cuerpo y con ese cuerpo quiere hacer lo que le venga en gana. Es una extraña sensación: el escritor se ve envuelto en el humo de la refriega, perdido entre la niebla y excitado por el olor a pólvora: ya no sabe dónde están sus tropas y duda de que los planes del Estado Mayor vayan a servir de algo. Eso ocurre varias veces a lo largo de una novela, pero al mismo tiempo ese humo se aclara en una dirección, señala una dirección desconocida sí, pero la única que existe. Y una vez tomada se ven, al otro lado, las fuerzas del bando propio que se agrupan para atacar de nuevo y ese ataque es brillante y victorioso porque es el que la novela apunta, guiando al escritor —su aliado— a través de un bosque en cuyos límites se encuentra el triunfo, la luz. Y si esa luz no aparece hay que desistir, agazaparse en el hoyo de un obús y esperar al día siguiente. A que amanezca. Es lo que espero mientras abro la puerta de casa Nicolás Bemberg: la casa donde yo viví a partir de la muerte de mis padres y de Porfirio Rubirosa. Espero a que amanezca.

En la biblioteca de Nicolás Bemberg había un sofá chéster cruzado por un mapa de grietas, sobre cuyo respaldo colgaba una gastada piel de leopardo ribeteada en franela roja. Las puertas estaban entornadas y se filtraba un rayo de luz naranja, la luz polvorienta que tenía la biblioteca por las tardes. Allí fue la primera vez que vi a la señora Dawson con su criado chino. Iba vestida de blanco, con un

turbante blanco y un collar de gruesas perlas blancas alrededor del cuello. El chino iba vestido de negro; quiero decir que el chino iba vestido de chino. Estaban esperando a mi tío y no hablaban entre sí. Ella se había sentado en el sofá y acariciaba la cabeza del leopardo. Él estaba detrás, de pie y con los brazos cruzados sobre un paquete, como un guardaespaldas. La luz les desfiguraba los perfiles y el chino parecía la sombra de la dama de blanco. Cuando oí los pasos de mi tío me dirigí hacia la cocina.

Emilia estaba preparando café. La miré preguntándole quiénes eran las visitas.

—Y yo qué sé, hijo. Amigos del señor. Agentes secretos de Chancaché.

Chancaché era Chiang Kai-Shek y no era la primera vez que Emilia contestaba a mis preguntas de esta manera. Otras veces habían sido espías del káiser, un príncipe ruso, un gangster americano o, casi siempre, masones.

—Son masones, no pueden ser otra cosa, tan estrafalarios, te lo digo yo. Don Nicolás se trata con masones y no sabe la de desgracias que le puede traer tanto tejemaneje y tanto lío. A un pariente lejano mío lo fusilaron en la guerra por masón.

Cuando Nicolás Bemberg recibía a sus visitas yo tenía que desaparecer de la casa; es decir tenía que irme a la cocina y esperar a que se fueran. Las visitas no debían verme, mi tío no quería, pero aquella tarde creo que el criado chino me vio. Pasaban los minutos y Emilia entraba y salía de la cocina a la biblioteca y de la biblioteca a la cocina. Me gustaba mirarla por detrás mientras llevaba las bandejas del café y los dulces, me gustaba su manera de andar y el movimiento de su falda pegada a las caderas por el delantal. Me gustaban las piernas de Emilia, de tobillo fino y cómo interpretaba los retazos de conversación al servir a los invitados.

—Con éstos habla en inglés, pero yo me entero de todo. En el pueblo mi madre sirvió en casa de unos ingleses: yo la acompañaba y aprendí a chapurrearlo. Te juro que aquí hay gato encerrado: contrabando de armas como en la película de Gregory Peck que vi el sábado, yo qué sé... Con lo sabio que es el señor y andar con esta gente. Siempre acaba dándoles dinero, si lo sabré yo. Ahí firmando

cheques para el káiser, el zar o Chancaché... Como si aquí sobrara. A saber adónde irá a parar ese dinero.

Pero yo sabía que Nicolás Bemberg no daba dinero a nadie. Yo sabía que mi tío Nicolás Bemberg sólo compraba. Anteayer un bibelot de Meissen, hoy una pequeña pintura de Fragonard. Yo no sabía quién era Meissen ni dónde estaba Fragonard —yo no sabía nada: después aprendería dónde estaba Meissen y quién era Fragonard, pero para entonces la casa de Nicolás Bemberg sería sólo un recuerdo borroso, una luz que se apaga—. Pero pocos días después de aquellas visitas, al despedirme de mi tío antes de irme a la cama, él me preguntaba si me había fijado en aquel petimetre de Meissen sobre la chimenea del comedor o si había visto el desnudo de Fragonard en la sala de las ninfas. Me lo decía sonriendo detrás de un habano más largo que sus dedos ensortijados, satisfecho como un cazador después de haber matado un león. Y yo le decía que sí, que el petimetre era muy elegante y se le veía la cadenilla del reloj o que la chica era muy guapa y tenía los pies como los de Emilia. Entonces él se reía con una risa como de actor de teatro, muy profunda, pero yo no podía decirle otra cosa, no sabía decirle otra cosa. Luego, cuando me quedaba solo con Emilia en la casa, me paseaba yo también como un cazador a la búsqueda de un nuevo objeto que no hubiera visto, para que llegara la noche en que pudiera decirle a Nicolás Bemberg que me gustaba mucho aquel bronce de los pies alados que había en la consola del recibidor, bajo el espejo veneciano. Y así él supiera que también yo podía apreciar lo único que parecía importarle en el mundo junto con sus viajes, esos viajes en los que desaparecía de la noche a la mañana para regresar al cabo de un mes con los baúles llenos y más sonriente que nunca. Era a la vuelta de esos viajes cuando ponía la casa patas arriba y parecía que viviéramos, de repente y sin que dejara de ser la misma casa, en otra casa nueva, tantas eran las cosas que iba trayendo «de los confines del globo-tierra» que decía Emilia santiguándose.

5

Una casa vacía sólo la habitan los ecos y los olores, que no son más que los ecos de un sonido apagado en el tiempo. Como la humedad: el eco del agua invisible. No es cierto que los fantasmas habiten una casa vacía: es uno quien se convierte en su propio fantasma al entrar en ella. No he reconocido la casa de Nicolás Bemberg. No he reconocido ni sus olores ni sus ecos. Ahora, esta casa vacía no es ni siquiera la sombra de una casa. Ni papeles en el suelo, ni muebles, ni revistas que hablen del olvido de los hombres, ni un solo visillo que dé consistencia al aire. Mi herencia es la nada encerrada entre estos muros y un jardín desierto, como tras una lluvia de insecticida. Miro los cristales sucios de la claraboya y huelo el olor a farmacia, a laboratorio de análisis de un hospital abandonado.

Ahora es de noche y estoy en la sala de las ninfas. Es una sala afrancesada de estilo rococó tardío, forrada de madera pintada con volutas doradas y flores desvaídas, como si alguien las hubiera sumergido en agua durante siglos. En esta sala la luz era antes de color ámbar, como el color de los ópalos y del azúcar quemado: ahora ya no, ahora es gris como la ceniza. Me he dormido en una butaca de piel cuarteada, una butaca que parece de una vieja película de cacerías africanas, una butaca que no recordaba haber visto jamás en esta casa. Alguien ha arrancado la chimenea. Miro las ninfas desnudas del techo: siguen jugando con los mismos lirios, con la misma gasa verde de donde colgaba una lámpara que ya no está.

Estoy sentado frente a un cuadro que no veo —el único que queda en toda la casa—, un cuadro que guarda cierto parentesco con la butaca. Nunca vi este cuadro durante los años en que viví en esta casa. Tengo un cuaderno de espiral entre las manos: está forrado con las páginas satinadas de un viejo catálogo de subastas: *montres anciennes, automates et un bracelet imperial d'Autriche*. Es toda mi herencia: esta pintura de una piscina romana firmada por Hubert Robert, una butaca vieja cuyo respaldo parece un escudo congoleño y un cuaderno escrito a mano por una letra que no es la de mi tío. No hay luz eléctrica ni agua corriente. Por la calle pasa una radio montada en un coche. Suena *Mozambique* de Dylan: *I like to spend some time in Mozambique | The sunny sky is aqua-blue | And all the couples dancing cheek to cheek | It's very nice to stay a week or two | And maybe fall in love, just me and you*. Hay un cadáver a mis pies: no es el galgo ruso, es una mariposa-esfinge que revoloteaba por el pasillo esta mañana cuando llegué.

6

Emilia llevaba un diario de recortes de periódico y fotos de revistas. Ella lo llamaba su libro de aventuras y prodigios y había noches, después de cenar, en que nos armábamos de un par de tijeras y un frasco de cola Pelikan y nos adentrábamos los dos en una lujosa selva de revistas y periódicos atrasados. Éste era mi contacto con el mundo exterior: el papel, las actrices tronadas, los aristócratas de opereta, las cacerías de ciervos, las cupleteras, las bodas principescas: *le grand monde*, que decía tío Nicolás riéndose de nosotros cuando nos sorprendía tijera en ristre y volteando páginas amarillentas. Y así se llamaba una de aquellas revistas: *La Vida en el Gran Mundo*. En su contraportada llevaba un anuncio de coches Daimler: «El automóvil elegido por los reyes», decía; y más adelante: «Tanto S. M. la Reina de España como S. M. el Rey de Inglaterra honran continuamente esta Marca con sus repetidas órdenes».

—¿Tú crees que los reyes esos les ordenaban hasta el color del capó? —preguntaba Emilia—. Menudos tiquismiquis los monarcas.

En esa revista aparecían también las cacerías de un Grande de España en los mares polares. Y se le veía a él, al duque, en cubierta, delante de un enorme oso blanco que le abrazaba por detrás colgado de una grúa. Las zarpas del oso le cubrían todo el pecho al duque, como una bufanda fastuosa y a Emilia le hacía gracia esa bufanda.

—Quién pillara estos manguitos en febrero —decía—, quién los pillara; no iba a tener yo sabañones en mi vida.

En aquel diario de Emilia había un dibujo prodigioso: el del submarino de la condesa Luisa de Montagne. Era un submarino con salones neoclásicos, perreras y zona de servicios; con cocina,

gimnasios y *boudoir*. La condesa del submarino había intentado suicidarse en 1901 al ser abandonada por un millonario norteamericano, extravagante y excéntrico, llamado Harry Thaw. Este Harry Thaw, decía el recorte del diario de Emilia, regalaba joyas en las cenas y cerraba el Waldorf de Nueva York para él solo. La condesa, despechada, intentó primero el suicidio, pero luego optó por construirse un submarino al que llamó *Misterio* y pasar el resto de su vida en el fondo del mar, alejada de los hombres. En una carta que escribió a una amiga y confidente le decía: «En la plataforma del submarino habrá una cubier-jaula de cristal; las lunas son de grosor extraordinario para resistir la presión del agua. En esta jaula hay un poderoso reflector eléctrico que iluminará los mares a bastante distancia. Lunas idénticas de cristal he mandado colocar en las ventanas de mi salón, con objeto de recrearme viendo el espectáculo de la vida en el fondo de los mares. En cuanto al acomodo interior baste decir que será lo más lujoso que pueda imaginarse. A pesar de lo reducido del espacio habrá un salón biblioteca; un comedor; una cocina eléctrica; alcobas para mí, para mi doncella y para el capitán; dormitorios para los otros tripulantes; neveras; salón para mis perros y mis loros favoritos; un baño, y anejo a él un salón turco donde me retiraré en los ratos de *spleen*. En la plataforma del submarino habrá una cubierta bien protegida que me permita tomar el sol cuando se me ocurra el capricho de volver a la superficie del agua, y como si dijéramos al mundo».

A mí me fascinaba aquella descripción, con esa divertida palabra, «cubier-jaula», y cada noche la leía y releía, maravillado, y preguntándome qué debía ser aquello del *spleen*, qué habría que hacer en la vida para tener algo tan raro y lujoso como el *spleen*. Y Emilia, entonces, me llamaba el caballerete del *spleen* y a mí me gustaba esa licencia suya. Era difícil encontrar noticias que superaran la del submarino de la condesa, pero aquella noche, en un periódico local, conocimos al príncipe indio El Rachid y Emilia pegó su fotografía junto a la noticia de su detención.

—Pero mira lo guapo que es. Cómo va a ser un farsante un hombre tan guapo y fino. Si parece Clark Gable en chupao.

El príncipe El Rachid era un hombre moreno, con bigote estrecho y ojos muy negros. En la foto iba de esmoquin blanco y sonreía con una hilera de dientes tan blancos como el esmoquin. Sonreían todos sus dientes menos uno que era de oro y brillaba como un diamante engarzado en perlas. Pero el príncipe El Rachid no era príncipe ni se llamaba El Rachid y lo había detenido la policía de Niza. Eso decía la noticia: «La policía de Niza ha detenido al aventurero árabe Rachd Degher El Mayek, que se hacía pasar por el príncipe indio El Rachid y venía comprando automóviles de lujo que luego pagaba con cheques sin fondos. El falso príncipe fue detenido cuando intentaba pagar, con otro cheque falso de un millón de francos, una joven esposa de quince años que "adquiría" a sus padres desnaturalizados, quienes fueron también detenidos. El aventurero llevaba entregados hasta la fecha cheques falsos por valor de más de cien millones de francos».

Emilia y yo estábamos bromeando sobre el moro chupao y no oímos a Nicolás Bemberg cuando entró en la cocina. Empezó la noticia en voz alta por encima de nuestras espaldas; a la mitad, calló. Yo no me giré para mirarle pero noté cómo la estancia se llenaba de una tensión inexistente antes de su llegada. Me pareció incluso que le rechinaban los dientes. Oí un crujido extraño que procedía de la boca de tío Nicolás Bemberg, como si frotara dos piedras. Pero no le di más importancia hasta que, unos días después, Emilia me preguntó si le había tocado su diario de aventuras.

—Jovencito, ¿tú no habrás cogido mi diario, verdad?

La miré con sorpresa. Y la sorpresa se convirtió enseguida en sentimiento de culpa. En aquella casa yo nunca cogía nada, yo nunca tocaba nada, sólo miraba: me bastaba con mirar, era feliz con sólo mirar. Pero que sospecharan de mí me sumía en un estado de turbación parecido al que sentiría alguien pillado en falta. Enrojecí, mientras balbuceaba una excusa.

—Pues alguien ha arrancado la foto de aquella preciosidad de príncipe moro, el del *esmoquín* blanco. —A Emilia le gustaba decir *esmoquín*—. Y si no has sido tú, ya me dirás quién. No va a ser el gato.

No supe qué responder. Me quedé en silencio, acabándome deprisa la manzana cocida y volví a mirar a Emilia como pidiéndole perdón por algo que no había hecho, como pidiéndole perdón por algo que preferiría haber hecho porque así habría sabido cómo responder. Y los dientes me rechinaron al morder el último trozo de manzana, mis dientes hicieron el mismo ruido que la boca de Nicolás Bemberg al leer la noticia de la detención de El Rachid. Entonces pensé en él y al mismo tiempo que lo hacía me sentí aún peor que antes: me sentí como si estuviera sucio por dentro por haber pensado en mi tío, por haber sospechado que mi tío podía hacer una cosa así. Y Emilia se dio cuenta de que algo no iba bien. Me acarició la cabeza.

—Venga, hijo, déjalo estar. Que esta noche nos vamos de viaje. Nos vamos tú y yo a Corfú y Venecia. Mira lo que he encontrado en la papelera de don Nicolás.

Emilia se sacó del delantal un folleto en el que estaba dibujada una bahía con veleros y palmeras y unas letras como de anuncio de cine: *Lloyd Triestino. Voyages circulaires en Méditerranée*. Aquella noche pegamos en el diario de Emilia las fotografías de los comedores de primera clase del paquebote Helouan, del templo de Isis en Asuán y de la plaza de San Marcos en Venecia. Y un anuncio de la Cosulich Line que decía: *Express pour l'Amérique Du Nord. Paquebots à moteurs Saturnia et Vulcania. Ligne postale pour l'Amérique du Sud, par les paquebots Martha Washington et Belvedere. Voyages dans l'Adriatique: Grèce – Naples – Côte d'Azur – Lisbonne – Iles Canaries*. Y por primera vez en mi vida, mientras pegábamos ese anuncio, sentí ganas de marcharme, sentí ganas de embarcarme en el Saturnia o en el Belvedere y marcharme a Montreal o a Buenos Aires y vivir allí sin conocer a nadie, olvidándome de Nicolás Bemberg y del accidente de aviación, de mis padres, de Emilia y de la casa donde yo era feliz. Fue sólo durante unos segundos, pero en aquel momento supe que algún día me iría para siempre de la ciudad donde vivía, aunque no fuera en un submarino como el de la condesa chiflada. Y Emilia dijo:

—Vaya cara de paquebote que se te ha puesto, hijo, que tampoco hay para tanto, que debimos pegar mal la foto y estará debajo de mi

cama.

Y me besó en la frente. Emilia me abrazó y me besó en la frente: olí su pecho, que olía a agua de colonia y aceite de oliva y pensé que así debían oler los puertos del Adriático y los comedores de primera clase del Helouan. Y en la cama me olvidé del príncipe El Rachid, de los dientes como piedras de Nicolás Bemberg, del submarino Misterio de la condesa chiflada y de la manzana cocida. Pero no pude olvidarme de la piel suave y la dureza de los pechos de Emilia; y mientras me dormía me arrepentí de no habérselos tocado, de no haberle tocado los pechos a Emilia, aprovechando la falta de espacio que, por primera vez, hubo entre los dos, tan parecida a la que había entre mi ciudad y Buenos Aires o Montreal, ahora que conocía la existencia del Saturnia y el Belvedere y de la compañía Cosulich Line, que por entonces sólo eran los nombres de una compañía y unos barcos que habían desaparecido de todos los mapas.

7

No he descrito a Nicolás Bemberg. No he pensado en la imagen de Nicolás Bemberg porque Nicolás Bemberg era las cosas de Nicolás Bemberg. Un hombre es sus cosas: en ellas está escrita su biografía. El coleccionismo es una forma de autobiografía y esta casa, ahora, es un libro sin páginas: unas tapas que encuadernan el vacío. Estoy en la sala de las ninfas, en el lugar donde él se encerraba por las noches y miraba sus viejas fotografías, escuchando sus arias favoritas, una y otra vez bajo la luz ambarina. A Nicolás Bemberg no le gustaba la ópera, sólo las arias, cuanto más tristes mejor. Huele a algo parecido al éter y no se oye nada. Es esta ausencia de sonido lo anacrónico de este sitio. Debería oírse el jadeo mecánico de un pulmón de acero, por ejemplo, o el ruido de las jeringas al sacarlas del autoclave. Entonces sabría cómo recordar a mi tío: entre estas sombras, en el resplandor de las jeringas en la oscuridad, en la respiración de la máquina.

Miro el hueco que ha dejado la chimenea: tizne y ladrillos rotos donde antes había mármol con incrustaciones de piedras semipreciosas y figuras mitológicas. Recuerdo que predominaban el azul turquesa, la opalina y el ocre anaranjado y que su engaste en el mármol blanco estaba hecho con hilo grueso de bronce. Ahora, sobre ese hueco sucio y destartalado, está la mancha oscura del cuadro de Robert: una tela pequeña, apenas 50 × 40, sin marco. No sé cuántas horas he pasado contemplando este cuadro. Hasta que se ha apagado la luz en los cristales y aun después: hasta que me he quedado dormido. La butaca donde estoy sentado cruje si me muevo: el tam-tam del silencio. Qué extrañeza el vacío de esta casa, tan llena tiempo atrás. Tan extraño todo como esta pintura de Robert: unas termas romanas donde se ha instalado una piscina

moderna. Al principio no se nota: podrían ser unos baños en el Túnez del Imperio, por ejemplo: hay cuerpos desnudos junto a la escalinata, frontispicios, y columnatas clásicas, y otros cuerpos nadando en el agua, cuerpos que nadan bajo la cúpula cuyo centro está abierto al cielo. Pero hay gente vestida, también, que se pasea y se asoma a la barandilla, contemplando a los bañistas. En sus ropas se pavonea el primer tiempo de este siglo: 1912, tal vez 1919. Antes o después de la Gran Guerra, pero todavía no los locos veinte. Al fondo un paisaje urbano que podría ser Estambul a media tarde. Y en este paisaje no está el Nicolás Bemberg a quien abandoné hace años, aquella mañana en que la ciudad estaba inmersa en la bruma, como lo está Estambul a media tarde en el cuadro de Robert.

Nicolás Bemberg estuvo en Estambul en 1941, me lo contó mi madre uno de esos días de san Nicolás en los que su primo estaba de viaje. Tal vez una de sus fotos de Estambul fuera la ciudad entre brumas, con el perfil de las cúpulas y los minaretes destacándose entre la luz grisácea y el polvo azulado. Pero yo nunca vi fotografías de ciudades en esta casa. Había fotos de gente, de mucha gente: rostros riendo, rostros con aspecto de asistir a un funeral, rostros con cara de sorpresa, rostros deformados por la cercanía del objetivo, rostros con gestos que no podía entender. Que no entendí hasta que me acosté con una mujer, hasta que me acosté de verdad con una mujer, quiero decir. Nicolás Bemberg fue todos esos rostros, pero nunca una ciudad que no fuera ésta: no necesitaba fotografiarla. La llevaba escrita en su rostro, riera o no. Hay ciudades que son como una maldición; te agrietan la cara, te dibujan sus calles, sus insidias y su tedio, te marcan los siglos que llevan encima. Hasta que un día, lejos, te miras al espejo y no ves tu rostro sino el trazado de aquella ciudad que abandonaste, de aquella ciudad donde vives por muy lejos que te vayas, por mucho olvido que te eches: como si fuera *after-shave*. Para entonces eres un maldito tango y en un tango siempre es tarde. Para todo.

Pero Nicolás Bemberg llevaba escrita su ciudad como quien lleva una corbata de seda o unos gemelos de rubíes. Podía quitársela de encima, como una máscara, si así lo quería. Y se la quitaba cuando estaba en esta sala, se la quitaba con sus viajes, con un mueble, un

bibelot o una alfombra. Ése era el rostro con el que se reconocía en el espejo. Ese rostro y sus fotografías, las fotografías de su siglo, las fotografías que clasificaba como un geólogo los minerales, como Emilia los recortes en su diario de aventuras, como el científico que contempla parásitos a través del microscopio mientras escucha un aria de Purcell, la de Dido despidiendo a Eneas al partir de Cartago, que tanto gustaba a Nicolás Bemberg, que tanto me gusta a mí, por su culpa, tal vez, de tanto oírla en esta casa.

—Pues lo que se dice fotos, las que hacía el señor hace años, antes de venir yo a servir a esta casa. Un rato raras sí, pero tan elegantes. Esmóquines a tutiplén y perlas y unos joyones en las orejas que ni la Begum ni la duquesa de Windsor. Aunque la duquesa también sale en esas fotos del señor. Cuando la vi no supe que era ella, me pareció una mujer de boca mustia y aburrida, pero meses más tarde, en un *¡Hola!* o en un *Life*, no recuerdo, la vi otra vez, mucho más vieja, qué carácter, con sus perritos y ese otro perrito que tuvo, el duque, el que abdicó por amor. ¡Vaya ñoñería! Ya debió de ser por otra cosa, tú me entiendes, que ya eres mayorcito. De qué iba yo a casarme con un tío que abandona la corona por mí. Un perrito faldero, no te digo. O te casas con corona, o en la cama te va a coronar tu abuela, eso le hubiera dicho yo. Habrase visto hombre escuchimizado y tristón, con lo bonito que debe de ser reinar en Inglaterra y tener a tu servicio unos guardias como los que tienen allí, con sus casacas rojas y esos gorros tan altos y negros, que a una se le va la cabeza y el sentido pensando en otra cosa cuando ve esos gorros de piel de oso. Porque son de piel de oso, sabes, lo leí cuando enterraron al ministro ese que venció a los alemanes, ese que estaba todo el día con el puro en la boca dale que te pego y tenía una cara de bulldog que pa qué. No supo el bigotín con quién se ponía, no, con la cara de perro mal lechao que tenía el inglés. Mucha bota alta, mucho estandarte y mucho desfile pero ese tío del puro acabó afeitándole el bigote y alguna que otra

cosa más. Pero esto no lo puedo decir yo delante del señor, porque noto que no le gusta. El señor... bueno, mejor me callo, cállate ya Emilia, abandona tus monsergas por hoy. Ahora bien, la próxima vez que don Nicolás se vaya de viaje me recuerdas lo de las fotos y te las enseño. Yo sé donde están y sé que te van a gustar. Ríete tú de mi diario. Y verás la de la duquesa de Windsor, cuando no era duquesa, ni vieja y el señor la conoció allá en Hong Kong. Lo pone detrás de las fotos. Porque el señor también estuvo en Hong Kong. Fue después de la guerra nuestra. Pasó unos meses en Hong Kong, en casa de un primo suyo que era cónsul de España o algo así. El rarito de la familia. Al menos moriría con esa fama, poco tiempo después. Tú ya puedes saber estas cosas. Que el día menos pensado te las cuenta alguien por la calle y ya me dirás lo que vas a pensar de nosotros, lo que vas a pensar de tu Emilia...

Nicolás Bemberg era pelirrojo, alto, bastante grueso y con los ojos saltones. Siempre miraba de frente, Nicolás Bemberg, como preguntándote por algo, como retándote a que le demostraras algo que le sorprendiera.

La mirada de mi tío era la mirada de un curioso. O mejor la mirada de un mirón. Es el único hombre que he conocido al que no puedo imaginármelo ciego. Tenía la piel de la cara muy brillante y unas entradas muy amplias, como la frente. Jamás lo vi sin afeitar. Jamás lo vi en pijama o desarreglado. Vestía muy bien, quizá un punto estrafalario en la corbata o en el color de la camisa. Caminaba pesadamente, muy lento, como un animal cansado, o tal vez como un animal al acecho, siempre a punto de ver alguna cosa que los demás no podíamos ver. Con Emilia y conmigo hablaba poco. En cambio, cuando tenía visitas le oíamos hablar en voz alta, reírse, conducir la conversación como un timonel el buque. Por la calle siempre lo saludaban. Quiero decir que él no hacía ademán de saludar a nadie si antes no le saludaban a él. Y había una mezcla de respeto y temor en los saludos que le dirigía la gente. A él eso le

gustaba. Siempre sonreía después de haber cruzado unas palabras con alguien. Y era él quien se despedía, era él quien cortaba la conversación, como diciendo por hoy ya está bien, ya he hablado lo suficiente con usted, siga su camino y déjeme en paz, no ve que hay cosas más importantes que estar de cháchara en la calle. Como si, de repente, le faltara tiempo.

En casa, en cambio, parecía que tuviera todo el tiempo del mundo. Como si el tiempo de estar en la calle fuera un tiempo imaginario y el de estar en casa el único tiempo real. Como si la calle fuera un territorio enemigo, un territorio inevitable que padecer, y su casa y sus viajes su verdadera vida, alejada de los hombres. Sin embargo no puedo decir que no se ocupara de mí. Hablaba poco, es verdad, pero no lo recuerdo alejado de mí. Todo lo contrario. Su silencio también era un baluarte contra aquello que no le gustaba ni poco ni mucho. A mí me gustaba quedarme solo con Emilia en la casa, pero cuando él también estaba yo me sentía más fuerte, no sé cómo explicarlo, más entero. Durante las semanas que duraban sus viajes —cada vez más reducidos unas y otros— yo me sentía incompleto, como si me faltara algún órgano, como si habitara en un cuerpo enfermo, frágil, desasistido. Eso me ocurrió siempre mientras viví en casa de Nicolás Bemberg. Hasta que él empezó a quedarse en casa a todas horas, a no salir de viaje, a pasarse días encerrado en la sala de las ninfas o en su habitación, mirando al techo y con las sábanas llenas de ceniza. Apenas si recibía visitas y a veces Emilia encontraba restos de comida, un plato con cáscaras de gambas junto a la entrada, macarrones en un sillón, un bote mohoso de confitura debajo de una mesa o escondido entre los libros. Se pasaba horas encerrado en el baño, sumergido en la bañera hasta que el agua se enfriaba. Nicolás Bemberg siempre estaba constipado y no paraba de fumar. Por la noche, en vez de la ópera esa, Emilia —que llegó a encontrar lonchas de jamón dulce entre las páginas de un libro— me decía que el señor escuchaba boleros y discos de un tal Cole Porter.

—Una especie de falso mulato relamido. El día menos pensado estamos en la ruina y ya me dirás tú quién sostiene esta casa.

Pero para entonces era yo quien apenas paraba en casa. La geografía nocturna de la ciudad era mi casa, mientras trazaba los planos de un viaje del que no pensaba regresar. Mientras preparaba el abandono de una ciudad que me quedaba pequeña, de una ciudad a la que veía como una estación de paso, como un andén donde te han abandonado hace horas, diciendo que iban a volver al cabo de unos minutos. Como un andén de estación donde el frío es irresistible y no nos espera nadie.

8

Siempre he tenido la sensación de haber llegado tarde a todas partes. Como si viviera una época dislocada en el tiempo: en mi propio tiempo. Quizá por esto me guste más el paisaje cuando se va, cuando lo veo a través del espejo retrovisor, encuadrado y mucho más nítido que cuando lo tengo ante mí. No recuerdo quién lo dijo: siempre llego cuando las luces se apagan. A eso mismo me refiero al hablar de una época dislocada, expulsada de la columna vertebral del tiempo. Llego cuando las luces se están apagando, cuando todo ha ocurrido ya y sin embargo puedo reconocerlo y reconocerme como si ya hubiera estado ahí, antes de llegar.

Estoy en la habitación de un hotel junto a la estación del tren: hotel Términus. Es un hotel del que me gustaban sus ventanales altos y las arañas de cristal que colgaban del techo como una cascada encendida. Estaba cerca de casa, de la casa de mis padres, pero a mí me parecía que su nombre indicaba que estaba en la frontera del fin del mundo: hotel Términus, hotel de los límites de la Tierra, hotel Finis Terrae.

La habitación mira a los jacarandás y las marquesinas de la estación ferroviaria. Los árboles están florecidos y una alfombra azulada y fosforescente se extiende alrededor del tronco. He colocado el cuadro de Robert sobre la mesita de noche. Le da una luz muy cálida al cuarto, como el de unas brasas en una copa de cristal. Cojo la libreta de espiral forrada con las hojas de un catálogo de subastas. La abro. Querría encender un cigarrillo, pero no tengo. Empiezo a leer. Empiezo a leer estas páginas que no están escritas por mi tío, pero que mi tío me dejó como parte de su herencia. Leo:

Querido amigo Bemberg: me gustan los hoteles. Por eso no he aceptado su amable invitación. Los hoteles son una metáfora exacta de la vida; una forma de tránsito bajo la engañosa apariencia de confortable alojamiento. Tomamos posesión de ellos como de un barco en plena travesía —otra vez la vida—, sin importarnos quién estuvo allí antes, quién durmió en nuestra habitación —si un suicida o un corredor de comercio engañado por su esposa—; quién, con nuestros mismos gestos, se sentó frente al mismo lugar de la barra del bar y pidió, al mismo camarero anónimo, la misma bebida —un whisky largo, por ejemplo, con mucha agua—. Sí, me gustan los hoteles; me gustan porque nos defienden de la gente.

He conocido hoteles de todas clases. Edificios siniestros, con la loza sanitaria ennegrecida y ese perfume rancio que no anuncia más que el insomnio, la ridícula gimnasia de un breve amor a sueldo y un sórdido pasado de vidas malgastadas. Y también la calidez de los salones coloniales con alfombras turcas, muebles Imperio y arañas de cristal. O esas tumbas de un cosmopolitismo extinto, frívolo y lujoso que determinan la atmósfera cinematográfica —detenida para siempre en el tiempo— de una escenografía art déco. Tumbas en perfecto estado de conservación —densos cristales, alabastros, geométricas tapicerías de colores, maderas nobles y cromados— que subrayan como ningún otro estilo el carácter efímero de todo lo que concierne al hombre: desde un encendedor de carey como la chimenea de un transatlántico, hasta un reloj de mármol negro con un galgo que parece arrancado del capó de cualquier automóvil de la época.

Nadie da nada ahora por esos objetos, y los hoteles decó que conozco están habitados por escasos seres solitarios que conservan un destello tan espectral como ese estilo que fascinó a los gangsters norteamericanos y a los fascistas europeos, pero por el que los años han pasado brutalmente en cuestión de días. Prostitutas con un pasado colaboracionista; traficantes de armas; falsos abogados, damas que comerciaron con obras de arte...; toda una fauna que posee la misma morbidez que esas cocteleras de alpaca y muebles

redondeados, inútiles ya y con una rara ligazón a cierto esplendor clásico y trasnochado.

De todos los hoteles en los que he vivido ha sido en éstos en los únicos donde me he sentido protegido, completamente a salvo de la ruin mezquindad de los hombres. En ellos murió la Europa que he amado y en ellos fui feliz mientras esta Europa duró. Ahora ya todo da igual. Atrás han quedado el orden y una sensibilidad especial para el verdadero arte. Lo que vendrá es todo confusión, una pendiente de hielo al filo del caos. Por eso vivo aquí, como un faraón exiliado en su cámara mortuoria. De vez en cuando converso con algún criminal de guerra —la fría luz de sus ojos de cuarzo— o con alguna de esas damas que supieron ser el fulgor de los salones del París de la Ocupación, que es lo mismo que decir de los salones de Europa.

Me llamo Boris Negresco y soy coleccionista, como usted. El nombre, claro, es falso: como alguno de los objetos que colecciono. Lo falso, por sí mismo, adquiere categoría de verdadero, tanto por su carácter de evidencia —de realidad— como por su voluntad de identificación con la cosa falsificada. Lo falso es mentira, pero la mentira es el común denominador de la realidad de cada día. Lo falso supera muchas veces a lo real, de igual forma que la fantasía de la vida es superior a la fantasía de la ficción. Así ha ocurrido con mi nombre. Nadie que me conozca dudaría de su autenticidad. Me llamo Boris y mi padre se apellidaba Negresco. Así figura en mi pasaporte y en todos mis papeles.

Fue en una fiesta en Saint-Tropez donde se me ocurrió mi nuevo y definitivo nombre. 1923, tal vez 1924, a finales de verano. El anfitrión era un ruso blanco, uno de tantos rusos blancos, y los invitados, la camarilla habitual en este tipo de fiestas: viejos generales zaristas, aristócratas apergaminados, algunos popes ortodoxos y bastante jovencito y jovencita fácil. Un insano cóctel de nostalgia, rencor y vicio. Aquello me asqueó. Europa debía purgarse

de la decadencia de un modo de vida fenecido. Europa debía quemar a sus muertos, no conservarlos en formol, engordándolos con empalagosos dulces. Yo era parte de esa nueva Europa como lo era la última adquisición de la villa alquilada por ese ruso a mi amiga madame d'Ornano: una espléndida piel de cebra que iluminaba con rayos blancos y negros el entarimado del *fumoir*. El blanco y el negro iban a ser los colores de la moderna Europa y de ese blanco y negro —o *bianco* y *nero*, más exactamente— surgieron las iniciales de mi nombre. El blanco de la calavera y el negro de aquellos uniformes y banderas que Europa estaba incubando entonces para salvarse de la podredumbre.

Le hablaré ahora de cómo conocí a su amiga madame d'Ornano. Yo tenía veinte años y París es siempre París. Yo era mozo del hôtel Drouot. Un trabajo en apariencia vulgar, pero muy educativo. Durante las subastas paseaba los cuadros bajo la tarima del *speaker* para que el público pudiera contemplarlos con más detalle, o trasladaba, junto con otros compañeros, los muebles y objetos del almacén hasta las peanas donde se exhibían. Montaba y desmontaba vitrinas y entregaba las joyas al director antes de que éste las depositara en la caja fuerte. A los pocos meses de trabajar en Drouot ya era, en cierto modo, uno de los mozos de confianza. Allí aprendí dos cosas capitales en mi vida: por un lado el trato comercial con el arte, y la fiebre sensual —teñida de una incontenible compulsión posesiva— que éste despierta; por otro, el trato con las mujeres y los hombres. O mejor dicho, con cierta clase de hombres y mujeres: una clase formada por las víctimas de una extraña enfermedad mezcla de refinamiento, afán de riqueza, ostentación y fracaso.

Siempre me han gustado las mujeres elegantes, de cuello largo y movimientos lentos y precisos como los de un animal al acecho. Esas mujeres que en un principio pasan desapercibidas debido, precisamente, a lo armónico y discreto de sus posturas y ademanes,

pero que luego, poco a poco, se adueñan por completo del espacio que ocupan con una serenidad especial que embellece todos sus rasgos, aunque esos rasgos sean ajenos a los cánones clásicos —o a la moda— de la belleza. Madame d'Ornano pertenecía a esta clase de mujeres.

La tarde en que la descubrí en el hôtel Drouot ella estaba observando un canapé Directorio tapizado en seda azul. Mientras tanto se acariciaba la barbilla con un abanico. A pesar de que en la sala había, en ese momento, varios visitantes sólo ella poseía una secreta correspondencia con la pieza codiciada por su mirada. Cuando uno trabaja en una casa de subastas aprecia este tipo de cosas. Hay piezas cuyo esplendor indica que nunca dejarán de pertenecerse a sí mismas. Sea cual sea su dueño jamás llegarán a poseerlas, porque la vida propia de esas piezas es superior al dinero y al deseo de su efímero propietario. Sin embargo hay otras que esperan a una persona en concreto, alguien que las hará suyas con sólo mirarlas y las enriquecerá con su uso. Es algo que no suele ocurrir a menudo y quizá por eso, cuando ocurre, produce una satisfacción paralela —si no mayor— al dinero obtenido en las pujas.

Asocié la estilizada gracia del canapé Directorio y las onduladas aguas de su tapicería al carácter de madame d'Ornano. La observé con la misma dedicación con que ella observaba el mueble. Se sonrió. Entonces debía de tener unos treinta años y según me dijeron después —una casa de subastas, en cuestión de cotilleo, no se distingue de un burdel o de una peluquería de señoras— vivía separada de su marido, un importante accionista de los principales astilleros del país. Disponía de una renta más que saludable, muy buenas relaciones en París y sus amantes eran siempre más jóvenes que ella. Así, decían, se ahorraba un sinfín de complicaciones. Deseé protagonizar con ella un nuevo 18 Brumario sobre la seda de aquel canapé. A la semana siguiente madame d'Ornano lo adquirió. Y unos días después —yo mismo se lo llevé a su casa del 9, rue de Turenne —, en una de esas subastas a las que concurren sólo dos personas y ambas son objeto de puja, me adquirió a mí. Digo que me adquirió ella a mí y no yo a ella porque en la vida hay dos clases de mujeres: las que los hombres seducen y las que se dejan seducir por los

hombres. Las primeras son sujetos pasivos de la relación; las otras nunca pierden el timón de la misma. Éste era el caso de mi nueva amante.

El apartamento de Madeleine d'Ornano estaba situado en El Marais, el viejo barrio judío, un barrio de calles luminosas, suave vegetación y edificios sobrios pero elegantes. Usted lo conoció, años más tarde, pero sé que lo conoció. Sobre la chimenea del salón colgaba una tela de Hubert Robert, *Piscine dans des thermes antiques*. Era un cuadro de motivo pompeyano y sin embargo nada *pompier*, donde se traslucía una clara devoción por algunos maestros de la escuela veneciana, Longhi en especial. Esa tela me fascinó y por eso la nombro ahora. Está apoyada en el tocador de mi habitación, la 14 de un hotelucho portuario llamado El Loto y desde aquella mañana en París no me ha abandonado jamás. El cuadro de Robert fue, para mí, la escenografía de nuestro primer encuentro amoroso. Mientras deshacía el moño de madame d'Ornano —en aquel momento todavía no era Madeleine— mis ojos comparaban la luz de su cuello y el reflejo de los objetos del salón en sus pendientes con las aguas azul pálido de la piscina y los colores tierra del gran vestíbulo de las termas. Estos detalles, que pueden parecer puramente ornamentales, no lo son en absoluto: toda primera cita encierra unas claves secretas —una cantinela que procede de la calle, el zumbido de un mosquito, o un repentino apagón— que sólo el tiempo desvelará como esenciales en el posterior desarrollo de la relación amorosa. Aquella piscina de unas termas romanas que no existieron más que en la imaginación dieciochesca del pintor, fue decisiva en mi vida sentimental con Madeleine d'Ornano. O en toda mi vida, mejor dicho.

El comedor estaba junto al salón. Madame d'Ornano había mandado forrar las paredes de seda amarilla y las vidrieras daban a un pequeño jardín trasero, algo triste por lo frondoso de sus plantas pero que producía la extraña sensación de encontrarse en un

habitáculo asomado al mar: a la flora abisal de un misterioso fragmento submarino. De las paredes colgaban seis pinturas exquisitas: el retrato de una adolescente napoleónica de Ingres, un delicioso paisaje de Bonnard, un desnudo sombrío de Degas, un interior de Vuillard y dos Klee maravillosos. Acostumbrado a mi trabajo en Drouot nada de ello debería haberme impresionado, pero el efecto que en mí provocaron fue semejante al del lector que se adentra en las páginas de uno de esos libros que le descifran el conocimiento de un ser superior. Ese libro era Madeleine d'Ornano y sus fetiches artísticos el vestido que nos habla de un cuerpo, que nos lo ofrece antes de que podamos contemplarlo en su totalidad. Pero lo cierto es que aquel apartamento —de piezas escogidas y refinadas y una atmósfera espaciosa, voluntariamente alejada del abigarramiento burgués— encerraba un curioso y exótico capricho de su dueña, un rasgo rotundo de exótica modernidad, más cercano a la extravagancia de un caballero británico que al gusto de una dama parisina: el dormitorio.

Diseñado a principios de siglo por Carlo Bugatti —usted, señor Bemberg, sabe quién fue Carlo Bugatti—, esta habitación era una mezcla de pintura orientalista y gabinete de explorador. Pieles, espejos, estucos, metales labrados, maderas aromáticas, cristales biselados y muebles de inspiración egipcia producían un estado irreal —como el de quien cruza definitivamente un secreto umbral del mundo— que proporcionaba una intimidad, barroca, sensual e inquietante, y al mismo tiempo eliminaba de ese espacio toda referencia a una vida anterior. Era un dormitorio pensado para dos amantes que saben que más allá de esas paredes se halla la muerte de su historia amorosa. O la muerte, sin más. La última vez que dormí en él vi su foto sobre la cómoda de los colmillos de elefante. Por eso le explico lo del dormitorio: para que sepa que no estoy mintiendo. Ella me dijo cómo se llamaba usted y quién era; nada más. El fondo de la fotografía me era muy familiar: el cuadro de Robert. Bien, ahora tiene la oportunidad de que pase a ser de su propiedad. El precio no será excesivo. Llámeme a El Loto en cuanto pueda. El teléfono es 21469.

Queda affmo. y a la espera de usted.

B. N.

Hay algunas páginas más. En blanco. Y restos de otras arrancadas hace tiempo. ¿Quién era la señora Ornano? ¿Quién era Boris Negresco? ¿Qué hacen entre los restos de la herencia de Nicolás Bemberg? Al principio de esta carta Negresco habla de sus iniciales; al final firma con ellas: *bianco* y *nero*, dice, casi como el martini, como el faro que alumbró mis noches y madrugadas. Un martini invita a pensar. Como la soledad de un hotel. En el libro de autógrafos que Nicolás Bemberg me mandó hace menos de un año estaban esas iniciales: B. N. Estaban escritas con un trazo diferente a las demás firmas, con tinta negra, mientras que las demás lo estaban con tinta azul. B. N.: Boris Negresco. ¿Y bien? Nada. El bien y la nada; el bien o la nada. B. N. otra vez. Hotel Términus, interior noche. Estoy cansado. Me gustaría llamar a alguien, pero no sé a dónde llamar. Marco el número de Nicolás Bemberg. Llamo a una casa vacía, a una casa que no existe. El timbre suena varias veces. Las cuento. Hasta nueve. Lo imagino, sonando al otro lado. Alguien descuelga. Alguien dice diga. Es una voz de hombre, una voz que me asusta: no la esperaba. Yo estaba jugando un solitario, nada más. ¿Es usted el señor Negresco?, le digo. ¿Se llama usted Boris? Nadie contesta, sólo una respiración desacompasada, como si hubiera corrido. Cuelgan. Vuelvo a marcar. El teléfono suena y suena hasta que la línea se corta por sí misma. Y mientras suena, siento que al otro lado hay alguien, sentado tal vez en la misma butaca donde yo he pasado la tarde. Está ahí, esperando, lo sé bien, esperando a que el teléfono deje de sonar, deje de ser el zumbido de un bicho que revolotea por toda la casa hasta estrellarse contra una ventana y caer. Descuelgo de nuevo. Llamo a un taxi. Sí, hotel Términus. Me encanta repetir este nombre, me da la impresión de que me mantiene al margen de todo, como cuando pasaba por delante de él, con mis padres, para ir a misa de once a los Capuchinos. Me gusta tanto como este olor a algas podridas que

viene del mar. El perfume de mi ciudad en los días que el viento sopla de levante. Estoy de pie, solo, en esta avenida fantasmal de la memoria. Madeleine d'Ornano, Boris Negresco, Bugatti, París, la sala de subastas del Drouot, hotel El Loto, el 21469, una cifra que dejó de ser telefónica hace mucho: sombras sobre el asfalto negro. Miro las farolas encendidas. Mi rostro debe de ser el rostro de un cadáver bajo estas farolas. Respiro con fuerza: otra vez el olor a algas y a humedad marítima. Llega el taxi. Le pago y lo despido. Mejor el hotel Términus. Un escritor es un hombre que se retira de la vida. Un escritor es un hombre sin vida. Un hombre cuya única vida es la que imagina a través de las vidas escritas sobre el papel; o que recuerda sobre el papel, lo que viene a ser lo mismo porque el recuerdo no es más que otra forma de la ficción. Por hoy ya basta. Mejor el hotel. El neón de la escalera emite un ruido sordo, como el eco de una sala de máquinas en el camarote de un barco. Mientras me pongo el pijama, imagino a ese hombre del teléfono, esperando. Esperando en la casa vacía. ¿Es esto la vida? Buenas noches.

9

«*Voilà l'héritage de monsieur Mussolini*», me digo mientras subo.

Una finca racionalista, la fachada desconchada, la barandilla de cromo oscurecido, como si le hubieran echado ácido. Los peldaños de la escalera: mármol blanco que parece sal solidificada, quebradiza bajo los zapatos. En la puerta una placa: Mauro Gálvez, notario. El timbre de latón y porcelana, su sonido largo y frío, como el de una afonía incurable, asmática.

—Pase, el señor Gálvez le espera.

La voz de la mujer es una voz mecánica, como un magnetófono, como un contestador telefónico que siempre dijera: el señor Gálvez le espera, el señor Gálvez siempre está a la espera. Y en el despacho, unos visillos amarillentos, un tapiz de imitación dieciochesca, algo así como «damas de Versalles perseguidas por un fauno con anteojos y peluca». Y a su derecha una mesa de raíz de nogal, una mesa decó con innumerables cajones y el señor Gálvez detrás, esperando, el señor Gálvez a contraluz, la cara borrada del señor Gálvez, una cara que no puedo recordar porque esa cara no es más que el contorno de una voz que esconde los mismos secretos innumerables que los innumerables cajones de su mesa.

A través de los visillos, el rumor de los automóviles, las bocinas apagadas, el aire sucio de la tarde encapotada. Una carta de pésame y asuntos profesionales. Y una llamada telefónica un par de horas antes:

—Sí, claro que conocí a su tío. Fue el mismo año que estuve en casa de los Dawson. Usted es escritor, ¿verdad? He visto su fotografía en algún periódico. Pues le voy a contar una historia que quizá le sirva para la novelería. ¿Tiene tiempo? Bien; yo también tengo tiempo, tengo sólo eso, tiempo. En cambio su tío ya no lo

tiene: ésa fue la impresión que me dio en la fiesta de Navidad de los Dawson. La de un hombre que desconoce el sentido del tiempo, un hombre que no dispone de tiempo porque el tiempo es un accidente ajeno, la guerra de los otros... Ahora que está muerto, tal vez sepa lo que es el tiempo, qué gracioso, al revés que los demás mortales, ¿no?, que conocemos la ausencia del tiempo al morir.

Sólo puedo decirle una cosa de su tío: cuando lo conocí me dio miedo. Hace un mes, cuando vino al despacho, me dio pena. Ahora me da risa, pero entonces..., entonces su tío no daba ninguna risa, se lo aseguro. La casa de los Dawson..., si parece que fue ayer y mire, ya peino canas. Cuando conocí a los Dawson yo tenía veintitrés años y empezaba a preparar las oposiciones a notarías...

Aún recuerdo aquel anuncio por palabras: «Se necesita guardés para villa junto al mar, sueldo a convenir». No lo dudé. Me dirigí hacia la carretera de la costa con el Dauphine que mi padre me había regalado el día en que obtuve mi licenciatura. ¡Qué tiempos! Había que colocar un saco de arena en la maleta del Dauphine. La maleta estaba delante y al apretar el acelerador el coche podía emprender el vuelo... Pero bueno, venga usted mañana, a las cinco, que el teléfono es muy caro hoy en día... Buenas tardes.

Una caja de plata, forrada de madera con aguas. Rechazo un habano. Estoy intentando dejar de fumar. Él lo enciende con un mechero de mesa. Los mecheros de mesa son como las pistolas de los gangsters: son como pistolas de plata con las cachas de nácar. Siempre que alguien enciende un cigarro con un mechero de mesa veo la cara de Al Capone. ¿Tuvo cara alguna vez el notario Gálvez al volante de su Dauphine y lejos de Chicago? La novelería. El rostro de Gálvez son sus palabras y la geografía de los secretos de una ciudad escriturada. El rostro de Gálvez, si lo tuvo, debía de parecerse al del sátiro con anteojos y peluca: el rostro de un hombre que persigue algo sin llegar a alcanzarlo, el rostro de un hombre que pierde el rostro el día en que decide dejar de perseguir y se instala en la

espera, como quien abandona su casa para vivir en su despacho, convencido de que lo que persigue acabará llegando sin más esfuerzo que dejar pasar el tiempo.

La llama del mechero tampoco iluminaba el rostro de Mauro Gálvez: sólo la boca por donde salían sus palabras.

—Me aceptaron. Fui guardés, chófer y jardinero. Fui casi *valet de chambre*. La casa de los Dawson se llamaba Villa Ornano y estaba situada en una urbanización asomada al mar. Todas las casas de esa urbanización eran balcones sobre el mar. Casas como cubos geométricos con terrazas cubiertas por grandes alerones de madera y con mucho cactus y rocas caprichosas en las terrazas escalonadas de sus jardines. Salvo en los meses de verano, el resto del año era una urbanización desierta. Todas las urbanizaciones tienen, cuando llega el mal tiempo, un aire siniestro, ¿verdad?, pero la urbanización donde vivían los Dawson lo tenía más que ninguna otra. Aquellos meses que pasé junto a los Dawson, la casa, al ponerse el sol de invierno, con todas sus luces encendidas, parecía un cementerio marino por el que merodeaban las almas en pena de los náufragos, llamando con linternas a los navegantes del mar oscuro. Entonces yo escribía algún poemilla, ¿sabe?, cosas de juventud, sarampiones que se pasan de puro inútiles... Mi trabajo consistía en cuidar del jardín y del perro, un gigantesco gran danés blanco con motas negras, y tener el coche de los Dawson —un Chevrolet rojo tan grande casi como la piscina de la casa— en perfecto estado de revista. Lo que me llevaba, más o menos, unas veinte horas semanales. El resto lo dedicaba a preparar los temas, tomarme unos dry martinis en el Kilimanjaro o deambular con mi Dauphine por las carreteras de la zona. Un seguidor de la regla de san Benito, eso era yo entonces. Me gustaba mucho conducir mi Dauphine, me gustaba su color azul-grisáceo deslizándose sobre la cinta del asfalto... Los coches... Los coches fueron la pasión de mi juventud. No digamos aquel Chevrolet rojo con el salpicadero de caoba, más relojes que un avión y unos

alerones de nave intergaláctica... A veces acompañaba a la señora Dawson hasta La Colonia. Enfilábamos la carretera solitaria que cruzaba uno de los pinares que formaban el paisaje de la zona. De vez en cuando una pareja de cuervos alzaba el vuelo, asustada por el ruido del motor; se oía el cloqueo de las perdices, incluso se nos cruzaba más de un conejo. ¿Le aburro? A mí aquel trayecto jamás me aburrió. Durante una hora era el chófer de Madeleine d'Ornano, siempre con turbante blanco, siempre acompañada por Fritz, el gran danés, siempre con los labios pintados de un rojo intenso y un grueso collar de perlas alrededor del cuello. Era una mujer *bizarre*, ya no existen mujeres como ella. Había sido actriz de La Comédie, ¿sabe?... cuando Dawson la sacó de París ella se tiñó de rubia platino y trabajó como actriz secundaria en unos estudios de cine, unos estudios junto a los muelles del Támesis donde se filmaban películas de propaganda bélica: Beryl Dawson, ése fue su nombre de estrella fugaz y de serie B, la sustituta de Madeleine d'Ornano, antigua actriz de La Comédie Française. Se la veía muy bella en las fotografías desperdigadas por el salón... Pero qué hago. Si le estaba hablando de coches... Y es que Beryl Dawson era tan hermosa como un Bugatti, sí, como un Bugatti. ¿Sabe qué fue lo que le dijo a Edward Dawson la primera vez que lo vio? Cerdo, le llamó cerdo, o más exactamente: *un autre cochon*, como si el mundo fuera una piara. Me lo comentó él mismo. Eso y que, al verla, sintió por primera vez en su vida la atracción por el peligro. Es curioso lo de la atracción por el peligro, porque en la mirada de Madeleine d'Ornano se vislumbraba una sombra extraña, como si tuviera los ojos al fondo de un abismo. Pero regresemos del fondo y vayamos a la forma: ella llevaba un sombrero rojo, un sombrero sin alas que parecía el gorro de un cosaco, a juego con el color de la pintura de sus labios, eso me dijo Dawson. Las cejas negras, muy finas, y la tez blanca, muy blanca. Daba la impresión de que la sangre no circulara bajo esa piel, de que se alimentaba de la electricidad producida por su sistema nervioso. Ocurrió en un café de la *banlieu*. Él se sentó frente a ella y le ofreció un cigarrillo. Ella levantó la vista muy despacio y, sin mirarlo apenas, susurró: *un autre cochon*. Al cabo de una semana se casaban. Y cuando abandonaron Londres, después

de las películas y todo eso, se vinieron a vivir aquí. Lo del cine me lo contó ella. Recuerdo que la primera vez que me habló de su truncada carrera de actriz, en la radio del coche cantaba Françoise Hardy. Al divisar la playa de arena blanca girábamos a la derecha entre bares cerrados y terrazas abandonadas, semáforos apagados, hoteles de temporada, chalets vacíos y fríos edificios de apartamentos hasta llegar al supermercado de los chinos: el Bazar de Asia, se llamaba, lo regentaban un antiguo oficial de Chiang Kai-Shek y su hija y permanecía abierto todo el año. Durante el invierno La Colonia era un decorado cinematográfico de la desolación. Todo lo contrario al bullicio festivo del verano y sus ruidosas sinfonolas.

Cuando, bastantes años después, en un cine de Roma vi *Atlantic City* de Louis Malle tuve la sensación de haber vuelto al decorado de mis veintitrés años. Me acordé del Bazar de Asia y de los chinos de la señora Dawson, de Villa Ornano y el Chevrolet rojo, del Bar Kilimanjaro, de las casetas de baño como fantasmas sobre la arena, de los brincos de Fritz y las canciones de la Hardy, que el verano anterior había sido número uno en el *hit parade* con su elepé *Soleil*... Me acordé de los nombres de aquellos restaurantes con las vallas echadas y mucha hojarasca y papeles rotos: Malibú, Portofino, Congo, Palermo, Ecuador, Tbilisi, Florida, Rialto, Deauville, Shangay... nombres de purpurina para locales de comidas dudosas. Me acordé del cine Capitol, un cine al aire libre situado en el hangar mayor de un viejo aeródromo militar, abandonado al acabar la guerra... Y cuando me acordé de su tío Nicolás Bemberg un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Yo creo en los médiums, mire, todos a veces somos un poco médiums. Uno piensa en alguien del que no sabe nada desde hace años y ese mismo día se topa con él por la calle. ¿Qué es eso? ¿Radiestesia? ¿Telepatía?...

A las pocas horas de mi llegada de Roma su tío se presentó en mi despacho y le hizo a usted su heredero universal...

10

—No, ya le digo, no era él. Tan distante siempre y con aquella mirada que ponía nervioso al más pintado. Cuando vino a mi despacho ya no era él, sólo su sombra. Ni eso: era la caricatura de una sombra, nada. Llevaba el cuello de la camisa raído, la camisa abrochada hasta el último botón, iba sin corbata y el abrigo era un gabán de los tiempos del gasógeno. En cuanto a su mirada, estaba tan desvaída como la de un enfermo de cataratas. Hubo un momento en que me habló de la piscina de los Dawson, como si me reconociera —eso pensé durante unos segundos—, pero después me di cuenta de que no. Parecía obsesionado con las piscinas. Comentó que a las mujeres les gustaban las piscinas y que una mujer desnuda bañándose en una piscina era el paradigma de lo que es una mujer: agua en el agua, musitó. Me dijo también que había comprado una piscina pompeyana y que nadaba cada día en ella, antes de acostarse. Que nadaba en ella como quien viaja a través del tiempo, eso fue lo que me dijo exactamente. El agua y el tiempo parecían sus obsesiones: las piscinas, el mar y el tiempo que se escapa como el agua entre las manos: son retazos de la conversación de aquella tarde. Es curioso en lo que puede llegar a convertirse un hombre. Creo que su tío hablaba de estas cosas porque le daba miedo el mundo, porque se sentía el superviviente de un mundo que ya no existía, porque no hallaba ni un ápice de reconocimiento en todo lo que le rodeaba, porque ya no sabía adónde dirigir su mirada. Pero, claro, puedo estar equivocado, tal vez me confunda y esté pensando en mí: me ocurre a veces.

Luego me habló de usted. Me dijo que era el único que podía entenderle, que usted iba a ser su heredero. «Él también aprenderá a nadar a través del tiempo —me dijo—, no le queda más remedio

que hacerlo: es de mi misma estirpe, la de los que padecen el mal del agua». ¿Delirios *pre mortem*?, no creo: su tío no me dio la impresión de ser alguien que intuyera la proximidad de la muerte, más bien había una voluntad en él de ir arreglando sus cosas, de poner orden, de no sentirse perdido en medio de ellas. Como si clasificara sus pertenencias: las que tenía y las que había perdido, y sólo para reconocerse, para sentirse más cómodo, más en paz. Como si quisiera recuperar una paz perdida que jamás hubiera pensado que perdería. Por eso pensé que quería hacer testamento, no por nada más.

Llamé a mi secretaria y él fue dictando el documento. No había mucho que dictar: «Mi casa y todo cuanto hay en ella». Con una salvedad: un secreter del recibidor, que se lo dejó a la criada, una tal Emilia Reyes, usted la debió conocer, ya luego le enseño los papeles. Lo del secreter lo repitió varias veces. Después se fue. No volví a saber nada más de él hasta que lo encontraron. Lo leí en el periódico y días más tarde fui a su funeral. Poca gente, extranjeros la mayoría, carcamales apergaminados por el sol de los años. El duelo lo presidió esa mujer, la criada de la casa, supuse, la del secreter y me lo confirmó Marqués, el médico, un viejo compañero de curso que fue quien le hizo la autopsia. Algunos ni pasaron por delante del banco. Poca gente, ya le digo, las ciudades olvidan a los que no aceptan sus reglas, a los que juegan a otra cosa. Como olvidan a los derrotados. Las ciudades siempre son para el vencedor. Y su tío ya no era un vencedor. Lo había sido y entonces infundía un respeto que rayaba en el miedo. Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Además, esta sociedad ha cambiado mucho, ¿sabe? Le diría que yo mismo estoy hablando de conceptos que ya no existen. ¿Tiene reglas esta ciudad ahora? Como todas, supongo, pero ya no son las que conoció su tío. Son otras. Ahora mandan otros. Otros que ni siquiera han oído hablar en su vida de Nicolás Bemberg. Otros que jamás supieron de gente como los Dawson, ni de mí, probablemente, ni por supuesto de usted, por muchas novelas que escriba. Somos la reserva india, el lazareto, una rareza que ni siquiera tiene la virtud del exotismo, se lo digo yo que aquí he aprendido mucho: basta con esperar a que suene el timbre. No sabe

la de novelas que usted llegaría a escribir con lo que yo he oído a lo largo de mi vida profesional. Yo no necesito ser novelista, ni tan siquiera ir al cine: tengo aquí todas las novelas posibles, tengo el cine en este despacho, aunque sepa que este cine va desmoronándose a marchas forzadas y yo corro el peligro de transformarme en su fantasma. El fantasma del cine Gálvez. Como lo hizo la vida de su tío, sin asidero posible: hasta que se convirtió en un espantajo y lo encontraron al volante de aquel coche antediluviano. Y eso que su tío jamás supo conducir. Con lo que me gustaban a mí los coches cuando Françoise Hardy cantaba *Soleil* y yo tenía frente a mí todos los horizontes del mundo... Pero bueno, la diferencia está en que a mí no me molesta ir convirtiéndome en un fantasma: todo lo contrario, me encanta. El olvido es la mejor bendición, créame. Después de todo, desaparecer del recuerdo de los demás es siempre la mejor bendición. Se vuelve uno indemne a todo mal.

A mi tío Nicolás Bemberg lo encontraron unos excursionistas en el interior de un viejo Renault hundido en los zarzales de un torrente. La Guardia Civil me envió las fotos: era uno de esos automóviles negros que tanto aparecen en las películas del París ocupado, con los faros semicubiertos y una rendija de luz amarillenta. Nicolás Bemberg estaba sentado en el asiento del conductor y sus ropas estaban húmedas, como si hubiera llovido. Era en septiembre y no había llovido en todo el verano. El cauce del torrente estaba más seco que el desierto de Kalahari. El forense dictaminó paro cardíaco y no pudo explicarse lo del agua. Porque Nicolás Bemberg no murió ahogado, sino de muerte natural. De lo que mueren las personas cuando ya no pueden soportarse más. De puro viejo.

11

El coche del Escritor también era negro como un ataúd encerado. El coche del Escritor fue una de sus perversiones afrancesadas. El coche del Escritor fue, también, una de sus pocas concesiones a la modernidad: un Citroën Tiburón, un Citroën de los que hundían el vientre en el asfalto y alzaban la proa como empujados por un sistema hidráulico. El Escritor tenía chófer y cuando cruzaba la ciudad en aquel automóvil parecía un antiguo primer ministro reclamado desde el Elíseo —él habría preferido Palais Royal— para resolver una complicada cuestión de Estado. No De Gaulle sino Richelieu o Mazarino. Tampoco; Mazarino no, demasiado tosco: dejémoslo en Richelieu. Pero el Escritor sabía que no lo reclamaba nadie, que nadie lo reclamaba más allá de su trabajo de procurador en los juzgados o la casa en el campo: una viga comida por las termitas, el mildiu en las vides, una reparación del tejado. Al contrario, se sabía solo incluso entre quienes le rodeaban: pocos y cada vez menos. Los demás consideraban su literatura un juego de salón. ¿Lo fue?

El coche lo tenía aparcado en la entrada de su casa, junto a las caballerizas. Parecía una escultura moderna colocada debajo de un arco gótico. A él ese contraste debía divertirle. De viejo le divertían esas cosas. Como una herencia de su afición por el cultivo de la paradoja, esa trinchera que nos protege de nuestros propios males. Un recurso, la paradoja, que le permitió convivir consigo mismo de una forma más o menos apacible, pero que no le ayudó a obtener tregua del mundo. Y el mundo seguía su marcha inexorable, arrollando a las personas como el Escritor, por mucho coche encerado y mucho *Grand Siècle* encerrado en sus neuronas: los juegos de un *salonnier* imaginario a la busca de su propio personaje

en una galería de espejos. A la búsqueda de un tiempo donde situar a su personaje. Como Nicolás Bemberg cuando colocó aquel bibelot inglés sobre la chimenea francesa.

El día en que a Emilia se le cayó el bibelot del caballero con casaca azul, leontina y antiparras doradas, fue el mismo día en que acompañé a mi tío Nicolás Bemberg a casa del Escritor.

—Emilia, ha hecho usted pedazos lo poco que quedaba del club Pickwick. Vaya con cuidado y no vuelva a hacer el botarate, caramba.

—¡Y yo cómo voy a hacer pedazos algo que no sé lo que es! —contestó Emilia—. Un muñequito impropio del señor, eso es lo que he roto, una majadería. ¡Menudo bicharraco ese pingüino con polainas!

—Lo único impropio son las sandeces que está diciendo, Emilia. Cállese y vuelva a la cocina, que tiene usted manos de marsopa y cerebro de estornino.

Nicolás Bemberg lo dijo riendo pero a Emilia no le hizo ninguna gracia. La misma que a mi tío, que cuando una cosa no le hacía ni pizca de gracia se echaba a reír, como si le hiciera mucha. Emilia desapareció de la sala y Nicolás Bemberg me dijo que me pusiera el abrigo. Nunca les había oído hablar tanto entre sí.

—Ésta es una visita de pésame —me dijo mi tío, mientras tiraba de la argolla de latón y se oía el repicar de la campanilla al otro lado de la puerta—. Requiere cierta solemnidad, recuérdalo.

Nos abrió el chófer, con su uniforme azul marino y un brazalete de luto cosido a la manga derecha. Nicolás Bemberg hizo ademán de desprenderse del abrigo. El chófer le ayudó a quitárselo. Conmigo hizo lo mismo.

—El señor está en la salita. Pasen por aquí.

El Escritor estaba sentado en un sofá tapizado de seda roja. Sonrió al dar la mano a mi tío. A mí me dio una palmada en la mejilla, pero no me miró. Tenía las manos heladas y parecía que le hubieran estirado la cara. Estaba muy pálido y daba la impresión de hallarse lejos de aquel sofá. Mi tío y él hablaron de la enfermedad de su mujer y recuerdo que él dijo algo así como que en un matrimonio el primero que muere traiciona al otro.

—Clara no debería haberse marchado —dijo el Escritor—. Por su culpa estoy perdido, ya me dirá qué puedo hacer sin ella.

Pero Nicolás Bemberg no le contestó. Nicolás Bemberg nunca hablaba de mujeres, estuvieran vivas o muertas. Y tampoco el Escritor esperaba contestación alguna porque inmediatamente pasó a hablar de París, esa ciudad que sólo usted y yo conocemos en este barrio, dijo, y de París pasó a Argel —es como esta ciudad nuestra, pero en sucio— y de Argel al «Je vous ai compris» del general y su traición ignominiosa —fueron sus palabras— a la colonia francesa.

—Europa jamás será la misma a partir de esa traición, querido Bemberg. No hay grandeza sin colonias. Y sin grandeza no hay bondad, créame. Una civilización que se encierra en sí misma está condenada a la decadencia y toda decadencia encierra unas altas dosis de vileza. Mire usted a los ingleses. Desde que perdieron el Imperio se dedican a nombrar caballeros a melenudos que berrean y a fotógrafos de reputación más que dudosa. Pronto sentarán en los Lores a una peluquera de Manchester. A este sobrino suyo le esperan tiempos desastrosos. Volverá la Europa de las tribus bárbaras, ya lo verá; de momento ya han inventado al hechicero de la tribu: el televisor. Aquí tiene prohibida la entrada. Y espere a que caiga el muro de Berlín, que caerá, Bemberg. Usted y sus amigos suspiran por la caída del muro: no entienden que ahí sobrevive la Rusia de los zares. El comunismo es una forma de zarismo, de viejo orden congelado en el tiempo. Lástima que sean ateos, que desconozcan la moral o que su escasa moral sea miserable. Pero cuando se descongele ese orden ya verá usted, Bemberg. Esto va a ser una pulmonía generalizada, el caos de los virus y las bacterias. De la Europa que hemos conocido sólo va a quedar un vendaval de virus y bacterias. La misa la dicen al ritmo de las guitarras eléctricas

y los ornamentos parecen cortinas mal cortadas, de un gusto pésimo además. Ya me dirá dónde estamos. Por cierto, hablando de bacterias, ¿ha visto usted hoy a Clara? Son las seis de la tarde y aún no me ha preguntado si quiero el té. Ya lleva una hora de retraso, cada día está peor. Recuerde lo que le escribía Chateaubriand a su amigo Joubert: «Mi esposa tiene una cabeza singular y desde que está conmigo me encuentro a la cabeza de dos cabezas muy difíciles de gobernar». ¿Cómo voy a poder gobernar yo la mía ahora, si la suya se ha volatilizado? Menos mal que en esta ciudad queda gente como usted, Bemberg. Por cierto, ¿no se iba?

Fue la única vez que estuve en la casa del Escritor, pero la recuerdo como si hubiera estado en ella cientos de veces; recuerdo que pensé que era una casa de muñecas, una extraña casa de muñecas que alguien había agrandado lo suficiente como para hacerla habitable. Y recuerdo también lo que le contestó mi tío Nicolás, con una sonrisa que me dio miedo:

—Sí, ya me iba; había olvidado que Clara me espera en casa.

El Escritor ni se inmutó. Volvía a estar lejos de aquel sofá de seda roja, con los ojos muy abiertos, el cuello estirado y las manos cruzadas sobre los botones del jersey gris. Pero a partir de aquella tarde, cuando Nicolás Bemberg y el Escritor se cruzaban por la calle hacían por no verse, como si jamás se hubieran conocido.

Por la noche cené con Emilia en la cocina. Nicolás Bemberg había salido.

—Me voy a los galgos, a apostar —dijo antes de cerrar la puerta. Y yo, sin despedirme siquiera, me fui a la cocina, a cenar. Me escondí en la cocina para no tener que soportar su mirada, esa mirada que ahora estarían soportando los gitanos de los galgos y los corredores de apuestas.

Durante los pocos metros que separaban las dos casas, Nicolás Bemberg y yo no habíamos cruzado ni una palabra. Lo sentía a mi lado como quien siente una presencia enemiga aunque invisible y

por invisible más enemiga aún. No era él quien andaba junto a mí: era un espectro que yo desconocía, pero algo en mi interior me decía que debía protegerme de su sombra, que su sombra era tan perniciosa como una enfermedad hereditaria. La crueldad de aquella frase dirigida al Escritor me había desconcertado. Me sentía igual que si Nicolás Bemberg, delante del Escritor, hubiera zarandeado mi silla hasta arrojarme al suelo.

Le comenté a Emilia aquella sensación. Había preparado una deliciosa empanada gallega.

—Te vas a comer los restos del pingüino del señor. Qué berrinche por esa sosería. Pero cuando yo me enfado cocino de maravilla, ya verás. Y eso que me dices que le ha dicho al vecino es muy normal. Al señor sólo se le pasan los enfados si hace daño a alguien. Es su medicina favorita. Y si le ha dicho eso puedes estar seguro que el vecino le había hecho enfadar. Yo qué sé, una ingeniosidad de las suyas, que los de letras son así, un desprecio como quien no quiere la cosa. Además, y entre nosotros te lo digo, el vecino no está muy bien del terrado. Un hombre que se pasa media vida escribiendo no puede estar muy bien de la azotea. Pero estos desplantes no los perdona el señor. No los ha perdonado nunca de nadie. Ni siquiera del capitán general o del gobernador civil. Él es como es y cuando se cabrea acaba yéndose al canódromo, a ver los galgos. Y no te digo yo lo que es aquello: un cutrerío que pa qué. Todos parecen prófugos de la policía. Pero en ese ambiente el señor se relaja. Le gusta. Y acaba por no venir a dormir. A saber dónde dormirá esta noche. Ahora, que lo del petimetre ese de porcelana no se lo perdono. Una tiene derecho a llevar un día malo. Y esa figurita, en esta casa, no pegaba ni con cola. Si lo sabré yo. Esto ha sido siempre una buena casa, no un burdel ni un bar de alterne.

Aquella noche dormí mal: la empanada de Emilia, la sonrisa tenebrosa de mi tío, sus palabras frías como una esquirla de hielo arrojada a los ojos del Escritor. Me desperté de madrugada y la casa

estaba completamente en silencio. Añoré las arias nocturnas de Nicolás Bemberg. Volví a la escena de la visita de pésame: la solemnidad, recuérdalo. Pensé en otras palabras: en las del Escritor. En medio de su ensimismado desvarío se había referido con sorna a un fotógrafo de reputación dudosa y también había hecho alusión a las ideas de los amigos de mi tío —usted y sus amigos, dijo—. Y de repente aquellas prisas por quedarse solo. ¿Para qué si le agradaba, eso dijo, que en esta ciudad aún hubiera personas como Nicolás Bemberg, que también conocía París y había sido el fotógrafo de una Europa que yo desconocía —como si se tratase de un club privado— pero que aparentaba ser el vínculo entre ambos?

Abrí el balcón. Uno de los pavos reales estaba tumbado en la tierra, como muerto. El otro había desaparecido. No pude ver al otro pavo real en ninguno de los árboles del jardín de Nicolás Bemberg. Al cabo de un rato volví a meterme en la cama.

12

Emilia estaba enferma y no paraba de sonar el timbre. Había empezado a llover hacía pocos minutos: un chaparrón intenso, de noviembre. Bemberg me había pedido que aunque ésta fuera una tarde de visitas, me quedara en casa. Por una vez anuló su costumbre de apartarme de sus amigos: pensé que me necesitaba. Debía atender a la puerta y servir a los invitados. Me dijo que llevara nueve toallas de baño y las repartiera en los sillones fraileros del recibidor. Una por invitado. Y que antes les pasara la plancha, para que estuvieran calientes. Los sillones parecían hábitos de cartujo. Yo estaba encantado: por fin podría ver a los amigos de mi tío reunidos en cónclave. Por fin podría escucharlos y observar sus movimientos, como si fueran insectos.

La primera en llegar fue una pareja de extranjeros. Arrastraban las erres y las eses al hablar. Los dos eran muy altos y rubios. Ella tenía manos de hombre y él llevaba gafas redondas de concha.

—Buenass tarrdess querrido muchacho —dijo ella—. Está cayendo una lluvia de perrross.

—Sse disse día de perrross, querrida Helga, no lluvia de perrross —corrigió él.

Me dieron risa con tanto silbido y tanta erre. Estaban empapados. No llevaban paraguas. La lluvia les había cogido por sorpresa. Les ayudé a quitarse las gabardinas y les entregué una toalla a cada uno. Se secaron el pelo. Mientras, ella volvió a hablar.

—Esste Nícolasss ssiemprre trrréss charrrmant.

Los acompañé hasta la biblioteca. Allí estaba tío Nicolás, sonriente, con una copa de coñac en la mano. No se levantó del sillón. Les indicó el sofá de la piel de leopardo. Volvió a sonar el timbre.

Esta vez era la mujer del turbante, sin el criado chino y acompañada por un hombre con chaqueta de *tweed* y una pipa en los labios. Un hombre de semblante amable y dulce. No necesitaron toalla. Estaban secos; como si no lloviera. Miré de reojo al balcón: seguía lloviendo. Él me sonrió. Ella ni me miró: como si no estuviera. Se dirigieron a la biblioteca sin que yo les dijera nada. Como si se movieran por un territorio que les pertenecía. Vi como Nicolás Bemberg la besaba a ella en una mejilla y a él le daba la mano y le cogía con la otra por el brazo. Ella cerró las puertas. Me quedé al otro lado, con las molduras en rojo y oro pegadas a mi nariz.

Luego llegaron tres hombres. Dos de ellos hablaban con acento sudamericano. A uno lo conocía. Se llamaba Hugo Montenegro y era anticuario. Yo había acompañado a mi tío a la casa de Montenegro en algunas ocasiones. Llegábamos con las manos vacías y salíamos con dos o tres paquetes. Yo hacía de porteador. El tercer hombre llevaba un parche de cuero en el ojo, era de complexión atlética y tenía la piel del color de la manzanilla. Los tres estaban empapados e hicieron buen uso de las toallas. Al acabar parecía que les habían dado un susto, de tan erizado que les quedó el pelo. Rieron entre sí y yo me sumé a sus risas. Montenegro me cogió por el hombro. Los acompañé hasta la biblioteca.

Volvió a sonar el timbre: dos hombres y una mujer. Una mujer con gafas de montura blanca acabada en punta y con diminutos cristales tallados en los extremos de la montura. Llevaba un escote muy exagerado, no muy adecuado a la estación. Pensé que tendría frío. Me sacó la lengua y la movió de un lado a otro. Tenía la lengua muy gruesa, tan roja como un fresón. Ellos la recriminaron con la mirada, sin decir nada. Los dos eran españoles y vestían de negro. Uno llevaba una cruz militar con distintivo blanco en la solapa. El otro tres sortijas en cada mano; tres piedras montadas en plata: una azul, otra amarilla y la otra verde.

Cuando entramos en la biblioteca, tío Nicolás les preguntó cuántos tomarían café y cuántos preferían té. Seis cafés y cuatro tés. Nicolás Bemberg me miró como diciéndome que me fuera a preparar cafetera, tetera, tazas y bandejas. Mientras cerraba la puerta oí como decía.

—Esperaba a nueve. Uno de ustedes sobra.

Cuando volví a entrar en la biblioteca alguien había encendido las dos lámparas de mesa. Las pantallas eran de seda plisada color verde y todos, salvo Nicolás Bemberg —que estaba sentado junto al velador y la lámpara de pie, de pantalla de pergamino—, parecían enfermos del hígado. Algunos —el del parche en el ojo y la mujer del turbante— parecían momias, de tan hieráticos que estaban. Lo demás aún tenían el pelo húmedo y algunas gotas de lluvia brillaban sobre sus hombros. La imagen de grupo resultaba un poco grotesca. Callaron, como si hubieran estado discutiendo. Mientras les fui sirviendo las infusiones permanecieron en silencio, algo tensos. Nicolás Bemberg no. Nicolás Bemberg me iba indicando si la señora rubia y alta quería café o si la otra rubia, esta señorita con vestido de flores —del escote nada dijo— quería una taza de té. Antes de salir volví a mirarlos, como esperando un encargo. Pensé que no me veían.

—Puedes marcharte —dijo mi tío.

Cerré la puerta. Y mientras lo hacía empezaron a hablar. Me quedé un rato junto a la puerta. Oí algo de un automóvil con matrícula falsa, de un tal general Salan, de Negresco, de una casa incendiada en Shangai, de Franco y de un tal Degrelle, de unas fotografías comprometidas, de la vieja Manchukúo, de la situación en Saigón. Parecían enfadados. Mi tío era el único que no gritaba, el único que no hablaba. Yo notaba el silencio de mi tío al otro lado de las puertas, lo notaba como se nota la respiración de un felino cuando acecha a su presa.

Al cabo de una hora oí cómo se abrían las puertas de la biblioteca. Alguien cruzó el recibidor y se marchó cerrando de un portazo. Luego, el silencio. Pensé que los invitados eran ahora nueve, como las toallas. Pasaron veinte minutos, quizá media hora. Desde la cocina oí un golpe sobre la mesa y una frase gritada por un hombre: «Sólo hay que esperar, Bemberg, sólo tenemos que esperar, no

podemos hacer nada más que esperar». Diez minutos después se marchaban. Apenas hablaban entre sí; ni una risa. Nadie me llamó. Los despidió mi tío. Cuando fui a la biblioteca a retirar las bandejas, Nicolás Bemberg estaba abriendo uno de los balcones y la lluvia mojaba la alfombra. Se giró para mirarme. Su cara estaba muy pálida. Como si le hubieran dado un disgusto inesperado. Nunca había visto a Nicolás Bemberg con esa cara. Intentó sonreírme. La mueca le congestionó el rostro. Volvió a mirar hacia la calle. Tal vez fueran las gotas de lluvia, pero tuve la impresión de que lloraba. Aquella tarde me pareció que Nicolás Bemberg estaba llorando.

Después de cenar a solas en la cocina —mi tío se había marchado al canódromo, confirmando así su malhumor— subí a la habitación de Emilia, a llevarle su cena. Tenía fiebre y su piel y ojos brillaban como la madera recién barnizada. Estaba muy guapa. Me preguntó por la reunión de la tarde y le conté lo que había visto. Parecían pajarracos que alguien hubiese arrojado a una piscina, le dije.

—Lo son —me contestó—. Son pajarracos de mal agüero, los andaluces sabemos de estas cosas. Lo son todos menos el señor Yan, el francés ese.

Yo se lo fui contando todo a Emilia, aunque no sabía quién era el tal Yan. Supuse que si era francés se llamaría Jean, igual que Chancaché era Chiang Kai-Shek. Le conté lo que había visto y oído, todo menos la imagen de mi tío frente al balcón de la biblioteca. Pensé que eso no podía contárselo a nadie, que era el único secreto que compartíamos Nicolás Bemberg y yo.

Emilia tenía unas revistas sobre la cama y aquella noche pegamos en su álbum las fotos de la boda entre Orson Welles y Rita Hayworth.

—La va a matar —dijo ella—, este hombre la mata, tan guapa y tan indefensa. Ser guapa no es más que una desgracia, créeme. Se fijan en ti los peores hombres. Ser guapa es una debilidad, no una ventaja. Mírala, si parece un corderillo a punto de sacrificio.

Yo no miré a la Hayworth. Yo miraba a Emilia, que estaba más guapa que la Hayworth y sonreía como Orson Welles en aquellas fotografías. El camisón le resbaló sobre el hombro. Las revistas se cayeron al suelo. El álbum también. No nos dijimos nada. Emilia me desabrochó el cinturón e introdujo su mano bajo mis calzoncillos, riendo en voz muy baja. Después, agachándose, acercó su boca. El corazón me latía con fuerza en el cuello, como si fuera a salírseme del cuerpo. Yo la besaba en el pelo, le cogía los pechos con fuerza, intentaba tocarle el culo, pero mis brazos no eran lo suficientemente largos, allí de rodillas en la cama y ella sentada, con una mano moviéndose hacia adelante y hacia atrás y la lengua debajo, tan caliente, y los labios que subían y bajaban, tan redondos, chupando muy despacio, como si fuera un helado de mora de los que ella hacía al final del verano y yo quieto, mirando el rostro de Emilia como quien contempla un milagro. Olía a tierra mojada, a mar y a cuerdas de cáñamo. Recuerdo que olía muy fuerte a cáñamo. Miré la tulipa sobre la cabecera de la cama y me pareció estar buceando en la luz. Y la luz era el cuerpo de Emilia. Cuando hubo acabado —cuando hube acabado— me dejé caer a su lado, sin dejar de tocarla, ahora muy despacio, como quien acaricia el agua. Las sábanas olían a aceite de almendras y a campo cuando el campo huele a hierba húmeda, a canela y a estiércol de vaca. Todo había ido muy deprisa. Ella se rio de nuevo. Emilia se rio con una risa limpia y fresca que yo no había oído jamás. Y me dijo: ahora ya tenemos un secreto tú y yo, un sucio secretito de los que os gustan a los hombres. Y al oír la palabra secreto pensé en las lágrimas de Nicolás Bemberg mientras la lluvia caía en la calle y mojaba la alfombra azul con grecas amarillas. Y me abracé a Emilia como me abrazaba a mi madre antes de que se fuera a Lisboa, pronto haría dos años, en un DC-3 de Iberia.

13

Repaso las fichas de los personajes de la novela que estoy escribiendo. De la novela que debería escribir a partir del libro de autógrafos que me envió Nicolás Bemberg. De la novela que planeó Nicolás Bemberg un año antes de morir.

ALENÇON, Lucía de: nacida en Lyon en 1909. Caucásica; ojos verdes y piel blanca; complexión atlética. Bailarina. Dueña de un gimnasio. Amante de Otto Glashoff desde 1942 hasta 1950. Murió en una residencia de ancianos en 1980. En casa de mi tío había tres fotografías suyas —circa 1940— en las que juega con un gran danés blanco con manchas negras. Posiblemente Fritz. Está desnuda y lleva el mismo collar de perlas que Beryl Dawson —nacida Madeleine d'Ornano— aquel día en que vino con el criado chino y un paquete. En una de estas fotografías, un brazo enfundado en un guante negro y largo la sujeta por el cuello. Uno de los dedos de ese guante luce una sortija con una piedra coloreada en amarillo por el fotógrafo, se supone que Bemberg, aunque ninguna de las tres fotos está firmada, tal como era la costumbre de mi tío. Tanto el brazo como la mano parecen de mujer.

ARQUÉS, Bruno: nacido en Barcelona en 1916. Pelo rizado y negro. Ojos negros. Bajo: 1,60 de estatura. Trompetista de la sala de fiestas Callao. Con fama de gigoló, antes de la guerra. Vivía en el

hostal Perú, allí donde se alojaron Rodolfo Valentino y Natasha Rambowa en su primera visita a la isla. En 1938 fue condenado a cinco años de trabajos forzados en carreteras. Fue delatado por un marido engañado. Arqués era amigo de Edward Dawson. Solían salir juntos de pesca en los primeros cincuenta. En 1962 muere mientras nadaba en una playa de la bahía. Se había tirado al agua después de comer: corte de digestión e infarto. Hay una fotografía firmada por N. B. en la que está sentado a una mesa con las manos alzadas: una se apoya en la trompeta, la otra en una máscara africana montada en un pie de hierro. Los vasos sanguíneos de ambos globos oculares están coloreados de azul. El rictus de su boca es de cansancio. A Emilia le gustaba mucho esa fotografía. Decía que Arqués era como un príncipe destronado (*sic*).

BEMBERG, Nicolás: primo segundo de mi madre. Mi padrino. Nacido en Barcelona en 1911. Fotógrafo y coleccionista. Colaborador de *La Gaceta Literaria* de Giménez Caballero. Alférez al empezar la guerra: Azaña había cerrado la Academia antes de que él pudiera acabar la carrera. Asciende a teniente y después a capitán por su valeroso comportamiento en el frente. En desacuerdo con su nuevo destino —fiscal militar en los juicios sumarísimos de la posguerra—, abandona el Ejército en marzo de 1940. Es entonces cuando dirige sus pasos por la senda del coleccionismo artístico. Se traslada a París. Viaja por la Europa ocupada por los alemanes. Se instala en la isla en 1945. Se publican fotografías suyas en *Vogue* y *Harper's Bazaar*. Sus fotos en blanco y negro siempre tenían algún fragmento coloreado a mano: el sello Bemberg. Abandona la fotografía en 1956, fecha en que compra su casa en el barrio de la catedral y empieza a decorarla febrilmente. Yo viví en esa casa desde los catorce años hasta los diecinueve. Muere a la edad de setenta y seis años.

BLASTEIN, Jacobo: sin referencias familiares, geográficas o laborales. Decía haber sido guionista en Hollywood. Posiblemente argentino. Nombre posiblemente falso, como su trabajo de guionista, posiblemente. Llevaba fulares de seda. Incluso en bañador llevaba un fular de seda anudado al cuello: vi una foto tomada en la piscina de Villa Ornano junto a Laura Glabber, él con fular y meyba, ella con un dos piezas de piqué. Fumaba con boquilla de carey. Desapareció de la ciudad sin dejar rastro en 1968. Después escribió a mi tío en varias ocasiones; en concreto recuerdo tres sobres suyos sobre la bandeja de plata que había en la consola del recibidor. Los sobres llevaban el remite impreso en letras doradas: Blastein. No recuerdo sellos; tampoco matasellos.

CAVIEDES, Jaime: del Cuerpo jurídico-militar. Nacido en Tánger durante el Protectorado. Acogido durante la República a la ley Azaña se reincorpora al Ejército el 17 de julio de 1936. Terminada la guerra civil se alista en la División Azul y participa en la campaña de Rusia. Sale de Stalingrado una semana antes del comienzo del cerco soviético. A su regreso de Rusia abandona el Ejército y abre una tienda de antigüedades en la ciudad, negocio que compagina con un bufete de abogado. Se decía que Nicolás Bemberg no sólo era cliente de esa tienda sino también copropietario. No llegué a averiguarlo. En 1968 Caviedes defendió a un tal Fortunio Piglia, acusado de falsificación de títulos nobiliarios de las antiguas monarquías del este de Europa. Consiguió librarle de pena de cárcel: su cliente fue expulsado del país. Se echó tierra sobre el asunto. Poco después se le incendió el negocio. Caviedes aún vive. Es un anciano que padece el mal de Alzheimer y sonríe.

DAWSON, Beryl y Edward: propietarios de Villa Ornano, nombre de soltera de Beryl Dawson. Edward Dawson se especializó en

Historia de Arte Medieval en la universidad de Londres. Participó en el desembarco de Normandía. Una vez tomado París su regimiento fue el encargado de rescatar las obras de arte saqueadas por los nazis por orden del mariscal Göring. Allí conoció a Madeleine d'Ornano —que había sido amante de Nicolás Bemberg y tal vez de Boris Negresco— y se casó con ella, meses después, en Londres. En Londres Madeleine d'Ornano pasó a llamarse Beryl Dawson y sustituyó el teatro por el cine: tres películas de propaganda bélica de serie B. Tuvo una temporada radiante en Londres y muchos pretendientes. Los hay que, en aquellos años, la emparejaron con Mosley y también con el duque de Windsor a quien veía en sus viajes a las Bahamas con su amiga Teresa Wilkins. Después de uno de estos viajes los Dawson se instalaron definitivamente en la isla.

GÁLVEZ, Mauro: notario del testamento de Nicolás Bemberg. Durante su estancia en Villa Ornano prepara oposiciones a notarías, mientras padece una doble fascinación: los automóviles y la señora Dawson. Es el hombre sin rostro que espera en su despacho. No sé lo que espera: tal vez recuperar el rostro que tuvo cuando le fascinaban los automóviles y la señora Dawson. El rostro que tienen los hombres antes de perder las ilusiones; es decir antes de convertirse en hombres.

GLABBER, Laura: amante de Carmen Manila y de Edward Dawson. Modelo a ratos perdidos en la Escuela de Bellas Artes. Modelo fotográfico de Nicolás Bemberg. Tendencia al exhibicionismo. En las fotos el cuerpo de Laura Glabber es un cuerpo retorcido, deformado por las dobleces artificiales del papel en la cubeta y los ácidos del revelado. Parece la silueta de una contorsionista circense: nunca se le ve la cara. Es un cuerpo decapitado, vestido con trajes de chaqueta y vistosos vestidos de fiesta. En el dorso de algunas,

escrita con letra de mi tío, esta anotación: la Glabber Glacé. En el dorso de otras: la Glabber glassé.

GLASHOFF, Helga y Otto: propietarios de una librería de lance sita en el antiguo barrio judío. Él, originario de los Sudetes; ella, sueca. Se decía que habían huido de la invasión de la Wehrmacht. Falso: ambos eran agentes de la Abwehr e íntimos del cónsul alemán. En esa época de dominio alemán en Europa viajan con frecuencia a Dublín, Bucarest, París, Estambul, Praga y Varsovia. Es en Bucarest donde conocen a Nicolás Bemberg, en el transcurso de una cena ofrecida por el conde de Foxá, del que Bemberg era amigo. Regresan de esos viajes con los baúles cargados de libros para vender en El Siglo, su librería. Al finalizar la Segunda Guerra organizan en España una red de acogida de mandos del Reich y exgobernantes aliados de Hitler. En la década de los cincuenta cierran la librería y se dedican a viajar por África. Existió un expediente del matrimonio en los archivos de la DGS estatal. Última residencia conocida: las Bahamas, 1965.

GRABOWSKI, Rainer: nombre tan falso como su condado polaco, título que ostenta en sus tarjetas: conde Grabowski. Nacido René Gravan en 1900, Marsella. Paracaidista. Servicio militar en Argel. Se casa con una rica *pied-noir* que muere en un atentado del FLN en el que Gravan pierde el ojo izquierdo. Agente de la OAS. Hombre de semblante cetrino, le gustaba fotografiarse rodeado de armas, sin camisa y con las cartucheras cruzándole el pecho perfectamente embetunadas. Las hebillas y trabillas, relucientes. Tenía todos los discos de Édith Piaf y le gustaba la pesca submarina. Murió en el fondo del mar, enredado en unas cuerdas. En el funeral, Nicolás Bemberg, después de leer unos pasajes del *Libro de los Proverbios*, dijo en voz muy baja —lo oyeron sólo los de los primeros bancos—:

se veía venir, fue un hombre sin suerte. Rainer Grabowski está enterrado en un cementerio de la costa. En su lápida dos iniciales: R. G. bajo una corona de conde.

MANILA, Carmen: cantante. Nombre artístico. Catalana. Fue corista en El Molino y amiga de un pistolero lerrouxista muerto en el curso de un tiroteo en El Paralelo. También modelo de Nicolás Bemberg, aunque jamás vi fotos suyas en casa de mi tío. Amante de Laura Glabber y de Tico Morenés, con el que acabó casándose en 1970.

Montenegro, Hugo: anticuario y decorador. Nacido en Montevideo. Hijo de un terrateniente, ganadero de vacuno y criador de caballos. Educado en los mejores anticuarios de la Rive Gauche. Si tuviera que definir su casa —en la que estuve en un par de ocasiones acompañando a mi tío— diría que era una casa limpia: la casa de la claridad. Montenegro conocía a la perfección todas las claves de la armonía en la mezcla de diferentes estilos. En aquella casa el sosiego y la placidez no sólo se respiraban, se palpaban. Soltero empedernido fue amante de todas las mujeres del grupo excepto de Beryl Dawson. Y lo fue también de otras muchas que no figuran en estas fichas. Les fascinaba su conversación y su dulce acento uruguayo. Pero su gimnasia amatoria estaba muy por detrás de su habilidad con la lengua.

MORENÉS, Tico: Alberto Morenés, madrileño. Joyero. Discípulo de Lalique y Cartier. En los años veinte trabajó en los talleres de ambos, becado por la Diputación de Madrid. En los cuarenta diseñaba cierres, hebillas y joyas para Balenciaga. Pero su especialidad eran

las pitilleras art déco, muy buscadas en el mercado especializado pues no llegó a realizar más de una veintena. Sólo en la colección del magnate Hearst se cuentan hasta doce. Aquí pasaba los veranos y las Navidades. Nicolás Bemberg tenía una, hecha en plata con dibujos geométricos y con sus iniciales en laca negra y dos rubíes. La tenía sobre el velador junto al que acostumbraba a leer por las tardes. Emilia sostenía que la pitillera fue el pago por las fotos de la cantante, unas fotos en posiciones bastante obscenas. Ya mayor, se casó con Carmen Manila, de quien había sido amante durante veinticinco años. Actualmente viven en Madrid, en un piso de la Gran Vía, y él está enfermo de Parkinson.

¿NEGRESCO, Boris?: B. N. Si así fuera, amante de Madeleine d'Ornano en los años treinta. El nombre parece falso. Dueño del cuadro de Hubert Robert *Piscine dans des thermes antiques*. Contactó con Nicolás Bemberg mientras yo ya vivía en Barcelona. Desconozco la fecha. Ahora este cuadro es parte de mi herencia. Tengo un recuerdo borroso sobre su posible papel en la falsificación de títulos de monarquías exiliadas cometida por el Fortunio Piglia a quien defendió Jaime Caviedes. Consultar hemerotecas: páginas de sucesos, 1968.

ORNANO, Madeleine de: actriz de La Comédie Française. Amante de Nicolás Bemberg de 1940 a 1944. Amante de Boris Negresco, si la carta de éste, ahora en mis manos, no es pura invención. Casada con Edward Dawson en 1945 (vid. Dawson, Beryl).

Orlov, Claudia: antes Orloff. No se sabe nada de ella. Posiblemente turista ocasional. Ni una sola fotografía, pese a que su firma aparece

en tres ocasiones en el libro de autógrafos de Beryl Dawson. Como Orloff la primera y como Orlov las otras dos. La letra de su firma es confusa y la rúbrica se enreda sobre ambas iniciales. Como una telaraña, como si estuviera borracha.

PARMA, Eduardo: farmacéutico, coleccionista de sellos y gran aficionado a la navegación a vela. Estaba muy orgulloso de sus series del rey Faruk de Egipto. Vivía con su madre, doña María Velarde, una salmantina muy conocida entre la aristocracia local. En la ciudad se le llamaba «el comodoro más guapo del Mediterráneo». Homosexual. Fue amante del millonario mexicano Adolfo de Villalobos en el Tánger de los primeros cincuenta. Murió en un accidente automovilístico en 1964, cerca de Toledo.

VALENDER, Jean: escultor aficionado, nacido en Indochina. De profesión buena persona. Era la mascota del grupo. Hijo de diplomático inglés y heredera francesa, hija a su vez de un empresario naval. Estudió en Oxford, donde trabó amistad con Harold Acton y Evelyn Waugh. Aparece citado en dos ocasiones en los diarios de éste y algunos especialistas en la obra de Waugh mantienen la teoría de que fue el modelo del personaje de *A handful of dust*, Tony Last. Si así fuera, esta ciudad sería el Amazonas; el grupo de Nicolás Bemberg, los indios; y Bemberg, Mr. Todd, el secuestrador de Tony, el que le obliga a leer libros de literatura inglesa hasta la muerte. Efectivamente, Jean Valender sentía una gran fascinación por Nicolás Bemberg, rayana casi en lo hipnótico. Valender era un hombre educado y simpático, poseedor de un gran sentido del humor. A Bemberg le hacía mucha gracia. A los demás también. Todos le tenían mucho afecto. Cuando Valender se marchó a Le Havre para tomar la dirección de los astilleros fundados por su abuelo, organizaron una fiesta en Villa Ornano que duró tres días y

tres noches. Nicolás Bemberg desempolvó una cámara Leica e hizo las fotos, pero al revelarlas no las coloreó. Las encuadernó en un álbum que hoy debe de tener Jean Valender si aún vive, que no creo. Le llamaban el oso panda. Usaba chalecos de tafetán —herencia de su época oxoniense— y lucía una espesa barba negra con manchas canosas. Le gustaba cantar en las fiestas. Voz de barítono.

WILKINS, Teresa: norteamericana. Viuda de Horace Wilkins, un agente de seguros de la Lloyd's destinado en Shangai. Amiga del primer marido de Wallis Simpson, un oficial de la marina, alcohólico y bisexual. Íntima de Beryl Dawson. Odiada por Edward Dawson, que no odiaba a nadie. Ella presentó a Wallis Simpson a Nicolás Bemberg en un famoso burdel de Shangai al que eran muy aficionados los miembros, digamos que perversos, de la colonia anglosajona. Poseedora, como el resto de *habitués*, de los conocimientos de una técnica de masaje amatorio llamada *fang-chung*. Algunos sostienen que fue el *fang-chung* lo que hizo caer la corona de Eduardo VIII en una vertiginosa parábola trazada desde la cabeza del rey hasta el suelo. Es sabido que el duque intentó, a través de una hipotética victoria alemana en la Segunda Guerra, reunir los fragmentos de esa corona rota.

14

Estábamos los dos en la sala de las ninfas. Nicolás Bemberg había puesto en el nuevo tocadiscos —un flamante aparato alemán con aires de platillo volante— su aria favorita: Purcell, la despedida de Dido a Eneas, cuando el guerrero troyano abandona Cartago. Habíamos cenado en el comedor, los dos solos. Tomamos sopa de caldo con albondiguillas y magret de pato; de postre, pastel de naranjas amargas, una de las especialidades de Emilia. Nicolás Bemberg descorchó una botella de vino y me sirvió una copa. «Viña Tondonia, cosecha del 67, el año en que tú naciste —me dijo—, el año en que murió Rubirosa y tus padres se marcharon a Lisboa para siempre». Aunque yo hubiese nacido en 1953, cuando la derrota de Dien Bien Phu.

Estábamos sentados frente a frente en la larga mesa del petit trianón: Nicolás Bemberg llamaba al comedor Le Petit Trianon. Lo había decorado con muebles y pinturas francesas del XVIII, con mucho espacio en blanco y vacío, siguiendo la costumbre de la época. Las cortinas también eran blancas y todo le daba a la atmósfera un aspecto como de casa de verano, aunque la chimenea estuviera encendida y afuera continuara cayendo la lluvia. Hacía frío. Al acabar, mi tío felicitó a Emilia por el pastel y pasamos a la sala de las ninfas, que era contigua al comedor. Nicolás Bemberg encendió un habano. Mientras lo humedecía con la lengua, pensé en Emilia y el corazón empezó a latirme con fuerza. Enrojecí.

—Observo que el vino te ha hecho efecto. A una persona joven el vino le saca la fuerza que lleva dentro. A una mayor como yo, sólo se la presta, pero las condiciones del préstamo son cada vez más exigentes.

Era la primera vez que mi tío me hablaba como a un adulto. Me pareció que a Nicolás Bemberg le incomodaba que le hubiera visto en el estado en que se quedó después de la visita de sus amigos. Y que ahora quería borrar esa imagen de mi memoria.

—¿Sabes? —continuó—, cuando era joven como tú, yo también tuve un tío Bemberg. Se llamaba Ignacio y era marino mercante y después hubo una guerra... O dos, ya no recuerdo...

Cuando Nicolás Bemberg acabó de hablar me dijo que llamara al taxi. No dijo un taxi, dijo el taxi. Porque Nicolás Bemberg tenía un taxi asignado, un coche de alquiler que conducía un hombre mayor con la cabeza rapada como Erich von Stroheim. Alguna vez lo había visto esperando a mi tío, con las luces del coche encendidas y él fumando junto a la portezuela del chófer. Emilia me contó que había sido el asistente del señor durante la guerra y que mi tío le había regalado ese coche años atrás. Él era quien le llevaba al canódromo por las noches y a veces, me dijo Emilia, incluso le acompañaba en sus viajes.

—Esta noche nos vamos a dar una vuelta —me dijo Nicolás Bemberg—. Vas a ver una ciudad de la que no podrás escapar jamás, una ciudad muerta, donde todos descansan su mala conciencia de estar vivos en sus nichos de muerto. Nadie puede escapar de la ciudad donde ha nacido. Yo lo intenté y he fracasado.

Los faros del coche se reflejaban en el asfalto mojado por la lluvia de la noche.

—Mira la calle: parece una pista de baile desierta. Pero yo puedo ver a los bailarines. Llevan ropas pasadas de moda y ninguno se ríe. Una vez creí en un mundo convertido en pista de baile para unos pocos elegidos. No me preguntes por qué. Creí en eso como otros creen en otras cosas. Yo era joven. El día en que Franco y Hitler se entrevistaron en Hendaya dejé de serlo. Y cuando uno deja de ser joven es que ha empezado a morir. En cambio tú empezaste a vivir cuando llegaste a casa. Fue el día en que murió Porfirio Rubirosa, lo

recuerdo perfectamente. Yo conocí a ese venezolano; era un fenómeno de la naturaleza, lo digo en serio. He conocido a pocos como él. El mundo le importaba un bledo pero se desenvolvía en él como nadie, tomando lo que quería y dejándolo después. Pero cuando lo dejaba no lo dejaba convertido en una piltrafa, como los demás, no. Lo hacía con gracia, sin heridas ni muertos en la cuneta, no como los demás. Murió rodeado de prostitutas, qué ironía, allí, estrellado contra un árbol del Bois de Boulogne, donde las putas hacen la carrera nocturna. Un velatorio de putas para el mejor amante del siglo XX. El sentido del humor de la muerte es insuperable. Es un humor parecido al de esta isla, un humor que no debe diferir mucho al de cualquier territorio cerrado, supongo. Uno acaba creyendo que una isla es el mundo, o que el mundo es sólo una isla, lo que viene a ser lo mismo; uno acaba creyendo que más allá del mar sólo hay planetas extraños. Y se equivoca, claro. El precio de esta equivocación es que uno no crece, se tuerce. Una isla es una vitrina y en una vitrina sólo caben miniaturas, juegos de café, muñecas, o monstruos retorcidos. Una isla o produce dioses o produce esclavos. El tiempo de los dioses ya ha pasado. Los dioses han muerto, son fetos en formol. Tú serás uno de ellos; yo he sido otro. Mira las calles de esta ciudad: son tu Bois de Boulogne. El mío es un tren detenido en Hendaya, rodeado de uniformes.

Yo no miré la calle. Miré la cabeza rasurada del chófer, la lujosa y gastada tapicería de cocodrilo en los asientos. Miré nuestro reflejo en las ventanillas, que tenían una tonalidad verdosa, como de aguamarina. Parecíamos reptiles en un terrario. Eso pensé: el tío Nicolás tiene la piel de lagarto, parece un lagarto fumándose un puro y yo soy el sobrino de un lagarto. Qué raro es ser el sobrino de un lagarto y sentarse sobre un cocodrilo muerto.

Y mientras Nicolás Bemberg seguía hablando dejé de escucharle. Miraba la ciudad bajo la negra manta de la noche y supe que algún día, muy pronto, yo me marcharía de aquí, lejos de las vitrinas del museo Bemberg. Sin decir nada a nadie, no fuese que algún muerto saliera de su nicho e intentara impedírmelo. Eso fue lo que pensé: que el fracaso de Nicolás Bemberg iba a ser mi pasaporte en aquel viaje. Aún no sabía que incluso la hora de mi partida estaba trazada

en el rostro de la ciudad. Y que yo nada podría hacer cuando la mirada de ese rostro se detuviera sobre mí.

15

Nicolás Bemberg pensó en las fachadas de ciertas casas italianas; en el amarillo que deriva hacia el ocre, como las yemas de Navidad, y en el rojo siena y toda la gama de colores tierra. De pequeño le gustaba buscar símbolos ocultos en cada color. Así ocurría —lo había leído en un viejo tomo francés sobre los templarios— con los pendones y gallardetes de los guerreros que partían a la conquista de Jerusalén. Su tío Ignacio Bemberg era marino mercante y le había hablado del poder que encerraban los colores de las fachadas en las islas Azores, un poder que ahuyentaba los malos espíritus del Atlántico. Nunca supo hasta qué punto mentía tío Ignacio, pero en el fondo le daba igual. Él había llenado las noches de invierno y los desvanes de la casona familiar de cofres de la China, escualos de mirada metálica y buques fantasma al otro lado del mar. Esta casa, le dijo un día, es la isla de los muertos. Estaban sentados junto al estanque del jardín y el tío Ignacio removía con una caña de bambú las aguas verdosas del fondo. Nicolás Bemberg puso cara de no comprenderle y su tío sacó la vara del estanque y señaló la oscura hilera de cipreses que rodeaba el jardín y después el porche neoclásico de la casa, donde el abuelo, vestido con el uniforme de coronel de lanceros de Cuba, jugaba al backgammon con la tía Eulalia. Años más tarde, Nicolás Bemberg hallaría una reproducción del cuadro de Böcklin en la biblioteca del club de oficiales y comprendería el porqué de la densa y tediosa atmósfera familiar, de las visitas de los anticuarios a su tía Eulalia y el goteo de cuadros, joyas y porcelanas y al final el misterioso incendio del pabellón, al fondo del paseo de las adelfas, donde habían muerto su abuelo y su tía. Pero sobre todo comprendería el porqué de los largos viajes de tío Ignacio, de su huida de aquel escenario que le debía de resultar

insoportable. Todas sus leyendas del mar e historias de tabernas portuarias en Macao, Marsella o Buenos Aires podían resumirse en una sola frase: la vida está fuera. Sin embargo Nicolás Bemberg sabía que una casa era el mejor logro de la civilización y que incluso vacía conservaba la memoria de las personas y los objetos que la habitaron. Pero ésta era la hora del caos y las aguas sucias, y lo cierto es que el símil de las fachadas italianas no era el adecuado para el cielo amarillento que contemplaba desde la ventanilla del bimotor. Rebuscó en el húmedo álbum de imágenes evocado por la repentina presencia de su tío Ignacio. Al principio sólo distinguía el color oro viejo de aquella lámina de un libro de Ciencias Naturales y una cordillera violácea a lo lejos. Después recordó algo sobre los valles de alquitrán de California, donde se había descubierto una gran cantidad de restos de animales de la era glacial. Nicolás Bemberg sonrió, convencido de que aquella imagen era la apropiada. ¿Qué invoca si no una guerra?

En primer plano veía claramente la inmensa mole de un mamut derribado sobre el fango, en cuyo lomo se hundían los terribles dientes de sable de un macairodonte, mientras cóndores y lobos acechaban más atrás. La mirada del mamut era una mirada muerta antes de hora, segura ya de que nada podía hacer hundido en tierra bajo el feroz enemigo. Pero los demás animales carecían de la vida que podía suponerse minutos atrás al mamut: eran, simplemente, rasgos esquemáticos de la muerte, un poco caricaturescos tal vez, como si su dibujante hubiera tenido más dificultad en reflejar la necesidad de matar que la impotencia ante la misma muerte. Tampoco aquí era exacto el símil. Nicolás Bemberg contempló de nuevo el cielo y más abajo pudo ver la ciudad como el cuerpo de aquel mamut emperador caído sobre el fango y el hielo derretido. Sintió miedo. Amaba aquella ciudad que ahora se presentaba a sus pies con la inmensa fatiga de la derrota. Una derrota larga que había empezado con sangre, vítores y banderas y ahora continuaba con otros vítores y otras banderas y más sangre. El Fokker se disponía a aterrizar. Dio un viraje de unos cuarenta y cinco grados y se inclinó ligeramente hacia abajo. Nicolás Bemberg tuvo frío; se abrochó la cazadora de piel sobre cuya pechera su asistente había cosido las

tres estrellas de seis puntas. Esta misma cazadora le había servido para escapar a Burgos dos años atrás, disfrazado de mecánico y con un carnet de la CNT. Se sonrió pensando en lo heterodoxos que pueden volverse los uniformes durante una guerra. Ésta había tenido algo de guerra colonial. Nuestra última campaña de África, dijo en voz alta, a sabiendas de que nadie podía oírle. El ruido de los motores en el interior de la carlinga era ensordecedor y, además, viajaba solo. El avión seguía descendiendo y el reflejo de los primeros rayos de sol sobre el fuselaje del ala le calentaban el rostro. No se había afeitado y llevaba varias noches, desde que se enteró de su nuevo destino, sin apenas pegar ojo. Tenía una vaga sensación febril y el cansancio le había afilado la nariz. La nariz de los Bemberg —acostumbraba a decir tío Ignacio— que no se sabe si es judía o aristócrata, aunque aquí en España... También a su tío se le afilaba en exceso cuando llevaba varias semanas en casa. Estar en dique seco es terrible, muchacho, y rodeado de momias peor aún, exclamaba con un brillo guasón en los ojos al recibir la nueva orden de embarque. Nicolás Bemberg jamás supo por qué su tío regresaba siempre a casa, como poseído por un enfermizo afán de purgar la pertenencia a su propia familia. Ahora él regresaba con la misma sensación. ¿Por qué el azar había querido que fuera esta ciudad y no otra su nuevo destino? ¿Y por qué precisamente ese trabajo, necesario, es cierto, pero también indeseable, por sucio? El Ejército existe para hacer la guerra, para convertir la disciplina en un arte, para someter el caos al orden, pero no para ajustar las cuentas después.

El frente había sido otra cosa: pelear con la muerte sobre el tapete de apuestas de la vida; la voluntad de acabar cuanto antes con aquella matanza, ya sin sentido al final; tal vez la posibilidad de traer de nuevo al rey y liquidar de una vez por todas aquel estado generalizado de pillaje y venganzas, de poder populachero e innumerables traiciones. La del miedo, por ejemplo, que tan bien conocía. El frente había sido otra cosa, sí. Aún recordaba con extraordinaria nitidez sus cenas con los oficiales derrotados de las plazas ya tomadas, un sentimiento afín y extraño que los unía en medio de las ruinas y el fuego o los tiros al otro lado de las tapias;

algo así como la pertenencia a una sociedad privada y secreta, ajena al desastre, de la que sólo ellos —los militares de uno y otro bando— conocían las normas.

Un golpe seco y después otro, y otro y la repentina oclusión de los tímpanos lo sacaron de su ensimismamiento. El Fokker había aterrizado. Todavía se deslizaron sobre la pista del aeródromo uno o dos minutos más. Nicolás Bemberg miró a través de la ventanilla, redonda como un ojo de buey de los que hablaba tío Ignacio. Era un aeródromo civil, un club de vuelo, militarizado supuso desde el comienzo de la guerra. Lo reconoció enseguida. Vio los hangares forrados de zinc y alineados uno junto al otro. Los contó: siete. Se fijó en los pabellones blancos, de reminiscencias racionalistas, donde años atrás se organizaban fiestas de verano y nadie, bajo el esmoquin o el traje de noche, podía imaginar en lo que acabaría todo aquello. Él había asistido a alguna de esas fiestas, invitado por Rosario Aymar, una mujer tan bella —tan chic, decían entonces— como excelente piloto y mejor partido. A Rosario Aymar y a toda su familia los habían asesinado aquel frío invierno de 1936.

Se desabrochó las correas de seguridad. Levantó de entre sus botas el maletín de cuero y extrajo un cigarrillo rubio del bolsillo interior de su cazadora. El piloto le saludó tocando levemente la visera con la mano antes de voltear la manivela de la portezuela. Nicolás Bemberg se levantó, recorrió el pasillo, miró la piel gastada de los asientos vacíos y se dirigió hacia la escalerilla. Al pie, tal como le habían dicho en Salamanca, le esperaba un automóvil, un Simca color cereza madura. Mientras bajaba los peldaños metálicos encendió el pitillo. El chófer se cuadró y después abrió la puerta del coche con la mano izquierda. Nicolás Bemberg depositó el maletín sobre el asiento trasero y se sentó junto a él. El chófer dio la vuelta al automóvil y una vez en su interior lo puso en marcha sin decir una palabra. El Simca arrancó mientras Nicolás Bemberg, fumando, contemplaba las franjas azules y blancas de la vieja manga instalada sobre la techumbre acristalada de la torre de control. Algo que persiste, se dijo. Apenas corría el aire y la manga del anemómetro colgaba, fláccida, del mástil, como aquel final inmóvil, detenido para siempre en las páginas de la historia. Abrió el cenicero cromado que

tenía ante sí y aplastó el cigarrillo. Durante unos minutos —desde el aterrizaje hasta los primeros metros recorridos por el automóvil— su memoria era un magma denso y doloroso del que apenas nada podía arrancar. Sólo la ceniza, se dijo. El coche se deslizaba suavemente sobre el asfalto humedecido y Nicolás Bemberg era una momia —como su tía Eulalia, como su propio abuelo— tras los vidrios de un sarcófago móvil color cereza madura en dirección a las ruinas de todo aquello que alguna vez —ya no recordaba cuándo— amó.

El coche se detuvo ante el cuerpo de guardia del aeródromo y el chófer mostró unos papeles al soldado de la garita. Les dio paso. La carretera —un camino vecinal descuidado incluso antes de la guerra — era una cinta oscura tras la que se ocultaban toda clase de desechos: los de la memoria y los de la vida; los del miedo y los de la muerte. En el cruce con la carretera general Nicolás Bemberg distinguió un pequeño convoy motorizado que obstaculizaba el paso. Una mano se alzó entre el grupo —una mezcla habitual de regulares africanos y camisas azules— y el chófer fue aminorando la marcha hasta detener el coche frente a dos motocicletas cruzadas sobre el asfalto. Nicolás Bemberg volvió a sentir miedo, un miedo pegajoso que le acompañaba desde hacía dos años produciéndole una absoluta parálisis del pensamiento y una vertiginosa regresión hacia las zonas oscuras de la infancia. El chófer hablaba tranquilamente con la tropa mientras Nicolás Bemberg no cesaba de tamborilear sobre el maletín con los dedos de su mano derecha. Se fijó en las motos: una Lube y una Norton, enfangadas como el mamut de aquella lámina que le perseguía desde hacía media hora. No podía oír nada. Del rostro del falangista apoyado sobre el capó del Simca sólo alcanzaba a ver los labios moviéndose sin parar y la nuez del gaznate subiendo y bajando como un estropeado ascensor de juguete. Miró la funda vacía de la pistola y supuso que ésta debía descansar en su mano sobre el capó del automóvil. La situación le era familiar. Parecía que aquel escenario poseyera el vicio de producir pesadillas idénticas, monstruos simétricos. Nicolás Bemberg no hallaba diferencia alguna entre aquellos norteafricanos adormecidos y el rostro abotargado de los milicianos tiempo atrás. El

mismo proceso de primitivización, bautizado por el ungüento más apropiado: la sangre. Nada más. Y él un chivo expiatorio: ahora, de un simple trámite de seguridad teñido de venganza; antes, de un simple trámite de la venganza, disfrazada de un afán de seguridad. Todos los gestos eran miméticos, como realizados al otro lado de un espejo. Sólo variaban los símbolos: las dos banderas aquí, las siglas sindicalistas allá.

El chófer y el falangista dejaron de hablar. Éste saludó militarmente y, como accionados por un resorte, hicieron lo mismo los demás miembros del convoy. Todo era ya una cuestión de resortes de una extraña maquinaria preparada para el ritual de la muerte y la destrucción; un ritual del que Nicolás Bemberg formaba parte como una pieza más del engranaje. Tan cansado ya, supuso, como la tropa de aquel puesto de control y como la ciudad rendida a lo lejos y la nación entera, ahora sólo tétrica sombra del desastre.

Una niebla suave descansaba sobre la tierra en barbecho. Los troncos de los árboles flotaban entre las hilachas blancas y la negrura de sus ramas contra el amarillo del cielo daba al paisaje el aspecto de una pintura de Max Ernst. Nicolás Bemberg observaba aquel llano neblinoso a uno y otro lado de la carretera, las granjas abandonadas y los enseres domésticos —una lámpara, un cochecillo de niño, una máquina de coser— que poblaban las cunetas como testimonios de la huida y la carencia del orden para sobrevivir. Uno no es nada sin sus pertenencias le había dicho una noche su abuelo mientras daba cuerda al reloj de pared de la sala. Al final de su vida —había continuado el abuelo— un hombre es lo que ha logrado reunir, Nicolás; lo demás son cuentos. Nadie te hace caso si nada tienes. Esa filosofía pequeñoburguesa era una de las cosas que más exasperaba a tío Ignacio. Cuando el abuelo o tía Eulalia comenzaban a perorar sobre la familia, la fortuna amasada en ultramar —ingenios azucareros en Cuba y Puerto Rico— y el asilo a donde habían ido a parar los integrantes de la rama pobre de los Bemberg, tío Ignacio solía caer en un violento mutismo. Entonces parecía una pantera dispuesta a saltar sobre su presa. Sus ojos poseían una fuerza diabólica y Nicolás Bemberg lo imaginaba en el puente de su barco, con la misma mirada, dando órdenes más terribles aún que el propio

temporal. Aquella gente que se había desprendido de sus objetos para huir de la muerte, pensó Nicolás Bemberg, no tenían más salida que la miseria. Una miseria moral que los convertiría, en un corto período de tiempo, en algo tan patético como la visión de sus enseres en el barro de las cunetas. Quizá para evitar esa clase de miseria, su abuelo y tía Eulalia habían muerto en el incendio del pabellón, rodeados de lo suyo, ardiendo en el rincón más querido del jardín, junto a los rosales que habían ganado el primer premio de la Exposición Universal de Barcelona en 1929.

Y de repente vio la ciudad. Como una muralla fantasmagórica al final de la carretera, Nicolás Bemberg vio la ciudad y detrás de ella el mar y los muelles. Al principio esa hilera brumosa e irregular le produjo la misma sensación que un inmenso cuerpo muerto cuyo olor pútrido fuera a apoderarse de él de un momento a otro. Después pensó en Petra, la ciudad romana edificada en el interior de las rocas. La luz amarillenta se reflejaba en el mar y la bruma impedía distinguir el horizonte. La ciudad se recortaba contra el espacio ambarino trazado por la niebla —como los palacios de Petra en la arenisca—, dándole el aspecto de un fósil incrustado en una gigantesca piedra amarilla. Mandó parar al chófer. Descendió del automóvil y dio unos pasos sin bajar la vista. Sintió ganas de regresar, de huir allí donde habían huido los demás. O mejor, de cruzar el mar y arribar a un puerto desconocido de los que hablaba tío Ignacio —con barracas de madera, palafitos y vegetación rara y exuberante—; de perderse para siempre y no ser nadie, no ser nada ya sino un espectro. ¿Qué otra cosa, si no, era ya en ese momento?

—¿Le ocurre algo, mi capitán?

Era la voz del chófer, que por fin se atrevía a hablarle. Nicolás Bemberg balbuceó una frase ininteligible incluso para sí mismo y dando la vuelta se introdujo de nuevo en el coche. Vaya usted rápido, se oyó decir, y a los pocos minutos el automóvil cruzaba los primeros barrios del extrarradio. Desde las ventanas cerradas y los boquetes producidos por los bombardeos de las fachadas, a Nicolás Bemberg le pareció que una multitud de ojos vigilaban su llegada. Entonces, al pisar por primera vez en dos años su ciudad natal, decidió que se marcharía. Que abandonaría las armas y se marcharía

lejos, donde nadie le conociera, donde sólo él pudiera reconocerse del mismo modo que reconoció su casa natal en la pintura de Böcklin.

Es en Kaputt *donde Curzio Malaparte habla del «fruto de las sabias rapiñas llevadas a cabo en Francia, Bélgica y Holanda por las comisiones de anticuarios y expertos de Mónaco, Berlín y Viena, que ya seguían a los ejércitos alemanes a través de Europa»: Siempre han tenido fama los anticuarios monegascos y Curzio Malaparte era muy fantasioso. Quizá por eso escribió Mónaco y se dejó en el tintero a otros anticuarios que procedían de la Barcelona recién tomada por las tropas nacionales. Me refiero a Nicolás Bemberg, a Hugo Montenegro o a Jaime Caviedes, alistado en la División Azul y especialista en iconos, huevos de Fabergé y samovares de plata. Y al matrimonio Glashoff, saqueando las librerías de los judíos centroeuropeos detenidos por las SS. Este periplo artístico fue muy provechoso para todos y fue, también, el inicio de su amistad.*

16

Veo mi rostro reflejado en el agua de las termas de Robert. La pintura está protegida por un cristal y mis ojos flotan entre los bañistas. Mis ojos son dos bañistas a los que no reconozco. ¿Qué vio Nicolás Bemberg en este cuadro para salvarlo de la quema? ¿Qué fragmento de su vida se encerraba tras ese cristal donde ahora veo un rostro que es el mío, pero que no reconozco como mío? Él, en cambio, siempre tuvo dónde reconocerse: en el dibujo de una alfombra, en las volutas doradas de una consola Luis XIV, en el azogue oxidado de un espejo Imperio. Recuerdo a Nicolás Bemberg con un jarro de cerámica italiana entre las manos. Un jarro hecho en Lugano a finales del XVII, con medallones latinos y cenefas azules. Recuerdo cómo lo tocaba, el brillo de sus ojos mientras lo tocaba. Recuerdo a un hombre que veía más allá de lo que yo veía: que veía el taller donde se había cocido ese jarro, las manos que lo habían pintado, la vida en las casonas donde había estado, el rostro de sus antiguos dueños, la parábola que había descrito el azar a través del tiempo, hasta depositarlo en su casa, en la casa donde Nicolás Bemberg se reconocía, a solas entre sus objetos. Y mientras apartaba las cortinas y alzaba aquel jarrón hacia la luz de los balcones, Nicolás Bemberg aprendía algo más de sí mismo: se veía convertido en una parte del complejo juego matemático que determina las reglas de la Historia.

¿Qué fragmento de la Historia heredé yo al irme de su casa, mucho antes de que él muriera y me convirtiera en su heredero? El

tramo no es muy largo: arranca a las puertas de aquella casa y se estanca ahora tras las puertas de la misma casa. Ignacio Bemberg le habló a su sobrino Nicolás de la isla de los muertos. Nicolás Bemberg me habló de muertos-vivos en una ciudad muerta. Si ahora hago recuento no me quedan dedos para contar a mis muertos. Y es que los muertos se heredan, como una casa o un cuadro. Recuerdo una madrugada en el campo. Era diciembre. La niebla se enredaba en los troncos secos de los almendros. Recuerdo una conversación sobre el tiempo y dos canciones de Dylan: *It's all over now, baby blue* es una. *Lay lady lay* es la otra. Las eles líquidas de la joven dama que descansa con el ceño fruncido y los labios de membrillo, mientras yo converso atrapado en el tiempo, con el deseo alejado del lugar donde me encuentro, sin poder escapar a las trampas del tiempo. ¿Qué tiempo fue el nuestro? Un tiempo desolado, de calles vacías y automóviles grises con un par de hombres fumando en su interior. Nos vigilaban. El tiempo de la vigilancia civil, del miedo civil, de la impotencia civil. Y el destierro del deseo: ¿por qué no haber nacido en otra parte, con chalecos de tafetán, como Jean Valender, por ejemplo, y lenguas muertas, clubs de media tarde y sesudos estudios botánicos declamados en un claustro rodeado de césped? ¿Por qué no haber nacido alejados de tanta miseria civil? En un lugar, por ejemplo, donde la pedantería —no la vanidad, sino la pedantería— fuera un ejercicio común para espantar a los fantasmas de la vida. Pero no, los exorcismos fueron exorcismos húmedos, como si fuéramos ranas, exorcismos etílicos y risas doloridas, y después, después incluso hubo uno que compró una montaña en Afganistán. Huir hasta Afganistán y cultivar hachís, aceitoso y negro, como quien juega a abandonar la poesía y dedicarse al tráfico de armas. Metáfora vulgar, es cierto pero es que todo en nuestra juventud fue vulgar. No nos dábamos cuenta de esa vulgaridad, creímos que ellas eran nuestras *flappers* y cualquier barra de bar la del Harry's veneciano. ¿Venequé? El cóctel era muy simple, lo que debieron reírse de nosotros: unas gotas de resistencia civil, con el rostro muy serio y la consigna en los labios; ciertos destellos de dandismo en la ropa y los gestos —la provincia otra vez—; una dipsomanía febril; y luego, el viaje que tantos emprendieron, con los

ojos muy brillantes y un billete expedido por Caronte en el bolsillo. A nosotros nos engañaron: nos engañaron de uno y otro lado. Y los viajeros fueron cayendo uno a uno, no al amanecer sino en el amanecer de sus días. Días contados: desde la generación de Bemberg —la generación de la guerra— no ha habido otra con tantas bajas sin una guerra de por medio.

La generación de Bemberg. Esa generación enloqueció repentinamente: tenían miedo a la revolución y a no sé cuántos fantasmas más. En aquellos años en que cruzamos una calle para escapar de casa, ellos se creyeron la familia Romanoff en Ekaterimburgo. Para ellos era el regreso de la noche de los muertos vivientes. El paraguas de acero protector se había cerrado sobre la lámpara inextinguible, la lámpara que alumbraba junto al bosque de los ciervos. Se quedaron a oscuras. Algunos engrasaban las viejas pistolas, temiendo que resucitara cualquiera de aquellos que llevaban cuarenta años de silencio. Yacían en el fondo del mar o en una fosa común, pero ellos les tenían miedo. Nosotros no. Aquella guerra no fue la nuestra y sin embargo la heredamos. Ya lo dije: los muertos también se heredan. Pero no les teníamos miedo: no eran nuestros muertos. Porque nuestros muertos fuimos nosotros. Toda una generación masacrada en retretes, falsas esperanzas, centros de rehabilitación, suicidios, manicomios y grises puestos de trabajo que no han sido otra cosa que el penal de la culpa. Nadie había cumplido aún treinta años y ya no quedaba un hígado sano. ¿Y la educación sentimental, eh, qué me dice de nuestra trepidante educación sentimental? Lo que tuvimos fue el desorden sentimental, el caos, el fracaso, la pegajosa y enfermiza mitomanía del fracaso. Lujos pequeñoburgueses. Porque de qué asustarse si ninguno de nosotros quería la revolución: ¿para qué? Para comernos la chapuza castrista o el hielo miserable de los gulags: no, gracias. Nosotros vivíamos en los bares, en la música y los libros. Nosotros vivíamos en la piel de nuestras amigas y, sobre todo, en su sonrisa cuando se iban. Nosotros sólo jugábamos y ya habíamos visto cómo los tanques soviéticos entraban en Praga. Teníamos dieciocho años y sólo jugábamos. Y tampoco sabíamos a qué jugábamos. Años después lo supimos: era a la ruleta rusa, pero entonces fue fácil averiguarlo:

había demasiados cadáveres a nuestro alrededor. Los que quedamos éramos supervivientes, hombres fronterizos, zombis. Sólo eso.

Aquel tiempo es una sucesión de secuencias y ni cine puede hacerse con nuestro fragmento de Historia: se desvaneció muy deprisa y no soportaría los focos y tampoco la luz de los balcones de Nicolás Bemberg mientras acariciaba el jarrón de Lugano. La nuestra es una generación de zombis exiliada en una tierra de nadie, con alambradas y puestos de ametralladoras a uno y otro lado. Porque ni en uno ni en otro lado nos sentiremos cómodos jamás. Nos lo impide lo que vimos. Nos lo impide lo que hicimos con nosotros mismos. Y ahí, en esa tierra de nadie, el intento de cultivar el jardín de Pangloss. Con una diferencia: Pangloss creía en ese jardín; lo nuestro es sólo voluntarismo. No hemos tenido más remedio que simular nuestra fe, pero hay demasiadas lagunas, demasiados eslabones rotos, demasiadas charcas donde silban los sapos: las plantas crecen mal y llueve también demasiado. Sólo algunas canciones nos conducen hasta la otra orilla, cuando nada había ocurrido todavía. Y entonces vemos con la crueldad de la nitidez lo que hubiera podido ser y fuimos incapaces de que así fuera. Por eso dormimos con un revólver debajo de la almohada y las pastillas en la cartera. Por eso temblamos cuando nadie nos ve. Por eso lloramos en silencio si alguien nos habla en la noche de una famosa gabardina azul, o canta que hay mujeres que arrastran maletas cargadas de lluvia y otras que sueñan con trenes llenos de soldados... Y yo ya no sé si tú eres ahora una de esas mujeres, no sé si vives todavía mientras vuelvo a oír las palabras de Lole: *y tu mirá se me clava en los ojos como una espá, y mi prenda, alegría, se va, se va* y mis ojos se pierden en el agua azul de un cuadro del que no sé nada, un cuadro que no existía cuando te conocí y en el que tus ojos no están, ni se clavan en los míos como una espada.

El resto es sólo literatura: escribir el mundo mientras escapas de él, para caer de bruces, esta vez bajo el peso del mundo.

El resto es sólo agua que resbala sobre los cristales.

17

Cuando el Escritor murió la ciudad tembló de arriba abajo. Cuando el Escritor murió la ciudad se estremeció de un placer tan morboso como intenso. Muerto, ya era suyo. No habían perdido nada: al revés. Mientras el Escritor vivió no les perteneció nunca. Ahora por fin era suyo. Ahora era una reliquia venerable. Toda ciudad necesita reliquias para continuar creyendo en sí misma.

Al quedarse viudo el Escritor había ido perdiendo paulatinamente sus facultades mentales. La arteriosclerosis hizo estragos. Salía desnudo al balcón y se presentaba de improviso en cualquier casa del barrio, a las horas más intempestivas.

—Buenas noches, vengo a buscar a Clara. Hoy vamos a cenar a un restaurante ruso. Díganle que nos ha invitado el conde Yussupof. Ella lo conoció en Niza, se alegrará de volver a verle.

Y se quedaba ante la puerta, inmóvil, sonriendo como un muñeco de feria.

Una tarde el Escritor se presentó en casa de mi tío Nicolás Bemberg. Se había vestido con una apolillada casaca de raso azul y llevaba una peluca blanca llena de tirabuzones y un candelabro en la mano. Se había empolvado el rostro con polvos de arroz y dibujado sendos mofletes con una barra de labios.

—Es por si se hace tarde —le dijo a Emilia levantando el candelabro—. Hay que ahorrar electricidad.

Nicolás Bemberg le recibió en la sala de las ninfas.

—Le estaba esperando —dijo mi tío—. Hace días que le espero. No entiendo por qué se ha retrasado usted tanto en venir a verme.

—Tenía asuntos más urgentes que despachar con usted, Bemberg —le contestó el Escritor—, pero ahora ya está todo arreglado. Se habrá usted dado cuenta de mi elegancia natural, supongo. Pues vengo a pedirle un préstamo. El rey va camino de Coblenza y hemos de huir juntos a Inglaterra. Sólo usted puede ayudarme.

Nicolás Bemberg le ofreció su sillón, junto a la chimenea, mientras él permanecía de pie, apoyado en el mármol.

—Usted dirá, amigo mío.

—Voy a confiarle un secreto. Pero antes cierre las puertas. Ésta es la ciudad de los espías. Yo mismo noto el aliento del populacho en el cogote, Bemberg. Desde que Clara escapó no puedo dormir tranquilo. Han cortado el teléfono y por las noches se introducen en mi casa aprovechando la protección de las sombras. Les oigo revolver entre mis papeles. Buscan algo, lo sé, pero sea lo que sea no podrán encontrarlo. Ahora ya todo está en mi cabeza y mi cabeza se está convirtiendo poco a poco en un estanque con peces de colores. Dentro de unos meses no habrá más que agua y peces de colores. Y en el agua sólo usted y yo sabemos leer, amigo Bemberg. Los demás se ahogan. Pero antes debo ver al rey. Lo que ocurra después ya no me importa. Yo estaré muy lejos de aquí. Cuando ésta sea una tierra inhabitable yo habré muerto. El tiempo de las raposas se acerca. He podido resistir hasta ahora, pero la partida de Clara ha sido la señal de que ya no dispongo de tiempo. Mi tiempo está acabado. Lo que ha de venir no me interesa. Usted debería tomar cartas en el asunto, Bemberg, tampoco usted va a poder aguantarlo, lo sé. Venga con nosotros a Inglaterra. Le presentaré al rey. Estoy seguro de que congeniarán. A él le divierten los hombres como usted. Bueno, él se divierte con cualquier cosa. Pero antes debo partir yo, debo resolver algunas cuestiones de suma importancia. Ayer mismo recibí carta de Talleyrand, no le digo más, Bemberg: déjeme el dinero y no se arrepentirá... Por cierto, ¡qué bien se está en su gabinete! Si hasta parece usted Goethe en Weimar.

Al cabo de unos días el Escritor murió. Nicolás Bemberg estaba presente. El Escritor le miró diciendo: «He tenido una vida aburrida pero digna, aunque, la verdad, no esperaba morir en un vagón del Transiberiano». Después, expiró. El funeral fue multitudinario y lo oficiaron el obispo y nueve canónigos de la catedral. El Escritor no dejó herederos y su casa permanece cerrada, cerca de la que ahora es mía, derrumbándose poco a poco, hundiéndose en un tiempo que no es el suyo. Las hierbas agrietan el tejado y el agua se cuela en su interior. Dicen que está vacía: que los ladrones la vaciaron hace años. Hoy ya nadie escucha el rumor de los insectos bajo la hojarasca podrida.

El viaje del Escritor fue un viaje tan largo como la muerte de Nicolás Bemberg. El viaje del Escritor fue el viaje de quien se siente víctima de un engaño insoportable. De un engaño que se fundamenta en la traición. El juego de ese engaño es cíclico como las lluvias: las traiciones de la ciudad natal son el disparo que indica la hora de la partida, la hora de emprender el viaje. Las mutaciones de una ciudad son sus traiciones, porque acaban negándola y en esa negación sólo habita el olvido. La amnesia de la ciudad se convirtió en una agresión para el Escritor: la ciudad del olvido frente al hombre que de la memoria hace razón de vida. La ciudad que necesita del olvido para continuar existiendo. El Escritor dejó de vivir en la ciudad que era, para pasar a vivir en la ciudad que imaginaba: aquella donde el recuerdo se desfigura a través de la invención para acabar en una verdad a la que llaman literatura. Ésa fue la venganza del Escritor ante la traición: suplantar a la ciudad, convertirse en ella, anular todo lo que no fuera su propia visión de una ciudad que ni existía, ni había existido nunca, más allá de sus calculadas páginas. Como quien calcula una sofisticada puesta en escena. El Escritor hizo de la ciudad un mito del que ya no podría escapar. La aprisionó en los rasgos con los que vistió a ese mito. Le regaló un

espejo hecho con sus manos, no sin antes haber destruido todos los espejos que encontró a su paso. Hasta que no quedara más que el suyo y todos los que vinieran detrás no tuvieran más remedio que mirarse en el espejo del Escritor. Con una maldición implícita, además: que aquel que no quisiera mirarse en ese espejo carecería de pasado y de memoria. Vagaría por el limbo sin conocer su propio nombre. Vagaría como un autómata por las calles y avenidas de su ciudad, sin saber ni dónde estaba ni quién era. El Escritor se rio de todos nosotros porque antes había sentido el miedo más inmundo: el que produce saberse habitante solitario de un pantano; el que produce saber que la propia piel es tan viscosa como la de un batracio; el que produce saber que los demás se mueven a tu alrededor como culebras de agua y no se dan cuenta de que viven en un pantano y su piel está cubierta de escamas. El Escritor vio la putrefacción de la ciudad y decidió disfrazarla con su memoria para así poderla negar una y otra vez. Como en la noche más oscura de Jerusalén.

El funeral del Escritor fue multitudinario, pero cuando murió Nicolás Bemberg ni siquiera yo asistí a su funeral. De hecho se murió sin que yo supiera que se estaba muriendo. El día de su muerte yo viajaba hacia París para la presentación de la traducción de una de mis novelas. El día en que murió Nicolás Bemberg yo cruzaba la frontera por la estación de Hendaya. Cuando regresé a casa me esperaba la carta del notario Gálvez comunicándome la noticia.

18

—Tome nota: plaza Fleming, 29, segundo piso. Sí, vive sola, no llegó a casarse.

Era Gálvez. Era el notario Gálvez con las señas de Emilia. Le di las gracias.

—¿Cómo se le ha ocurrido alojarse en este hotel, hombre? Hotel Términus. Me recuerda usted a mí mismo cuando dejé de ser joven. Pero bueno, los tiempos cambian, así que debo estar confundido. Por cierto: respecto a las gestiones que me encargó, he encontrado unos posibles compradores. Sí, son extranjeros. Suecos. ¿Mañana a las cinco? ¿Usted estará allí? Bien: les daré la dirección hoy mismo. Sí, el tres por ciento. Las inmobiliarias cobran el cinco. Y al portador, sí, que lo de Hacienda es inaguantable. Pero no adelante acontecimientos. ¿Me llamará? Ya sabe dónde me tiene. Yo apenas me muevo del despacho.

Volví a darle las gracias. Colgó.

Dejé una muda en el armario e hice el resto de la maleta. Me puse el abrigo y bajé a la calle. Las hojas de los plateros corrían sobre la acera y el cielo era cielo y era azul. Me dirigí hacia una librería de viejo que hay junto a la estación. El olor del papel viejo es el mejor perfume del mundo, el más refinado. Compré un par de revistas antiguas y algunas postales de la Costa Azul: *Les villes de Saint-Tropez; Nice, la nuit* y *Le Casino de Montecarlo*. Compré también un anuncio de acciones del *Banque Impériale Ottomane, Société Générale; 7, rue Meyerbeer; Prix d'Émission, Fr. 295*. A Emilia le gustaría.

Llamé al timbre. Era un timbre de porcelana blanca y baquelita azul. Emilia abrió la puerta: iba en bata y zapatillas. Me miró sin decir nada. Me cogió la cara con las manos, como intentando acoplar mi rostro al rostro de hacía más de veinte años. Después, me abrazó y sólo dijo «chiquillo». Jamás me había llamado chiquillo en los años en que viví en casa de Nicolás Bemberg. La cogí por la cintura y pasamos al comedor. Nos sentamos junto a la camilla y permanecimos un buen rato en silencio. Le entregué el paquete con las revistas y las postales. «Por los viejos tiempos», dije. Se levantó y me besó en la frente.

—Ahora mismo te preparo una infusión —dijo—. ¿Te apetece un té o prefieres otra cosa?

Le dije que me parecía bien un té, que hacía frío y nos sentaría bien. Se lo dije como si acabara de verla anteayer.

—Espera a que encienda el butano —contestó.

Se acercó a la estufa. Le dio varias veces a la llave. No se encendía. Logró encenderla con una cerilla. Luego volvió a besarme en la frente y se fue hacia la cocina. Debía de tener unos cincuenta años y aún conservaba los tobillos finos y aquella manera de andar que tanto me gustaba. Como si le hiciera un desplante al mundo.

No me preguntó por mi vida. Me miraba, mientras bebía, sobre la línea dorada de la taza y sonreía al dejarla sobre el plato, pero no me preguntó por mi vida en Barcelona ni por mi trabajo en la universidad; ni siquiera me preguntó si me había casado o si tenía hijos. Estas cosas no eran asunto de su interés: demasiado opacas, pensé, en comparación con el brillo del príncipe El Rachid y la condesa submarinista.

—Sé que te has hecho famoso —dijo—. Te he visto un par de veces en televisión, pero, hijo, los programas esos de intelectuales son aburridísimos. Hay que ver la de tonterías que llegáis a decir los escritores frente a una cámara. Pero estabas muy guapo, eso sí. Estoy segura de que no te faltan mujeres. Con lo que nos gustan a

nosotras los famosos, no te digo yo si encima son tan guapos como tú.

Me cogió la mano derecha y la apretó con fuerza. Después nombró a Nicolás Bemberg. Sin esperar a que yo le preguntara nombró a Nicolás Bemberg. Lo hizo muy despacio, como calculando el efecto de sus palabras.

—Lo que le hiciste al señor no tiene nombre. Don Nicolás no se merecía tu silencio.

Calló.

—Nadie se merecía tu silencio —dijo luego en voz más baja.

No contesté. Emilia podía reprocharme lo que quisiera. Para el resto me bastaba yo solo.

—Nadie lo pasó bien en la casa. El señor estuvo muy preocupado. Se estaba recuperando de aquella crisis que te conté, cuando empezó a escuchar discos del relamido aquel y a dejar restos de comida por todas partes. Y de repente desapareciste sin decir nada. Se puso hecho un basilisco. Yo le oía hablar por teléfono con unos y con otros; hablaba a gritos, como dándoles órdenes. El señor conocía a gente del gobierno, tú lo sabes. Pero aquel maldito coche de la policía aparcaba cada noche en la esquina de nuestra calle y vigilaba. Te buscaban a ti y nos vigilaban a nosotros, a don Nicolás y a mí, como si fuéramos facinerosos. Creo que fueron a buscarte a la facultad y todo. A veces llamaba una voz estúpida y amable, como si se tratara de algún amigo tuyo, y preguntaba por ti. Eran ellos, los mismos que nos vigilaban. En una ocasión llegaron a insultar al señor y nos amenazaron. Tendrías que haberle visto. Llegué a pensar que cogería su pistola y haría alguna animalada en cuanto viera al puñetero coche gris ahí aparcado. Aquellos tiempos fueron tiempos de locura. Después de la muerte de Franco hubo muchos que se volvieron locos. El país se dividió en iluminados y en miedosos. He visto suficiente cine en mi vida como para entender de estas cosas. Nadie sabía lo que iba a ocurrir. Y en cuanto a ti, yo no sé si hiciste algo o no. No sé si te delataron por la pinta aquella que paseabas o si es que te habías metido en algún follón. La verdad es que me da igual, que siempre me dio igual. Pero podrías haber llamado, por lo menos podrías habernos llamado por teléfono o

poner un telegrama, no sé. Por fin don Nicolás averiguó dónde estabas. Supo que te habías ido a Lisboa, y por la cara que ponía cuando me lo contó supe que podía estar tranquila. E intuí que hasta le parecía bien que te hubieras marchado a Lisboa. Que lo veía incluso como un acto de fidelidad hacia tus padres, ya sabes qué antiguo era el señor. Yo no. Yo había visto la televisión, había visto a los soldados con claveles y banderas y pensé que te habías ido allí por eso. Porque las calles de Lisboa, con melenudos como tú y canciones y tanques haciendo el tonto, porque ya me dirás si un tanque con un ramo de flores en el cañón no es una cursilada, te parecían más tu casa que tu verdadera casa, la casa de don Nicolás.

»Al cabo de unas semanas dejaron de vigilarnos y yo respiré tranquila. No tanto por nosotros como por ti. Supe que si no nos vigilaban era porque tú ya estabas a salvo. Porque se habían dado cuenta del error o porque alguien llegó a la conclusión de que tu asunto —si es que hubo alguna vez un asunto tuyo—, con la que empezaba a llover en todo el país, era una nadería de juventud, una estupidez. La vida en la casa se normalizó y don Nicolás dejó de llamar a Madrid, dejó de llamar al gobierno civil y al gobierno militar y a todos los gobiernos a los que llamaba cada día para insistir en que había habido una confusión, en que se estaban equivocando y que nos dejaran en paz, puñeta. Se tuvo que tragar su orgullo durante dos meses, ¿sabes?, se lo tuvo que tragar y un hombre que se traga su orgullo durante tanto tiempo lo pierde; luego empieza a buscarlo y no lo encuentra ni a tiros. Cambió. Don Nicolás cambió mucho entonces. Dejó de ser un hombre arrogante para convertirse en un hombre huraño. Todo aquel asunto le afectó demasiado. Y tú sin decir nada. Pasaban los años y tú como un fantasma, sin decir nada a nadie, haciendo tu vida sin importarte para nada la vida de los que te queríamos. Fuiste un cabrón, ¿sabes? Aunque fueras muy joven, te comportaste como un viejo cabrón.

Emilia me soltó la mano y calló. Cogió su taza e hizo como si bebiera, pero yo sabía que en su taza ya no quedaban más que los posos del té. Hubo un silencio largo y espeso, que por primera vez me hizo sentir incómodo. Emilia esperaba que yo hablara, pero yo no quería hablar. Yo sólo quería recuperar aquel tiempo que ya no me pertenecía, que no me había pertenecido nunca porque me lo robaron y porque lo perdí, quería recuperarlo a través de la mirada y la voz de Emilia. De nada me iba a servir explicar lo que hice o dejé de hacer cuando me marché de casa. Ni siquiera el porqué de mi partida. Porque en el fondo sabía que marcharme me había servido de muy poco. Que aquellos años fueron un error y que mi única disculpa era que habían sido un error para todos. Una disculpa tan absurda como absurdo había sido aquel tiempo en que creímos que el mundo podía ser distinto, menos miserable, ja, ja, ja, cuando al mundo no lo conocíamos ni por el forro. Ya se iba a encargar él de ponernos a todos en su sitio.

—Luego supimos que vivías en Barcelona, aquí todo llega a saberse. Que habías acabado la carrera y te habías comprado un piso con el dinero que te dejaron tus padres. Sabíamos dónde vivías, hasta tu número de teléfono sabíamos, pero don Nicolás me prohibió terminantemente que me pusiera en contacto contigo. Un día me entregó un recorte de periódico, *La Vanguardia*, creo que era. Era una crítica sobre tu primer libro. Había una foto tuya y no entendí lo que decían, siempre tan confusos los intelectuales, pero sí que te dejaban bien. Ya no llevabas el pelo largo y la corbata te sentaba estupendamente. «Para tu álbum», me dijo. Y en los ojos le vi el brillo del orgullo, una pizca del brillo que había perdido después de que te marcharas...

19

—El señor compraba tus libros. El señor fue comprando tus libros a medida que se iban publicando. Una noche le descubrí sonriendo en su butaca con una novela tuya entre las manos. Cerré la puerta sin hacer ruido. Le habría molestado saber que yo sabía esas cosas... Como si una fuera tonta. La de veces que me hice la tonta en aquella casa. Él los escondía detrás de los libros antiguos, pero yo me daba cuenta al quitarles el polvo: ahí estaban apiladitos, con tu foto y tu nombre y esos títulos, hijo, que no hay quien los entienda. Y él leyéndolos ahí en la sala de las señoras desnudas y haciéndose viejo cada vez más deprisa. Dejó de reunir a sus amigos en casa. Pero eso me dio a mí una alegría. Con lo poco que me gustaban. A veces venía el señor Montenegro y también el señor Caviedes, pero los extranjeros dejaron de aparecer por la casa. Yo creo que se los quitó de encima. Que se cansó de ellos. Hasta que una noche llamó uno con un acento raro, un acento como ruso o algo así. Nunca había llamado antes. Yo nunca había oído esa voz. La primera vez que llamó, don Nicolás estaba en el canódromo. Me dijo que le comunicara que tenía un cuadro que podía interesarle: el cuadro de la piscina, eso dijo. Y colgó. A la mañana siguiente se lo dije a don Nicolás. Noté cómo se ponía nervioso. La verdad es que se ponía nervioso con frecuencia; cualquier imprevisto le ponía nervioso. Se quedó en casa durante tres días, esperando la llamada del ruso ese. Pero el ruso no llamó: le mandó un sobre con un cuaderno. Don Nicolás se encerró en la sala y cuando salió se parecía a uno de esos hombres de mi tierra a los que se les han aparecido los fuegos fatuos. Si era un cadáver ambulante, de tan pálido que estaba. Regresó a los dos días con un paquete: el cuadro ese. Yo ya sufría. Estuve a punto de llamar a las clínicas, yo qué sé. Menos mal que lo

había venido a buscar el chófer, que si no... Lo puso sobre la chimenea y ahí estuvo mirándolo días y días. Hasta comía y cenaba frente al cuadro. Y cuando se retiraba a su habitación se lo llevaba con él. La verdad, yo creo que en ese cuadro veía algo, yo qué sé, un trozo de su vida, o su propia muerte. No sé. Siempre pensé que en ese cuadro estaba escrita la muerte del señor. Pero no me hagas mucho caso. Yo tampoco soy la misma; me río poco, la verdad. Él me quitó la risa cuando empezó a venderlo todo y la casa fue quedándose vacía. No te digo el frío que hacía en esa casa. Yo creo que empezó a odiar sus cosas: por eso las vendió. Supo que él se estaba muriendo y no pudo soportar que sus cosas permanecieran ahí, impávidas y llenas de vida, de la vida que él les había dado, reuniéndolas. Lo vendió todo. No pudo soportar que le sobrevivieran y lo vendió todo. Bueno, todo no, hubo cosas que las rompió. No sé: me da la impresión de que se le echó encima su pasado. Que se le echó encima todo aquello de lo que se había ido defendiendo coleccionando cosas bonitas. Vamos, que su afición le traicionó; que al final no sólo no le sirvió de nada sino que empezó a herirle como un perro rabioso. Él mismo se volvió una especie de perro rabioso en casa, todo el día refunfuñando o sentado frente a ese cuadro. Y yo sin decir nada. No te digo cuando empezó a desfilar por la casa al son de las marchas militares que ponía en el tocadiscos. O a llorar escuchando las canciones de una portuguesa, Amália Rodrigues, sí, así es como lo recuerdo al final, cantando el himno de infantería y dando taconazos o llorando hundido en el sillón tarareando canciones de puertos de mar y amores desgraciados. Tuve miedo. No por mí, sino por él, por la casa, por todo. Temí que en su delirio la incendiara cualquier día. Pero no, no la incendió: le robó el alma, que es peor, porque robándosela a la casa se la robaba a sí mismo. Se condenaba. Y él lo sabía. Él siempre lo supo todo. Por eso no me extrañó la llamada de la Guardia Civil para darme la noticia de que lo habían encontrado muerto. Si llevaba muerto dos años por lo menos. Si ni él era él ni yo era yo en aquella casa desde hacía casi dos años. Fue un infierno, créeme. Y si lo aguanté fue porque al señor yo estaba dispuesta a aguantárselo todo, buena es una para dejar tirado a nadie en un momento así. Yo no soy como tú. Yo nunca

podré ser como tú: ni me enseñaron ni me dio la gana aprenderlo. Y conste que no es difícil. Pensar sólo en uno mismo es lo más fácil del mundo. Pero luego se acaba como el señor: majara perdido. En la ciudad se llegó a comentar que a lo mejor lo habían asesinado. Bemberg siempre fue muy raro, dijeron. Ellos sí que son raros, siempre inventando patrañas. Al señor no lo mató nadie. No era de ésos. Don Nicolás se bastaba solo para matarse. Sin necesidad de pastillas ni de pistolas. El señor se mató poco a poco porque no se soportaba más. Y cuando sintió que se moría, que se moría definitivamente se metió en aquel coche, un coche tan viejo como él, y se dejó morir. Lo sé porque lo vi en una película de safaris en la que actuaba John Wayne: a eso se le llama cementerio de elefantes. Cuando los elefantes sienten próxima la muerte se encaminan hacia un lugar adonde sólo van los elefantes moribundos. Llegan hasta allí y se derrumban sobre los huesos de los otros, se detienen a esperar a la muerte. Lo mismo hizo el señor. Se fue a buscar su cementerio de elefantes. Se sentó al volante de ese coche lleno de zarzas y esperó. Él se fue a morir en uno de esos coches de su juventud, en uno de esos coches en los que recorrió Europa detrás de los alemanes. He visto alguna fotografía suya, tan joven, en uno de esos coches. Estaba muy guapo, casi tanto como tú, con su gabardina de cuero y el pelo replanchado. Y ya te digo, el coche era el mismo, estoy segura. Por eso sé que murió solo, sin que nadie le ayudara a hacerlo. Porque también he de decirte que si le hubieran ayudado le habrían hecho un favor. Estaba muy mal, como si se pudriera por dentro. Si alguien le hubiera conocido en esa época, jamás habría sospechado ni por asomo quién fue y cómo fue don Nicolás Bemberg. Los hombres como él se extinguieron hace tiempo. Los de ahora sois unos blandos...

—Seremos blandos, pero siguen gustándonos muchísimo las mujeres como tú —contesté tontamente. Debí callarme. La frase fue un golpe bajo para Emilia.

—No me hagas reír, que ya te he dicho que he perdido la costumbre. ¿Qué quieres decir con eso, eh, qué quieres decir? A ver si estar tanto tiempo fuera te ha vuelto un imbécil. Yo fui la sirvienta de la casa de don Nicolás Bemberg, nada más. Y quien diga lo

contrario miente. Si hasta te pareces al notario ese cuando me hizo saber lo del legado del señor. Con el tonito de voz de un mentecato, lo dijo. Como diciendo si lo sé todo, mujer, si tantos años viviendo juntos es imposible que usted y él... Le canté las cuarenta al chiquilicuatre del notario. Habrase visto idiota. Pero para qué voy a ocultarlo: me alegró lo del mueble. Me alegró que el señor se acordara de mí y me dejara el mueble con las fotos. Con lo que me gustaba a mí ese mueble, lleno de secretos, lleno de fotografías, con lo que me gustan a mí las fotografías. Si don Nicolás me hubiera dejado otra cosa, yo qué sé, dinero, no habría sido lo mismo. Me dejó lo que a mí más me podía gustar: las fotografías de un tiempo que desapareció con él. Como mi diario de aventuras. No he vuelto a abrirlo. No puedo pegar esas fotos en mi álbum, no estaría bien. Sin embargo yo creo que don Nicolás sabía que dejándome el mueble tú volverías a mí. Lo pensé desde el primer momento. Éste vendrá a casa. Y aquí estás. El señor sabía que vendrías a verme, que las fotos te harían venir a verme.

—No han sido las fotos, Emilia —repliqué—, no han sido las fotos, tú ya me enseñaste bastantes mientras vivíamos en la casa de mi tío. He venido a verte a ti y a verme a mí, también, al verte a ti. Me gustaría ver esas fotografías, pero lo importante eras tú, créeme.

—Déjate de zalamerías, que no estoy yo con pinta de recibir zalamerías. Te enseñaré las fotos. Te las enseñaré y te marcharás por donde has venido. Me gusta más tenerte lejos, te recuerdo mejor y a mi edad los recuerdos empiezan a ser la misma vida. Lo de cada día es demasiado vulgar. El presente siempre es demasiado vulgar, menos mal que vamos disfrazándolo con el paso del tiempo, porque si no ya me dirás tú qué desgracia.

Emilia se levantó y se fue hacia el pasillo. No me dijo que la acompañara. Debía de tener el secreter en su dormitorio. Era un secreter colonial inglés que ya estaba en la casa cuando yo llegué. Tenía muchos cajones y estantes y sus secretos eran el orgullo de Emilia, como si los conociera todos. Estaba claro que Emilia quería continuar siendo la dueña de esos secretos. Al regresar llevaba un sobre abultado en la mano. Se sentó y sacó las fotos del sobre. Las miró y retiró unas cuantas que puso en su regazo. Por un momento

pensé que serían fotos de ella, que también ella había sido fotografiada por Nicolás Bemberg y la imaginé desnuda, posando bajo la luz ámbar de la sala de las ninfas. La imaginé intentando colocarse tal como le indicaba mi tío Nicolás Bemberg y diciéndole que por favor, que no se le viera la cara, que menuda vergüenza. Cogí las fotos que Emilia me tendía.

No eran distintas de las que me había enseñado la misma Emilia años atrás. Retratos, desnudos deformados, fiestas, escenas eróticas con varios personajes, imágenes de un tugurio de Hong Kong, cuerpos con joyas coloreadas a mano y una boca que me resultó familiar, una boca repetida decenas de veces... Pornografía, supongo. El catálogo de un fragmento en la vida de un mirón. De un hombre que apresa con la cámara lo que no puede apresar con sus manos. De un hombre que creía que en la posesión de las cosas se encontraba la solución a los enigmas de la vida. Porque Bemberg se había alejado de la vida al acabar la guerra, me lo contó él mismo. Esa clase de vida no le interesaba. «Lo que no me interesaba, además, me dolía», comentó. Y sustituyó esa vida que le dolía, por una curiosa concepción del arte. Y digo curiosa por llamarla de alguna manera. Miré las fotos muy deprisa, sin mostrar interés alguno por ellas, y se las devolví a Emilia.

—Te pareces a tu tío —y Emilia se refirió por primera y única vez en su vida a Nicolás Bemberg como mi tío—. Esa boca que mirabas es la de la señora Dawson, tú la viste una tarde en casa, ¿recuerdas? Iba con aquel mayordomo chino tan ridículo que no la dejaba ni a sol ni a sombra. El señor le solventó las vejeces comprándole sus cosas. Era una golfa franchute. Aunque muy elegante. El señor tenía muy buen gusto. Se parecía muchísimo a la duquesa de Windsor. Era como su doble. Creo que el señor la quiso mucho...

Y Emilia se levantó. Emilia se levantó de la mecedora para que yo me fuera. Ahora yo no cabía en su vida: debía irme. Emilia sonreía igual que sonríe alguien que ha saldado una vieja cuenta pendiente y respira hondo, como recuperando el gusto por el aire fresco. Nos abrazamos y volvió a cogerme la cara de la misma manera que lo hizo cuando llegué. Noté que intentaba reconocer unos rasgos que

se habían difuminado poco a poco, para ser otros, diferentes a los que conoció, y vi que no lograba encontrar esos rasgos. Disimuló. Me cogió de la mano y me llevó hasta el recibidor.

—Sigues siendo muy guapo. Gracias por las revistas —dijo antes de cerrar la puerta.

Mientras bajaba las escaleras supe que en ese mismo momento Emilia estaba tirando las revistas y las postales al cubo de basura. Imaginé el anuncio de la Banca Imperial Otomana arrugado junto a una piel de plátano. Alcé la mano y los botones de mi abrigo golpearon la portezuela del taxi.

20

Es probable que acabe escribiendo la novela de mi tío Nicolás Bemberg. La novela que Nicolás Bemberg quiso que yo escribiera. Él pensó que se la debía. Y no se equivocaba: le debo ese libro. Como se lo debo a Emilia, aunque estoy seguro de que ella preferiría que no lo escribiera. No sé a cuál de los dos acabaré haciendo caso. Supongo que a mí mismo, si llego a la conclusión de que es a mí a quien debo una novela como la que Nicolás Bemberg quería que yo escribiera. Hasta me regaló el título: *El testamento de N. B.*

Estos días, mientras iba tomando notas en el hotel, he llegado a pensar que escribo por el mismo motivo que Nicolás Bemberg se dedicaba a coleccionar objetos de arte y vivía donde vivió. Yo también reconstruyo y decoro una casa donde reconocerme. Pero yo necesito abrir mi casa a los demás para poder reconocerme. Soy más débil que Bemberg, ya lo ha dicho Emilia. Aquel que necesita testigos es más débil que quien prescinde de ellos. Y los libros son testigos silenciosos —o no tanto—, lastre que uno va soltando aquí y allá, huellas, marcas territoriales. Nicolás Bemberg no escribía libros, sólo los leía. Y los leía por la misma razón que se iba de viaje: para no estar donde estaba, para no ser quien era. Sin embargo ahora necesita esos testigos después de muerto. No sé muy bien para qué, pero sí sé que yo soy su médium. El vivió atrapando herencias de tiempos que no fueron los suyos; descubriendo los múltiples rostros de Nicolás Bemberg a través de los siglos. Yo escribo para atrapar un tiempo que ya no me pertenece, porque me niego precisamente a eso: a que no me pertenezca.

Tal vez la edad adulta se defina a partir del momento en que un hombre desea haber tenido una historia diferente a la que tiene frente al espejo, desplegándose ante su mirada día a día y

negándole cualquier salida. O tal vez no: tal vez ese momento sea el cruce de otra frontera que nada tiene que ver con la edad adulta, que nada tiene que ver con ninguna edad. La novela de Bemberg también debería tratar de estas cosas. Como debería tratar de la luz ámbar de la sala de las ninfas. Las ninfas del agua, las náyades que flotan desnudas sobre el cielo raso entre los haces de luz color caramelo. Imagino a Nicolás Bemberg aprisionado en esa luz ámbar. Veo a Nicolás Bemberg sentado en su cámara de ámbar. Como si Nicolás Bemberg fuera un insecto. Mi herencia es observar a ese insecto atrapado en el bloque de ámbar; he de observarlo como el entomólogo que descubre en la jungla amazónica o en la altiplanicie africana una especie desconocida para el hombre. Una especie que explica el principio de los tiempos y explica también el ocaso de los tiempos. Y mientras el entomólogo observa a ese insecto, pensando que en él está la explicación de su propia vida, tiene de golpe la sensación de que los ocelos del mismo se mueven con lentitud para detenerse, grises como el acero, y observarle. Entonces, la piedra de ámbar se le cae de las manos y se rompe.

El taxi aparca junto a la esquina. Miro el reloj: un cuarto de hora de retraso. Están al final de la calle, esperando, recortados contra la luz oscura de los ficus. Me acerco a ellos. Son rubios, son suecos y sonríen. Nos estrechamos la mano y me entregan su tarjeta: señor y señora Svensson. Abro el portal y les doy las llaves. La luz del patio es plomiza como un abrigo de piel. Prefiero no subir. No quiero volver a entrar en la casa. Y además no sabría qué hacer, ni qué decirles. Ellos me estorbarían a mí y yo les estorbaría a ellos. Tal vez yo sea el médium de Nicolás Bemberg, pero no quiero parecer su espectro. Les veo subir las escaleras y salgo a la calle. Enciendo un cigarrillo. Miro hacia la casa del Escritor. Una grúa está derribando el tejado. La calle se llena de nubes de polvo amarillo.

Han pasado veinte minutos. Quizá menos. Veo cómo los suecos bajan la escalera. Parecen más altos. Ella no para de hablar. Él sonríe. Se le nota satisfecho. Les ha gustado la casa. Me fijo en ambos. Todavía no han cruzado la aduana de los cincuenta. Ella tiene aspecto de profesora de Botánica. Él de marinero o de cazador de ballenas, pero todos los nórdicos tienen aspecto de marineros o de cazadores de ballenas. Probablemente sean ejecutivos de alguna compañía petrolera o ingenieros en una empresa de medios audiovisuales. No me importa. Mejor así. Parecen simpáticos y le darán a la casa un aspecto completamente diferente del que tuvo. Es lo único que quiero. Que no se parezca en nada a la casa donde viví. Nicolás Bemberg quería lo mismo, estoy seguro: por eso la despojó de todo, arrancando hasta las puertas y las chimeneas. Los suecos se acercan. Les diré que el precio siempre se puede negociar, que hablen con Gálvez y que de aquí a diez días yo regresaré para la firma de la escritura. Que se queden las llaves pero que, por favor, le entreguen al notario la última butaca de Nicolás Bemberg, la del respaldo que parece el escudo de un zulú. No quiero regalársela a Gálvez; él es incapaz de apreciar ningún regalo. La quiero para mí. La quiero para cuando yo también emprenda la ruta hacia el cementerio de elefantes. La quiero para sentarme en ella y mirar el agua transparente de las termas y esperar.

HÁBLAME DEL TERCER HOMBRE

I

Le hacía falta música en el corazón para hacer bailar su vida.

L. F. Céline

1. La estirpe vienesa

No puedo hablar de aquel invierno de 1949 sin acudir una y otra vez a una pantalla de cine. El invierno de 1949 hacía diez años que había acabado la guerra y cuatro que los rusos habían conquistado Berlín, después de una guerra bastante más larga que la nuestra. El invierno de 1949 esperé junto a la ventana a que mis padres regresaran de Viena, una ciudad en blanco y negro dividida por cuatro banderas de colores.

El invierno de 1949 mi padre estaba destinado en una guarnición del Norte. Todavía cruzaban la frontera algunos maquis y a veces se escuchaba por la noche el tableteo seco de las metralletas. Mi padre era militar, capitán de una batería de artillería ligera y nunca creyó en el peligro real de los maquis, quizá porque los conocía. Mi padre sabía que estaban destinados al fracaso —que eran una encarnación del fracaso—, sabía que carecían de apoyo, sabía que se hablaba del maqui como de una de tantas estrategias destinadas a permanecer unidos frente a un enemigo fantasmal, un enemigo que representaba los peligros del mundo al que habían vencido diez años atrás. Y sobre todo, le decía a mi madre, de no existir el maqui lo habrían inventado en Madrid para tener a la gente como él ocupada en los pasos fronterizos y las ventiscas. Toda guerra produce esos fantasmas. Por eso mi padre prefería el cine a los maquis y decía que vivía en la nieve como los ingleses en la India, entre el partido de polo y la hora del té.

El invierno de 1949 mis padres vieron por primera y única vez en su vida *El tercer hombre*. Los recuerdo bailando en la calle al son de una música desconocida que ambos tarareaban bajo la luz amarillenta de las farolas. Los recuerdo enlazados sobre los adoquines brillantes de lluvia, moviendo las piernas hacia adelante y hacia atrás, como en uno de esos bailes griegos que sólo bailan los hombres. Venían del cine Sebastopol, una sala con butacas de terciopelo rojo y apliques de alabastro, y un acomodador que había combatido en Rusia y llevaba una raída camisa negra bajo su uniforme azul. Venían de Viena cuatro años atrás. Desde entonces mi vida ha sido un largo epílogo de la vida de Harry Lime. Desde entonces mi vida han sido unos acordes de cítara a la búsqueda de Harry Lime.

Los primeros meses nos alojamos en el Bristol, un hotelito de las afueras donde los sábados cenaban todos los jefes y oficiales de la guarnición. Yo era el único niño en aquel comedor que todavía conservaba los vidrios pintados con tinta azul, por los bombardeos. El comedor era como el hotel Raphael de París durante la Ocupación: uniformes, insignias, estrellas y galones dorados, *breeches*, botas con polainas relucientes —el ruido de sus tacones al cuadrarse— y densas volutas de humo que trepaban por las arañas de cristal. Yo bajaba con mis padres por la escalinata de madera y entraba, como en un lento picado, en esa película de la Segunda Guerra que se reponía cada fin de semana, como si el comedor del Bristol fuera un cine de sesión dominical, por ejemplo el Sebastopol. Ellos hablaban, reían y bebían. A veces, al marcharme a la habitación, empezaban una partida de tresillo o desplegaban sobre el tapete verde las fichas blancas del mahjong. Yo sólo miraba. Mis ojos eran una cámara de cine y ellos estaban representando su papel para que mi memoria se pudiera proyectar sobre mi vida como la sombra de un paraguas bajo una tormenta de nieve.

En la guarnición del Norte siempre hacía mucho frío y oscurecía a media tarde. El viento congelaba la nieve en las ventanas y del vano colgaban los carámbanos de hielo como estalactitas azules. Entonces veía llegar a mi padre desde la ventana de mi habitación, la 307. Mi habitación era la contigua a la de mis padres, la 309. Yo veía llegar a mi padre al atardecer. Veía cómo se deslizaba sobre la ladera del monte, ondulando sobre los esquíes de madera, unos esquíes de madera noruega que le habían regalado mis abuelos. Le veo ahora, el rostro moreno, negro casi como el bigote o sus ojos, y los dientes blancos como el mono de nieve o las cortinas de polvo helado que levantaba al deslizarse por el monte. Mi padre llegaba esquiando hasta detrás de la línea de casas que había frente al hotel. Luego se quitaba los esquíes —yo no lo veía, le tapaba la casa del notario Raventós, un caserón cerrado porque el notario había muerto en Francia durante la guerra—, cruzaba el jardín con los esquíes en la mano —entonces volvía a verle, volvía a ver sus dientes blancos que sonreían hacia mi ventana— y al llegar a la calle alzaba el brazo derecho y me saludaba con la mano. Mi padre entonces se parecía a Omar Sharif, pero eso lo supe años más tarde, porque entonces mi padre tenía un aire a Trevor Howard, al mayor Calloway, pero no a Joseph Cotten ni a Orson Welles. No a Holly Martins ni a Harry Lime.

Recuerdo todo esto como si estuviera ocurriendo ahora. De hecho, nada de lo que me ocurre ahora tiene la intensidad que tuvieron aquellos meses en los que mi padre fue destinado a las montañas del norte, cerca de la frontera. Nada queda ahora, nada deja su huella, los días pasan y es como si no pasaran porque ningún fragmento de ellos se impresiona sobre la película que pudo ser mi vida. Una película velada al son de unos acordes de cítara.

Nada es como si pasara. Todo es como si no pasara. No como antes. No como cuando veía a mi padre deslizarse montaña abajo en el crepúsculo. Mi padre nunca dormía en la batería, emplazada a dos horas del Bristol, esquiando deprisa. Mi padre venía a dormir todas las noches con nosotros. En el hotel los primeros meses, en el caserón del notario Raventós después, cuando mi madre consiguió que nos lo alquilaran. La mañana en que nos trasladamos a vivir a Villa Edelweiss el suelo se convirtió en un lago de hielo. Dos mujeres de luto estaban fregando la casa y mi madre abrió las ventanas. Soplaba el cierzo, pero a mi madre siempre le molestó el olor a lejía. Esto es insoportable, dijo, y empezó a abrir las ventanas. Entonces el agua se transformó en una película de cristal sobre las baldosas de ajedrez y las baldosas brillaron como si estuvieran cubiertas por polvo de diamantes. Aquel día me caí al suelo y las astillas de hielo se me clavaron en la frente. Unas gotas de sangre resbalaron sobre el lago de ajedrez helado y mi madre me dio un terrón de azúcar con unas gotas del coñac de mi padre. Fue la primera vez que vi sangre. Poco después volvería a ver sangre otra vez, pero ya no sobre un ajedrez de hielo, ya no. La sangre que vi brotaba de una guerrera caqui con estrellas de hilo dorado en la bocamanga.

Como mi padre, yo también prefiero el cine a los fantasmas, aunque por distinta razón. Yo no he aprendido a vivir en España como un inglés en la India. Prefiero el cine porque es un mundo de fantasmas y nunca supe desprenderme de los fantasmas de esas dos guerras de las que en el invierno de 1949 sólo quedaba eso, los fantasmas y el cine. No supe, no pude, o no quise. A veces, vivir entre fantasmas es la mejor manera de pasar una vida que tanto tiene de fantasmal, pues toda vida se sustenta sobre la memoria y la memoria es pura fantasmagoría. Por eso el cine donde vivo es siempre en blanco y negro, nunca en color: la memoria, como el sueño, diluye los colores, la memoria es como una fotografía expuesta al sol.

Luis Duncan era el único civil que vivía en el hotel Bristol. La palabra civil se utilizaba con un sentido parecido a la palabra paisano al referirse a la ropa. Ir de paisano era una expresión habitual que rebajaba la vestimenta civil a un estadio inferior cercano a la sospecha. Pero cuando se referían a Luis Duncan se hablaba de un civil extraño a los demás civiles, no de un paisano. Los civiles eran una casta diferente a la militar, una casta más débil. La palabra civil encerraba en sí cierto desvalimiento, pero también algo oscuro e indefinible, algo así como la delación o la ambición, o las dos mezcladas quizá. Las palabras, entonces, eran fronteras invisibles, fronteras muy sutiles que acotaban los diferentes territorios como las banderas de Gran Bretaña, Francia, Rusia y Estados Unidos acotaban la ciudad de Viena después de la capitulación del almirante Dönitz. A veces, las palabras eran algo peor que una frontera invisible. «Son las palabras las que conducen a la muerte, las que encienden la mecha de las guerras —me decía mi padre—, nunca las armas. Por eso los militares hablamos poco; porque sabemos mejor que nadie lo que es la guerra, un invento de los civiles, de las palabras de los civiles cuando esas palabras muerden y mastican y sangran por sus bordes». Yo sospechaba que Luis Duncan había contribuido a inventar la guerra porque los militares del Bristol se dividían en dos bandos frente a él. Unos lo adulaban; otros ni le hablaban. Mis padres pertenecían a un sector neutral. Mis padres pertenecían a la zona más antigua de Viena, al sector internacional: saludaban a Luis Duncan, pero nada más.

Recuerdo las tarjetas de visita de Luis Duncan. Las dejaba por todos lados y llevaban una banda negra que cruzaba el cantón superior derecho. En esas tarjetas Luis Duncan era Don Luis Duncan de Rivera. Alférez Provisional. Comerciante-Proveedor. Nadie conocía la razón de aquella franja enlutada.

Luis Duncan fumaba unos puros muy gruesos y tenía cara de emperador mogol. Lo veo ahora erguido ante el mostrador de madera del hotel, con una mano en la baquelita negra del teléfono y la otra acariciándose la solapa de la americana, también negra como la baquelita del teléfono. Veo a Luis Duncan con el puro encendido en la boca, masticándolo con palabras que no puedo oír. Las palabras del civil Duncan. Veo a mi madre hablando en voz baja con mi padre mientras le coge el dorso de la mano con su palma y en el dorso de esa palma veo el brillo de la alianza y el brillo de un ópalo amarillo como amarillo es el brillo de la alianza y el del vino en la copa de mi padre. (El amarillo del oro: mi madre tenía unas motas doradas en el iris y esas motas se encendían al sol). Veo los ojos de mi padre, dulces mientras mi madre le habla, la sonrisa de mi padre, también dulce bajo el bigote que aparentemente la endurece, y los ojos que niegan esa dureza aunque estén hechos de azabache y no tengan motas de oro. Veo el mantel blanco bajo las manos de mis padres, el mantel de hilo blanco con una B de Bristol bordada en el centro, bajo la fuente de alpaca, y las manos enlazadas de mis padres, oscura la mano de él, de alabastro cruzado por vetas azules la de ella. Y sobre sus hombros, al fondo, junto al mostrador de madera veo a Luis Duncan que cuelga el teléfono y regresa al comedor y me guiña un ojo cuando ve que le estoy mirando y se dirige hacia su mesa y en su mesa le espera un teniente de Regulares que también fuma un puro, uno de los puros de Luis Duncan, que ahora se agacha sobre la mesa como dispuesto a comunicarle un importante secreto al teniente Cuesta, y es que cuando Luis Duncan hablaba con alguien, daba siempre la impresión de estar comunicándole algo crucial, el nombre del próximo ministro de la Guerra, por ejemplo, el precio de la morfina en el mercado negro, o la finca toledana donde Franco pasaría cazando corzos el fin de semana siguiente.

Porque Franco no iba muy lejos. Hacía poco que había visitado Portugal y en los periódicos parecía que hubiese dado la vuelta al mundo. Franco había zarpado de El Ferrol en un buque de la Armada y había desembarcado en Lisboa como un conquistador procedente de las Indias, escoltado por dos destructores de las flotas española y lusa. Recuerdo las fotos del recibimiento, con caballeros de chistera lustrosa y militares con capa surgidos de una lámina decimonónica. Recuerdo que pensé que Portugal debía de ser un país detenido en el tiempo; que en Portugal, aunque se hubieran aventurado en América y les quedaran colonias en África, todavía debían creer que al final del Atlántico se hallaba el abismo del fin del mundo.

Luego, para redondear el periplo, Franco había regresado a Madrid por avión. No en el Lusitania-Exprés sino en Iberia, para dejar claras las cosas. Acostumbrado a viajar por todo el hemisferio terráqueo, aquel viaje de Franco me pareció muy poca cosa. Recuerdo que pensé que tal vez Franco no pudiera viajar o no le gustara, que tal vez tuviera miedo de viajar y por eso no se movía de Madrid y sus alrededores, y un viaje a Barcelona, San Sebastián o las Canarias, tenía para él la misma importancia que aquel viaje a Portugal, aunque quisiera engañarnos con tanto barco y tanto avión. Yo, sin moverme de casa y sin necesidad de gastar carburante, viajaba por todo el mundo: con el Atlas abierto sobre la mesa del comedor viajaba hacia Trípoli, El Cairo, Haifa, Port Sudan y el golfo de Adén como Franco se iba en su Rolls-Royce al Corpus de Toledo. Y no entendía cómo Franco, pudiendo viajar hasta El Cairo o el golfo de Adén, hasta Malasia o Indochina, prefería quedarse en Lisboa rodeado de hombres con chaqué y chistera reluciente y pasear bajo palio por las estrechas calles de Toledo.

Fue entonces, a raíz de ese viaje a Lisboa, cuando descubrí que Franco y yo pertenecíamos a la estirpe de los viajeros inmóviles, que ambos sabíamos que la vida era un viaje a ninguna parte sin moverse de ningún sitio. Como Harry Lime por las alcantarillas de Viena.

2. La guarnición del Norte

El coronel Montero era el comandante en jefe de la plaza. El coronel Montero era bajo, enjuto y moreno, con mandíbulas de rumiante. Su mandíbula era muy afilada y masticaba pastillas de tabaco: unas pastillas negras cuyos bordes, translúcidos, parecían de caramelo. El coronel Montero era de caballería y siempre vestía guerrera de campaña, *breeches* y botas altas de caña color canela. A veces incorporaba un salacot a su atuendo. Su abrigo era un abrigo de piel de lobo. La mujer del coronel Montero tenía el rostro de guacamayo, no porque fuera pintada, que apenas, sino por la nariz ganchuda y su manera de girar el cuello y mirar altivamente a los demás. Pertenecía a una de las mejores familias de Santander y llevaba pulseras de oro y collares de perlas de varias vueltas, como la esposa de Franco. Era la única mujer que llevaba pulseras de oro en aquella ciudadela de montaña. Había algo zoológico en el rostro de aquel matrimonio. No tenían hijos, pero sí dos caniches muy blancos de vientre y lomos afeitados y cola de pompón. Los caniches se llamaban Bismarck y Metternich, pero sus nerviosos ladridos y su andar de pitiminí desmentían lo férreo de aquellos nombres.

La mujer del coronel Montero se llamaba María Luisa de Escoriza y le sacaba una cabeza a su marido. Al hablar con las mujeres de sus subordinados intercalaba la palabra «chica» a cada momento. Con ellos la palabra que intercalaba era «chico». Al dirigirse a camareros y asistentes, los llamaba «niño».

«Un vermut con unas aceitunas rellenas, niño».

El matrimonio Montero-De Escoriza trataba a los militares allí destinados como miembros de una familia venida a menos. Con afecto formal y una profunda distancia. Con mis padres tanto el afecto como la distancia eran más intensos. Tal vez contribuyera a

ello la negativa de mi padre, cuando el coronel Montero le ofreció una ayudantía. «Como usía sabe perfectamente, mi coronel, no se es militar para ejercer de mayordomo», le contestó mi padre y eso debió de gustarle al coronel Montero, que era un hombre con fama de duro y que antes de la División Azul y la guerra civil había combatido en África junto a Millán Astray. Debió de ser eso, porque mi padre podía vivir entre la nieve como los ingleses en la India, pero habría fracasado en cualquier intriga diplomática.

El coronel Montero se paseaba por la ciudadela en el Volkswagen de la comandancia. Un Volkswagen negro con la capota parda. El chófer abría la portezuela y mientras se cuadraba entraban Bismarck y Metternich abriendo paso a su dueño. Los perros cumplían una función térmica. Una vez sentado en el asiento de cuero del automóvil, el coronel Montero colocaba a los caniches sobre su regazo. En su despacho, los caniches se situaban a sus pies y ladraban cada vez que alguien golpeaba la puerta.

—¿Da usía su permiso?

—Pase, hombre, pase antes de que estas fieras acaben con mis tímpanos —contestaba el coronel Montero al oír la frase de rigor.

Pero eso lo supe más tarde. Lo supe cuando el coronel Montero citó a mi padre a la hora del desayuno. Lo supe una semana después de que el general Lastra llegara a la ciudadela y los árboles amanecieran como lámparas de cristal que una mano poderosa hubiese clavado en tierra durante la noche.

Cuando mi madre y yo salíamos a pasear por la ciudadela, solíamos cruzarnos con las hijas de O'Callaghan, el nuevo ayudante del coronel Montero, un capitán recién llegado de Melilla a la guarnición, que había aceptado el puesto que mi padre rechazó. Tal vez porque mi padre tampoco quería que se le conociese como a O'Callaghan, quien, pese a tener apellido tan lucido, se le nombraba siempre como el Ayudante a secas.

«Lástima que no haya ninguna de tu edad —decía mi madre al cruzarnos con las hermanas O'Callaghan—. Porque mira que son guapas».

Las hijas del capitán O'Callaghan llevaban sangre irlandesa por parte de su bisabuelo y se llamaban Leonor, Claudia e Irene. Su

madre, decían, había muerto al parir a la pequeña y ellas habían crecido bajo los cuidados de su padre, a quien sus amigos llamaban ahora el Sultán. Así que entre el Ayudante y el Sultán, O'Callaghan había perdido el nombre. Aquella mañana las tres hermanas paseaban cogidas del brazo por la calle mayor de la ciudadela. Leonor tenía el pelo de crepúsculo encendido, Claudia de paja extendida al sol, Irene del color de la antracita. Las tres eran muy guapas y sus cuerpos y sus ojos, como su pelo, nada tenían que ver entre sí. Leonor era una mujer atlántica de ojos azul grisáceo, como de revista norteamericana. Claudia tenía cuerpo de oriental, blanco y de huesos muy finos, y unas facciones entre caucásicas y tártaras. Sus ojos eran verdes como el agua del mar sobre un lecho de arena. Irene era una mujer mediterránea, de rasgos semitas, ojos muy negros y una cintura formada por dos profundas bahías: a mí me recordaba a Rebeca, la hija del judío de Ivanhoe, de quien me había enamorado el verano anterior en casa de mi tío Ramón. Yo entonces me enamoraba en los libros; ahora lo hago en el cine. Las tres estaban también en mi Atlas, en las páginas dedicadas a las razas, y eso me hacía pensar que en un atlas se encerraba todo lo que había en el mundo, mujeres incluidas, y que las mujeres eran como los océanos, las naciones, los ríos y las fronteras, y como los océanos, las naciones, los ríos y las fronteras, las mujeres eran muy distintas entre sí y al mismo tiempo muy parecidas. A mí me gustaba verlas pasear por el camino de los castaños después de una tormenta de nieve. Las hermanas O'Callaghan siempre salían a pasear después de haber nevado, porque habían crecido en el sur y la nieve les debía de parecer la alfombra de un palacio asiático, eso pensaba yo al verlas enfundadas en sus abrigos de cheviot beige con botones de carey. Y al reír entre sí, sus ojos como una lámpara de colores y el vaho que surgía de sus bocas, les daban un aire mágico, tan mágico como el cine mismo, y sus dientes, tan blancos, estaban hechos de la misma nieve que tapizaba la calzada, las marquesinas de los cafés, los automóviles y los tejados. Y los castaños, recién podados y con la nieve detenida entre sus ramas, ya no parecían árboles sino coronas de reyes bárbaros tan antiguos como la tierra, cuando en la tierra no estaban dibujados ni los ríos ni las naciones ni las fronteras.

Si hablo de mi padre debo hablar de la nieve; si hablo de la guarnición del Norte debo hablar de la nieve; si hablo de las hermanas O'Callaghan debo hablar de la nieve. Pero si hablo de mí, debo hablar del desasosiego, un sentimiento que oscila entre la nieve y la arena del desierto, entre el hielo y el fuego. Por eso prefiero contar las vidas de los demás, por eso he elegido retratar la línea de intersección donde esas vidas se cruzan con la mía, como si esas vidas pudieran girar del revés la mía, alejarla de mí mismo, cuando lo único que hicieron fue enriquecerla con abalorios, cuentas de cristal que jamás llegué a tener entre mis manos, peces de colores que desfilaron ante mi mirada perpleja como desfilan las sombras de la noche en el agua de un lago de montaña.

La nieve formaba parte del descubrimiento del mundo, pero era un descubrimiento hecho a través de un filtro, de una lente de hielo que impedía el paso del dolor del mundo, que congelaba ese dolor. Que lo apresaba como el cine apresa la vida, sin tener que sufrirla, en un raro desdoblamiento. Quien haya estado alguna vez sobre la lengua de un glaciar puede entenderme: todo está lejos y a la vez muy cerca. El aire está hecho de agua seca y uno puede ver a los sherpas que han abandonado las plantaciones de arroz kilómetros más abajo, pero no siente el peso de la espalda de esos sherpas, no siente el cansado mecanismo de sus pasos: sólo lo conoce, lo conoce sin tener que sentirlo. Así el mundo no interfería en mi interior, salvo para alejarme de ese mismo interior: entonces yo era muy feliz, pues había nacido en un paraíso construido sobre siete palabras: mis padres acababan de ganar una guerra. Mis padres acababan de ganar una guerra y nada podía ser diferente a como era todo entonces. Nada, pensaba yo entonces, iba a cambiar nunca.

La guarnición del Norte era un lugar de paso, como lo son las salas de cine, las estaciones ferroviarias, los puertos de mar o los cafés de las ciudades. La guarnición del Norte era un campamento militar, un campamento de piedra como yo imaginaba que debían de ser los cuarteles de invierno de las legiones romanas. La guarnición del Norte era un mundo fuera del mundo, protegido por las ventiscas de nieve y las montañas amuralladas. Y mis ojos eran el centro de ese mundo aunque nadie pareciera darse cuenta de ello. Nadie, salvo Claudia O'Callaghan la noche en que se bañó desnuda en la piscina subterránea de la cripta del hotel Bristol.

La mañana en que el cielo se tiñó de verde apareció la primera nota anónima. Recuerdo que sobre las montañas no había ni una sola nube y la nieve de los picachos adquirió la tonalidad de un licor de hierbas. Los grajos enmudecieron. Mi padre tenía dos días de permiso y no había subido a la batería. Comentó lo de la nota a la hora de comer.

—Han encontrado un anónimo contra Franco en la sala de banderas. Tendrías que haber visto la cara de Yáñez: como el celaje de esta mañana.

Mi madre sonrió y yo me pregunté cuándo habrían visto ellos el cielo verde. Yo me había despertado muy temprano y la casa aún estaba en silencio. Mis padres dormían. Mi habitación parecía tapizada de musgo. Los muebles y la ropa sobre la silla también. Me dirigí al comedor: ocurría lo mismo, como si estuviéramos viviendo en el fondo de un estanque. Pero cuando ellos salieron de su cuarto hacía ya una hora que el cielo había vuelto a ser gris y la casa había recuperado su color habitual, un color tabaco oscuro y una luz blanquecina, como esmerilada, en los cristales. Las nubes se desmadejaban entre las montañas.

—No olvides que Yáñez padece de ataques de bilis —le dijo mi madre mientras vertía la leche en mi tazón.

Yáñez era el comandante Yáñez, del cuerpo de Zapadores de Montaña, y mientras desayunaba en la sala de banderas le había caído del periódico un papel con el membrete del acuartelamiento y dos líneas mecanografiadas. Se lo leyó en voz alta al coronel Montero, que acababa de llegar a su despacho: «¿Y si Franco hubiese empezado la guerra sólo para disfrazarse de almirante y navegar en el Azor?».

—¡Coño! ¿Se ha vuelto usted loco? Si no quiere acabar en el Sáhara déjese de majaderías, Yáñez. ¿O prefiere Guinea? ¿Sidi Ifni, tal vez?

—No soy yo, mi coronel; es el papel.

El papel le temblaba al comandante Yáñez en la mano como si estuviera vivo. Unas gotas de café le habían manchado el faldón de la guerrera. Parecían algas marinas.

—Esto es sabotaje —musitó entre dientes.

—¡Qué sabotaje ni qué leches, hombre! Esto es cosa de algún soldadito graciosillo y lo vamos a confirmar en un periquete. De momento arreste a todo el cuerpo de guardia —respondió Montero.

—Le digo que esto es obra del maqui, mi coronel. No hay soldado que tenga huevos de escribir esta canallada. Con perdón por lo de huevos.

—Pues peor para usted si lleva razón. Mire que si estando de oficial de servicio se le cuela a usted el maqui hasta la sala de banderas, el día menos pensado se le meten en el polvorín y saltamos todos por los aires, puñeta. Es usted un inepto, Yáñez.

Aquélla fue la primera nota pero no la última: llegaron más. La segunda apareció en el asiento del conductor del Volkswagen de la comandancia y decía: «Será bajo, pero por no parecerse a Napoleón, no se parece ni en los cuernos: no sirve ni de perchero». La tercera, envolviendo una botella de coñac Soberano, fue más breve y críptica: «Nunca dice nada, eunucos, porque no tiene nada que decir». Las notas aparecían en la cantina, en el comedor del Bristol, en la capilla del cuartel, en el pasillo de gastadores y hasta en el despacho del coronel. Para entonces el asunto ya estaba en manos de la Segunda Bis. Para entonces los anónimos contra Franco

ya se conocían en Madrid y el Servicio de Información Militar, la Segunda Bis, se había puesto manos a la obra.

3. Los billetes de Shangai

—Yo, chica, o me viste Balenciaga o nada.

Yo le miraba el vestido de tafetán a la mujer del coronel Montero y en los jaspes verde esmeralda adivinaba las penínsulas de Jutlandia y Nueva Zembla bajo el escote. Debía de ser un vestido de Balenciaga porque sus palabras denotaban que o bien la vestía Balenciaga, o la mujer del coronel Montero iba desnuda sin más, y yo daba las gracias a Balenciaga por su existencia porque la imagen desnuda de María Luisa de Escoriza habría provocado un sinfín de catástrofes. En el bar del Bristol, en la comandancia y en la ciudadela entera. Y hasta en el Alto Estado Mayor, supongo.

A mi madre no la vestía Balenciaga; mi madre se vestía sola.

—Cuando me miro al espejo, veo a todas mis hermanas —me dijo una vez mientras se peinaba.

Lo recuerdo porque en el periódico venían noticias del final de la campaña de China. Las tropas de Chiang Kai-Shek habían sido derrotadas por los soldados de Mao Tse-Tung. La huida hasta la isla de Formosa había sido humillante, acosados una y otra vez los nacionalistas por el agraviado pueblo chino. Así lo escribía el corresponsal: el agraviado pueblo chino, y mi padre comentó que ser pueblo y en China ya era un agravio, estuviera o no Chiang Kai-Shek.

—Las grandes naciones tienen vocación de naciones tiranizadas. El emperador y sus mandarines en China son como el zar y sus príncipes en Rusia. Desaparece el zar y se inventan a un zar comunista: Stalin. En China desaparece el emperador, Chiang se va a Formosa y Mao será el nuevo emperador. Lo es ya. Total, que habrá más agravios para el pueblo chino como los hay, y tremendos, para los mujiks rusos. Quizás estas naciones que son vastos continentes no acepten más gobierno que el de los sátrapas... No sé.

Mi padre, cuando elucubraba sobre el mundo, siempre acababa sus teorías diciendo no sé. Como si en la vida no se pudiera estar seguro de nada, o como si nada importara, para que la vida fuera de una u otra manera, lo que uno pensara o dejara de pensar.

Chiang Kai-Shek había huido a Formosa formando en Tai-Pei un gobierno provisional, del brazo de su mujer, que era muy guapa y llevaba un abrigo de piel que brillaba como el tafetán de Balenciaga de María Luisa de Escoriza. Y Mao Tse-Tung, Chu En-Lai y Lin Biao habían proclamado en Pekín la República Popular. Del emperador nada se sabía. Ni si estaba vivo, ni si estaba muerto. Mientras tanto, Franco pescaba atunes en el mar Cantábrico. En el periódico había una foto del Caudillo junto a seis atunes colgados boca abajo. Los atunes eran más grandes que Franco y parecían torpedos blindados, pero estaban muertos mientras Franco, que no parecía blindado por ningún sitio, sonreía satisfecho a la cámara. Al fondo estaba el mar y mi madre me dijo:

—Déjame ver el mar, aunque sea el Cantábrico, que cuando me miro al espejo hay días en que veo a todas mis hermanas y en sus ojos está el mar y en los míos la nieve.

Mientras le acercaba el periódico a mi madre, entró Flora, que era la sirvienta y había nacido en Marsella. Llevaba un sobre azul en las manos y se lo entregó a mi padre.

—Lo he encontrado en la verja del jardín..., va a su nombre, escrito a máquina.

Mi padre lo leyó:

Capitán Eduardo Balmoral
El fin del mundo

—¡Vaya!, ahora resulta que estoy destinado en el fin del mundo y sin enterarme —rio, pero no daba la impresión de que aquello le hiciera ninguna gracia. Mi madre y yo nos miramos porque la risa de mi padre era una risa hueca y forzada. Parecía un autómata mi padre con esa risa tan rara.

Abrió el sobre con una de las llaves de mamá, la misma que ahora tengo sobre la mesa de mi habitación. Es una llave de la Unión Cerrajera y lleva un sol y un número —el 31033— en el anverso y una M mayúscula sobre un campo rayado en el reverso. Esa llave con la que mi padre abrió el sobre era la llave de la casa de mis abuelos maternos, al otro lado del mar, una llave que siempre estuvo en el llavero de mi madre aunque ya no viviera en la casa de sus padres. Del interior del sobre salió un billete de papel moneda. No era un billete corriente. No era un billete de la España de Franco ni de la España de la República. Era un billete grande y vertical, con caracteres chinos. Había una fotografía de un chino con bigote y rostro muy serio y yo pensé que tal vez ese rostro fuera el rostro de Chiang Kai-Shek. Debajo estaba escrita una frase que mi padre leyó en voz alta: «Va a la iglesia bajo palio para avisar a Dios de quién va a ser el jefe de Estado allá arriba cuando él muera». Mi padre calló y cuando calló estaba más pálido que mientras leía. Luego dio la vuelta al billete y siguió leyendo: *The Central Bank of China, Shangai, 1930; American Bank Note Company. Ten customs gold units*. No es que yo recuerde las frases en inglés. Entonces no sabía inglés, pero tengo, como la llave, aquel billete sobre mi mesa. Aquél y otros que vinieron después, algo más pequeños, de «five customs gold units» y no de diez.

—Todo esto es absurdo —dijo mi padre levantándose de su butaca —. Me voy a comandancia y daré parte. Con la que se está armando, no me queda más remedio.

—Yo, chica, o me viste Balenciaga o nada.

Estábamos en el bar del Bristol y mi madre y María Luisa de Escoriza habían comentado la extraña aparición de los billetes. Porque habían sido bastantes los billetes aparecidos: uno por cada oficial de la guarnición. «¡Como para comprar una flota de sampanes en Shangai!», había exclamado el coronel Montero indignado. «Que será lo que vamos a necesitar cuando él venga a cañonearnos con el

Azor». Eso ya no lo dijo el coronel Montero; no en la comandancia, al menos. Cuando el coronel Montero dijo lo del Azor no llevaba puesto el uniforme sino el pijama. Y no tenía mandos ni ayudantes a su alrededor; sólo a su mujer en la cama, la pistola sobre el tocador, y a Bismarck y a Metternich a sus pies, dormitando.

Los anónimos escritos en billetes de la China —«por lo menos no son de la comunista», pensó Montero cuando los tuvo sobre la mesa de su despacho— estaban plagados de frases absurdas: «Su voz es tan masculina, que de una banda de música sería el xilofón»; «Sois los atunes del muñecote»; «Es un invernadero habitado por murciélagos»; «España está en manos de un pulpo frío»; «Hasta la muerte es más alegre que ese viernes de Cuaresma», pero todos en la guarnición sabían quién era el xilofón, el muñecote, el invernadero, el pulpo frío, o el viernes de Cuaresma. Y sabían también que ninguno de ellos estaba ahí para jugar a los recados subversivos.

El coronel Montero reunió a sus oficiales en la sala de banderas de la comandancia, ordenó a un gastador que se llevara a los caniches a dar un paseo y acudió a la retórica ciceroniana. Eso le dijo María Luisa a mi madre, la retórica ciceroniana. Mi padre, por la noche, nos resumió el discurso imitando la voz y los gestos del coronel Montero y los ladridos de los caniches, que no querían abandonar a su amo, alejándose por el pasillo.

—Caballeros: este asunto de los billetitos ha colmado mi paciencia. Hay que encontrar al culpable y someterlo a consejo de guerra. Hay que encontrar al vil chupatintas, porque quien escriba estas frasecillas es un chupatintas o un maricón, que mofándose de nuestro Caudillo se está meando en el Ejército entero. Sí, meándose. Hay que arrastrarlo hasta el cubil del vicio y la podredumbre, que es de donde no debiera haber salido una sabandija de este calibre. Yo tengo mis sospechas, pero no voy a comunicárselas. No por ahora, al menos. Sólo les diré que se trata de una conspiración. De la punta del iceberg de una conspiración. El tiempo, y nuestras investigaciones, nos dirá de qué jaez es esa conspiración: si monárquica, que es posible, o masónica, que también. Obra del maqui no es: demasiado fina para ellos, que sólo saben volar vías de

tren y asustar a los niños por la noche. No hemos ganado una guerra para aguantar tonterías. Sólo les diré que de Madrid nos envían a dos oficiales: el capitán Alberto Horsch y el teniente Miguel Márquez, ambos del Servicio de Información Militar. En el ministerio no están para idioteces y quieren cortar por lo sano. Yo confío en ustedes para solucionar este asunto. Aquí en la frontera no necesitamos a ningún perifollo de Madrid. Así que ustedes verán. Buenas tardes.

—Buenas tardes, sire. A sus órdenes, sire.

El ruido de los tacones retumbó en la sala como el seco tableteo de un pelotón de fusilamiento. Como la voz de *sire*, que era el tratamiento que al coronel Montero le gustaba oír cuando reunía a todos sus mandos. De uno en uno era usía. Con todos, allí en la frontera, era sire, como un mariscal de Napoleón. El coronel Montero pensó en la gloria militar de aquella época en que todo soldado llevaba un bastón de mariscal en la mochila. La nieve caía al otro lado de los cristales y Moscú y sus cúpulas de cebolla, o El Cairo y sus pirámides de arenisca, estaban más lejos que Madrid. Imaginó las calles de Madrid y los tentáculos viscosos de un pulpo sobre sus edificios, la mirada fija y negra como la tinta de ese mismo pulpo, la cabeza como un casco desmesurado o una mitra mucilaginosa, y el coronel Montero se estremeció de asco. La viscosidad le repugnaba.

—Hay que acabar con todo esto de una puñetera vez, O'Callaghan. Ese escribano de mierda es un buen propagandista; le impregna a uno con sus desvaríos —le dijo a su ayudante mientras se metía en su Volkswagen con Bismarck y Metternich haciéndole fiestas entre las piernas.

—¡Coño: aún me haréis caer!

—Esto es cosa de Duncan, Juan Manuel.

—¿Cómo va a ser cosa de Duncan, animal? Si Duncan es de los nuestros, basta ver cómo se mueve entre los mandos.

—Duncan no es de nadie. Duncan sólo es de sí mismo. Como cualquier contrabandista.

—Duncan será contrabandista y un falsario, si quieres, pero no un tonto y hoy en día estar en contra del Caudillo y del Ejército es de idiotas, hombre. Y habla más bajo, por favor.

—Di lo que quieras, pero a mí me da en la nariz que es cosa de Duncan, para tenernos entretenidos aquí en la guarnición, en la frontera o donde sea, ve a saber tú con qué intención. Además, esto de los billetes chinos es demasiado rebuscado... El único hombre de la guarnición que podría tener una saca de billetes de Shangai o de Tonkín es Luis Duncan, créeme.

—Eso es cierto. Duncan puede tener billetes chinos, metralletas francesas, canguros australianos y una finca de regadío en el desierto del Gobi, pero mira: este asunto apesta a complot monárquico, no a Duncan. Recuerda lo que ha dicho Montero: monárquicos o masones. Éstos, no sé, pero los de la corona son capaces de cualquier estupidez con tal de que vuelva su rey. Ya me dirás, con la que acaban liando siempre los Borbones... Veremos... si total, va a acabar destapándose el cocido...

El camarero se había acercado a nuestra mesa para cobrar a María Luisa, que estaba empeñada en invitarnos. Y un empeño de María Luisa de Escoriza era superior a una orden del coronel Montero. «Que yo os invito, chica, no se hable más». Cogimos los abrigos. Los dos tenientes de la mesa vecina se levantaron como si les hubieran apretado un resorte y se cuadraron entre el sofá de piel y el velador de mármol. Luego se acercaron para ayudar a la mujer del capitán Balmoral y a la mujer del coronel Montero a ponerse los abrigos.

—Sentaos, muchachos, por favor... —les dijo María Luisa, y mi madre me miró como diciéndome: «Ya me he dado cuenta de que escuchabas toda su conversación, luego me la cuentas».

Yo sonreí y al llegar a casa le dije:

—Yo, chica, o me viste Balenciaga o nada.

Pero no le dije nada de las palabras de los dos tenientes en el bar del Bristol. No en ese momento, al menos. Nos quitamos los zapatos empapados y entre risas corrimos a calentarnos junto a la salamandra de la sala. Las llamas bailaban tras las ventanillas de

hojas de mica y mi padre leía un libro sobre la conquista de Jerusalén.

—¿De qué os reís? —dijo cerrando el libro—. Contádmelo a ver si me río yo también.

Mi madre le besó en la frente y le dijo:

—Nada, tonterías nuestras.

4. El Consulado

Luis Duncan era el propietario del cine Sebastopol, donde mis padres habían visto *El tercer hombre* y de donde habían regresado a casa bailando sobre los adoquines húmedos, la luz amarillenta de las farolas y las sombras de los árboles sin hojas. Recuerdo aquella noche como si fuera la primera noche de mi vida. Uno nunca sabe cuándo empieza su vida. La propia vida es un asunto de los otros hasta que deja de serlo a través de un fogonazo de la memoria. La memoria es como un disparo de salida. La memoria es una pistola que da comienzo a la vida, subrayándola con el eco de la detonación. Aunque luego, la propia vida tampoco llega a ser completamente de uno por mucho que uno se lo crea: vuelve a pertenecer a los otros, como las mercancías capturadas por un buque corsario. Nadie rige su vida solo, nadie está solo aunque lo esté: siempre hay unas manos al otro lado de los hilos. Solo, va uno al cine, que es otra vida diferente que nos hace vivir de forma más intensa la vida propia, pero solo, uno no va a su vida; solo, es la memoria la que arranca la propia vida y, solo, va uno a la propia muerte, ya sin cine ni memoria, lo más probable. Nada más.

El cine Sebastopol no era el único negocio de Luis Duncan. Don Luis Duncan de Rivera, Alférez Provisional y Comerciante-Proveedor, era también el dueño del Café Mundial, al que todos llamaban El Consulado, por lo fácil que era allí conseguir cualquier cosa: gasolina, coñac de Francia, medicamentos, sellos de colección, tabaco inglés, e incluso —se decía en la guarnición— pasaportes falsos o cualquier otra clase de documento oficial.

Mi padre había quedado citado en el Café Mundial con uno de los oficiales recién llegados de Madrid, el capitán Horsch. Me pidió que le acompañara: yo nunca había estado en el Mundial y dije que sí

encantado. Alberto Horsch y él habían sido compañeros en la Academia General, habían estado juntos en el frente y juntos habían conocido a mi madre en Madrid, en un viaje prometido por mi abuelo una vez acabara la guerra. Un viaje a través de la desolación y los arcos de triunfo de cartón piedra. Eso contaba mi padre a veces en casa. «Tu madre llevaba un traje de chaqueta granate con botones de nácar color marfil», decía. «Conocí a tu padre entre las ruinas», contestaba siempre mi madre, y a mí me gustaba pensar en las ruinas de Pompeya, en el granate de las pinturas de Herculano, en algo así me gustaba pensar a mí. Las ruinas eran los edificios bombardeados de Madrid, pero fue bajo los neones submarinos y las cocteleras plateadas del Chicote, el lugar donde mis padres se conocieron. Fue antes de la cena y mi abuelo invitó a los dos tenientes a cenar con ellos. Al cabo de tres semanas mi padre visitaba a mi madre en la isla, acompañado por su amigo Alberto Horsch, y medio año después se casaban.

Mis padres y el capitán Horsch hacía varios años que no se veían. Aquella tarde mi madre estaba en cama con un ataque de jaqueca. «Si se me pasa, iré a buscaros al Mundial», oí que le decía a mi padre al cerrar la puerta de su habitación.

—Desengáñate, Eduardo, no nos han enviado para averiguar la verdad, vaya estupidez.

—No, si yo no me he de desengañar de nada, hombre. Todo es absurdo, como los billetes. Y cuando digo todo, me refiero a todo.

—Pues eso. La verdad, aquí, es lo de menos. Lo que importará en su momento será el castigo, lo ejemplar del castigo. El culpable es un pretexto, nada más. No vivimos tiempos en los que la verdad importe, y además: ¿ha importado alguna vez? Vivimos en un armario cerrado que apesta a naftalina, en una botella de éter, en una catacumba del tiempo. Somos el reflejo de los muertos que murieron en la guerra; somos muertos que habitan una tumba y no saben ni que son muertos ni que habitan una tumba. Eso somos

nosotros: un museo abandonado a su suerte; o sea, a los insectos y a los gusanos, sin olvidar a su todopoderoso guardián. Metieron nuestra juventud en un sarcófago. Y ahí seguimos, sin saberlo.

—Filósofo estás, Alberto. ¿Y ése? —dijo mi padre, señalando a Duncan—. ¿También es un muerto?

Luis Duncan de Rivera avanzaba por el salón del Café Mundial como uno de aquellos grandes lagartos que poblaban el mundo cuando el hombre se escondía bajo tierra y creía que el sol no iba a brillar al día siguiente. Parecía incluso que tuviera los ojos amarillos, Luis Duncan, como los de un saurio, y esos ojos eran rápidos como balas, y al centellear se veía que habían dado en el blanco, y nada que estuviera en el local dejaba de ser un blanco para Luis Duncan, que todo lo vigilaba y todo lo sabía, hasta la finca adonde iría a cazar Franco dentro de dos semanas. Porque daba la impresión de que Luis Duncan era uno de esos hombres que siempre han estado en el mundo, inmutables como el mismo mundo, ese mundo que siempre es el mismo aunque parezca que no: lo era cuando los saurios parecían articulados monumentos de piedra, cuando la peste asolaba Europa, cuando la tierra era plana y el océano limitaba con el abismo, cuando en el corazón del bosque se agitaba lo más oculto del alma humana y el alma humana era un jabalí asustado o un jabalí furioso. Lo era aquella tarde, en ese sarcófago del que hablaba Alberto Horsch, tan lleno de uniformes raídos, medallas viejas y sables mellados.

Duncan se acercó a nuestra mesa, se quitó el puro de la boca, enseñó sus dientes amarillos, tan amarillos como los ojos de algunos saurios, y habló de las nutrias en invierno, de unos cepos alemanes para cazarlas y de una casa que se estaba construyendo en el valle, «un búnker babilónico, eso va a ser mi nueva casa, y que nada nos pille desprevenidos, ni siquiera una invasión de hotentotes pintarrajeados». Hablaba frotándose las manos, los dedos gruesos y ensortijados, y mi padre y el capitán Horsch lo miraban sin decir nada, como si fueran ellos los desprevenidos ante el asalto de Luis Duncan y sus cepos para cazar nutrias y sus hotentotes pintarrajeados.

—No me atrevo a preguntarles por esos anónimos de mal gusto, pues sé que son secreto militar —dijo—, pero ¿qué tal si le enseño el cine al muchacho y así ustedes charlan de lo suyo con más tranquilidad?

El cine Sebastopol y el Café Mundial ocupaban dos edificios contiguos, pero Duncan y yo no tuvimos que salir a la calle para ver el cine. Yo nunca había ido al cine. Nunca al Sebastopol, quiero decir, donde las películas eran películas para adultos, algunas no recomendadas por la Iglesia católica, decía mi padre, y luego añadía un par de frases sobre los lugares fronterizos y su lejanía de la civilización y entonces me miraba y acababa diciendo «no sé, vamos, me parece a mí», como si pensara que yo no tenía por qué oír esas cosas o al revés, que tenía que oírlas pero no creerlas del todo, por si acaso no eran ciertas o no tuviera mucha importancia que lo fueran o no.

Duncan me cogió del brazo y me hizo pasar detrás de la barra del bar. Entre las botellas había fotografías de paisajes norteafricanos y escenas de legionarios. El líquido deformaba las montañas y los rostros, y parecía que surgieran de un diorama o un tiovivo en movimiento, con sus rocas peladas y sus barbas de ermitaño y sus ojos enormes detrás del ámbar de las botellas. Duncan abrió una vidriera sobre la que había un mapa envejecido por el humo del tabaco, y subimos unas escaleras. Los baldosines de los escalones eran de colores, formando mosaicos de peces raros. Al llegar al primer rellano, metió un llavín en la cerradura de una puerta pesada y oscura. El ojo de la cerradura era una estrella de latón.

—Éste es mi cuartel general —dijo al abrirla y dar la vuelta al interruptor, y yo sonreí pensando que Duncan era el único civil de la guarnición que hablaba de búnkeres, invasiones y cuarteles generales. Ni los militares hablaban así. No al menos mi padre, ni el padre de las hermanas O'Callaghan.

La casa de Duncan era una sucesión de salas oscuras. La última de ellas daba a la calle y la luz entraba por los balcones. Era una luz mortecina y lechosa, la luz de la nieve sucia y el viento. Sobre una mesa baja había una carpeta con fotografías grandes. Duncan cerró la carpeta, pero antes pude ver una colección de piernas desnudas

que se mezclaban como las cartas de una baraja. Los muebles de la sala eran de madera blanquecina con los bordes dorados. Las paredes estaban forradas de la misma madera. Había dos pinturas. Una era de un caballero con casaca azul y peluca blanca. La otra de una dama joven con vestido de seda granate y el pelo tan blanco como la peluca del caballero.

—Acércate —me dijo Duncan, y entonces separó el cuadro de la dama como si el cuadro fuera la hoja de una ventana. La música de una cítara invadió la sala y Duncan señaló el rectángulo oscuro y vacío donde se movían las sombras y un haz de luz polvorienta. «Recuerde que cuando esté en la zona rusa, Lime puede impedirle salir y yo ya no podré protegerle», oí. Me asomé al ventanuco y vi la ciudad de Viena en blanco y negro, como un escenario fantasmal y desolado, y los colores de esa ciudad desierta, sus paseantes como fantasmas con abrigo y sus miradas, entre el miedo y la crueldad de la desconfianza, me hablaron de un mundo que no conocía pero en el que me dio la sensación de haber vivido y en esa sensación estaba encerrada otra, como si fuera una matrioshka, que me avisaba de que podía vivirlo una vez más y otra y otra en una noria fatídica olvidada por todos menos por mí.

Fue entonces cuando noté la mano de Duncan en el cogote. No era la misma mano que me había cogido del brazo en el salón del Mundial. Era una mano sudada, temblorosa y fría. Duncan había cogido una de las fotografías de la carpeta y me la estaba enseñando. En ella se veía a una mujer desnuda, sentada en un taburete con las piernas muy abiertas. «Estuve en tu entierro», oí mientras notaba la respiración de Duncan, su olor dulzón a puro podrido. La mano me apretó el cuello y yo me aparté de un salto, tropezando con la mesa y tirando la carpeta de las fotografías sobre la alfombra. Duncan dio un golpe al cuadro de la dama joven y cerró el ventanuco que asomaba a la sala del Sebastopol. Recogió su habano del cenicero de cristal y me miró sonriendo como sonríen los lagartos.

—¿Te ocurre algo, muchacho? ¿No te gusta el cine?

Yo no respondí.

—Bueno, bueno, bueno... Creo que podemos volver con tu papá. No creo que él y su amigo tengan mucho más que decirse. Al menos no delante de ti... Ni de mí, por supuesto —añadió. Y luego lanzó una risotada, y sus dientes amarillos estaban moteados de puntos negros y eran grandes y desiguales como una montaña rusa.

No sé cómo llegué hasta abajo. No recuerdo las salas a oscuras, ni los mosaicos de la escalera, ni la vidriera del bar. Sólo la mesa de mi padre y el humo y al capitán Alberto Horsch hablando con mi madre, que llevaba un traje de chaqueta granate con botones de nácar color marfil y tenía una taza de café en la mano, y esa taza de café se le cayó al verme, o eso me pareció a mí, que se le caía mientras yo la miraba y ella me miraba a mí, solo, en el centro del bar, con la sombra de Duncan a mis espaldas y la frase «estuve en tu entierro» en mis oídos, mezclándose con la música de cítara del cine y el sonido de un saxo que surgía de un gramófono situado sobre la barra del bar, pero que parecía surgir del humo del salón. Y yo confundí el rostro de mi madre, con su traje de chaqueta granate, con el de la dama joven vestida de seda granate del cuadro de Luis Duncan.

—Ahora iba a buscarte —dijo la voz de mi padre a mi lado—. Hemos de irnos a casa antes de que oscurezca. Señor Duncan...

Y mi padre le tendió la mano a Duncan mirándole a los ojos de una manera que yo no había visto mirar a nadie, una mirada como el hielo de los carámbanos que se formaban en las ventanas de casa por las noches, una mirada limpia como ese hielo, dura como ese hielo que saltaba en esquirlas como cuchillos cuando mi madre lo rompía, mi madre, que ya estaba levantándose, lo mismo que Alberto Horsch, que luego se quedaría en el Café Mundial mientras nosotros nos dirigíamos hacia casa en silencio, y aquel silencio, pensé, era el silencio de la zona rusa de Viena donde ya nadie podía protegernos.

5. La Línea Maginot

Nunca tuve, en la guarnición del Norte, la sensación de ser una familia, sino sólo de tener un padre y una madre, que no es lo mismo aunque pudiera serlo en apariencia. Una familia la formaban las hermanas O'Callaghan y el Sultán, que era un apodo donde brillaba cierta admiración y el fragmento de una envidia menor. Al ver a Irene, a Claudia y a Leonor paseando por la calle o esperando a su padre en el hall del Bristol, yo pensaba que una familia lo era si en ella había varias mujeres y no una sola mujer, aunque ninguna de esas mujeres fuera madre porque todas lo son incluso sin haberlo sido. Son las mujeres las que hacen una familia. Una mujer sola es el vértice en el que se apoyan los hombres intentando poner luz allí donde ven sólo sombras y en esa luz buscan descubrirse. Los hombres son demasiado volátiles para tejer una familia, que no es más que un tapiz trenzado por mujeres donde tal vez se contemplen escenas de caza o de guerra, escenas de hombres al fin y al cabo, pero si miramos su revés, ahí está la huella de sus dedos y los nudos, y esos nudos forman cuencos de cerámica llenos de agua, mesas de madera vieja, frutas, una hogaza de pan o unas flores del jardín puestas en un jarro de cristal. Y todo esto, inmóvil pero con más vida que las escenas de caza o las ballestas y los yelmos, es la voz de la tierra y la voz de la tierra es la canción de las mujeres. En la canción de las mujeres está escrita la familia como representación de la vida. En los himnos de los hombres sólo hallamos el eco de la soledad como representación de la muerte. Incluso su silencio es diferente. El silencio de las mujeres habla; el de los hombres es mudo y ni ellos saben lo que oculta.

Mi padre y yo no estábamos solos porque teníamos a mi madre, pero a veces yo dudaba de que nuestra familia fuese una familia.

Cuando nos quedábamos solos en casa, a mí me parecía que fuésemos dos fantasmagorías silenciosas cuya vida estuviera en latencia, y que esa vida sólo adquiriría sentido en el momento en que mi madre cruzara el umbral de la casa y oyéramos el tintineo de sus llaves y el sonido de su paraguas en el paragüero de metal, la vaina de un obús de alguna guerra antigua y olvidada, las ballestas y los yelmos del tapiz. Durante las horas que duraba su ausencia, cada uno de nosotros vivía entre sus cosas como un animal en estado de hibernación. Y eso no ocurría cuando ella estaba en casa, aunque cosiera en el mirador del jardín, escuchando los discos del notario Raventós, y nosotros también estuviéramos entre nuestras cosas, libros, revistas viejas, mapas del mundo, la limpieza de las armas o el encerar los esquíes.

Esto lo percibía aún con más claridad los veranos que pasábamos en casa de mis abuelos, los padres de mi madre. La presencia de mi abuela, de Nani la sirvienta, o de mis tías Lula y Malú, fluía como un río tranquilo y caudaloso entre las paredes de esa casa. En nuestra casa de la guarnición del Norte el agua no fluía como un río sino que era un lago inmóvil.

Al llegar a casa, el silencio tenía el color de un pasaje subterráneo, un color mate, como el del tabaco deshilachado en un cenicero.

Aquella tarde mi padre entró en mi cuarto y me dijo:

—Me gustaría que vinieras conmigo a la montaña. Mañana a primera hora. Cuando la nieve es virgen, y nadie la ha pisado todavía, se convierte en la alfombra de un templo muy antiguo, y uno tiene la sensación de ser el primer hombre de la tierra y de estar en presencia de Dios. Me gustaría que vinieras conmigo. Si quieres, puedes traerte a Claudia O'Callaghan. Me parece una chica lista, que entendería todo esto igual que tú, aunque sea algo mayor que tú.

Yo estaba jugando a la guerra de China con las piezas del mahjong de mis padres. El suelo de mi habitación era de color marfil

y en el vértice de cada cuatro ladrillos había uno más pequeño, de un color distinto: azul magenta, verde aguamarina, amarillo crema, rojo caldero, rosa pálido... Cada uno era una ciudad de la China y las cartas del mahjong se alineaban en un frente tan extenso como el río Yangtsé. Unas, las más sofisticadas, eran las tropas de los viejos mandarines, capitaneadas por el Estado Mayor de Chiang Kai-Shek; otras, las de menor rango y más numerosas —como más numerosos son los peones del ajedrez—, las guerrillas populares de Mao Tse-Tung.

Claudia O'Callaghan era para mí como una pieza del mahjong, una refinada emperatriz de marfil que habitara en el país de la nieve virgen, la que jamás ha sido pisada, y eso supuse que quería decir mi padre cuando me dijo si quieres puedes traerte a Claudia O'Callaghan, entendería todo esto igual que tú, aunque fuera algo mayor que yo.

Y al día siguiente hubo viento del norte y bambúes de cristal y dragones de piedra blanca cubiertos por escamas de hielo. Y Claudia O'Callaghan fue la emperatriz del invierno. Una emperatriz moderna sentada en la carlinga de un caza alemán.

—Éste es el sitio: la gran muralla de la China, nuestra formidable Línea Maginot —nos dijo mi padre. Y lo dijo sonriéndonos a Claudia y a mí, como quien acaba de soltar un chiste del que sólo él conoce su sentido. Pero el chiste no debía de hacerle mucha gracia, porque enseguida se puso serio, con la misma seriedad del que contempla un disparate.

Ante nosotros se alzaba una hilera de búnkeres y casamatas unidos por un muro de defensa por el que los soldados podían transportar armamento y munición de una casamata a otra, parapetados por la muralla china de mi padre. Era fácil imaginar el fuego enemigo restallando contra la piedra mientras los soldados corrían hacia el búnker más cercano. Pero la fortificación no estaba acabada y también era fácil imaginar a las tropas enemigas

rodeando aquel muro veteado de bocas rectangulares y asaltando a sus defensores por detrás. Parecía un destacamento perdido en el desierto, habitado sólo por cadáveres.

—¡Dios nos libre de las ideas luminosas de los inútiles! —musitó mi padre—. No son más que una forma de robo como cualquier otra.

Entonces pensé que mi padre había querido subir con nosotros hasta la Línea Maginot porque no quería que nadie supiera que había visitado la formidable Línea Maginot estando de servicio. Pensé que la excursión de mi padre no era una excursión sino que debía de estar redactando un informe secreto sobre la defensa de la frontera y nosotros habíamos sido· su pretexto para que nadie sospechara lo que estaba haciendo. Pero ni Claudia O'Callaghan ni yo pensábamos en la defensa de la frontera, ni en por qué una fortificación se dejaba sin acabar, ni qué había que investigar en un fuerte militar abandonado a su suerte. Claudia O'Callaghan y yo pensábamos en el río cubierto de hielo bajo el que se balanceaban los helechos muertos y en aquella mano con una sortija que flotaba atrapada por los helechos.

Habíamos cruzado el río dos horas después de haber abandonado la guarnición del Norte. Claudia me hablaba de su colección de insectos y de cómo una mantis religiosa, el verano pasado, se había comido a dos escarabajos en un tarro de vidrio. «Los desmontó como quien desmonta un mecano —dijo—, pieza a pieza, y después los engulló. A la mañana siguiente en el tarro de vidrio sólo había una mantis, mucho más gruesa y crecida que la de la noche anterior», me dijo Claudia O'Callaghan. Entonces vimos aquellos dos aviones medio cubiertos por la nieve. A uno le faltaba un ala, como a los escarabajos de Claudia mientras la mantis los desmontaba con sus serretas como llaves de mecánico. El otro estaba roto por la cola, como si otra mantis gigantesca, harta de escarabajos, lo hubiera partido en dos. Eran dos Stukas alemanes como los que aparecían en las revistas que había en el sótano de la casa del notario Raventós. La mancheta de las revistas era roja, y en letras blancas estaba escrita la palabra Signal. Allí había muchas fotos de Stukas volando en picado y de puestos de ametralladoras MG-32 del Afrika Korps y también imágenes de prisioneros rusos, y al pie de

esas imágenes se leía: *El rostro animal del comunismo* o *Las alimañas comunistas llevan dibujada la brutalidad en la cara*. Y cuando las vi por primera vez recuerdo que pensé si los guerrilleros chinos de Mao, que parecían todos iguales, lo parecían porque la brutalidad iguala siempre a todos los hombres. Y que las piezas del mahjong eran diferentes entre sí porque entonces, cuando los mandarines de la China jugaban al mahjong, todavía no se había inventado el comunismo.

Claudia me cogió de la mano y me condujo hasta los Stukas. Nos metimos en la carlinga del que le faltaba la cola y nos sentamos en la cabina. Claudia O'Callaghan limpió con los guantes el altímetro y los indicadores de combustible y presión. Ante nosotros se desplegaba una vasta superficie nevada, una pista de aterrizaje que podía ser un cúmulo de nubes muy blancas. Cogí los mandos y la miré, como pidiéndole permiso para despegar. Las aletas de su nariz se movían muy deprisa y el iris de sus ojos se había vuelto de un azul aguamarina. Allí dentro el mundo no existía y tampoco el mahjong, ni siquiera existía mi padre, que nos esperaba afuera, ni la guarnición del Norte y a mí me hubiera gustado que el Stuka despegara y se movieran otra vez las agujas de los indicadores y voláramos sobre el globo como los aviones de las películas que dejan un trazo que une una ciudad con otra, un continente con otro y luego, allí donde se detienen, ocurre lo que nunca suele ocurrir en la vida.

Y en los ojos acuáticos de Claudia O'Callaghan estaba escrito lo mismo que yo pensaba y algo más que yo no alcanzaba a descifrar: un misterio natural como la nieve o la música del viento entre los árboles. Pero mi padre se asomó al hueco de la carlinga y nos dijo que debíamos irnos, que aún faltaban un par de horas de camino y que no quería que la noche nos pillara lejos de la guarnición. Y él empezó a andar y nosotros aún estuvimos un rato en la cabina, mirándonos, y al salir del avión Claudia O'Callaghan patinó junto al río y se cayó. Y entonces fue cuando vimos los helechos balanceándose bajo el hielo y entre los helechos una mano con una sortija de rubí y la bocamanga de un uniforme verde, de un uniforme que no era de los nuestros, tal vez el cadáver de uno de

los pilotos alemanes, tal vez otro cadáver que alguien había arrojado al río en verano, cuando la mantis de Claudia devoraba a los escarabajos y en el bar del Bristol la mujer del coronel Montero comentaba que ayer por la noche había habido unos tiritos de esos brutos del maqui cerca de la estación, y yo me preguntaba si el maqui tendría el mismo rostro que los prisioneros rusos de las fotografías de *Signal*.

Mi padre rodeó la muralla china, se introdujo en una de las casamatas y al salir golpeó con una piedra el muro, del que cayeron algunos fragmentos de cemento sobre la nieve. Mi padre se agachó y recogió uno de ellos frotándolo con la mano. Y el fragmento se deshacía entre sus guantes como si fuera arena. Mi padre sacó una libreta del tres cuartos forrado de piel de cordero y apuntó algo en ella. Luego dijo que podíamos empezar a pensar en marcharnos. Así lo dijo.

—Podríamos empezar a pensar en marcharnos.

Claudia y yo nos miramos sin pensar en marcharnos. Pensábamos en cómo había llegado aquel cadáver al río y en si habría más cadáveres sumergidos bajo el agua helada, nadando bajo la placa de hielo o abrazados a los helechos como lianas submarinas. Y yo imaginaba que algún día pilotaría un avión lejos de aquel cementerio nevado y a mi lado iría Claudia O'Callaghan, la de la piel de marfil como de marfil eran las piezas del mahjong, la de las aletas agitadas y la mirada hecha de agua translúcida. Y Leonor e Irene O'Callaghan serían las hermanas que nunca tuve y que nunca llegaría a tener.

—Algún día, tú y yo también nadaremos juntos bajo el agua silenciosa —dijo Claudia, sin mirarme—, pero el agua no estará helada y los helechos estarán pintados en la pared de nuestra habitación.

Yo no la entendí. Sólo entendí la palabra juntos y esa sola palabra hizo que me olvidara del frío y de que mi padre ya empezaba a caminar montaña abajo y de que mi madre nos esperaba en casa,

allá en la guarnición del Norte, que ahora quedaba al sur. Y pensé que besarse debía de ser algo parecido: olvidar que existe el frío, cualquier clase de frío, olvidar que existe algo que no sea la boca de quien te besa, como cuando Claudia y yo pilotamos un Stuka alemán y una liebre cruzó por delante de la cabina dejando sus huellas sobre la inmensa nube blanca de la nieve. Esa misma nieve donde mi padre veía la alfombra de un templo muy antiguo y creía ser el primer hombre de la tierra y estar en presencia de Dios.

Cuando llegamos a casa, todas las luces estaban apagadas y olía a perfume de madreselva. Yo ya dormía cuando mi madre cruzó la cancela del jardín y abrió la puerta de casa.

6. La amargura del general Yen

Aquellos días, dos sucesos modificaron la vida de la guarnición del Norte. El primero ocurrió en el cine Sebastopol y fue la sustitución de *El tercer hombre* por *La amargura del general Yen*. La cara limpia y preocupada de Alida Valli se cambió por el cuerpo sensual y desmayado de Barbara Stanwyck, y el gesto dubitativo de Joseph Cotten, pistola en mano, por la mirada torva de Nils Asther, con una humeante boquilla entre los dedos. La duda de Cotten brotaba de un dolor instalado en la perplejidad. La tortura de Asther procedía de la fatal combinación entre el deseo y el poder. Una mujer o un amigo: territorios donde ser traicionado, eso le oí decir a mi padre al regresar del cine. Se lo decía a mi madre, pero parecía un mensaje en clave morse, como si diciendo otra cosa hablara de la metamorfosis de miss Valli en madame Stanwyck. En el cartel de *El tercer hombre*, al fondo, se veía la figura de Orson Welles, con abrigo negro, asomado a la barandilla de las cloacas de Viena. En el afiche de *La amargura del general Yen*, al fondo, se veía a una mujer china con un kimono negro de flores blancas, asomándose detrás de una cortina. En los ojos y la boca de esa mujer china se asomaban las cloacas de Viena, y en la cara de Orson Welles estaba escondido un chino pérfido y burlón, como en el rostro de Luis Duncan cuando hablaba a voces por teléfono en el comedor del hotel Bristol.

El segundo suceso ocurrió en la comandancia y fue la repentina llegada del general Lastra, procedente de la Capitanía General de Barcelona. Llegó acompañado de su ayudante, su chófer granadino, un gastador que era su asistente particular, y un askari de Melilla que no le dejaba ni a sol ni a sombra desde los años de la guerra, cuando Lastra salió de Canarias para sublevar a las unidades norteafricanas. Cordones dorados, mono y gorra de plato azules,

cordones rojos y caftán marrón a rayas blancas. El séquito del general Lastra parecía el Estado Mayor de lord Kitchener en Sudán, tan variado era el colorido de sus uniformes, luminoso como los arreos de una caravana de camellos a las puertas de Jartum. La noticia corrió como la pólvora entre la milicia de la guarnición y enseguida surgieron palabras como conspiración, castillo, destierro y monarquismo. También como mensajes en clave morse. Eso recuerdo de aquellos días en que el cine Sebastopol cambió sus carteles y de Barcelona llegó el general Lastra con séquito multicolor y un pasado inmediato confuso y sospechoso. Y recuerdo también que al poco tiempo de haber llegado el general Lastra, apareció el primer anónimo fuera del ámbito militar. Apareció en el Café Mundial, colgado de una lámpara, y decía: «Nadie hace sombra a La Sombra si no quiere descender al reino de las sombras». Y la palabra reino volvía a invocar el monarquismo del general Lastra. Entonces pensé que la amargura del general Yen era el anuncio de la amargura del general Lastra, sin darme cuenta de que esa amargura era la semilla de una planta venenosa que estaba germinando en nuestra propia casa, como *El tercer hombre* había sido el anuncio de un dolor instalado en la perplejidad, idéntico al de Joseph Cotten por las alcantarillas de Viena.

Pero entonces no supe darme cuenta. Entonces apenas me daba cuenta de nada. Ya lo he dicho antes. Mis ojos eran una cámara de cine, la lente fría de una cámara que todo lo ve sin apenas ver nada porque sólo es un apéndice en manos de otro. En este caso, en manos de otros, pues aunque la cara del general Lastra tuviera un rictus de amargura y entre sus dedos llevara una boquilla de marfil, ningún rasgo de su cara se parecía a los rasgos orientales del general Yen. En el general Lastra ya no combatían el deseo y el poder. Había cierta fatalidad en las pupilas del general Lastra, pero era la fatalidad de un hombre derrotado.

Fue en aquellos días cuando mi padre recibió en su despacho la visita de una mujer que no era su mujer.

—Fíjate que se presentó con la excusa de que vendía papel para oficinas militares a bajo precio, menuda pelandusca —le dijo María Luisa de Escoriza a mi madre—. Aunque tu marido algo debió de olerse porque no quiso recibirla y se la pasó a su ayudante, el alférez Sauquillo, ese madrileño bonito del ukelele. Y ahora, ella va todas las noches a la habitación de Sauquillo en el Bristol a oír cómo toca el ukelele. Alguna otra cosa deben de tocar, ya me dirás. Sé que ayer tu marido tuvo que llamarle la atención. «A mí me da igual si usted se acuesta con ella o le da clases de solfeo, Sauquillo, pero no insista porque esa mujer a mí no me va a ver. Tenemos papel de sobra y nosotros somos artillería de campaña, no oficinas militares. Le aconsejo, Sauquillo, que vaya con cuidado», eso oyó mi marido que le decía el tuyo a su ayudante. Ya sabes cómo es mi marido, hay que ver cómo las gasta Ernesto. Entró en el despacho y se lo dijo a Sauquillo con otras palabras: «Mire usted, alférez, esta tía lo que quiere es conocer el emplazamiento de nuestras baterías, así que si no desea usted acabar tocando el ukelele en Alhucemas, le dé viento fresco a ese florero. Bastante tenemos con los dichosos anónimos y ahora con Lastra para que encima usted nos meta en un lío con esa matahari de papel, mientras toca el violón, imbécil. A ver si se entera, alférez». Porque, hija, ya me dirás tú a qué ha venido aquí este general de los Borbones, con los perjuicios que la Francia nos ha causado siempre a los españoles y lo rápido que salió don Alfonso en abril del treinta y uno...

Mi madre no la escuchaba. Yo sí. Mi madre ponía cara de escucharla con atención, que es la cara que siempre ponía mi madre cuando estaba con María Luisa de Escoriza, pero yo sabía que no la estaba escuchando, por mucho que gesticulara la mujer del coronel Montero y el tintineo de sus pulseras de oro acompañara a cada una de sus frases. Mi madre estaba en otra parte, no en el bar del Bristol, como en otra parte estaba cuando bajamos de la formidable Línea Maginot y el general Lastra aún no había llegado a la guarnición del Norte. Como mi madre, que no había llegado a casa y mi padre dijo: «Hoy nos iremos a la cama sin cenar, muchacho, un

poco de ascetismo no le viene mal al cuerpo para que no se convierta en nuestro peor enemigo».

—Te espero en el primer piso, que no te vean.

Subí los peldaños de la escalera de dos en dos, ligero como un gamo, asustadizo como un gamo. Había visto a Claudia O'Callaghan entrar en el hotel y aproveché que mi madre, aun estando en el hotel, estaba lejos del hotel, para acercarme a ella en el hall. Oí como María Luisa de Escoriza le decía a mi madre: «Deja al chico, mujer, así podremos hablar con más libertad, si no ves los ojos que tiene, que parecen el flash de una máquina fotográfica».

Claudia O'Callaghan me esperaba al fondo del pasillo. Me fijé en los grabados de la pared: *El motín de Aranjuez*, *La huida de la familia real*, *Los levantamientos del 2 de mayo*, *Los jenízaros de Murat*... Sobre el suelo de madera había una alfombra con escenas morunas. La luz le daba a Claudia O'Callaghan por la espalda, procedente de un ventanal de vidrio emplomado. Los colores de los cristales manchaban su pelo rubio y teñían los grabados de las paredes. Me pareció que se reía, pero con el índice sobre los labios me estaba pidiendo que guardara silencio. Yo aún no había abierto la boca cuando me cogió de la mano estirándome hasta la puerta de la habitación número 117.

—Ahí dentro está mi padre —me susurró.

—La paz reinaba en el África central, en las junglas asiáticas, en el continente antártico y en los frondosos bosques amazónicos. Tome nota, O'Callaghan. En las ciudades los hombres combatían entre sí. Los océanos eran un campo de batalla, y también lo era el mar de los griegos, de los fenicios y los romanos. Había barcos como tiburones y los convoyes se hundían bajo sus torpedos. Los jinetes tártaros avanzaban sobre la nieve y los carros-oruga causaban la desolación de la naturaleza. El mundo civilizado era un inmenso campo militar. Había llegado la hora de la flor de lis. ¿Lo ha cogido

todo, O'Callaghan? Pues adelante, mándelo mañana a donde lo esperan.

—A sus órdenes, excelencia.

Luego hubo un largo silencio.

—¿Le apetece un puro, capitán? Yo tomaré otro coñac, ¿y usted?

Claudia O'Callaghan me apartó de la habitación 117.

—¿Qué hace tu padre ahí dentro? —le pregunté.

—Toma notas, atontado, creí que te gustaría saberlo —me dijo y salió corriendo escaleras abajo, antes de que pudiera preguntarle de quién y por qué tomaba notas su padre. Cuando llegué al hall, ella ya había cruzado la calle y se dirigía con Irene y Leonor O'Callaghan hacia su casa. Yo estaba detrás de los cristales del hotel Bristol, cuando las tres se giraron hacia mí, riendo. Y pensé que esas risas al otro lado de la calle pertenecían a una vida secreta y sellada como una carta, a un misterio al que me sería imposible acceder, como me era imposible acceder a las notas que en la habitación 117 apuntaba el capitán O'Callaghan en una libreta negra como la que mi padre llevaba en su trescuartos cuando nos llevó a Claudia y a mí hasta la formidable Línea Maginot. Entonces me llamó mi madre y me dijo que me pusiera el abrigo, que debíamos irnos, que se estaba haciendo tarde y no le gustaba que mi padre llegara a casa antes que nosotros, «no te olvides de la bufanda».

—Pero antes, chica, me acompañáis hasta la comandancia, que a Ernesto no le gusta que vaya sola por la calle —ordenó María Luisa de Escoriza tocándose con los dedos el collar de perlas.

—Mañana salgo de maniobras. Diez días. Nos vamos con las mulas y las piezas de campaña hasta la frontera —dijo mi padre.

Sólo dijo eso. Y mi madre le miró como nunca había visto a mi madre mirar a mi padre. Lo miró con los ojos velados por una sombra opaca, como diciéndole que no se marchara, y aquella noche soñé con los ojos rasgados del general Yen que miraban a mi madre mientras la china del kimono negro con flores blancas le daba a

beber un brebaje violeta y mi madre se desmayaba como madame Stanwyck y una voz decía «Ha llegado la hora de la flor de lis», y Franco viajaba en un barco de juguete por los pasillos de un palacio donde la familia real permanecía escondida en el interior de un coche de caballos, sin caballos, destartalado y con la tapicería raída. Y las hijas del rey eran las hermanas O'Callaghan y Claudia estaba muerta bajo una placa de hielo por donde fluían helechos cobrizos y aviones estrellados. Mi padre montaba en uno de los caballos de la carroza real y me gritaba desde lo alto de la formidable Línea Maginot unas palabras que yo no lograba entender. Las gritaba una y otra vez hasta desvanecerse entre los jenízaros de Murat y la voz de antes volvía a decir que había llegado la hora de la flor de lis y que el mar de los griegos, de los fenicios y de los romanos era un campo de batalla. Y me desperté mientras veía la cara gesticulante de María Luisa de Escoriza que decía: «Yo, chica, o Balenciaga o nada».

Al día siguiente, mientras desayunábamos, mi madre me preguntó si me apetecía que fuésemos al cine por la tarde y yo contesté que no, que prefería que nos quedáramos en casa. Recuerdo que en la radio sonaba un charlestón: *Yo me vuelvo loca, / por comprar un auto, / para por las tardes / con él pasear, / con mis gafas negras, / siempre en el volante, / mientras la bocina / toco sin cesar: / pabú, pabú, pabú*; recuerdo que la imaginé a ella al volante, con gafas negras y un hombre sin rostro a su lado; entonces yo dije que no, que prefería que nos quedáramos en casa. Y mientras se lo decía vi el coche del general Lastra pasar a toda velocidad por delante del jardín. Llevaba el banderín desenfundado y parecía un tiburón negro navegando entre la nieve gris y los esqueletos de los árboles.

7. Las banderas de Francia

Hacía una semana que mi madre y yo vivíamos solos en Villa Edelweiss cuando apareció mi tío Jaime Doval en su flamante Duesenberg requisado. Mi padre continuaba de maniobras y el sol salía todos los días con la luz grisácea y jaspeada de una concha marina. La nieve de las calles era una nieve sucia como el lomo de un jabalí, y el viento soplaba al amanecer y después se detenía hasta la noche: la ciudadela parecía entonces el interior de una catedral de hielo. En esos días, yo podía jugar en el jardín después de comer y mi madre escuchaba la colección de discos del notario en el gramófono de la casa y canturreaba cuando iba de una habitación a otra. Luego se sentaba en el mirador que daba al jardín, un mirador de cinco ventanales dispuestos en ángulo y con visillos hasta la mitad del cristal. A mí me gustaba mirarla, así de perfil, con la cabeza inclinada sobre el tambor donde bordaba un mantel con punto de cruz y el rostro como transportado por la música que yo no podía oír.

Oí el ruido de un motor y el Duesenberg requisado frenó ante la cancela de Villa Edelweiss. Las cadenas de los neumáticos emitieron un seco tintineo al detenerse el coche. Yo sabía que era un Duesenberg y que era requisado porque mi padre siempre se refería al automóvil de mi tío Jaime Doval como el Duesenberg requisado por Doval, un botín de guerra que a mí me sonaba a ducado centroeuropeo y a mi padre le inspiraba un ripio que irritaba a mi madre:

—Este Doval acabará mal.

—Tú calla, Eduardo, que te apellidas Balmoral.

—Como tu hijo, Zita, no lo olvides —reía mi padre persiguiéndola por el pasillo.

Mi tío Doval estaba casado con tía Nora, la hermana pequeña de mamá, y todo lo referente a sus hermanas era para mi madre intocable. Había hecho la guerra en un tabor de Regulares hasta la toma de Madrid. Al acabar la guerra había ascendido a teniente y así se presentaba a los demás: como el teniente Doval, dando un sonoro taconazo con las botas, como si no tuviera nombre sino sólo graduación y el ruido de sus botas sirviera para sacar de dudas a quien creyera lo contrario. Los tíos Doval vivían en Barcelona, pero nunca nadie me dijo cuál era el destino del teniente Doval. Una noche que se me ocurrió preguntarlo, mi padre me pidió que le sacara la lata de grasa para los esquíes y mi madre se fue a la cocina diciendo que se le iba a quemar la confitura de membrillo. «Es de infantería, ya lo sabes», dijo mi padre. Y después no dijo nada más. En casa, la confitura de membrillo nos gustaba un poco quemada y el día anterior yo había ayudado a mi padre a engrasar los esquíes.

El Duesenberg requisado por el teniente Doval era de color marfileño y en la maleta llevaba una colección de matrículas distintas. Las había incluso francesas: eran placas de color negro y su numeración brillaba como si estuviera hecha de plata. Esta vez, el Duesenberg llevaba matrícula francesa bajo el parafangos cromado. Crucé la cancela de hierro y me acerqué a mi tío para besarle. Él se agachó sonriendo.

—Traigo una sorpresa para ti —me dijo.

Mi madre había salido a la puerta y nos esperaba en el último peldaño de la pequeña escalinata de granito que conducía a la casa.

—Lo tuyo son las sorpresas, Jaime. Siempre te presentas sin avisar y Eduardo está de maniobras en la frontera hasta la semana que viene.

—Pues mejor que mejor —dijo el teniente Doval guiñándome un ojo—. Debo ir a Francia por unas horas y he pensado que al chico le gustaría venirse conmigo. Salgo dentro de media hora y espero que antes me des una taza de té. Este frío pelón se me ha metido en los tuétanos. Por cierto, Nora os manda a todos un beso muy fuerte.

Al cabo de dos horas, el teniente Doval y yo estábamos en el puesto fronterizo de la aduana francesa.

Sentados alrededor de la mesa camilla del mirador —faldas de terciopelo verde, mantel amarillo con flores diminutas de color turquesa y naranja y el brasero encendido a nuestros pies—, pensé que mi madre no me dejaría partir con tío Jaime. Pero también noté que su resistencia era una resistencia de cortesía, nada convencida, y que además, mientras ella hablaba con Doval, estaba pensando en algo muy diferente a mi expedición francesa. Ocurrió sólo durante unos segundos, pero no se me olvidó en todo el viaje, por muchas ganas que tuviera de irme a Francia en el Duesenberg requisado por mi tío Jaime. Miré a mi madre y supe que al final de aquella lluvia de palabras diría que sí. Entonces no entendí por qué, pero en la mirada acuosa y diferente de mi madre vi que nada impediría que yo la dejara sola en casa, y me marchara con el teniente Doval al otro lado de esa frontera que mi padre defendía con una batería de campaña a lomos de una recua de mulas.

Mi tío Jaime Doval había venido de paisano. El teniente Doval iba siempre de paisano cuando estaba lejos de su casa. Hablaba con un tono frío y parsimonioso y vestía un traje negro cruzado, a juego con la matrícula del Duesenberg, una camisa blanca y una corbata de rayas azules y rojas. Sus zapatos, de tan brillantes, parecían de charol. Era un hombre alto, delgado y nervudo. El teniente Doval tenía los ojos azules y un bigote tan fino y negro como los trazados ferroviarios que aparecían en mi Atlas de Geografía Universal.

Al llegar a la ciudad francesa, tomamos una carretera de las afueras y yo no supe nunca el nombre de esa ciudad. Había empezado a llover. Mi tío Jaime detuvo el coche y abrió la guantera, sin parar el motor. Sacó una libreta con tapas de hule granate y vi que consultaba un plano dibujado a lápiz. La guantera permaneció abierta el tiempo suficiente para que yo pudiera ver una cámara

Leica, una pistola y una cajita plateada y rectangular idéntica a la que había en casa y en la que mi madre guardaba las jeringas. La caja de las jeringas le daba a la pistola un fulgor misterioso, y esa pistola, ahí quieta, parecía un animal dormido y peligroso, un tiburón inmóvil en el fondo del océano, algo así era la pistola del teniente Doval en la guantera del Duesenberg requisado, tan diferente a todas las pistolas que yo había visto en la ciudadela, tan diferente a la de mi padre, que sólo la sacaba del cajón de su mesa de despacho para limpiarla y jamás la llevaba encima, ni de uniforme ni de paisano; ni siquiera cuando se marchaba de maniobras.

Durante el viaje, mi tío Jaime habló poco, pero yo tampoco esperaba otra cosa. Era un hombre lacónico y sus palabras siempre fueron como el paisaje que atravesábamos: unas palabras que parecían hechas de hielo tallado, como poliedros azules y transparentes. De vez en cuando, mi tío nombraba los pueblos de piedra que divisábamos desde las ventanillas empañadas del Duesenberg. Parecían aldeas bárbaras y desoladas. Sólo el humo de sus chimeneas indicaba la vida escondida entre sus muros cubiertos por la nieve. Recuerdo algunos de sus nombres: Das, Cabrús, Urus, Runa, Basur... Y esos nombres me hacían pensar en la época en que los exploradores europeos buscaban en las tierras del hielo el paso hacia la China y los búfalos pastaban en la tundra. Poco antes de llegar a la frontera, vimos el cadáver de un caballo percherón cubierto por los grajos. Sus costillas eran pararrayos de hueso que se alzaban contra el cielo como las ramas de un árbol muerto. Todo era silencioso, incoloro y quieto como la pistola del teniente Doval en la guantera metálica.

Yo creía que cruzar la frontera era tan complicado como escapar de una prisión, pero los trámites fronterizos fueron muy breves. Los guardias civiles se cuadraron ante el pasaporte del teniente Doval y los gendarmes sólo abrieron la maleta del coche tras salir apresuradamente de una caseta apartada. Los bocinazos del claxon del Duesenberg debieron de sacarles del largo sueño provocado por el cierre de fronteras. Sin embargo nuestra presencia no les causó extrañeza alguna. Parecían estar acostumbrados a las visitas inesperadas: asuntos de contrabandistas, mercado negro,

sobresueldos de funcionario en un destino tedioso, eso me dijo Doval. Pero el pasaporte que les enseñó mi tío no era el mismo que había enseñado en el puesto fronterizo español. El primero lo sacó del bolsillo izquierdo de su americana. El segundo, del derecho. Yo, mientras tanto, no observé diferencia alguna entre las montañas de España y las montañas de Francia y entonces pensé que la nieve era como la muerte y, como la muerte, lo igualaba todo en el silencio. Un silencio espeso, blanco e intacto, como si lo oyera por primera vez.

Al llegar a la ciudad francesa, mi tío se desvió por una carretera secundaria y detuvo el Duesenberg junto a la cuneta. Llovía. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que, en la solapa del traje, llevaba una insignia que no había visto antes y que estaba seguro de que no llevaba cuando llegó a casa; ni siquiera cuando cruzamos la frontera. Era una insignia esmaltada con los colores de la bandera de Francia y una cruz de Lorena. Abrió la guantera, sacó la libreta con tapas de hule negro y vi la pistola junto a la cámara Leica y la cajita plateada donde mi madre guardaba las jeringas. Cogió la pistola y se la metió debajo de la americana. Hizo girar las llaves de contacto. Arrancamos. Un cartel luminoso, azul y blanco, resplandecía a un centenar escaso de metros. El Duesenberg frenó sobre la grava de la gasolinera.

Mientras nos llenaban el depósito, mi tío hablaba con el encargado. Ambos se frotaban las manos y daban ligeras patadas al suelo. Pensé en un baile primitivo de las tribus de Oceanía. Yo había restregado el puño del abrigo contra el cristal de la portezuela y las gotas de agua resbalaban hacia abajo, como lombrices planas, rompiendo la película de vaho y desfigurando las siluetas de mi tío y el gasolinero. Al otro lado de la calle, vi un café, una tienda de ultramarinos y salazones y una relojería. Los edificios tenían ese aire fantasmal y deshabitado que tienen los edificios de extrarradio.

—Ya falta poco, mostrenco, ya llegamos. Te gustará el sitio —me dijo tío Jaime Doval al sentarse en su asiento como un torbellino de aire húmedo y frío. Noté cierta tensión metálica en sus palabras, dichas no tanto para decir como para oírse a sí mismo.

Avanzamos por las calles vacías. Cubos de basura. Gatos. Una mujer con la cabeza envuelta en un pañuelo de flores y una bolsa negra bajo el brazo. Un gimnasio cerrado: Atlantis Gymnasium. Un muro con carteles hechos jirones y un nombre junto a una trompeta reluciente: EDDIE CALVERT. Un ciprés solitario, oscuro, casi tan negro como el caucho, como la bolsa de caucho de la mujer del pañuelo floreado. Y otro letrero, esta vez de madera pintada con los colores de la bandera francesa, con los mismos colores que la insignia del teniente Doval y la misma cruz de Lorena en las esquinas de la tabla. Les Drapeaux de La France, recuerdo ese nombre, recordaré siempre ese nombre mientras viva.

Mi tío aparcó el coche delante del escaparate de Les Drapeaux de La France. Seguía cayendo la lluvia, como una cortina de agujas de cristal. El teniente Doval bajó del coche. Antes de entrar en la tienda me hizo una señal para que le esperara. A los pocos minutos salió. Se metió en el coche, lo puso en marcha y cogimos el primer callejón a mano izquierda: Garage Américain. Entramos. Esta vez tío Jaime me indicó que bajara del coche. Un hombre demasiado pulcro para trabajar en un garaje nos indicó el camino. Mi tío y él ni se saludaron. Cruzamos dos rejas y un largo pasillo que olía a moho y humedad. Llegamos ante una puerta pintada de verde. El hombre pulcro apretó un timbre y se encendió una bombilla situada sobre la puerta. Se oyeron unos pasos, el baile metálico de la mirilla. La puerta pintada de verde se abrió y el hombre pulcro se hizo a un lado para dejarnos pasar. Entramos.

La luz de la trastienda de Les Drapeaux de La France era una luz polvorienta y también allí olía a moho. Nos abrió una mujer de edad indefinida, tan polvorienta como la luz. También ella olía a moho. La estancia estaba tapizada de estanterías y los estantes llenos de cajas de madera y frascos de cristal. Un cartel de boxeo —Patrick Karvé / Georges Carpentier—, una vidriera abierta, otro pasillo, un despacho al fondo y, alrededor de la mesa de ese despacho, dos hombres sentados. Uno en mangas de camisa y pajarita a cuadros; el otro, de espaldas, con sombrero y abrigo puestos. Se oían las voces de un programa de radio.

—Tú ve con madame Goujon, que yo he de hablar un rato con estos dos señores —me dijo al oído tío Jaime.

Miré a la mujer de edad indefinida como el explorador que calcula el peligro de un animal desconocido. Llevaba un echarpe colorado y el pelo recogido en un moño. Tenía las manos bonitas, de largos dedos, y los ojos color miel, casi amarillos, lo que le daba al rostro un aire alejado de las cosas del mundo. Pero la señal de alarma estaba en la boca: las comisuras de los labios se estiraban hacia abajo en un infinito gesto de desprecio, de asco incluso, pero no tanto por los demás, me dio la impresión, como por sí misma, que al fin y al cabo es la forma más natural de sentir un obligado desprecio por el resto del mundo.

La seguí por otro pasillo de cuyas paredes colgaba una larga serie de fotografías enmarcadas. Pude ver una foto color sepia de la tumba de Napoleón, otra de unos cazadores en África junto a un rinoceronte abatido, otra de una casa racionalista, rodeada de pitas, al borde del mar, y otra del mariscal Pétain pasando revista a las tropas de la Legión Extranjera. De la radio del despacho se desprendía ahora, amortiguada, una musiquilla festiva, como de cabaret nocturno. Madame Goujon apartó una cortina a rayas. Entramos en la tienda por detrás del mostrador. Entramos en la cámara de las maravillas.

8. La falsa cruz de Lorena

Estaban alineados en sus cajas de madera y cristal, quietos, adormecidos por el cloroformo de la muerte, aunque éste, el cloroformo, viniera después. Formaban un ejército completo, una fascinante Grand Armée inmovilizada en la nieve, en el polvo blanco de la nieve, una nieve que era sólo polvo acumulado por los años. Recuerdo los primeros que vi, una vez cruzada la cortina listada. Había pesados bombarderos y cazas ligeros, transparentes los élitros en el aire transparente y muerto del interior de la caja. Formaban una misteriosa aviación pintada con franjas de colores vivos y amarillentas calaveras, manchas rojas y carcasas grises o azules con alas sombreadas de naranja: el camuflaje. Los ojos reticulados eran pantallas de radar. Luego estaba la caballería acorazada: rápidas tanquetas tornasoladas y lentos carros de combate pintados de charol con insignias ambarinas en los costados. Y la infantería colonial, con extraños gorros de colores, escudos zulúes y caparazones congoleños a rayas negras, rojas y azul turquesa. Un poco apartada, estaba la caja del Estado Mayor con uniformes vistosos y diferentes, con yelmos medievales y bonetes de cardenal, con alas policromadas y endebles y sólidas astas de ciervo o mortíferas pinzas de cangrejo. Una inmensa colección de insectos entre la irisación del día y la oscuridad de la noche se desplegaba en las vitrinas de Les Drapeaux de La France como las divisiones de una campaña de Rusia. Húsares, coraceros, ulanos, granaderos y cosacos. O los tanques de Hitler retirándose sobre la nieve de Polonia.

Me pareció ver una sonrisa en los ojos de madame Goujon, provocada por el asombro que debía de reflejarse en los míos. La miel de sus ojos se iluminó por dentro durante unos segundos, como

si hubieran encendido una bombilla por detrás. Luego se apagó y sus ojos fueron otra vez un charco de agua amarilla y muerta. En la calle continuaba lloviendo y el interior de la tienda parecía una estancia de hielo por cuyas paredes se filtrara una luz color marfil con ribetes de oro pálido. Pensé en un glaciar poblado por un ejército en perfecto estado de revista. Un ejército hecho para la guerra y la luz negra, formado bajo la luz blanca de una aurora boreal. Una lámpara de cristal colgaba del rosetón central del techo y en la pared había estandartes antiguos, banderas raídas y panoplias con sables y pistolones.

Estuvimos allí un buen rato. Yo de pie, mirando las vitrinas. Ella sentada en una esquina de la tienda, haciendo media, un jersey de lana colorada como su echarpe. Sólo se escuchaba el roce de mis suelas sobre la tarima. Nadie entró en la tienda. Nadie paseaba bajo la lluvia. Hasta que dejó de oírse la radio y unos pasos fueron el eco de otros pasos y una conversación. Era la voz de mi tío y otra voz, tenue y aflautada. Apenas entendí lo que decían. Hablaban de los tiempos de aquel hotel de París, Meurice o Maurice, algo así decían, y también de una villa en las afueras donde vivía un tal Beiztegui y, luego, entre risas, dijeron algo de los Orléans y el agua de Vichy. Yo oía los nombres como flashes de una máquina fotográfica, la Leica que el teniente Doval llevaba en la guantera, por ejemplo, y los nombres destacaban entre las frases como destacan los silencios en medio de una conversación. Los nombres de los lugares encierran una magia distinta que no poseen los nombres de las cosas. Mi tío me cogió de un hombro indicándome la cortina a rayas con la otra mano.

—Au revoir, Cécile —dijo.

Madame Goujon ni se movió. La miré para despedirme yo también pero ella no levantó la cabeza, los ojos puestos en el baile de agujas y lana colorada. El hombre de la voz aflautada y los labios finos, el que estaba en el despacho en mangas de camisa y pajarita, apartó la cortina para dejarnos paso. Al pasar, me acarició el pelo, despeinándome, y me señaló el cartel de boxeo.

—¿Sabesss? —susurró—, a Caggpentié lo llamaban l'Ogquídea del guing, pog lo tré elegant que siempge iba. Ega un dandy. ¿Tú

ssabesss lo que es un dandy? Tendgías que habeglo visto combatiendo. Quel finesse!

—A todos nos tendría que haber visto combatiendo, ¿o no, René? —dijo mi tío.

Y René rio:

—Pog supuesto, Gaime.

Era una risa chillona y nerviosa que le desencajó la cara, tan blanca, y me provocó un sobresalto. Como si de repente estuviera en un cine y los fantasmas del cine hubieran traspasado la pantalla, ésa fue la sensación que me atemorizó. Mi tío se dio cuenta y dirigió a René una mirada gélida que le cortó la risa.

Al pasar junto al despacho volví a ver el rinoceronte y a Pétain y sus senegaleses, pero la radio estaba apagada y la estancia a oscuras. En el garaje, el hombre pulcro le dio una cesta a Jaime Doval, que la levantó como un trofeo de caza y luego me la entregó. Era nuestro almuerzo, eso dijo mi tío al darme la cesta como si fuera un salacot colonial y a nuestros pies tuviéramos la piel blindada del rinoceronte de la foto. Salimos a la calle. Había parado de llover y el asfalto estaba cubierto por una capa de fango. El cielo también parecía hecho de humo y fango. Cruzaron dos mujeres con impermeable azul. En el asiento delantero del Duesenberg había una sombra negra y un sombrero.

Mi tío abrió la portezuela trasera y me hizo una reverencia marcial: el Duesenberg era el landó del zarevich y él un cosaco de la guardia. El hombre pulcro y el de la pajarita rieron. Mi tío también rio. Parecían viejos camaradas de colegio festejando una broma particular. Entré con parsimonia en el coche y saludé a su ocupante. No me contestó. Tenía el cuello muy grueso, rodeado por una bufanda negra. Llevaba la cabeza afeitada y el sombrero inclinado sobre los ojos. Vi como el teniente Doval se despedía de sus amigos franceses y miré las letras del Garage Américain. El rótulo era de zinc, como arrancado de un hangar de aviación, y las letras rojas, como el echarpe de Cécile Goujon, la guardiana del glaciar de los insectos.

—¡A casa! —dijo mi tío al girar las llaves de contacto. El Duesenberg tosió y el pasajero silencioso se recostó en la ventanilla.

—Gonzaga es un hombre aburrido que en vez de viajar duerme —dijo—. Tú haz como si no estuviera y pásame una de esas exquisitas viandas francesas.

Abrí la cesta. Eran bocadillos envueltos en papel de seda. Le di uno a tío Jaime y cogí otro para mí. Debajo había una carpeta marrón cerrada con elásticos de tela. La miré: *Louis de Gonzague Birot*, ponía en la carpeta; y más abajo: *Dossier 721/49*. Cerré la cesta y mientras comía pensé en La Orquídea del Ring, en escarabajos con gabardina de cuero y pistola, en mantis en motocicleta con sidecar. Pensé en ese tal Birot del dossier 721/49 y en el pasajero mudo: Louis de Gonzague —mi tío lo había llamado Gonzaga—. Pensé en villas solitarias con columnas en la entrada y felinos de piedra en las terrazas, vigilando el jardín. Eso pensé mientras las horas pasaban, el viento escupía polvo de hielo sobre el parabrisas y detrás de cada curva uno no sabía si iba a abrirse la tierra. El pasajero continuaba en silencio. Mi tío también, aunque de vez en cuando lo cogía por el brazo o el hombro como para darle confianza. Cuando llegamos a la frontera nevaba copiosamente y no vi gendarmes, ni guardias civiles. Tampoco banderas. Sólo una torre de tendido eléctrico y varias casetas de madera que parecían abandonadas. Ladraba un perro. El teniente Doval detuvo el coche, se frotó las manos enguantadas y se quitó la cruz de Lorena de la solapa de la americana.

—¡Toma! —me dijo—. Como recuerdo de tu primer viaje al extranjero. —Y yo guardé la insignia en el bolsillo de mi abrigo. Creo que me dormí.

Cuando desperté faltaban pocos kilómetros para llegar a la ciudadela. Estábamos en la carretera que cruza la llanura de Urus. Había parado de nevar y de las casas del poblado ascendían columnas de humo negro. Todo era primitivo menos el Duesenberg. Mi tío silbaba una marcha militar y al pasajero silencioso se le había caído el sombrero en el regazo. Tenía la cara hundida entre la

bufanda y el cuello del abrigo. No podía ver su rostro. Sentí curiosidad por oír su voz. Entonces le toqué la cabeza, pero Gonzaga no se giró: su cabeza estaba fría como el hielo del parabrisas y la nieve de la llanura de Urus. Miré a Jaime Doval, que continuaba silbando y miraba su reloj de muñeca. No se había dado cuenta de mi gesto. Miré el paisaje nevado, como puesto en orden por la nieve. La nieve es el mejor uniforme, dice mi padre: todo lo iguala y limpia; todo lo armoniza y todo lo pule. Pero mi padre no estaba ahí, mi padre estaba de maniobras en la montaña y yo empecé a mirar a mi tío como a un extraño que tiene prisa y mira el reloj, lo miré como al hombre pulcro o al hombre de la pajarita y la risa histérica, esa risa que lo revelaba capaz de cualquier cosa, pero no como a Cécile Goujon, que ni siquiera había levantado la cabeza para despedirse. Parecía que al tocar a Gonzaga —o como fuera que se llamara ese hombre— el mundo fuera distinto y peor. Aunque hubiera nevado y la nieve lo ordenara. Pensé en el teniente Doval como en un actor de cine, las uñas lacadas, el sombrero ladeado, sus trajes a rayas y la pistola en la guantera, junto a la cajita de las jeringas. Pensé en las jeringas como en un símbolo del dolor y del abismo, y en la mirada de hielo que mi tío le había lanzado a René el francés. Tuve miedo y ese miedo era tan frío como la cabeza rasurada del pasajero mudo.

De repente me vi en el asiento de piel del Duesenberg en compañía de dos seres extraños. Uno tenía el rostro de Jaime Doval, pero era el protagonista de una película siniestra; era un nuevo Jaime Doval diferente al que había venido a buscarme a casa, aunque sólo yo supiera que era un impostor, un traficante de cadáveres, o un gangster enriquecido con el mercado negro de carburantes, y el Garage Américain la tapadera de su negocio. El otro, el pasajero de la bufanda oscura como el humo y las paredes mojadas de las casas de Urus, no tenía rostro; o sí lo tenía, pero era imposible retener las facciones de ese rostro, que era un rostro sin facciones definidas, como de un ser abisal o un embalsamado. Gonzaga era un hombre anestesiado por las jeringas de Jaime Doval, un hombre hipnotizado por los misteriosos poderes del doctor Balkan, aunque entonces nada supiera todavía del doctor Balkan. Y luego estaba yo. Y ese yo no era yo, sino que éramos dos: uno que

iba en el Duesenberg de mi tío, y las tropas de insectos avanzaban dentro de mí y las libélulas caían en picado y bombardeaban una extensión blanca que era el mapa de mi vida, de lo que iba ser mi vida; y otro que lo miraba todo: el paisaje nevado, el humo de las chimeneas, el pasajero silencioso, incluso a mí mismo, sobre todo a mí mismo. Y uno de los dos tenía miedo y el otro ya no, el otro, el que miraba y también era yo, era frío como el miedo y los ojos azules de Jaime Doval cuando cortó la hemorragia de risas en la trastienda del Garage Américain. Dije:

—Me encuentro mal. Me siento doble.

El Duesenberg frenó, quedando atravesado en la carretera.

La portezuela estaba abierta y mi tío me zarandeaba por los hombros. «¡Despierta, muchacho!», oí que decía, te has mareado, y yo desperté aunque ya estuviera despierto antes de que el teniente Doval me zarandeara, y me eché a reír sin saber muy bien por qué reía, y la risa era de otro que reía dentro de mí y la nieve del valle de Urus era el eco de esa risa. Mi tío me dio una bofetada sin quitarse los guantes y me abrazó con fuerza para ahogar mis risas. Fue un abrazo metálico, como una incisión de quirófano. El cuello de su abrigo olía a la misma colonia que el pelo de mi padre, pero luego, al fondo olía distinto, más ácida y pegajosa, como si estuviera pudriéndose. Pensé que ése debía de ser el olor de la muerte.

El resto del viaje fue como si lo hiciera solo. El teniente Doval no paraba de hablar para distraerme. El pasajero silencioso cabeceaba una y otra vez contra la ventanilla. Sus golpes eran sordos, como procedentes de un tam-tam escondido entre los abetos del bosque. Parecía que la cabeza del pasajero silencioso corroborara las frases sueltas del teniente Doval: «Los espartaquistas iban armados hasta los dientes, pero les tendimos una emboscada junto a la iglesia... y luego en el Rif, que la sopa estaba llena de moscas y las moras te enseñaban las piernas por dos reales... pero no creas, viajar, viajar, lo que se dice viajar, la guerra es la única forma de viajar en

libertad... aunque el precio del billete sea la muerte...». Y yo no escuchaba. No escuchaba a la muerte. Yo pensaba en el mirador de la casa de mis padres, que no era de mis padres, y en el comedor del hotel Bristol, con las hermanas O'Callaghan entre los uniformes de campaña, y en los brazos de Claudia O'Callaghan y los helechos de cobre balanceándose bajo el cristal helado del río. Y el que pensaba en todo esto, efectivamente, era yo, pero un yo lejano y sordo como el tam-tam del bosque, como cuando al mirar a través de una lupa se desenfocan las palabras y hacen falta unos segundos para enfocarlas de nuevo y a veces se desenfocan otra vez pero en sentido contrario, porque la mano te tiembla o no sabes hallar la distancia precisa. Esto eran mis pensamientos: las piezas de un puzzle donde yo sabía que, tras el sueño y el miedo y la risa de nieve, podía volver a encontrarme como quien bajo la luz pierde su sombra y luego la recupera, y lo intentaba entre las palabras desbocadas de mi tío y el equilibrio inestable del pasajero silencioso, aunque esas piezas formaran todavía una figura desenfocada que siendo yo no era el yo que conocía, no era el yo donde me reconocía. El Duesenberg avanzaba por la llanura blanca y las bandadas de grajos emprendían el vuelo, sorprendidas por las detonaciones del motor.

«Doscientos veintisiete kilómetros y una frontera», oí que decía mi tío Jaime Doval. Hacía ya media hora que se divisaban el castillo, las lascas de pizarra y el campanario de la ciudadela. Nos cruzamos con una columna motorizada. La lona de los camiones batiendo el aire, el humo gris de las motocicletas, el rastro del convoy en la nieve sucia. Al cabo de un rato, el Duesenberg aparcaba ante el jardín de Villa Edelweiss.

—Bajo a saludar a tu madre y a Barcelona a toda mecha, que a Gonzaga y a mí nos esperan —dijo el teniente Doval sin apagar el motor del coche, como si estuviera solo y pensara en voz alta. Como si esa espera fuera una condena insoslayable.

9. La carga de los húsares

—Hay veces en que el tiempo transcurre a cámara lenta. Entonces no se puede escapar del tiempo. Pasa con los sueños y pasa también con el amor o la desgracia... —dijo mi madre en voz baja.

Permanecimos abrazados hasta que me dormí. Y los húsares desaparecieron.

Cuando llegamos con el Duesenberg de Francia, mi madre no estaba en casa.

—La señora salió después de comer —le dijo Flora al teniente Jaime Doval.

—Pues le dejo al muchacho —contestó mi tío—. Póngale el termómetro, que cene pronto y a la cama. Creo que el viaje de vuelta no le ha sentado bien. Y salude a mis cuñados de mi parte. Dígales que no he podido quedarme, que me esperan con urgencia esta noche en Barcelona.

El teniente Doval juntó los tacones de sus zapatos, me miró a los ojos y dio media vuelta. Antes de que hubiera salido del jardín, Flora ya había cerrado la puerta de casa.

Mi madre llegó cuando yo ya estaba en cama. La música de sus tacones era una música de fiesta, una música ligera y alegre, como la de los pájaros después de haber llovido. Sólo que no había llovido y los pájaros no cantan de noche. Antes de entrar en mi habitación noté que se detenía detrás de la puerta y respiraba profundamente una y otra vez, como sobreponiéndose a un raro desorden. Luego entró, radiante, y yo me hice el dormido. La luz del despacho de mi padre le iluminaba el peinado y el perfil del cuello. Me besó en la frente y metió el embozo de la cama entre el colchón y el somier. A mí me gustaba mucho dormir sujeto por las sábanas y ella lo sabía. Noté que me miraba. Olí su perfume. Luego, salió. Todavía llevaba

puesto el abrigo, pero se había quitado los zapatos. No supe si era para no despertarme o para que nadie notara la alegre música de sus tacones.

No sé si ya me había dormido o no. Nunca he sabido después, si esas imágenes pertenecían a un sueño o al preámbulo de los sueños. Yo estaba en cama, en mi cuarto, a oscuras. No tenía conciencia de haberme dormido todavía, ni siquiera de estar adormecido. Me tapaba la cara con las sábanas y jugaba a que la cama era un submarino y la habitación el océano, o que era un tren, el Transiberiano o el Orient-Express, y atravesaba continentes sumergidos en la niebla y ciudades de nombres misteriosos, con puerto de mar y cafetines con mujeres pintadas como máscaras. Jugaba al nautilus o al wagon-lit en medio del silencio nocturno de la casa hasta que por fin me dormía. Pero a veces, antes de llegar a dormirme, padecía una angustiosa metamorfosis. No era el capitán Nemo, ni siquiera madame Bashkirtseff, a quien mi madre leía, y de quien había aprendido la palabra *wagon-lit*. Ni la cama era mi cama, ni el cuarto mi cuarto, ni la oscuridad lo era tampoco. Y al mismo tiempo mi cama sí era mi cama, mi cuarto era mi cuarto y todo continuaba a oscuras. Entonces, sucedía. Simplemente, sucedía. La cama se agrandaba hasta adquirir proporciones descomunales, e igual ocurría con la habitación. La oscuridad era sustituida por una luz blanca e intensa, como el resplandor de un flash fotográfico, aunque era estática y fija, no intermitente como la del flash. Yo permanecía en una esquina de la cama y la cama se deslizaba hacia una esquina de la habitación y en esa esquina yo iba decreciendo como un personaje de los viajes de Gulliver, o así al menos lo parecía ante la enormidad del espacio y las dimensiones de los muebles. Y acababa sentado en el suelo bajo la luz blanca, con la cabeza entre las piernas, a la espera de que todo pasara y volviera mi cuarto a serlo y la oscuridad también.

Pero aquella noche todo duró demasiado tiempo. Saqué la cabeza de entre las piernas y miré la luz, y a lo lejos vi pájaros que hablaban lenguas antiguas, vi el rostro macilento y espantado del viajero silencioso y una carga de húsares que avanzaba hacia mí blandiendo el sable. La noche del viaje a Francia vi todo eso y grité con tanto horror como vergüenza por estar gritando. Entonces mi madre vino a rescatarme y me habló del tiempo a cámara lenta y del amor y la desgracia, pero no del espacio, cuando el espacio le aplasta a uno hasta convertirlo en un insecto bajo la lente del microscopio y la potente luz del laboratorio. El espacio era cosa de mi padre y mi padre estaba en las montañas, dibujando el alzado de los mapas entre la nieve y los fantasmas que habitan en las fronteras.

Al día siguiente, por la mañana, mi padre llegó de las maniobras y mi madre le dijo que ella y yo pasaríamos las Navidades en su casa. Mi madre siempre hablaba de su casa cuando se refería a la casa de sus padres. La casa de mi madre no estaba en la nieve, sino junto al mar. No bajo la niebla, sino al sol. La casa de mi madre no estaba en las montañas y junto a la frontera, sino en una isla, que siempre es una frontera frente al mundo. La casa de mi padre, en cambio, podía estar en cualquier sitio, porque mi padre era su propia casa. La casa de mi madre era el lugar donde nació.

Yo aún no sé dónde está mi casa; ni siquiera sé si tengo casa o si la tendré algún día.

—Tú verás —le dijo mi padre a mi madre cuando ella habló de irse a pasar las Navidades al sol, lejos de la nieve. El sonido de sus palabras me recordó el impacto hueco de las balas en un muro. Luego se fue a su despacho, a fumar y a ordenar los cajones de su mesa. Mi padre, cuando quería estar solo, ordenaba los cajones de su mesa, que estaban impecables y no necesitaban que nadie los ordenara. Y el humo del tabaco formaba lentos velos de gasa a su alrededor.

Lo que hablaron aquella noche no lo supe nunca, pero a la mañana siguiente mi padre no nos pudo acompañar a la estación. Se despidió de mí mientras desayunábamos. Recuerdo a mi madre vestida con un traje de chaqueta de pata de gallo, blanco y negro, un cinturón de charol con hebilla plateada y unos zapatos a juego, también de charol. El tacón era muy alto y la punta muy fina. Mi madre, de viaje, parecía una mujer de París, eso pensaba yo entonces imaginando París como una ciudad en la que sólo vivieran mujeres muy elegantes y fueran los hombres a visitarlas y a cubrirlas de regalos: joyas, perros caprichosos, safaris africanos y lujosos automóviles, regalos así pensaba yo que eran los corrientes en París.

La recuerdo subida en el estribo, una pierna doblada más arriba que la otra y el brillo de sus medias negras a contraluz, mientras daba órdenes al chófer del coche de línea, un Ford de 1929, con morro de biombos metálicos, pintado de azul y una franja de letras amarillas. En los días de tormenta, cubierto por la nieve, parecía un mamut blanco salido de las estepas siberianas. Compañía Arcais de Transportes Lisboa-Barcelona Correo Regular, eso decía la franja amarilla que cruzaba el coche de línea como apuntando que el correo no era bueno ni malo sino simplemente regular. Puntual no lo fue nunca y acostumbraba a parar en la carretera para que el motor pudiera descansar. Y recuerdo también cómo el chófer y el faquín de la estación subían las maletas de mi madre al portaequipajes, un portaequipajes que debió de ser cromado en su día y ahora estaba manchado por el óxido y parecía una serpiente lacustre mal disecada, y el chófer me acariciaba la cabeza, sonriente, y yo pensaba que lo que hubiese querido aquel hombre de uniforme gris, sin galones ni estrellas, era acariciar la cabeza de mi madre y tenía que conformarse con la mía, que también era de mi madre, como las maletas que subían con cuidado al portaequipajes del coche, unas maletas de piel de cerdo, con cierres de latón y unas correas, también de piel de cerdo, que las abrazaban como me abrazaría mi madre al día siguiente en el camarote del barco. Los cierres de latón de las maletas de mi madre siempre estaban brillantes; no tenían ni pizca de óxido; no eran como la serpiente lacustre de la Compañía Arcais de Transportes Lisboa-Barcelona Correo Regular.

Tío Jaime Doval y tía Nora vinieron con el Duesenberg a buscarnos a la estación de autobuses y nos acompañaron hasta el puerto. No había tiempo para más. «Un tentempié en La Marítima», dijo el teniente Doval, y él se tomó una caña de cerveza y unos calamares y yo nada, «que luego no cenas». Barcelona era un mapa de luces y edificios sombríos. Mamá y tía Nora pidieron dos Camparis. El color era precioso, como el rubí de la sortija del ahogado, y se parecía al de la barra de labios de mi madre. Ellas hablaban sin parar y de vez en cuando se cogían de la mano, como si no se hubieran visto en años. Pero no se quitaron los guantes. Mi tío y yo no nos decíamos nada. Ni siquiera me pidió que lo acompañara a facturar las maletas. Vi que hablaba con una pareja de la Guardia Civil. Al regresar salimos a los muelles. Mi tía Nora se sacó un pequeño paquete del bolso y se lo entregó a mi madre. «Dale esto a mamá de mi parte». El teniente Doval se cuadró mientras besaba la mano de mi madre. «Cuñada...». Subimos al barco, que era un barco blanco con la chimenea amarilla y dos franjas rojas y el barco se llamaba Ciudad de Granada. El perfume de tía Nora olía a nardos y el agua de mar a carburante y algas podridas.

De aquel viaje solos, guardo una colección de fotografías: 1) la pasarela de funambulista para subir al barco y la lona blanca en su barandilla; 2) el agua aceitosa del puerto, sus misteriosas irisaciones, como joyas en el fango; 3) los pescadores en el malecón, fumando, como sombras de conspiradores bajo un farol chino; 4) la barcaza del práctico del puerto y su oficio —el de práctico del puerto — como el del ballenero, pero sin sangre —y las ballenas serían los buques, conducidos por el arpón invisible del práctico del puerto—; 5) el perfume del mar, como si el mar se pudriera lentamente y aun así fuera perfume; y el denso olor a pintura del barco, si aquel

perfume y ese olor pudieran fotografiarse; 6) el comedor, sus ventiladores de aspas como lámparas muertas, el comedor blanco como la lona de la pasarela, donde cenamos, también solos, sin nadie más que cenara, y mi madre pidió luego una copa de oporto y un cigarrillo al maître, que se lo encendió, muy solícito, con un Ronson de bolsillo —«¿manda algo más la señora?»—, y llevaba una chaquetilla blanca con los botones dorados, muy ceñida, y anclas en las hombreras; 7) el agua del mar, oscura como un jarabe negro, atravesada por la proa y la espuma, y el paseo por cubierta, bajo los botes de salvamento suspendidos en el aire, con la cara hundida entre las solapas del abrigo y el aire que respirábamos era polvo de agua; 8) el ojo de buey del camarote, el latón sucio, la pintura blanca y el acero claveteado del casco, y mi madre desvistiéndose en la oscuridad del camarote mientras que yo me había desvestido con la luz encendida; 9) el roce de sus ropas, al irse desvistiendo.

A la mañana siguiente, ella me despertó. Una luz tenue, nacarada, como de concha marina, entraba por el ojo de buey, y el camarote parecía el último refugio del mundo. Pensé en mi padre levantándose en nuestra casa de la guarnición del Norte y en la casa vacía y el jardín nevado. Y esa casa, que no era nuestra, y ese jardín bajo las estrellas de escarcha y hielo eran mi padre en ese momento, mientras que la ciudad de arenisca dorada que miraba ahora desde la cubierta —mi madre junto a mí, apoyada en la barandilla, mi madre, que siempre me hacía subir con ella a cubierta para contemplar la ciudad flotante antes de que el barco atracara—, esa ciudad que se desperezaba, indolente, a la primera luz del sol, amarillo como el oro y la arenisca, esa ciudad a la que yo miraba siempre no como mi ciudad natal sino como una revelación que no alcanzaba a comprender, esa ciudad era mi madre.

En ella no había húsares y los pájaros no hablaban en lenguas antiguas. Eso creía yo, al menos.

II

—¿De qué país es usted?
—No tengo país y cuantos más países veo, más a gusto estoy.

El embrujo de Shangai

10. La casa de las mujeres

La ciudad se miraba en el mar y al mismo tiempo le daba la espalda al mar. Porque el rostro de la ciudad era su espalda, eso pensaba yo cuando el taxi dejaba atrás el paseo Marítimo y navegaba bajo la luz verde de los plátanos. La ciudad se mostraba sobre el agua para ocultarse después en un laberinto de calles y puertas entornadas, de patios húmedos y persianas como las branquias de un pez abisal. Y el taxi era un cetáceo salido de la noche. Yo veía miradores vacíos y escaparates a oscuras. Veía camareros con chaquetillas blancas y un baile de sillas de mimbre y veladores de mármol negro.

La ciudad se difuminaba luego en huertos cerrados y avenidas fronterizas con la casa de mis abuelos. «Los siglos son la memoria de esta ciudad», me había dicho mi madre mientras la contemplábamos en cubierta, con las maletas esperándonos en el camarote. Siglos como teselas de un mosaico o lápidas de cementerio. Los siglos, pensaba yo, llegaban en barco como los viajeros. Y como los viajeros dejaban su recuerdo y partían, muertos, en compañía de Caronte. El aire olía a cera y a algas marinas.

La casa de mis abuelos era una casa de tres pisos y tenía un jardín trasero y unas mansardas afrancesadas que eran el tejado y los desvanes a la vez. Había también miradores que daban a la calle y galerías que daban al jardín. Los miradores tenían unos cristales color naranja que pintaban el suelo de la casa cuando se filtraba el sol. Las galerías tenían unas persianas verdes que se enrollaban hacia arriba y parecía que estuvieras en Delhi o en Saigón.

En el jardín había seis bancos de cerámica azul y amarilla, con las musas en un ladrillo del respaldo. Dos musas por cada banco. Había

también un refugio construido durante la guerra, para protegerse de los bombardeos. Y dos palmeras, un limonero, un mandarino, un granado y una hilera de cipreses, altos como campanarios. Tres tortugas excavaban galerías subterráneas y viajaban como buzos hasta los jardines vecinos. En el jardín de casa de mis abuelos había lagartijas como broches de esmeraldas diminutas, un gallinero vacío y una lechuza blanca que silbaba por las noches y parecía una monja de hospital rezando entre los cipreses. En el sótano vivía el trompetista de una orquestina de club nocturno, y algunas tardes, hiciera frío o calor, ensayaba en camiseta piezas de jazz con sordina. Los pájaros le contestaban desde las ramas del limonero y mi tía Lula alzaba los hombros y musitaba no sé qué del alquiler.

Porque la casa de mis abuelos era la casa de las mujeres. Mi abuelo disponía de su despacho y la biblioteca, con las panoplias de sus recuerdos de África —gumías, espingardas, machetes, cosas así eran los recuerdos africanos de mi abuelo—, y del fumador acristalado que se asomaba al jardín. Estas dos piezas formaban su reino particular. El resto de la casa, y la casa era una casa grande, pertenecía a las mujeres aunque la presencia de mi abuelo se notara en la disposición de los muebles, en los objetos, a la hora de encender las chimeneas y en el aroma de su tabaco. La presencia de mi abuelo era como un espíritu más de la casa, algo trasladado de otra parte, un consulado extranjero, por ejemplo.

—He recibido unos sellos de Montenegro y un autógrafo del káiser.

Y a mí eso me parecía el tráfico de una legación diplomática en plena crisis.

Mi abuelo era coronel de caballería retirado y escribía con letra de hormiga en unas fichas a rayas que guardaba en cajas de zapatos, apiladas en un armario de la biblioteca. Mi abuelo preparaba una enciclopedia del arte militar. Así lo llamaba: arte militar. Y cuando extendía sus fichas sobre la alfombra de su despacho, aquello parecía las divisiones de Rommel en el desierto de Libia. El mundo de mi abuelo era un mundo de palabras, noticias viejas y papel, un océano de papel. Él era feliz en ese mundo donde con productos químicos se podía hacer un jardín acuático en un tarro de vidrio, y la manera de guerrear de los catafractarios sármatas en el siglo I antes

de Cristo era tan importante como el arroz con tordos y setas que estaban preparando en la cocina bajo las directrices de mi abuela.

—En la comida está escrita media historia de la humanidad.

Y en la voz de mi abuela estaba escrita la vida lejos de los catafractarios sármatas y las noticias de otro mundo, como si esa voz fluyera de la tierra del jardín y ascendiera por las ramas de los árboles y se metiera por galerías y ventanas, fundando un territorio que era la verdadera casa, la casa de las mujeres. Mi abuela se sentaba en la sala que había junto al comedor y desde allí lo dirigía todo sin moverse del sillón de orejas: desde la compra en el mercado, al color de la confitura de membrillo —«ha de ser oscura como un topacio quemado, que cura la melancolía»—, o la visita de doña Kitty Tugores, la modista:

—Hay que ver, llamarse Kitty, como en el cine de Hollywood, o como en una casa de señoras de París, que no sé qué es peor.

Sonaba el teléfono y era mi tía Nora que llamaba todos los días desde Barcelona, como si fuera a volver de un momento a otro, o no pudiera estar sin saber lo que ocurría en casa de sus padres. Y luego estaba tía Lula, que se había quedado soltera y pintaba acuarelas con paisajes inventados, muelles fluviales y barcos de vapor. Tía Malú vivía en el piso de arriba con su marido, pero no lo parecía: revoloteaba por la cocina probando de todas las cazuelas, o se iba al despacho, a ayudar a mi abuelo con sus fichas. Y mi madre, que sólo con cruzar la puerta ya era otra mujer distinta, como si jamás se hubiera casado y yo no fuera su hijo, sino un hermano menor al cuidado de sus hermanas.

La casa de mis abuelos era como una de esas grandes vitrinas de mariposas que hay en los museos. Sólo que no era un museo y las mariposas estaban vivas.

El taxi se detuvo ante el portal de la casa, avenida Wellington, número 12. Nani nos esperaba en la acera. Nani tenía cara de gato, el moño envuelto en una redecilla, andares de mujer china y cerca

de ochenta años, de los que llevaba más de sesenta con la familia. Al principio en casa de mis bisabuelos; después, cuando se casó mi abuela, en la casa de la avenida Wellington. Nani había cuidado de mi abuela y sus hermanas, de mi madre y de mis tías. Quieta junto al bordillo, pequeña, con las manos en los bolsillos del delantal a cuadros, parecía una hechicera antigua que descifrara el lenguaje de las nubes y la corteza de los árboles. Cuando mamá bajó del taxi la besó en la mejilla y le cogió de la mano. «¡Ay, niña!», y ese ay era de alegría y de una resignación más vieja que su piel de lagarto y los nudos de sus dedos retorcidos. Lo dijo varias veces mientras los ojos se le llenaban de agua limpia y mi madre la cogía por la cintura.

Mi abuelo nos esperaba arriba, en la puerta. Mi abuelo era alto, corpulento como un coracero y con un bigote color fuego. El bigote de mi abuelo parecía el de un militar inglés destinado en Jartum a las órdenes de Gordon Pashá. Abrazó a mi madre y nos besamos. Mi abuelo olía a jabón de afeitar.

—¿Qué hay, florero? ¿Cuántas ballenas has arponeado durante la travesía? ¿Cuántas grandes duquesas te han sonreído con el abanico? ¿Cuántos lobos viste aullando sobre la nieve? —Y después, cogiéndome del hombro—: Venga, vamos a ver a Pajarete.

Pajarete era mi abuela. Mi abuela se llamaba Amelia, pero todos, menos sus hijas, la llamaban doña Amelia, y mi abuelo, que la llamaba Pajarete. Nunca he conocido el motivo, ni si eso le hacía gracia o no a mi abuela. Aunque nunca se sabía lo que a mi abuela le resultaba gracioso y lo que no. Podía sonreír, incluso reír, ante cosas que no le interesaban en lo más mínimo y no mover ni una sola ceja ante asuntos en los que se le iba la vida. Si es que la vida se le iba en algo que no se hallara entre las paredes de su casa. Eso le oí decir una vez a mi padre y no se me ha olvidado, como no se olvida nada que nos explique nuestro lugar en el mundo.

El sillón de mi abuela estaba tapizado de terciopelo amarillo oscuro, con unos leones rampantes en negro. Allí, junto a la

chimenea de mármol blanco, reinaba ella sin despeinarse ni levantar la voz. Allí le iluminaba la cara el sol de invierno a primera hora de la mañana. Allí le llegaban las noticias del barrio y de la ciudad que luego ella contaba a uno o a otro como si le hiciera un regalo. Y efectivamente era un regalo, porque mi abuela adornaba muy bien todo lo que contaba. «Usa las palabras como un joyero las perlas, tu abuela», decía Nani en la cocina. Para mi abuela el cuello de una mujer podía tener el misterio de una ciudad desconocida y el rostro de un hombre reflejar el espíritu escondido de un quelonio. Y la palabra misterio o la palabra quelonio revelaban el sentido último de un cuello elegante o de un gesto taciturno. El sillón y mi abuela pertenecían al mismo fragmento del universo: eran el mismo cuerpo y alrededor de él gravitaban el espacio y sus planetas. Los brazos estaban algo raídos, pero tía Malú había camuflado el desgaste con dos tapetes de una tela parecida, que en vez de leones llevaba unas piñas floreadas, como de ornamento obispal.

Mi abuela nos recibió con los brazos abiertos, extendidos y largos, como si fuera un ave a punto de alzar el vuelo sin moverse de su sillón. El mundo viajaba hacia su reino, pero jamás su reino debía mostrar curiosidad alguna por el resto del mundo. Yo la veía en aquella esquina estratégica que dominaba la sala, el comedor, la puerta de la zona de servicio y las vidrieras que comunicaban con el recibidor donde nos había esperado mi abuelo. Con el moño recién hecho por Nani y un pañuelo de seda al cuello, mi abuela, una sortija por cada uno de sus largos dedos, aún conservaba rastros de la belleza que había tenido en su juventud y que yo conocía por las fotos que la rodeaban. Un jarro de flores frescas y sus fotos enmarcadas en plata eran la guardia de corps de su reino particular. «Una de las mujeres más guapas de la ciudad; ninguna de sus hijas lo es tanto como lo era ella», decía Nani satisfecha, como si fuera responsable de la belleza de mi abuela Amelia.

Le besé la mano derecha y ella alzó la mejilla hacia mi madre.

—¡Todavía llevas en los labios todo el hielo del norte! —le dijo mientras fingía un escalofrío—. Es un hielo distinguido, pero aquí te lo quitaremos, hija.

Yo sabía que la abuela se equivocaba. Recordé a mi madre los últimos días de estancia en la ciudadela, la música alegre de sus tacones y su mirada perdida a ratos, escuchando los discos de Cole Porter del notario. Pero en esa mirada no habitaba el frío por ninguna parte, por mucho que se empeñara mi abuela en su sillón. Nani entró con una bandeja de jícaras envueltas en gasas de humo.

—Hay chocolate para todos. Venid a desayunar, que un viaje fatiga una barbaridad.

Lo decía mirándome con su cara sabia de gato chino, ella que en su vida había salido de la isla y de la isla no conocía más carretera que la que conducía hasta el pueblo donde vivía su familia. Tía Lula y tía Malú intentaron levantarme por detrás, pero me resistí —estas cosas ya me daban vergüenza— y las dos se rieron de mí. El abuelo apoyó la mano de mi madre en su brazo como acompañándola para un vals, y todos menos mi abuela, nos dirigimos hacia el comedor de la avenida Wellington número 12.

11. El agente secreto del zar

Cuando acabamos de desayunar, el abuelo se levantó a buscar «un purillo».

—Me voy a La Habana, a buscar un purillo de Vueltabajo, que esto se ha de celebrar.

Esto era nuestra llegada, pero también la *Lucia* de Donizetti que se oía por la radio. *Lucia di Lammermoor* era una de sus óperas favoritas. El sol iluminaba el mantel de hilo bordado con pequeñas flores de colores y la confitura de naranja era luz líquida, como ámbar fundido, lo mismo que la voz de la Galli-Curci. Mi madre preguntó a sus hermanas por tío Ramón.

—¿Y Ramón cómo está? No me ha escrito, ni ha contestado a mis cartas; no sé nada de él desde hace nueve meses por lo menos.

Mi tío Ramón vivía en casa de sus padres, pero no con ellos. Tío Ramón vivía en uno de los entresuelos, solo, desde que perdió el uniforme y a la mujer de su vida, Miranda Loring, una matahari de medio pelo según mi abuela.

Fue en la cena que le ofrecieron sus amigos dos días antes de casarse. Nunca se ha sabido en la familia lo que pasó en esa cena, pero tío Ramón sacó la pistola y se la puso entre las cejas a su comandante. Un escándalo. Le hicieron consejo de guerra y perdió la carrera. Y si no le ocurrió algo peor fue por sus méritos militares y por la intercesión de mi abuelo, de mi padre y de mi tío Jaime, que movieron todos los hilos posibles, tanto en Capitanía como en Madrid, en el Ministerio del Ejército. Y también porque aquella noche todos los comensales estaban bebidos, eso se dijo. Fue en mayo de 1941, en un restaurante junto al puerto. Los padres de Miranda Loring —indianos enriquecidos en Venezuela— suspendieron la boda y enviaron a su hija a Caracas. Mi tío se quedó soltero y Miranda

Loring se casó pocos meses después con el agregado comercial de la embajada norteamericana.

—Para esto, casi mejor que hubieras disparado —le dijo mi abuelo sin levantar la cabeza de sus fichas. Aquel día, tío Ramón se fue a vivir al entresuelo y en Wellington, 12, ya no volvió a hablarse nunca más del asunto.

—Ramón todavía vive en Bucarest con el conde de Foxá y Marta Bibesco, créeme, con sakuscas y vodka helado, botellas de chablis y rosas de té sobre el mantel. Tu hermano vive en un mundo que ya no existe, pero allá él: todo el mundo elige para vivir un lugar a medio camino entre lo que sabe y lo que puede, no hay más. Y el de Ramón está lejos de todo, incluso de sí mismo, por eso no te escribe. No sabría desde dónde hacerlo.

Se lo había dicho mi padre a mamá una tarde que jugaban en casa al mahjong mientras yo leía *El escarabajo de oro*. La hierba del jardín parecía la espalda de un erizo de cristal y las ramas de los árboles eran de azúcar cande. Yo pregunté quiénes eran ese conde y aquella mujer con apellido de licor dulce y mi madre me dijo que antiguos amigos de su hermano Ramón, de la época en que lo destinaron a la embajada de España en Rumania. Pero yo nunca había oído hablar de ellos y eso que en casa se hablaba de todo el mundo.

Por la tarde bajé a verlo al entresuelo. Mi madre tenía jaqueca y se había retirado a descansar.

—El agotamiento del viaje —sentenció Nani, empeñada en demostrar una vez más que los viajes eran perniciosos.

La puerta estaba abierta de par en par. Aun así toqué el timbre.

—Ahora salgo —dijo la voz de mi tío—. Acomódese en la sala, que enseguida estoy con usted.

El entresuelo de tío Ramón era una biblioteca-iceberg. Tanto el recibidor como el salón que había a la derecha estaban tapizados de estanterías blancas. Tío Ramón, además, había conseguido que sus hermanas, con la ayuda de Nani, le forraran de cartulina blanca todos sus libros. Luego había colocado un par de cómodas italianas pintadas, cuyo fondo también era blanco marfil, mirándose entre los balcones y la chimenea. En la única pared libre de la sala, tía Lula le había pintado un fresco con logias, jardines de parterres recortados y suelos de ajedrez que, según mi tía, le daban a la estancia un aire romano. Pero lo demás era un paisaje polar. Incluso la alfombra a los pies de las butacas era la piel de un oso blanco, con los ojos de cristal amarillo y la boca abierta, enseñando los colmillos de marfil, del mismo color que el fondo de las cómodas italianas que tío Ramón había comprado con Miranda Loring en un anticuario de Madrid, antes de la boda que nunca fue.

Me senté en una butaca a esperar a mi tío. Recogí un tarjetón del suelo, manchado de café, y lo leí:

Hotel de Mar
Cena ofrecida por Su Majestad Saud Bin Abdul Aziz
a las Autoridades de la Ciudad.

Langosta isleña rociada con espuma de caviar
Combinado de caldo a la esencia de Charente
Sorbet de extracto de rosas al Cordon Bleu
Faisán del Coto Real a la Souvarov
Tournedos sobre tosta salsa Choron
Gran Tarta Real
Frutas
Crema de café

Pensé en las palabras de mi padre sobre mi tío, el vodka helado y las rosas de té en un mantel de Bucarest. Y vi que sobre el canapé

había un libro abierto. Leí su título, caligrafiado en el lomo por una de mis tías: *Diario íntimo de Nicolás II*.

—¡Bienvenido al club, querido sobrino!

Tío Ramón, enfundado en un albornoz de toalla, oliendo a colonia Álvarez Gómez, y con una larga boquilla de baquelita negra entre los dientes, debía de salir de la ducha y de los sueños del faisán y la langosta del príncipe saudí. Me levanté de la butaca y me acerqué a él para besarle. Se había afeitado el bigote.

—Tío Ramón...

—Don-Rai-mun-do —dijo echándose hacia atrás y cogiendo la boquilla con la mano—. A mí me vas a llamar don-Rai-mun-do. No se cumplen años para abonar la sentina del igualitarismo. Mira esas cartas: son del gobernador civil. Todas sin abrir. ¿Por qué? Por el tuteo. Los falangistas han traído la plaga del tuteo, que siempre es la antesala del desastre. Yo, al gobernador, ni le contesto las cartas ni le hablo. Hasta que aprenda a manejar el usted, que no va a aprenderlo jamás, porque encima es de Jerez y se confunde. Así, muchacho, que ya sabes: don-Rai-mun-do. Y no se hable más. ¿Cómo está tu madre? ¿Y el capitán?, ¿cómo está el capitán más guapo del Mediterráneo?

Le contesté que mi madre estaba descansando en el Principal y que mi padre debía de estar leyendo en el vestíbulo del hotel Bristol, o jugando con el capitán Horsch y el teniente Márquez mientras los copos de nieve caían sobre los adoquines de la ciudadela.

—La nieve... —repitió mi tío. Pero noté que no tenía muchas ganas de estar conmigo, como si tuviera prisa. Apenas me escuchó. Dar la bienvenida y despejar el campo: era suficiente. O quería estar solo, o tenía cosas que hacer. Tío Ramón era así: lo mismo le daba llevarte a comer a un buen restaurante y luego al cine, como despacharte en dos minutos. Vicios de soltero, decía mi padre, siempre están mirándose el ombligo. Si empezaba a abrir y cerrar nerviosamente los párpados significaba que debías irte. Pero nunca te ibas con las manos vacías. Igual te regalaba un plano de Niza, que unos sellos de lacre recortados de su correspondencia, o una revista de automóviles modernos, con fotos de Fangio y mujeres

sonrientes acariciando un neumático. Vio que tenía la tarjeta del menú real entre las manos.

—¿Lo quieres? Llévatelo. Vaya aburrimiento de cena. Ni un maldito cóctel y el vino ni olerlo, ya no digamos el whisky. Ahora bien, la langosta estaba de miedo. Es como un carro de combate submarino, lleno de antenas y radares, pero está exquisito.

—Sí, tío Raimundo —dije, aunque nunca hubiera probado la langosta.

—Don-Rai-mun-do, Miguel, don-Rai-mun-do; no te olvides. Ah, te daré algo más para que te entretengas estos días. Ven, acércate.

Tío Ramón estaba junto a una de las estanterías del recibidor y pasaba el índice por el lomo blanco de los libros. Llevaba las uñas lacadas.

—¡Aquí está! La historia del hombre que arruinó a la familia imperial rusa. Por su culpa estalló luego la revolución, no lo dudes. Aquí ya ocurrió lo mismo con Godoy y el motín de Aranjuez. Ten: la vida y la muerte de Rasputín contada por Yussupov, el príncipe que lo asesinó. Se lee como una novela. La Historia es siempre la mejor novela de todas. Y nunca para de escribirse. Bueno, caballero: salude a su madre de mi parte y dígale que no sea tan cara de ver. En cuanto a ti, uno de estos días saldremos de paseo. Buenas tardes.

Salí al rellano y él cerró la puerta de la escalera, después de estrecharme la mano con fuerza. No había subido dos peldaños, cuando me pareció que mi tío hablaba con otro hombre en el interior del entresuelo. No pude oír lo que se decían pero el tono no era muy amable. Abrí el libro y vi la fotografía del príncipe Yussupov, los ojos claros y los labios finos. Estiré la campanilla del piso de mis abuelos. Me abrió Nani.

—No me vengas con libros y papel muerto —dijo Nani—. Los libros ahúman el cerebro. Y para humos ya bastan los de tu tío y sus marquesas.

Aquella noche empecé a leer el libro que me había regalado tío Ramón. Entre sus hojas había un recorte de periódico. Mi abuelo también tenía la costumbre de meter recortes de periódico en los libros. Su hijo la había heredado. Desplegué el papel y lo leí. Hablaba del viaje a París de un investigador del rastro de Rasputín. Una voz con acento ruso le llama al hotel, citándolo en el pasaje de los Panoramas, frente a una tienda de postales viejas. Allí una mujer con pañuelo y gafas de sol se le cuelga del brazo y lo lleva hasta el edificio de la Bolsa, donde los recoge un Citroën negro. Le vendan los ojos. El trayecto dura unos veinte minutos. Al frenar el coche sobre la grava se oyen pájaros cantando. Le quitan la venda. Unos cipreses negros y una casa mortecina, sin luz. Entran en una sala. Dos retratos de Nicolás y Alejandra. Un samovar de plata sobre una consola Imperio. Alfombras claveteadas en la pared en vez de zócalos. Una anciana que habla y su nieto que traduce. Habla de un balneario junto al mar Negro donde ella sirvió de camarera. Habla de grandes duques y del palacio de los Yussupov en el Moika Kanal. La anciana había sido amante del monje ucraniano. La anciana le muestra un estuche de terciopelo azul. En el estuche está el sexo disecado de Rasputín.

Aquella noche mi madre no vino a darme las buenas noches y soñé que tío Ramón era un agente secreto del zar. En el sueño, mi tío moría en un puesto fronterizo, sobre la nieve, desempeñando una misión: localizar el cuerpo incorrupto de Rasputín. Desde la garita de tablas, a lo lejos, se veían las siluetas de mi padre y de mi tío Jaime. Uno llevaba un pitillo en la mano. El otro una pistola. Yo me acercaba al cadáver de mi tío, que iba de uniforme, con un largo abrigo gris y botas negras de caña alta. Su rostro era una calavera y la calavera abría la boca riendo y decía: «Llámeme don-Rai-mun-do, madame la marquise».

12. La Corniche

Desde nuestra llegada mi madre había desaparecido como desaparece una sombra al hacerse de día. Quiero decir que había dejado de ser mi madre para convertirse en la hija de mi abuela, la hermana de sus hermanas y la protegida de Nani. Mi madre formaba parte de un cuerpo uno de cuyos fragmentos era el cuerpo de mi madre. Y ese cuerpo era la casa de mis abuelos. Y la voz de las mujeres era la música de esa casa, que también era la mía sin que llegara a serlo del todo. Y el movimiento de las mujeres era una danza armónica y lenta con el tiempo, uno de esos tapices mitológicos que adornan los salones de baile de los hoteles caros, de los hoteles que le gustaban a mi tío y sus marquesas. En ese tiempo cabíamos los hombres —mi abuelo, tío Ramón o yo—, pero lo hacíamos como espectadores, comparsas o ayudantes inevitables. Algo parecido al papel de los zánganos en la colmena. La vida eran las mujeres, la tierra eran las mujeres, el agua eran las mujeres. O las mujeres eran la vida, la tierra y el agua. Ésta era la atmósfera que reinaba en la casa. Los hombres éramos accidentes, adornos, caprichos. Eso sí: *sus* accidentes, *sus* adornos, *sus* caprichos. Y la certeza de que podrían ser otros de haber querido ellas, pero habían decidido que fuéramos nosotros, aunque nunca llegáramos a saber por qué.

Mi abuela escribía la partitura en su sillón de leones rampantes y piñas episcopales, pero había momentos en que parecía que el concierto no lo dirigía ella, sino Nani, la mujer que había visto nacer a todas las mujeres. La gata vieja que conocía todos los secretos de la casa y que, aunque no conociera el alfabeto, sabía leer en las nubes y en la corteza de los árboles.

—Zita, niña, te llama un señor al teléfono. Dice que es conferencia. No he preguntado quién era, pero tu marido no es.

Mi abuela hizo como si no oyera, que era la costumbre de mi abuela, pero cuando mi madre se levantó de la butaca, la miró con cara de sorpresa.

—¡Cierra las ventanas, Nani, que entran moscas de cementerio!

Mi abuela llamaba moscas de cementerio a todas las moscas que entraran en su casa. Decía que eran más peludas, más grandes y más ruidosas que las moscas comunes. «Estas moscas son como autogiros —decía—, parásitos de la putrefacción». Y nadie le discutía porque el cementerio de la ciudad no estaba muy lejos de casa. Pero cuando dio la orden a Nani de cerrar las ventanas, aunque no hubiera ninguna ventana abierta, y habló de moscas de cementerio, aunque ninguna mosca volara por la casa, mi abuela seguía mirando a mi madre con cara de sorpresa y mi madre se dirigía al teléfono con una agilidad que podía confundirse con la prisa y eso que en la casa de mis abuelos la prisa estaba tan mal vista como masticar abriendo la boca o zumbar como las moscas de cementerio.

Mi abuela seguía escribiendo su partitura, subrayando cualquier nota disonante, apuntando cuándo debía entrar un nuevo instrumento y cuándo no, definiendo la melodía familiar con la precisión matemática del director de orquesta.

—No creas, querido, que la vida es fácil. Siempre están presentes las moscas de cementerio. Y más aún alrededor de los solitarios como tú. Tú perteneces a una estirpe de solitarios, de personas que no son de ningún sitio y lo son de todos, aunque en todos perciban cierta sensación de extrañeza. Mira a tu tío Ramón, en su entresuelo, rodeado de polillas, luciérnagas y mosquitos de la malaria. A veces, cuando te miro, le veo a él antes de que ingresara en la Academia. Llevas escrita en los ojos la misma canción triste que llevaba escrita él y las canciones tristes sólo sirven para lamerse las heridas, no para curarlas. Nosotros no somos de ningún sitio, apréndelo bien y conseguirás que se te borre la tristeza de los ojos. Mira a tu abuelo, que vive entre papeles y ejércitos de los tiempos de Ciro el Persa. Mira a tu madre, que corre al teléfono sin saber quién la llama. Mira a tu padre, lejos de todos, perdido en el frío, o a

tu tío Jaime, todo el día al volante de su automóvil, y aprende, cuanto antes aprendas mejor, así podrás entenderlo todo, y quien todo lo entiende todo lo perdona y nada puede dañarle. Tampoco es tan complicado. Vivimos en una tierra de corsarios y prestamistas, una tierra en la que manda la codicia y la pasión más poderosa es la de la posesión. No hay lugar para los afectos, se consideran una debilidad y no se está educado para ellos. La mayor virtud es la de ser un pillo de pequeño y un cabrón de adulto, sí, un cabrón, y que te teman, no me mires con esta cara, qué te crees, ya verás cuando dentro de unos años oigas la risa de los hombres. Dar es ser tonto; engañar o mentir, lo contrario. Pero las formas deben conservarse siempre, todo es una cuestión de formas, hay que saber sonreír con amabilidad a quien te apuñala y apuñalar con tu mejor sonrisa en los labios, como hacían los venecianos mientras su ciudad se pudría bajo el esplendor. Tú no sirves para eso, nadie en esta casa sirve para eso: no sois ambiciosos y sin ambición nadie sobrevive. Nosotros no pertenecemos a ninguna parte, llegamos aquí no hace ni dos siglos vete a saber por qué, ninguno de nosotros lo sabe. No poseemos casas ni tierras y esto aquí es no ser nada. No hemos cultivado el campo de nadie y no hemos aprendido a robarle a nadie, carecemos de resentimiento, y aquí el resentimiento y la envidia mueven montañas y escriben la Historia. Como las mueve la mezquindad de los ciudadanos de provincia, tan cursis como sus insoportables diminutivos, tan ansiosos por parecer lo que no son, tan eficaces en impedir que los demás sean lo que son. Tampoco pertenecemos a esa secta de turiferarios en la que todos se tratan de primos, como los reyes, y en la que apenas nadie tiene un miserable título que llevarse a la boca y sin embargo parece que lleven el Gotha tatuado en el cuerpo. A mí me divierten, pero sólo un rato, que siempre acaban en lo mismo, el primo tal y la finca cual, esto era nuestro y lo de más allá también, siempre era, era, era, pero dejándote bien a las claras que tú no eres de los suyos. ¡Como si una deseara vivir entre telarañas! Tal vez por eso haya tantos militares en la familia. Porque los militares tampoco son de ningún sitio y lo son de todos aunque nada les pertenezca. Los cuarteles son idénticos, visto uno... sus clubs, lo mismo... los pabellones

donde viven no hablemos... el uniforme incluso es un lugar donde no ser visto y al mismo tiempo ser visto en todas partes. Si algún día eres militar como tu padre o tu abuelo o tus tíos, todos te cuidarán, necesitarán de ti, ya sabes, los hijos, el servicio, los favores, pero el día que te retires adiós, volverás a ser el solitario que nunca dejaste de ser. Y vivirás como el resto de tu familia, entre papeles viejos, el frío, o deambulando por ahí en un automóvil. O lo que es peor: entre polillas, luciérnagas y mosquitos de la malaria como Ramón. Por cierto: encuentro que tu madre tarda demasiado y tía Dolores prometió llamarme esta tarde, así que ve y dile que vaya cortando, que la abuela espera una llamada de tía Dolores...

Tía Dolores era la cuñada de mi abuela y pertenecía a eso que ella llamaba con cierta sorna la secta de turiferarios. Se había casado con su hermano y le había aportado una multitud de primos y tíos con el Gotha tatuado en el cuerpo y una sortija blasonada en el meñique. También había aportado dos fincas en el Levante de la isla, y mi tío abuelo, que había hecho negocios durante la guerra como apoderado de Juan March y había heredado varias casas y una buena suma de una amante francesa, aportó el dinero. Pero no fue tía Dolores quien llamó por teléfono, fue tío Ramón preguntando por mí.

—Dígale, Nani, que don Raimundo pregunta por él, que baje a la cochera. —Eso dijo Nani que le había dicho el tío Ramón.

Tío Raimundo tenía un Citroën color verde oscuro que parecía un sapo. Tío Raimundo me esperaba al volante y con el motor encendido.

—Cierra las puertas y vente para adentro, que nos vamos a surcar el proceloso océano de cabarets de esta ciudad destartalada —me dijo el tío Ramón.

Y yo pensé que hablaba igual que su madre, igual que mi abuela en el sillón de leones rampantes y piñas episcopales.

El Citroën avanzó por la avenida Wellington en dirección a La Rambla, donde en el siglo XVIII flotaban los cadáveres como las góndolas en Venecia y la riada sitiaba las casas y la lluvia era un velo de muerte grisácea. Mi tío hablaba de las inundaciones del pasado como si las hubiera contemplado desde el arca de Noé. La ciudad se levanta sobre sus muertos, decía mi tío, allá donde se perfore aparecerán los huesos que escaparon de sus tumbas para hacer de la ciudad un inmenso cementerio... Los muertos son el petróleo de la urbe... La riqueza fosforescente de una ciudad depende de sus muertos, de la misma forma que el petróleo de los millonarios americanos depende de los cadáveres antediluvianos que se acumulen en el subsuelo de Texas. La luz de una ciudad son sus muertos, créeme.

Yo pensé que los muertos de la ciudad debían de ser unos muertos tristes, como triste y mortecina era la luz eléctrica de la ciudad. El muro de un convento se alzaba a mi derecha y el viento azotaba una larga ristra de pasquines adosada a ese muro. Había anuncios de circos que habían acampado en las afueras, de corridas de toros, de veladas de boxeo y lucha libre, y también de las salas de fiestas a las que acostumbraba a ir tío Raimundo con sus marquesas. Xavier Cugat. 3 únicos días, pude leer; y más adelante: Trío Calaveras, y en ese nombre estaban los huesos submarinos de la ciudad donde vivía mi familia. Y la Orquesta Montecarlo, la Orquesta Columbia y la Orquesta Estrellas Negras ofrecían en el Olimpia, *La plus belle piste de dance*, su espectáculo musical junto a un anuncio de champán Invicto, cava garantizada.

Tío Raimundo había aminorado la marcha del Citroën y parecía que paseáramos junto al muro. «Así podrás leer todo lo que la nieve te impide leer —me dijo—, que tú eres de los que creen que leer es entender». Pero yo no le entendí. Sólo podía entender que al animal más inteligente del mundo, el elefante bailarín y parodista, el elefante Néstor, lo acompañaban el capitán Wald y miss Rosita. Que Silvestre Pericás reaparecía en una Gran Gala Pugilística. Que en el salón-terraza de los grandes espectáculos cantaban Sammy Wilde y sus Tres Mulatas Salvajes. Y que en un teatro de la ciudad, Julianelly, el hombre de los mil secretos, y su secretaria Marisa, presentaban su

sensacional creación de nigromancia rápida y moderna, El Templo de Las Sorpresas, con números titulados *La espera de Cleopatra*, *Camaleón*, *Hara-Kiri*, *La esclava perforada*, *Cascabelófono*... A su lado, la Orquesta Dalmau y sus muchachos: Incansables-Atractivos-Creadores... Luego, tío Raimundo aceleró y perdí de vista el baile de los pasquines en el viento. Nos metimos por callejas por las que apenas pasaba el automóvil y la noche iba cayendo como una lluvia de tinta.

La ciudad estaba muda, las tiendas cerradas y sus calles, desiertas. Las luces de los cafés parecían faros entre la niebla y la ciudad un océano donde las hojas de los árboles eran las olas y el Citroën una lancha fueraborda con forma de sapo. Entonces comprendí la frase de mi tío: «Nos vamos a surcar el proceloso océano de esta ciudad destartalada». Pero me faltaban los cabarets, los mismos donde Xavier Cugat actuaba 3 Únicos Días, o se daba una orden poco militar: «Baile Vd. al compás de la orquesta de Pérez Prado, con sus solistas Louis Valizan, trompeta, y René Bloch, saxofón».

El Citroën de tío Ramón enfilaba hacia los astilleros y el agua del mar salpicaba el parabrisas. Sobre el terraplén del paseo Marítimo asomaban los letreros de los cabarets como luciérnagas sobre un lago de aguas muertas, esas luciérnagas de las que me había hablado mi abuela: Sporting, Casablanca, Maraldi, La Aduana, Manchú, Copacabana, Muratti's, Biarritz, Mambo, Kyoto, Sintra-Dancing, Paco's, Mozambique, Faisandú, Maracaibo, La Corniche... Aquellos letreros tenían más luz que la ciudad entera, inmóvil entre las sombras; eran una ciudad noctámbula y secreta frente a la ciudad espectral, como si en ella rigieran otras leyes distintas, alejadas de las leyes que el sol impone. Tío Ramón aparcó el Citroën delante de La Corniche. El aire olía al perfume aceitoso de las algas podridas. Eran las seis y media de la tarde, pero a mí me parecían las tantas de la madrugada, como cuando esperaba que mis padres regresaran del cine Sebastopol y la nieve resbalaba por la tela listada de las ventanas.

La entrada del cabaret parecía la puerta de un cine americano, de uno de esos cines que veíamos en el cine, con vidrieras azules y

barras cromadas y caligrafía de neón también azul. En una vitrina lateral se anunciaba la actuación del profesor sudamericano doctor Balkan con su médium miss Keller, sesiones vespertinas.

—Acaba de empezar, don Raí... —le dijo a mi tío el portero de uniforme mientras apartaba la cortina de terciopelo verde.

—Yo no soy —le contestó tajante mi tío, y se adentró en la oscuridad de la sala, gesticulando con la mano para que yo le siguiera. Pensé que aquel aleteo era más propio de una marquesa que de mi tío Raimundo y su gran mundo. El doctor Balkan, vestido de frac y con una magnolia prendida en la solapa, estaba interrogando a una mujer vestida con una túnica blanca. La mujer tenía los ojos cerrados y por su cara parecía que habitara entre seres de ultratumba.

—Ya verás, te gustará... —me susurró mi tío al oído mientras nos sentábamos alrededor de una mesita en cuyo centro había una lámpara hecha con caparazones de tortuga.

13. El pantano de los caimanes

—Dígame ahora, miss Keller: ¿cuál es el número de teléfono del caballero alopécico de la segunda fila?

La mujer de la túnica respiró muy agitada, abrió los ojos y volvió a cerrarlos. Con voz apagada dijo:

—Tres, siete, siete, ocho... no, nueve... la última cifra es un nueve. Tres, siete, siete, nueve.

—¿Lo es? —dijo el doctor Balkan con voz aflautada y mirando hacia la sala con ojos de pez-cofre.

—Efectivamente... —se oyó entre el público. Y luego hubo unos cuantos aplausos.

Aquella noche no sólo vi un cabaret. Aquella noche con tío Raimundo vi y oí cosas que jamás había oído ni visto. Vi al doctor Balkan danzando por el escenario como si fuera un flamenco africano injertado de pingüino. Vi a miss Keller en trance, levitando a dos palmos del suelo. Vi a una mujer que se desmayaba en la sala cuando el doctor Balkan le dijo que el hombre de su vida se llamaba Jorge y que esa misma noche el tal Jorge moriría en el descarrilamiento del Lusitania-Exprés. Oí cifras de billetes de banco, números de carnet, fechas de nacimiento y aplausos cada vez más intensos. Oí nombres de cimas de los Urales y de misteriosos afluentes del Ganges que el doctor Balkan transmitía telepáticamente a gente que jamás había estado en los Urales ni en el Ganges. Vi a un gorila de Guinea obedeciendo las órdenes mentales que un silencioso doctor Balkan le emitía con la mirada. Vi

a hombres comerciar con pasaportes y licencias de transporte de gasolina y medicamentos extranjeros. «Estraperlistas», dijo él llevándose un dedo a los labios, y en la mesa de al lado, dos agentes de la secreta. Vi a mujeres vestidas con trajes de chaqueta fumando con boquillas largas y llamando *chérie* a tío Raimundo mientras acompasaban sus risas con el movimiento de sus párpados y mi tío les decía cosas al oído que renovaban esas risas. Y sus risas eran graves y aterciopeladas como las cortinas verdes de La Corniche y no se parecían a las risas de mi madre y mis tías y tampoco a la risa blanca de las hermanas O'Callaghan en la guarnición del Norte, porque eran risas que surgían como del fondo de una caverna. Y vi a un hombre en mangas de camisa, con bigote muy fino y el pelo engominado que miraba a mi tío con una sonrisa extraña y bebía un licor de color rojo y fumaba cigarrillos de colores con el filtro dorado. Me pareció que ese hombre le guiñaba un ojo a mi tío, pero quizá me equivocara, tan escasa era la luz de las lamparillas de tortuga, y al poco tiempo se levantó de su mesa y se dirigió hacia la nuestra, pero tío Raimundo también se levantó y mientras lo agarraba de un brazo, le dijo algo que yo no pude oír y el hombre del bigote fino empalideció y se fue del cabaret sin volver la vista atrás ni guiñarle el ojo a nadie. El público aplaudía en pie y el doctor Balkan empezó a hablar del sufrimiento del pueblo alemán y mi tío me dijo: «Vámonos, se está haciendo tarde y no quiero preocupar a tu madre». Y yo pensé que en todo caso sería mi abuela la que estaría preocupada y no mi madre, pues a mi madre sólo le preocupaba que la llamaran por teléfono y aquellos días mi madre no era exactamente mi madre sino la hija de mi abuela, la hermana de sus hermanas y la protegida de Nani.

Fue entonces cuando se me ocurrió preguntarle por la guerra y él me contestó que su guerra había transcurrido entre copas de plata rebosantes de caviar y ciudades que arañaban el cielo gris con las

agujas de sus campanarios. Y del cielo gris brotaba la sangre que precede al rumor de los bombarderos, eso me dijo...

—Pero antes tuve una guerra, esa por la que tú preguntas, y decidí no saber nada más de guerras sin caviar... Fue aquí. Llevábamos un mes esperando un posible desembarco, pero no sabíamos dónde desembarcarían, ni cuándo, ni siquiera si tendrían tropas para organizar la operación o enrolarían a gente de la peor calaña como ocurre en todas las guerras y en la nuestra también. Estábamos acuartelados en la plaza de toros y cada noche cruzaba la ciudad desierta para dormir ahí donde nunca creí que llegara a dormir alguien, junto a los chiqueros. Una noche, a las tres de la madrugada, nos llamaron por teléfono para que preparásemos inmediatamente la batería. El enemigo había desembarcado y los escopeteros de la reserva, que eran gente de edad y jubilados, habían sido la única resistencia, poca cosa. Imagínate, ancianos casi, con escopetas de caza y máuseres de la guerra del catorce. Nos embarcaron a todos en camiones y ni mulos teníamos para cargar con las piezas, viejos Vickers y trastos así. Debíamos salir arreando y en cambio tuvimos que esperar varias horas a que organizaran un batallón de infantería. Y el reloj venga a correr, las cinco y las seis y las siete y las ocho, allí sentados, fumándonos las ganas de entrar en combate y pensando en el fácil paseo del enemigo, como quien va de excursión.

»Recuerdo que abrieron el Café Tetuán, uno de los bares cercanos a la plaza, y los oficiales nos fuimos a tomar un café con leche, eso algunos, porque otros pasaron directamente al coñac. Hacía un par de horas que había amanecido cuando apareció el batallón de marras junto con una compañía de Falange, trompetas y tambores. Era pleno mes de agosto y no te digo cómo apretaba el calor. Apenas había gente en la calle. Cuando hay soldados, no hay gente y la ciudad parece dormida, o muerta. Aunque se perciba el latido inquieto de los que miran detrás de los visillos, todo está muerto porque todo podría estarlo. Salimos de la ciudad convencidos de que el convoy no se detendría hasta llegar a Capdecorb, la zona del desembarco, pero qué va, en el primer pueblo, Lumespento, nos pararon y nos dieron la orden de bajar y esperar. El alcalde salió al

balcón del ayuntamiento y nos soltó una arenga de tomo y lomo sobre los salvadores de la isla y su glorioso destino contra la horda y luego varios embutidos para que nos hiciésemos un bocadillo por el camino. La gloria, los embutidos, la banda de música y despedida con vítores. Siguiente pueblo, Larté, nueva parada. Sin pan ni nada, eso sí, pero con discursito incorporado y a esperar bajo el sol. De allí al pueblo de Fartutx, todavía más alejado de la zona de combate, donde nos encontramos con la orden de preparar el rancho para la tropa. Más discursos, más embutidos, copa y puro. Hasta que el teniente coronel se subió a la parra y dijo que nos marchábamos a establecer la línea de frente...

»Nos dirigimos en columna por un polvoriento camino de carro y cuando llegamos a ver el mar ya estaban desplegados todos sus barcos. Íbamos por la carretera levantando una nube de polvo que se veía desde Singapur, pero los barcos, incomprensiblemente, no dispararon a blanco tan magnífico. Así que continuamos la marcha hasta llegar al cruce de una carretera que conducía al puerto y allí nos empezaron a llover mosquetonazos y el coronel nos mandó asentar junto a las cuevas, donde a Dios gracias había un melonar estupendo. Eran las tres y caía un sol de justicia, así que de aquel melonar sólo quedaron las pepitas. Entonces nos ordenaron ocupar el puerto. El batallón que nos habían mandado no había desplegado jamás, jamás había hecho instrucción en orden abierto, y sus mandos tuvieron que desplegarlos casi de la mano, como si fueran colegiales. Y a la compañía de Falange detrás del batallón, también. Abrimos fuego artillero y pudimos detener el avance de las columnas que subían a por nosotros. El batallón salió a su paso, pero una vez ocupado el puerto llegó una orden del Estado Mayor de la ciudad. Decía que el batallón se replegara hasta su punto de partida. Imagina el despropósito, abandonar una plaza ya tomada. Cuando subieron nos vimos otra vez en primera línea, desamparados y con el capitán herido por la metralla de los hidros de la flota enemiga. Algo colosal. Pero la noche fue muy tranquila. Podíamos estar de maniobras en lugar de en plena guerra. Al día siguiente apareció una compañía de infantería más otra batería y les dieron la orden de ocupar de nuevo el puerto. Órdenes y contraórdenes, venga para

arriba, venga para abajo, un sinsentido descomunal, si me parecía estar oyendo las carcajadas de Julio César, de Napoleón y de Von Clausewitz, todas a la vez. Un compañero mío mandaba una sección de pelotaris, de los del Jai-Alai, que eran lanzadores de granadas de mano, cómo no, y a éstos no se les ocurrió más brillante idea que avanzar frontalmente. Se los merendaron a todos, claro. Nosotros tirábamos en apoyo, pero sirvió de poco. Luego nos ordenaron que asentáramos la batería frente al edificio que había junto a las cuevas. Llevábamos dos días acampados y apenas nos habíamos movido unos metros y encima le ofrecíamos al enemigo una referencia maravillosa de blanco ahí frente a aquel edificio estridente. Disparaban con fuego naval y los Dorniers nos zumbaban de lo lindo desde el aire: a uno de nosotros que estaba mezclando agua con leche condensada le pasó un proyectil entre las piernas, como lo oyes, que reventó en aquel maldito edificio. Y en cuanto a intendencia, nada, menos mal que aún nos quedaban algunos melones. Mientras tanto nos entreteníamos pillando los radiomensajes del enemigo que llamaba a los quintacolumnistas sin obtener señal de ningún tipo. También a ellos los habían engañado. Nos contaron que uno de sus oficiales había desembarcado de un destructor en Portfranc, atravesando toda la isla en taxi hasta llegar a Capitanía para parlamentar con los mandos. En taxi... Cuando ya iba a regresar a su barco, lo detuvieron agarrado a la portezuela. Acabó fusilado y a estas alturas ya no sé si por estar en guerra o por la desfachatez del paseo en taxi sin que nada le ocurriera. Aquello era un sainete. Tuvimos la visita de esos mandos y volvió a haber mítines y anuncios de que llegaría aviación de apoyo y artillería pesada pero lo más pesado que veíamos era el sol y en cuanto a aviones lo único que volaba eran los Dorniers del enemigo, que empezaba a desplegarse de nuevo hacia arriba. Uno de los generales comentó que para echar a ésos de la isla le bastaban unos galones de cabo, pero me hubiera gustado verle a él, que cuando empezó la merienda de negros, regresó rápidamente a la ciudad, vaya si regresó. Porque nos tiraban como a conejos. Las ametralladoras de los Dorniers, en vuelo rasante, hicieron una verdadera escabechina entre los nuestros. Hasta que al cabo de

unos días llegaron en barco los cazas italianos, los Fiat, y fueron derribándolos uno a uno.

»Empezábamos a respirar, pero aún no había acabado todo. Nos ordenaron tirar sobre su puesto de mando desde una colina cercana. Allí nos dirigimos como en la huida hacia Egipto. Íbamos con un camión y una pieza atada con cuerdas y nos pilló el fuego cruzado. No sé cómo salimos del atolladero, pero salimos. No debían de ser muy buenos tiradores, supongo, o la risa les impedía apuntar con precisión, no sé. Situamos la pieza en la posición de la colina y disparamos una vez y otra sobre el mando enemigo. Y cuando parecía que no les dejábamos respirar, nos mandaron retirarnos. Aquello era ridículo, pero obedecimos una vez más. La guerra es como la paz, una comedia, créeme. Yo pensaba en mi profesor de táctica en la Academia y me parecía ver su cara de indignación. Si parecíamos bailarinas en un teatro incendiado, ahora por aquí, ahora por allá, puro disparate. En Capdecorb me encontré con un amigo que mandaba una sección de ametralladoras y estuvimos comentando el desastre mientras los cuervos graznaban en los tejados. Hasta que llegaron noticias de la ciudad, donde por fin habían depuesto al Estado Mayor en pleno y el oficial más antiguo de la guarnición había tomado las riendas de la batalla. Ahí empezaron a ordenarse las cosas y tuve por primera vez la sensación de pertenecer a un ejército y no a una cuadrilla de aficionados. En resumidas cuentas, hicimos una preparación artillera reglada que les costó un sinnúmero de bajas y la infantería avanzó cuanto pudo. Aquella misma noche oímos ruido de embarcaciones enemigas. Se marchaban. Y cuando llegamos al puerto vimos a nuestros muertos, y a los suyos, a todos esos muertos innecesarios de haber hecho las cosas según las más elementales normas tácticas. La playa estaba llena de cadáveres y el campo y las carreteras. Y luego vino el desfile triunfal en la ciudad y los aplausos y los himnos y aquel fantoche italiano en su caballo blanco y su tropa de asesinos de prisioneros y cunetas y una bandera roja arrastrada por un camión... Y fue en ese momento cuando decidí marcharme lejos de mascaradas y fanfarrones y mi primera escala fue la agregaduría militar en la embajada de Bucarest y el caviar y

las mujeres de piel como la nieve y los abrigos de piel de lobo, pero ésa es otra historia que no quiero contar, tú no me has preguntado por eso, ¿verdad?...

Yo no le había preguntado por eso, es cierto, pero le hubiera preguntado por las cunetas y los muertos y el fantoche italiano en su caballo blanco, aunque tío Raimundo pasara muy deprisa por todo aquello y se le dibujara una mueca sombría de desprecio en los labios mientras lo hacía, y el Citroën ya estaba llegando a casa de los abuelos y vimos a Nani que esperaba junto a la cochería, y cuando bajamos del coche dijo: «Están todos preocupados, no son horas don Raimundo, si todavía es un niño...». Como niños, como colegiales había dicho mi tío que desplegaban los soldados de la compañía de infantería, esos que no conocían la instrucción en orden abierto, ni las reglas del mahjong, ni al doctor Balkan y su paso de pingüino fúnebre y sin embargo conocían el miedo como lo conocen los niños y la muerte como la intuyen los niños cuando todo está por hacer aún y el miedo a no poder hacerlo aumenta el miedo mismo, a oscuras, mientras los demás duermen y la casa parece ocupada por los fantasmas que se escapan por la nariz de los sueños de los vivos, dedicados a rondar la muerte, pues eso es el sueño del dormido, rondar a la muerte, y también el juego caótico de la guerra, como colegiales, había dicho, y los cadáveres sobre la arena de la playa, que parecen dormir con los ojos abiertos, aunque todos sus fantasmas se hayan escapado por sus narices sangrientas cuando por fin dejan de respirar, cuando por fin dejaron de respirar.

14. La cena de Platón

El día anterior a nuestra marcha, la abuela adelantó la comida de Navidad.

—En esta casa Navidad será mañana y que me perdonen el obispo, el gran muftí de Jerusalén y el arcipreste de las Indias occidentales. Nora y Jaime no vienen este año y, estando aquí Zita, estamos todos, aunque tu padre, el pobre, se lo pierda. Ya hablé de ello con Nani y le parece bien, pero Nani no cree ni en los magos de Oriente, no como Ramón y sus rastacueros disfrazados de pájaro bobo. En cuanto a Lula y Malú, ninguna pega, tendrán dos comidas de Navidad.

Aquella noche tuve fiebre. Y al día siguiente, también. Pero me hicieron levantar para la comida de Navidad de la abuela Amelia. Llovía y habían encendido la lámpara del comedor. En vez de una comida parecía una cena y en vez de día parecía de noche, aunque en la calle las farolas permanecieran a oscuras, como en un muelle fluvial de los que pintaba tía Lula.

El abuelo se había vestido de etiqueta y llevaba una medalla de plata y seda verde en la solapa, con un pasador que ponía Melilla. Era una de sus medallas de la campaña de África, cuando aguantó durante meses el asedio de las cabilas rifeñas y luego colgó el uniforme porque la abuela le dijo que al otro lado del mar no se le había perdido nada. El abuelo contestó que al otro lado del mar estaba el mundo y mi abuela le respondió que donde estaba una mujer estaba el mundo también, así que no se anduviera con monsergas cosmopolitas. Fue la única vez que sus hijas vieron un abrazo entre sus padres.

La abuela se había puesto sus joyas de la India, porque la abuela había crecido en la India, por eso hablaba de su ciudad como si no

fuera exactamente su ciudad y de las monsergas cosmopolitas como de quien colecciona mariposas. Su padre había sido agente comercial de la Compañía Salinera Española y lo destinaron a Calcuta al frente de una oficina de Import-Export. Mi abuela aún decía Import-Export como si estuviera tomando el té en una embajada y los ojos se le teñían al decirlo del color de una puesta de sol en el Ganges. Mi bisabuelo exportaba sal e importaba yute y acabó de cónsul de España allí en Calcuta y sus lanceros bengalíes. Pero la abuela no nació en la India, sino en el canal de Suez, donde el buque que traía a su madre a la isla tuvo que esperar varios días a que desencallara un petrolero ruso y el capitán del buque, el Legazpi se llamaba, fue el padrino de mi abuela. Así lo contaba mi madre en la guarnición del Norte, cuando la nieve no nos dejaba salir de casa. «Estamos como la bisabuela Ana en el canal de Suez, aunque en vez de un petrolero ruso sea el general invierno, que también es ruso, el que nos retiene en el puente de mando y tú no hayas nacido cerca del Nilo, ni falta que hace». El puente de mando era el mirador del notario Raventós, desde el que veíamos las ramas secas de los rosales desaparecer bajo la nieve y yo imaginaba que los mirlos negros eran beduinos que nos vigilaban desde la costa del mar Rojo.

Cuando la abuela nos escribía lo hacía en viejo papel timbrado de la oficina de su padre. Recuerdo las señas: Spender & Connolly, Old Court House Street. O también con el papel del hotel donde vivían: Grand Hotel of Calcutta, Chowringhee Avenue. «En la India desapareces, no eres nada ni nadie», repetía a menudo, y nos hablaba del escribiente mister Bannerjee, que siempre estaba riendo, y del contable mister Bookerjee, que tenía los dientes ensangrentados de tanto masticar betel, y de la línea Barcelona-Manila, que hacía escala en Ceilán y remontaba luego la costa indostánica hasta Madrás. Mi abuela decía la costa indostánica y yo a veces pienso en el Indostán y en las villas coloniales de Indochina, junto al Mekong, y quemo una piedra de hachís, como canela

prensada, en el incensario de mi abuela, que es un buda de bronce, el único recuerdo que tengo de su paso por la India junto con un puñado de cartas con el membrete de Spender & Connolly, o del Grand Hotel of Calcutta. Y el perfume del hash, como tierra empapada por la lluvia, me hace pensar en desaparecer para siempre, en no ser nada ni nadie, como entonces, cuando sólo era la lente de una cámara de cine y en mis oídos sonaba la cítara de Anton Karas y mis padres bailaban sobre los adoquines acharolados de la guarnición del Norte.

Sonó el timbre y apareció tío Raimundo —«Yo no soy», le dijo a Nani al abrirle la puerta—, con un traje de cheviot, corbata de seda roja y el pelo planchado como un tanguista. Se sentó a la mesa junto a mi madre, que era su sitio en la mesa de mis abuelos, cuando todos eran solteros y vivían en la misma casa. Desde que tío Ramón se había ido a vivir al entresuelo, su plato seguía allí en todas las comidas, como si aún estuviera con mis abuelos y sus hermanas, que tampoco vivían con mis abuelos.

—Parece que habrá armisticio —dijo mi abuelo—. Ahora sólo se trata de saber si con el lujo del Congreso de Viena o con la infamia del Tratado de Versalles.

Tío Raimundo sonrió y en la sonrisa de tío Ramón vi al hombre de bigote fino y pelo engominado que le guiñaba un ojo en el cabaret La Corniche mientras el siniestro doctor Balkan recordaba el sufrimiento del pueblo alemán.

Tía Lula y tía Malú hablaban de unos abanicos de marfil y seda pintada que habían dejado en el ebanista para que les armara unas vitrinas. Tía Lula y tía Malú siempre hablaban de objetos: platos de cerámica de Manises, jarrones de Talavera, pisapapeles de Murano como jardines acuáticos, o el juego cortesano de té de Satsuma de la abuela. Mientras, tío Paco, el marido de tía Lula, estaba en una esquina, de pie, bebiéndose un jerez con cara de malhumor. Nunca supe por qué tío Fausto estaba siempre de malhumor. «A Paco se le hinchan las narices», decía mi abuelo. Y era verdad. Pertenecía a esa clase de hombres que siempre tienen razón y parece que su sitio en la vida dependa del enfrentamiento entre su visión de las cosas y la manera de ser de los demás, permanentemente observada con ojos

críticos, como si los otros fueran rivales que lo quisieran expulsar de un territorio conquistado a base de voluntarismo y destino salomónico. Tío Paco, desde su esquina, con las narices hinchadas y un tono de voz de capitán cabreado con la tropa, recriminaba a vivos y muertos, pero sobre todo a los vivos, con la mirada poseída por un incendio negro. «Por suerte el jerez le calma —decía mi abuela—, pero creo que lo suyo son celos metafísicos». Sin embargo en la calle o en su trabajo —tío Paco era oficial de Aduanas— era un hombre encantador, obsequioso y siempre dispuesto a resolver cualquier problema. Al revés que en las reuniones familiares, donde tenía la habilidad de saturar de electricidad cualquier conversación, por nimias que fueran sus causas. «Mientras a los demás les toca un Paco creciente, a nosotros nos ha tocado la erisipela de un Paco menguante», decía mi abuelo sin inmutarse.

Mi madre estaba radiante. Su piel parecía bañada en luz lunar y brillaba bajo la lámpara como un vestido de seda. Sus ojos —de un verde musgo salpicado de diminutas motas granates y doradas— tenían una película de agua sobre el iris, que los iluminaba con una extraña placidez, animal y satisfecha. Iba vestida con un traje de gasa negra y sólo se había puesto un collar de perlas que daba a su cuello el misterio de una ciudad fronteriza. Tío Raimundo la cogía de la mano y, mirándola, comprendí las palabras de mi abuela —donde está una mujer está el mundo— y entendí también la belleza, ligera y al mismo tiempo rotunda, volátil a la vez que densa, que podía encerrarse en una mujer feliz. Por primera vez lamenté la ausencia de mi padre.

Cuando Nani nos sirvió la sopa de Navidad, yo tenía las manos muy frías y mi cabeza parecía navegar por el océano Índico a bordo del Legazpi. Miré las flores azules del mantel, los jarros de cristal con peces de colores que había en las estanterías del comedor, los morillos de la chimenea, sosteniendo una danza de lenguas de fuego. La chimenea emitía una luz de confitura quemada que

producía en los rostros y las manos de mi familia una curiosa coloración ambarina. Pensé que eran fósiles encerrados en resina de ámbar. Las flores del mantel parecían moverse como algas en el fondo del mar y los peces de los jarros de cristal nadaban en el aire como insectos de alas membranosas. El delantal blanco de Nani se arrastraba por el comedor bajo la plata blanca de su pelo recogido, y parecía que su cuerpo hubiera desaparecido en la luz oscura de los muebles. Los morillos —dos cabezas con turbante que sacaban la lengua— salían de entre las estrellas de cerámica amarilla que orlaban la chimenea y eran dos lagartos arrastrándose hasta nuestros pies. Yo oía el rumor de distintas conversaciones como se oye el sonido de los motores de un buque en alta mar, confundiéndose con las olas, que eran las cortinas de lluvia que golpeaban en las vidrieras del ventanal del fumador. Vi que la sopa había desaparecido y que en mi plato había unas lonchas de fiambre, rodeadas de huevo hilado y gelatina dorada. Mi rostro bailaba, como una cabeza reducida de los jíbaros en el bloque de gelatina. Contemplé a mi abuela, que miraba hacia donde estaba mi madre con las cejas fruncidas y sus cejas eran raíles de un tren que se parecía a mi abuelo disfrazado de catafractario sármata del siglo I antes de Cristo, pero mi abuelo no iba armado, mi abuelo se reía y yo le oía decir: «¡Esto es la caraba, querido zangolotino, es usted un percebe palitroque, un escobillón runtiquitán!». Tío Raimundo me miraba repitiendo: «Yo no soy, yo no soy, yo no soy», y sus palabras me trasladaron hasta las palabras de mi abuela: «En la India desapareces, no eres nadie», y la mandíbula crispada de tío Paco me empujaba hacia ese país donde desapareces y no eres nadie y no importa que repitas las palabras de tío Ramón porque ya no eres, por fin no eres nada ni nadie y estás a salvo de todo menos de la muerte, que es la puerta de salida de una vida que abandonas sin llegar a conocerla del todo, porque nunca sabes lo que habrías sido de nacer en otro sitio, o en ninguno, entre otra gente o en otro tiempo, el tiempo de los húsares y los sables, no el tiempo de las gabardinas de caucho y las inyecciones de éter, el tiempo en que las habitaciones no se agrandaban como el comedor ahora mismo, que yo veía como podían verlo los peces voladores, desde lo alto de la

lámpara, y veía a mi familia alrededor de la mesa, sin oír sus palabras, pero sabiendo que en esas palabras estaba encerrada una pasión secreta y destructora como la espada del catafractario sármata, siglo I antes de Cristo, y esa pasión era como la gelatina, fría y mucilaginosa como la gelatina, como el dolor o como el mal. Y de repente todo fueron sombras bailando y supe que mi vida sería una vida entre sombras, una vida persiguiendo sombras, una vida rodeado de sombras y yo mismo una sombra que jamás podría enfrentar a un cuerpo porque en mi familia los cuerpos habían dejado de existir, salvo el de tío Paco y sus celos metafísicos y sus narices hinchadas. «Los isleños somos anfibios», me dije, sin saber por qué. Y vi el rostro blanco de mis tíos y mis tías, sus ojos negros sobre la piel blanca, como judíos en el ghetto celebrando el *pesaj* bajo una lámpara de aceite y alabastro, eso lo sabría después, no entonces, que lo sabía sin saber siquiera lo que era el *pesaj*. Y mi abuelo en su esmoquin negro y condecorado, con un trinchante en la mano, de pie, dispuesto a cortar el pavo relleno, era el patriarca de una tribu antigua que había perdido todas las batallas de una época de la que no quedaba rastro, ni memoria, eso lo supe entonces, pero no después porque después ya no hubo memoria, sólo sombras. Los lagartos que se arrastraban por el suelo con un turbante en la cabeza derribaron mi silla y dejé de oír el rumor de los motores del Legazpi, pero no las copas que se rompían cuando arrastré el mantel en mi caída. Y mi madre sonreía, ajena a todo, poseída por una extraña placidez, animal y satisfecha, mientras su cuello recogía el resplandor de las perlas como los muelles de una ciudad portuaria y el reflejo de las luces de los barcos en el agua oscura.

La casa de las mujeres era sólo un decorado y estaba ardiendo. Y los pájaros también hablaban en lenguas muertas.

15. Estación marítima

Recuerdo que escondí la cara bajo la colcha de hilo blanco y que a través de sus intersticios el paisaje de la habitación parecía un fragmento del paisaje nevado de la guarnición del Norte.

Oí la voz de mi madre: «Le está bajando la fiebre».

Oí la voz de mi abuelo: «La única forma de soportar estas cosas es hacerse novelista».

Oí la voz de mi abuela: «Uno no se hace, querido, uno es o no es».

Y pensé que mejor no, que no quería ser novelista ni nada, mejor nada, como en la India o en una villa abandonada frente al Mekong, si éstas eran las cosas que había que aguantar para hacerse novelista. Yo sólo era una cámara que registraba imágenes en blanco y negro al ritmo de una cítara deshabitada.

La luz del sol entraba por el balcón y las motas de polvo flotaban como copos por la habitación. Era el día de nuestra partida y tía Malú bajó a despedirse poco después de que yo me hubiera levantado de la cama. Llevaba puestos unos guantes blancos y una redecilla también blanca alrededor de la cara.

—Hoy se ha puesto la escafandra —dijo la abuela por lo bajo. Pero no dijo nada más. Nadie dijo nada, como si tía Malú vestida de momia fuera lo más normal del mundo y ésa fuera su vestimenta para las despedidas, como otros se visten de media gala para ir a un cóctel. La miré a través del envoltorio pero no pude ver hacia dónde miraban sus ojos, como si tuviera los ojos del mismo blanco que la

redecilla, y los pómulos y también los labios. Me aparté de ella, antes de que ella se apartara de mí de igual forma que iba apartándose de los demás. Como si sólo el roce pudiera contagiarle alguna enfermedad inconfesable. Desde la tarde anterior tenía la impresión de no saber quién era tía Malú ni nadie, de no saber quién era quién en la casa de mi madre.

—La verdad, Zita, no entiendo por qué has de abrazar tanto a tu hijo. Ya no es ningún niño; si hasta tiene pelo en el bigote.

Había cierto asco en la manera de decir la palabra pelo y la palabra bigote. Una tonalidad menor de la palabra asco y una irritación contenida disfrazada de hastío. Parecía que aquella noche tío Paco la hubiera contaminado con su virus indignado.

Mi madre no contestó. Mi madre jamás contestaba a sus hermanas, como si el hecho de vivir alejada de la casa familiar la desheredara de cualquier respuesta, o sus intereses estuvieran demasiado alejados de la vida cotidiana en casa de mis abuelos. El hecho de que tía Lula viviera con sus padres y la presencia de tía Malú en esa casa fuera aún mayor, casi obsesiva, que la de tía Lula, provocaba en mi madre la retirada silenciosa ante cualquier posibilidad de conflicto. Parecía incluso que ella fuera hija única, como yo mismo, y no viera, ni llegara a entender, el papel de sus hermanas en esa casa. Pero el tono que utilizó tía Malú con mi madre me hizo pensar en las idas y venidas telefónicas de esos días y sus salidas solitarias por la ciudad, mientras yo me quedaba con la abuela o paseaba en el Citroën de tío Ramón, lejos de ella, al revés que en la guarnición del Norte y la nieve.

Entonces Nani me cogió de la mano y acercó su rostro de gata a mi oreja.

—Ven conmigo a la cocina, que te he preparado el desayuno —dijo. Y yo me dejé llevar como un sonámbulo.

La cocina tenía una gran ventana que daba al jardín y una mesa de pino, rugosa de estrías color tabaco. Aquella mesa había llegado con Nani a la casa y la cuidaba como se cuida a un animal, lavándola cada noche con agua caliente y lejía. A mí me gustaba pasar los dedos por esa mesa y notar la dureza de sus estrías oscuras, las pequeñas simas de madera blanquecina, sus cantos redondos de

tanto soportar el agua hirviendo y la fuerza de las manos retorcidas de Nani, como nudos en el ramaje de un árbol centenario. El fregadero era una larga piedra gris, sin apenas profundidad, cruzada por delgadas vetas amarillentas, y las paredes estaban forradas de cerámica blanca con dibujos azules que parecían vasijas rescatadas de una nave romana. Al fondo estaba la puerta de la despensa y, a su lado, una puerta idéntica que daba a la cisterna. La parte superior de ambas puertas era de redecilla metálica y en las noches de tormenta se oía caer el agua con el sonido oscuro de un tambor líquido. Dos sillas de enea y las cacerolas colgadas en clavos de hierro eran el resto del imperio donde reinaba Nani como la hechicera de una tribu neolítica.

Al otro lado de la cocina, al final del pasillo, estaba la puerta cerrada de su dormitorio, una cámara secreta donde sólo a mi abuela le era permitido entrar.

—Anda, desayuna y déjalos con sus cosas, que nada en claro vas a sacar.

Nani había tostado algunas rebanadas de pan que ahora rodeaban un tazón de chocolate como los hornabeques de una fortificación militar. A su lado brillaba una escudilla de barro rebosante de confitura de membrillo. La capa superior se había blanqueado como cristal de salitre, pero por debajo se transparentaba una luz granate e intensa, como tallada por el sol. El humo del chocolate bailaba en el aire de la estancia. Al fondo se oían las voces de tía Malú y de mi madre, hasta que intervino mi abuela y dejó de oírse voz alguna, sólo unos sollozos que a mí me parecieron de mi madre y luego se oyó la puerta de la calle y supuse que tía Malú se había marchado envuelta en su escafandra.

—Venga, come, que estás demasiado delgado. Recuerda a las brujas de la muralla...

De pequeño, Nani me contaba historias tristes a la hora de cenar. Eran historias de hombres que se perdían en el desierto buscando a una mujer, o que habitaban en el fondo del mar y en vez de ojos tenían algas verdes como el musgo que tapizaba los huesos de los muertos. Una noche me habló de las brujas de la muralla. «Hay unas cuevas bajo la muralla de la ciudad —me dijo— en las que

viven unas brujas que no parecen brujas y por la noche roban a los muchachos delgados como tú y los convierten en sus esclavos. Les hacen transportar pesadas vías de hierro y sacos de antracita durante años. Y la oscuridad de las cuevas los vuelve ciegos. Hasta que las brujas que no parecen brujas e incluso van a misa de primera hora a la catedral, se cansan de ellos y los crucifican en la roca. Nadie los ha encontrado nunca, nadie habla de ellos jamás, pero sólo en este siglo se sabe de varias docenas de desaparecidos. Así que tú sabrás».

Aquella noche no conseguí dormir hasta que mi abuelo encendió una lámpara en su despacho y la luz de esa lámpara a través de la puerta entreabierta logró tranquilizarme. Fue la primera vez que la habitación y mi cama adquirieron proporciones desmesuradas y yo me empequeñecí como un personaje de Gulliver y acabé acurrucado en una esquina de mi cuarto bajo una potente luz blanca y mi cuarto dejó de ser mi cuarto y yo dejé de ser yo para ser otro que no conocía, otro del que nada sabía, salvo que tenía miedo y no podía escapar de su cuerpo reducido. Entonces mi abuelo encendió la lámpara de su mesa de despacho y todo volvió a ser lo que había sido siempre, excepto yo, que a partir de esa noche supe que podía ser otro diferente. Hasta que me dormí.

—Hay que robustecerse para que las brujas no le lleven a uno; la vida no está hecha para los débiles. Si no, mira a tu alrededor, tú que no haces otra cosa. Mira a los tuyos. Salvo tu abuela, todos son débiles. No saben de dónde vienen y tampoco adónde van. Nadie que no sepa de dónde viene, sabe adónde va. Una isla es como un barco en alta mar: nadie escapa de una isla si ha nacido en ella. Mira a tu madre: ése es su dolor, que ha querido escapar. Hay que ser fuerte como una encina. Pasan las estaciones y los hombres, el hambre y las guerras, todo pasa y todo regresa, pero la encina no: siempre está ahí, puede resistir sequías e inundaciones; puede arder por dentro, inmóvil, y nadie lo nota; puede parecer muerta y seguir viva, aunque sus hojas se sequen y a la luz del sol parezcan de bronce quemado. Para soportar la vida hay que ser como una encina. Para soportar a la familia, que es la única vida que tienes, si no eliges la soledad como hice yo, hay que ser como una encina y

callar, no decir nada, que nadie sepa si estás vivo o muerto, porque si hablas todo se vuelve del revés y acaba haciéndote daño, las palabras duelen como cuchillos, siempre hieren como cuchillos oxidados, y la enfermedad que inoculan dura toda la vida. Hala, piensa en las brujas y bébete el chocolate antes de que se enfríe.

Las palabras de Nani, que también dolían como cuchillos oxidados, me hicieron pensar en las palabras de mi padre: «Son las palabras las que conducen a la muerte, las que encienden la mecha de las guerras, nunca las armas. Por eso los militares hablamos poco; porque sabemos mejor que nadie lo que es la guerra, un invento de las palabras de los civiles cuando esas palabras muerden y mastican y sangran por sus bordes». Pero yo no había oído las palabras de mi madre, sólo sus sollozos al final de las palabras y el ruido de una puerta al cerrarse. Ni siquiera había oído las palabras de mi abuela, esas palabras que habían acabado con las palabras de sus hijas, sólo un rumor de palabras como el rumor del agua al caer en la cisterna en las noches de tormenta, como la música de una cítara entre las ruinas de una ciudad arrasada.

—Cuida de tu madre —me dijo tío Ramón—, las mujeres necesitan más cuidados que los hombres y sin ellas no somos nada.

Yo había bajado al entresuelo a devolverle el libro del príncipe Yussupov y a despedirme. Tío Raimundo se estaba vistiendo para un cóctel que se iba a celebrar en el buque escuela de la Armada argentina, recién llegado a la ciudad.

—Sirven carne de verdad, unos dry martinis estupendos y hablan como los ángeles. Verdaderos crisóstomos, eso es lo que son los porteños —me dijo—. Si quieres, quédatelo. —Y señaló el libro que yo llevaba en la mano—, quizá te sirva algún día más de lo que te pueda servir ahora.

Sonó el teléfono.

—Sí, querida, como tú quieras, en una hora paso a recogerte. Ciao.

Yo miraba los parterres del jardín pintado por tía Lula, las columnatas y los pájaros de colores que paseaban entre los setos y los suelos de ajedrez y pensé que esa pintura era el espejo de tío Raimundo, el laberinto de sus secretos, el escenario donde le habría gustado vivir. Y que sus palabras eran como las plumas de colores de los pájaros pintados por tía Lula, un vistoso camuflaje tras el que él se ocultaba como se ocultaba mi abuelo tras su inacabable enciclopedia sobre el arte militar. Y que esa necesidad de ocultarse entre columnatas y suelos de ajedrez, como un alfil solitario, escondía la verdadera esencia de su naturaleza. Todos son débiles, menos tu abuela, había dicho Nani, y tal vez el más débil fuera tío Raimundo, que había intentado escapar como mi madre y había acabado regresando, inventándose un mundo que no existía, ocultándose en el entresuelo de la casa de mis abuelos, como se oculta un animal herido del estrépito de la jauría y las escopetas de los cazadores.

—Siento no poder acompañaros al muelle, pero me esperan una flota de apuestos cadetes y un océano de dry martinis. Aunque no hay mal que por bien no venga: así tu madre verá a tío Federico y tía Dolores, a los que tanto quiere. Su Austin parece un coche mortuorio, pero la piel de sus asientos huele de maravilla.

Me acerqué a él y le besé. Tío Raimundo me abrazó y yo me abracé a él también, como si fuera un salvavidas del buque escuela argentino y su olor a lavanda pudiera trasladarme a Buenos Aires o a la India o a una villa abandonada junto al Mekong, con pájaros tropicales y suelos de ajedrez.

—Marchaos, caballero, y dadle muchos recuerdos a vuestro padre. Y no olvidéis que al final siempre habrá un Yussupov que os salve del Rasputín que todos llevamos dentro.

Las maletas estaban junto al perchero del recibidor. Tío Federico y tía Dolores hablaban con mi madre de los réditos de sus acciones del

canal de Panamá. Mi abuelo ayudaba a mi abuela a ponerse el abrigo.

—En esta casa sólo se habla del canal de Suez, Federico, aquí no recortamos cupones, ya lo sabes, ni tenemos plantaciones de caña, ni negros que nos abaniquen los pies. O sea que al coche, o no llegamos. Y tú, Dolores, dame el brazo, que mi hermano ya pierde el oremus. Por cierto, ¿cómo está tu madre?

La madre de tía Dolores aún vivía. Tenía cerca de cien años y parecía una momia maya detrás de una mesa camilla, musitando una larga cantinela ininteligible. Vivía en casa de tío Federico, junto a la judería, y todas las tardes, a las seis, se rezaba el rosario en su habitación. El resto del día la atendía el servicio. La tarde que mi madre fue a visitarla, yo estaba con tío Raimundo en La Corniche.

Tía Lula nos despidió en la puerta, cogida del brazo de Nani y cantando por lo bajo unas estrofas de *Cavalleria Rusticana*, su ópera favorita. El mundo de tía Lula era su gramófono y sus paisajes inventados, con muelles fluviales y barcos de vapor. Ninguno de nosotros sabía entonces que ese mundo acabaría saltando por los aires antes de que llegara el verano.

Mi abuelo y yo colocamos las maletas sobre la baca del Austin de tío Federico. El coche, de tan encerado, parecía de charol y la baca de plata.

—¡Menudo haiga, Federico! —Mi abuelo siempre le decía lo del haiga a su cuñado, hablara éste de automóviles, de la vendimia o de sus participaciones en los Altos Hornos de Vizcaya. ¡Menudo haiga, Federico! Y tío Federico callaba como si las palabras de mi abuelo fueran un tributo inaplazable. Entonces mi abuelo sonreía y le preguntaba por su suegra—: ¿Sigue doña Emilia tan locuaz como siempre?

Mi padre decía que las impertinencias de mi abuelo se debían a que su cuñado le había impedido comprar una casa cerca de la catedral y que por eso mis abuelos se habían ido a vivir a la avenida Wellington, en el Ensanche de la ciudad. Desde entonces mi abuelo hablaba del moho fúnebre de las ciudades antiguas y del sol rampante de las ciudades modernas.

—Viento sí tenemos, una ventolera, pero por lo menos espanta las miasmas, Federico, no como por tus andurriales, donde las lombrices se disputan el territorio con los microbios y el musgo de las tumbas. Si basta ver la cara de cenutrio que se os pone, todo el día con el reúma a cuestas y, por si no bastara, asediados por la arterioesclerosis.

Tío Federico sólo le permitía estas licencias a su cuñado porque tía Dolores sentía devoción por mi abuela.

—A mí me habría gustado tanto vivir en la India, Amelia.

—Pues no creas, Dolores, no es tan fácil.

Y luego mi abuela sacaba sus álbumes de fotografías y le contaba cosas del Grand Hotel of Calcutta y de mister Bannerjee, que siempre estaba riendo, y de mister Bookerjee, que tenía los dientes del color de la sangre de tanto masticar betel.

—Con tantos relojes, esto parece el tablero de mandos de un Junker, querido Federico. Sólo le faltan un par de ametralladoras.

Mi abuelo seguía con su tratamiento especial, pero nadie le hacía caso. Era una noche despejada y la humedad del mar convertía la carretera que bordeaba la muralla en un río de petróleo. Los faros del coche se reflejaban en la superficie y parecía que otros faros surgieran del asfalto. Al fondo estaban las luces de los cabarets de tío Raimundo. Vi las letras azules del Maracaibo, las letras amarillas del Muratti's y las letras verdes del Montecarlo, que parpadeaban entre los molinos abandonados.

—He ahí el imperio de nuestro Raimundo, puro cambalache —dijo mi abuelo.

El barco de la compañía Trasmediterránea humeaba amarrado a los norays del malecón, como una gran ballena blanca. Al bajar del coche, recogí un folleto del suelo en el que se dibujaba la ciudad antigua bajo la luna, pero no vi en ella lombrices ni microbios.

—Súbete el cuello del abrigo y recuerda lo que has visto estos días, que después pasa el tiempo y uno acaba en nada si carece de

recuerdos. Ya os escribiré, querido, y dame un beso.

El abrigo de pieles de la abuela olía a naftalina y el muelle a pintura naval y pescado podrido. Mi abuelo nos acompañó hasta la escalerilla y vi que le decía algo al oído a mi madre. Luego me dio la mano diciendo:

—Y ahora me fumaré un purillo de Vueltabajo, que esto se ha de celebrar.

—Vas a llenar de ceniza el coche de tío Federico —le dijo mi madre mientras le acariciaba las solapas de su abrigo de mezclilla.

—Pues eso precisamente es lo que voy a celebrar. Adiós, Zita, llámanos en cuanto llegues a los brazos de tu marido. Y sé feliz, mujer, tú que puedes.

Luego se dio la vuelta, retirándose hacia donde estaban la abuela y sus cuñados. Miré sus espaldas cargadas y pensé que nunca llegaría a conocer el peso que soportaban esas espaldas, un peso que permanecía escondido en los cientos de cuartillas y fichas de su Enciclopedia del Arte Militar.

Mientras mi madre se desvestía, saqué del bolsillo el folleto que había recogido en el muelle. El ojo de buey de nuestro camarote quedaba a la altura de mi litera. Las luces de La Corniche se encendieron en aquel momento. Los hoteles del paseo Marítimo eran sombras blancas cruzadas por la negrura de las palmeras y los ojos iluminados de sus ventanas. Alrededor de las farolas, el agua parecía aceite quemado. Pensé en el doctor Balkan y la vidente miss Keller, escapada del sufrimiento del pueblo alemán. Abrí el folleto y me puse a leer:

Le saludamos al pisar tierra española, deseándole cordialmente que pase una grata estancia entre nosotros. Podrá usted contemplar las bellezas artísticas y del paisaje. Saboreará el tipismo y el folklore. Observará también nuestra religiosidad, nuestros usos y nuestras costumbres. Es en nombre de todo esto

que le rogamos tenga en cuenta que en España es costumbre salir a la calle con traje completo, y que otra cosa es contraria a los hábitos y normas del pueblo español. Que su estancia entre nosotros perdure en su memoria con los más bellos y agradables recuerdos.

En aquel camarote del Ciudad de Algeciras las piernas de mi madre me devolvieron la imagen de las piernas de Barbara Stanwyck en *La amargura del general Yen*.

Recuerdo las piernas de mi madre, largas y torneadas, mientras se quitaba las medias. Muy despacio, como si se acariciara.

III

Él nunca se hizo mayor. Fue el mundo el que envejeció a su alrededor.

EL TERCER HOMBRE

16. La lámpara voltaica

Al fondo del valle, iluminada por los relámpagos, la guarnición del Norte era un yak del Tíbet con la piel cubierta de nieve. El ramaje eléctrico de la tormenta cruzaba el artesonado grisáceo del cielo y entre los truenos me pareció oír el cornetín de la comandancia tocando a silencio. Esta noche, los relámpagos también iluminan mi habitación y recuerdo los cuerpos que duermen desnudos mientras Babilonia cae.

En Villa Edelweiss había un grabado de la caída de Babilonia. Estaba en el recibidor, sobre una consola isabelina. El humo de la ciudad en llamas formaba una hilera de gasa entre las pinturas al fresco, los bajorrelieves y cúpulas del palacio de Asurbanípal y la amplia escalinata del trono. A sus pies, las alfombras orientales y las pieles de leopardo estaban cubiertas por flores, frutas y vasijas de vino. Había cojines de seda por las baldosas de piedra y cornamentas de animal colgadas de los capiteles. Los cuerpos, desnudos después de la orgía, surgían desparramados sobre alfombras y divanes: una danza de piernas, nalgas, brazos, pechos y vientres entreabiertos como higos en verano, anestesiada por el sueño y la resaca. Y al fondo, junto a las verjas abiertas, los guerreros de Ciro con las antorchas y las espadas en alto, preparados para el pillaje, la violación y la muerte. Una mujer mulata alzaba los brazos asustada, como queriendo detener la avalancha de furia y sangre, y los hombres de Babilonia, a los que el estruendo de hierro había despertado, apenas si podían recostarse para mirar el

horror cara a cara. El resplandor de las llamas iluminaba el palacio —como en primer plano, la piel blanca de las mujeres desnudas— y las lámparas de aceite, alineadas sobre la cornisa de los muros, oscurecían la escena. Si te acercabas a mirarlo parecía que oliera a humo, ungüentos y perfume ajado.

Cuando abrimos la puerta, mi padre nos esperaba a oscuras frente al grabado del notario Raventós.

—¡Vaya susto, hijo!—exclamó mi madre.

—Os estaba esperando. La tormenta ha hecho saltar los fusibles. Y el teléfono tampoco funciona. Me había quedado dormido en la butaca y os he oído llegar. Sólo hay que calentar la cena.

«Sólo hay que calentar la cena», dijo mi padre, y la frase sonó hueca y fría como el silencio después de una canción triste. La frase de mi padre también fue, durante unos segundos, una canción triste y yo imaginé su soledad de estos días y al imaginarla vi un par de esquíes rotos y un avión hundido en la nieve. ¿Qué había hecho mi padre mientras nosotros estábamos en la casa de las mujeres y él, aquí en la guarnición del Norte, apenas parecía que existiera? ¿Cómo son las vidas de los que queremos cuando están lejos de nosotros? ¿En qué cambia la vida la ausencia de alguien a quien se ama? Os estaba esperando. Sólo hay que calentar la cena. Y detrás de mi padre, entre tinieblas, caía Babilonia bajo la espada de los persas.

—Ayer cené en casa de los Montero, con O'Callaghan y el general Lastra, un hombre circunspecto y tristón como un mueble castellano, este Lastra. Habían invitado también a Márquez y a Alberto, pero vino Márquez solo y dijo que Alberto llevaba varios días en Madrid. Casi los mismos que vosotros en la isla. Como yo había estado de maniobras, no le dio tiempo a decírmelo. Y a ti se ve que tampoco.

—Yo no sabía nada —contestó mi madre. Y empezó a recoger los platos de la mesa.

—Claro. No tenías por qué saberlo. Nadie lo sabía. —Mi padre también se levantó y fue hasta la sala a recoger su cajetilla de

cigarrillos. Oí el chasquido del mechero y luego cómo expulsaba una larga bocanada de humo, una larga bocanada de palabras de humo.

—María Luisa me preguntó por vuestro viaje. «Ha sido una lástima que Ernesto suspendiera los permisos de la guarnición, pero con este asunto de los billetitos y éstos de Madrid husmeando por aquí —dijo mirando a Márquez—, pues ya me dirás qué podía hacer, el pobre. ¿O no, marido?».

Había aparecido otro billete, esta vez pegado con cola sobre la puerta del despacho del coronel Montero: «Él tiene sólo uno, pero os los ha cortado a todos», decía el billete. Hubo que rascarlo con navaja de afeitar. Montero estaba a punto de apoplejía.

—¡Brase visto cojones! Aquí acabamos todos en un castillo. Y porque ya no hay División Azul, que si no, me veo en el frente de Stalingrado y a vosotros detrás. Si a este paso habrá que comenzar con detenciones a diestro y siniestro, y no sé por qué me temo que más a diestro que a siniestro.

—Lo que tú creas, Ernesto, pero no te sulfures, que en Stalingrado no acabarás, pero la tensión la debes de tener ya por Estocolmo.

—Mira, María Luisa, tú en esto no te metas, que calladita estás más mona.

María Luisa de Escoriza calló, pero sus invitados sabían que esa noche quien iba a callar era el coronel Montero.

—Ustedes perdonen —dijo—, que el café se retrasa y voy a averiguar lo que está ocurriendo en la cocina. Y recuerden: aquí dentro no me fumen.

Y se levantó de la mesa sin mirar siquiera a su marido, como si él fuera el único que no estuviera en el comedor.

—Buena es María Luisa para que la hagan callar —comentó mi madre.

—Cuando nos quedamos solos —siguió mi padre entre bocanada y bocanada de humo—, Montero sustituyó la exaltación por la frialdad. «Señores —dijo—, esto ha de acabar como sea. Necesito al culpable y si no lo tengo en unas horas ante mí, empezarán a rodar cabezas de turco y así quizá se asuste y podamos dar carpetazo a tanta idiotez. No estamos aquí para contabilizar billetitos de la China, sino para defender a España. ¿Qué opina vuecencia?».

El general Lastra meditó antes de hablar. Luego se desabrochó el botón superior de la guerrera y se levantó estirándose los faldones hacia abajo. Paseó en silencio por el comedor durante un minuto inacabable. Todos le mirábamos.

—¿De verdad quiere que le diga lo que opino, coronel? Absolutamente nada. Yo sólo soy un desperdicio castrense, una fantasmagoría de la milicia. Ni siquiera sé por qué estoy aquí con ustedes, perdiendo un tiempo que ya no es mío. Me importan un pimiento sus billetes mandarines y un par de pimientos más lo que pueda ocurrir aquí, y si me apura, lo que llegue a ocurrir en esta tumba a la que usted llama España. Creo que he perdido todas las batallas. Soy una anticualla del siglo pasado. No debería importarles lo que opino o dejo de opinar. Le puedo hablar de África, si quiere, y de cuando el Ejército tenía memoria, pero no de esta nevera perdida entre montañas y sus incidentes de oficina de tres al cuarto. A mí ya sólo me interesa descansar y olvidarme de todo. En cuanto a ustedes, también viven en el olvido, lo que pasa es que no se dan cuenta. Y lo que es peor: me temo que ya están imposibilitados para darse cuenta. O sea, que sigan contando billetes, que yo me retiro. Adiós, caballeros.

—Al levantarnos —continuó mi padre—, los tacones de las botas golpearon contra las sillas y una o dos cayeron hacia atrás. Montero había empalidecido aún más que cuando hizo callar a su mujer. Ninguno de nosotros acompañó a Lastra hasta la puerta. Lo impedía la línea que había trazado entre él y nosotros. Sólo O'Callaghan le dio las buenas noches mientras retorcía la servilleta con las manos.

—Sigamos —dijo el coronel Montero, y ya estaba sentándose cuando María Luisa apareció en el comedor con Bismarck y Metternich, que empezaron a lamer las botas de su marido.

—Les traigo café de Guinea, nada de achicoria. Mi primo, el gobernador de Bata, tiene este detalle con nosotros: café y chocolate por Navidad. Y no les molesto más, no sea que al mariscal se le atragante el sable.

Montero ni se inmutó. Aún rumiaba las palabras de Lastra, buscando entre ellas el rostro de Chiang Kai-Shek.

Habíamos cenado a la luz de un quinqué del notario Raventós. Mi madre volvió a sentarse a la mesa y mi padre encendió otro cigarrillo. La chispa azul del mechero se reflejó en la pantalla blanca del quinqué.

—Lo que ocurrió después —dijo— no puedo contároslo por ahora. Os toca a vosotros. ¿Qué noticias traéis de ultramar?

Lo preguntó sonriendo, como si nunca hubiera dicho «Os estaba esperando. Sólo hay que calentar la cena».

—Pues lo de siempre, Eduardo —contestó mi madre—. Papá con su enciclopedia, mamá de jefa de Estado Mayor, Nani en el Servicio de Inteligencia, mis hermanas con sus cosas y Ramón hecho un Valentino, aunque envejeciendo. Hasta subió a comer con papá. Pero lo que más me ha gustado ha sido volver a pasear por la ciudad. No ha cambiado nada y creo que deberíamos volver cuanto antes. Aquí no se nos ha perdido ya nada.

—No tengo yo esa impresión, Zita. Y sabes que hasta que no llegue el ascenso, de aquí no nos mueve ni un alud. Por cierto, ¿con quién paseabas?

Mi madre titubeó.

—Sola, ¿con quién si no?

—Con Lula, o con el mismo Ramón, no sé.

Y luego callaron los dos. Sólo se oía el tictac del reloj de pared del recibidor y el tiempo pasaba sin que yo pudiera contarle a mi padre la aventura del doctor Balkan en La Corniche, con tío Raimundo, o lo que vi y oí cuando me subió la fiebre y la casa de las mujeres empezó a arder como un teatro de cartón. Mi padre quería hablar con mi madre y yo no tenía nada que hacer allí. Eso parecía decir el péndulo del reloj retumbando en el silencio oscuro de Villa Edelweiss.

—Deberíamos irnos a la cama —dijo mi madre—. Toma esta palmatoria y que tu padre te encienda la vela. Estoy muy cansada. Mañana será otro día.

Besé a mi padre y subí a mi habitación. Ellos seguían en silencio, allí en el comedor. Yo estaba muy cansado. Antes de dormirme, se iluminaron en la oscuridad las piernas de mi madre mientras se quitaba las medias en el camarote del Ciudad de Algeciras.

No sé cuántas horas habían transcurrido cuando me desperté. Soñaba que tío Ramón corría por una calle por donde volaban anuncios de salas de fiestas con el rostro sonriente de Xavier Cugat, como si fueran hojas en un día de viento otoñal. Tío Ramón se giraba de vez en cuando hacia atrás y continuaba corriendo. Una sombra le perseguía. En el sueño se veía el abrigo y un sombrero de aquella sombra, pero no se podía distinguir el rostro de su dueño. Sólo se oían sus pasos como el tictac del reloj de pared. Tío Ramón estaba muy pálido y gritaba: «¡Yo no soy, yo no soy!». Y la sombra dijo: «¡Viva el príncipe Yussupov!». Entonces sonó un disparo y fue cuando me desperté.

Tenía la boca seca y bajé a la cocina a buscar un vaso de agua. Le di al interruptor de la luz, pero seguíamos sin corriente eléctrica. Afuera granizaba y los cristales parecía que fueran a romperse por el viento. Cuando pisé el último peldaño de la escalera vi a mi padre, solo, a oscuras, mirando el grabado de la caída de Babilonia, que se iluminaba con la brasa de su cigarrillo. Llevaba la guerrera abierta y de uno de sus bolsillos asomaba la culata de una pistola. Lo miré sin que él se diera cuenta, sin moverme del último peldaño de la escalera. Vi la imagen de un hombre solo y pensé que ésa era la herencia que me dejaría mi padre: la de ser un hombre solo, por rodeado de gente que estuviera en mi vida. La brasa se encendía y apagaba como un mineral que encerrase la sangre licuada de una vida secreta, ajena a la del hombre que estaba detrás. Vi las tropas persas con las espadas en alto y las mujeres desnudas después de la orgía. Vi la tristeza del rostro de mi padre, como si en vez de estar en el recibidor, estuviera dentro de aquel grabado y supiera que no había salvación para él, ni para la ciudad que amaba —él, que no era de ninguna ciudad y lo era de todas—, ni para las mujeres que horas antes le acariciaban. Entonces la lámpara del recibidor empezó a chisporrotear. Mi abuelo le llamaba a eso «hacer fulufios». Los filamentos de las bombillas adquirieron una tonalidad azul como la

chispa del mechero de mi padre. Temblaban como parpadeando y ese azul temblequeante parecía el azul del hielo en la montaña. Después volvieron a apagarse. Mi padre no se movió. Como si nada pasara a su alrededor o él estuviera muy lejos, allá en Babilonia, mientras la ciudad cae. Y parecía que toda la casa oliera a humo, ungüentos y perfume ajado.

Me di la vuelta y, sin hacer ruido, regresé a la cama. Mi padre no se movió del recibidor. Tuve miedo y pensé que el miedo también era una pasión, como la del general Yen por Barbara Stanwyck. Sólo que yo no conocía el porqué de esa pasión que me atormentaría el resto de mis días. Sé que me dormí. De lo que ocurrió aquella noche no sé nada más.

17. El Café de Kant

Emmanuel Kant tomaba varias tazas de café al día en Königsberg y yo ni lo pruebo. Pero entonces no lo sabía. No sabía quién era Kant y tampoco que con los años yo apenas bebería café.

Mi padre había salido muy temprano de casa, todavía dormíamos mi madre y yo. O eso creí al despertarme. Toda la casa olía a café recién hecho y me pareció que ella seguía en cama, tan cansada como estaba del viaje. Pero fue sonar el teléfono, un solo timbrazo, y descolgarlo, como si estuviera a su lado esperando esa llamada. Hablaba en voz muy baja, casi en secreto, como no queriendo despertarme, aunque yo ya llevara un rato despierto.

—Sí, soy yo... no, no está... dime... espera... sí, el Café de Kant... un taxi, sí... yo también... hasta ahora mismo.

Cuando colgó yo estaba mirándola desde el fondo del pasillo. Se había vestido y pintado los labios, que ahora rozaban el capuchón de su pluma como si fueran sus labios los que meditaran, pero unas ojeras grises le apagaban el brillo acuático que tenían sus ojos en casa de mis abuelos, o cuando escuchaba los discos de Cole Porter esperando a que llegara mi padre de la frontera. Se había puesto su traje de chaqueta blanco y negro, de pata de gallo, el mismo que llevaba el día que nos marchamos de la guarnición del Norte y yo vi a mi madre como si fuera una mujer de París a la que le faltara un galgo ruso al extremo de una correa colorada. Pensé en la mirada de mi padre frente al grabado de la caída de Babilonia. Pensé que mis padres nunca habían tenido antes esa mirada y que esa mirada apagada les alejaba de mí y a mí de ellos. Pensé que ambos tenían la misma mirada que tío Ramón al hablar de la guerra y el mar teñido de sangre, la mirada de tía Lula cuando salió a despedirnos

del brazo de Nani y cantaba unas estrofas de *Cavalleria Rusticana*. Una mirada que se está despidiendo de la vida. Una mirada muerta.

Pero esa mirada no me asustó; me había asustado el cadáver en el Duesenberg de tío Jaime Doval sin verle siquiera los ojos, pero la mirada de mis padres, no. Fue como si de esa mirada yo pudiera extraer la fuerza que ellos habían perdido y poseerla, hacerla mía para siempre y con ella ver más allá de las cosas, que nada quedara fuera del campo de esa cámara de cine que eran mis propios ojos. Como si apagándose los suyos encendieran en mí una luz de la que hasta entonces yo carecía. Yo había desaparecido de su mirada y a partir de esa desaparición era el centro de mi propia mirada. Como la herencia de un destino, por ejemplo, o de una forma de mover las manos e interpretar el mundo.

Mi madre me dijo que la había llamado María Luisa de Escoriza. Que se creía que todavía estaba durmiendo. Que me iba a dejar una nota. Que tenía que salir con María Luisa y que no se lo dijera a mi padre, algo de una sorpresa y un secreto entre tú y yo. Eso me dijo mi madre como excusándose. Yo nunca había visto a mi madre excusarse. Ni siquiera con mi padre. Le cogí la mano y su mano parecía de nieve, aunque esa mañana el cielo estuviera despejado como el mar en calma y el sol derritiera la nieve del jardín del notario Raventós y delante del jardín aparcara uno de los dos taxis que tenía Luis Duncan en la guarnición del Norte, un Opel gris perla que parecía un delfín. Y esos taxis, matriculados en Andorra, decían en la ciudadela que le servían a Duncan para pasar películas de contrabando, medicamentos y tabaco rubio americano. Incluso personas, decían, encerradas en la maleta, como perros. Eso decían en la ciudadela en voz baja. Como si temieran a Duncan, o Duncan supiera alguna cosa de ellos que no querían que se desvelara jamás.

—¿Tú sabes dónde está el Café de Kant?

Claudia O'Callaghan me miró como si le hablara en una lengua extranjera y pensé que ésa era la manera que reservaban las

mujeres para mirar a los hombres. Como si los hombres no entendieran nada y al no entenderlo lo complicaran todo, cuando si todo era, lo era precisamente por su sencillez, una sencillez que sólo las mujeres alcanzaban a comprender porque les pertenecía, y por eso miraban a los hombres como si les hablaran en una lengua extranjera.

—El Café de Kant, no. El Café Edecán, sí, tonto. Junto a la estación.

Habíamos ido al hall del Bristol a esperar a mi madre, aunque una hora antes hubiéramos visto a mi madre en el Café de Kant. Y frente a ella, junto al ventanal, había un hombre de uniforme que nos daba la espalda a Claudia O'Callaghan y a mí. Llevaba puesto el capote de montaña y el vaho del Café Edecán impedía que viéramos con claridad el pelo de aquel hombre. Podía ser mi padre y podía no serlo. Y mi madre miraba a ese hombre de una forma distinta a la que me había mirado Claudia O'Callaghan cuando le pregunté por el Café de Kant. Le miraba como si él le estuviera hablando en la misma lengua, no en otra distinta, no en la lengua que tienen los hombres. Mi madre sí entendía las palabras de aquel hombre que podía ser mi padre, pero que tal vez no lo fuera. Y lo entendía porque se estaba despidiendo de él para siempre. Lo leí en sus ojos que en aquel momento sí traspasaban el vaho del Café Edecán y el vaho de la nieve al derretirse y el vaho que surgía de mi boca al respirar. Sólo entonces supe que aquel hombre de uniforme no era mi padre, no podía ser mi padre, porque jamás había visto a mi madre mirar a mi padre de esa forma, despidiéndose de él para siempre. Cerré los ojos y le dije a Claudia O'Callaghan que nos marchásemos. Y Claudia O'Callaghan me acarició el cuello y me dijo que sí, «pues vámonos —me dijo—, aquí no tenemos nada que hacer». Y yo entendí sus palabras y se las agradecí con una sonrisa, porque sin necesidad de abrir los ojos noté que Claudia O'Callaghan me miraba como habían dejado de mirarme mis padres y me

hablaba en una lengua que yo sentía viajar muy deprisa dentro de mí. Entonces Claudia O'Callaghan cogió un puñado de nieve y me lo frotó en la cara y sin que me diera tiempo a nada me besó en la boca y me lamió la cara con su lengua para beberse la nieve como si tuviera mucha sed. Y su lengua estaba tan caliente como fría estaba la mano de mi madre después de colgar el teléfono, cuando me dijo: «No le digas nada a tu padre, es un secreto entre tú y yo».

María Luisa de Escoriza estaba en el bar del hotel y al vernos llegar hizo señas de que nos acercáramos. No se había quitado el abrigo, pura marta cibelina, hija, ya sabes, lo bueno es caro pero dura para siempre, y llevaba el rostro pintado como el escudo de un indio sioux.

—¿Sabes dónde está tu madre? Había quedado con ella para tomar el aperitivo y llevo más de diez minutos esperándola. Vaya plantón. Oye, niño, tráeme un Cinzano y unas almendritas saladas. Supongo que no tardará; sería el colmo, vamos, dejarme sola.

Le dije que mi madre venía hacia aquí. Que se estaba arreglando cuando Claudia O'Callaghan vino a buscarme a casa. Que me dijo que nos adelantáramos para avisarla de su retraso. Que habíamos llegado ayer por la noche y se había pasado la mañana esperando a un electricista de la comandancia. Le mentí con la misma facilidad que si hubiera estado mintiendo durante toda mi vida. Le mentí como miente quien novela lo que no ha vivido.

—Bien —contestó—. Pues por mí no estéis. Anda, id a jugar, chicos. La esperaré sola, a ver qué noticias trae del mundo civilizado. Niño, estas almendritas están rancias. Haz el favor de traer unas almendras como Dios manda, que esto no hay quien lo coma, si parece alpiste. Es el colmo, ni almendras se pueden comer en este iceberg. Quién pudiera estar ahora en El Sardinero o en Madrid, con lo bien que se está en Madrid.

María Luisa de Escoriza no dijo iceberg. Dijo «aisberg», juntando mucho los labios al final y entornando los párpados como si tuviera

ante sí el mar de Santander, el yate Azor y los atunes pescados por Franco. Claudia O'Callaghan me estiró de la manga del abrigo y volvió a decirme las mismas palabras que frente al Café Edecán: «Vámonos, aquí no tenemos nada que hacer». Y me llevó de vuelta al hall y luego a las escaleras de madera y de nuevo, como dos semanas atrás, ante la puerta de la habitación número 117.

Pero esta vez no oí hablar del África central, ni del continente antártico, cuando los océanos eran un campo de batalla. La puerta 117 estaba entreabierta y Claudia dijo «qué bien, ya se han ido, así podré volver a besarte en privado, como se besan en el cine donde siempre hay humo y habitaciones de hotel y el ruido de las tazas más abajo». Lo dijo como si recitara y al mismo tiempo como si nunca hubiera dicho a nadie algo así. Las cortinas de la habitación estaban echadas. Eran unas cortinas de terciopelo verde, como el fondo de las panoplias del despacho de mi padre en la comandancia, como las faldas de la mesa camilla de Villa Edelweiss. Claudia O'Callaghan se quitó el abrigo y después del abrigo, el jersey de lana colorada. Dio unos pasos hacia atrás y se apoyó en el respaldo de una butaca. «Ven, tonto, no te creas que vaya a esperar todo el día». Me acerqué a ella e intentó dar un paso más hacia atrás, como si jugara al tulallevas. Tenía las mejillas del mismo color que el jersey que ahora descansaba sobre la tarima de madera y los ojos le brillaban en la penumbra, nocturnos y gatunos. Las aletas de su nariz parecían tener vida propia, al margen del resto de su cara. Respiraba muy agitada y yo no sabía muy bien qué hacer. Acercarme más, abrazarla, tocarle la boca con los dedos, volver a notar el ardor húmedo de su lengua, oler otra vez el aroma dulzón de su saliva. Pero todo eso lo deseaba como si yo fuera otro, obedeciendo compulsivamente una orden de cuyo origen nada sabía y me estuviera viendo desde fuera, viera a ese otro que también era yo, como me veía de noche en mi habitación cuando el espacio y los muebles se agrandaban y yo me acurrucaba en una esquina

iluminada por un foco invisible. Sólo que esta vez tampoco tenía miedo y un fuego desconocido se apoderaba de mi vientre y corría como lava en el pecho. Ella volvió a moverse y entonces la vi, vi la mano blanca y detrás de la mano la bocamanga con estrellas de oro y la sangre que las ensuciaba convirtiendo el oro en bronce. Y más abajo, sobre las tablas de madera, una pistola plateada con las cachas de nácar.

—Salgamos de aquí —le dije.

Claudia O'Callaghan me miró y después miró hacia atrás, hacia la butaca donde se estaba apoyando. No gritó. No dijo nada. Se agachó muy deprisa y recogió el jersey colorado y el abrigo de mezclilla. Luego se dirigió hacia la puerta y vi que sus ojos ya no brillaban en la penumbra.

En el pasillo casi nos dimos de bruces con Luis Duncan. Parecía un jabalí, con el ceño fruncido y su abrigo negro, que le llegaba hasta los pies. Ni nos vio. Cuando bajamos al hall, estaba marcando un número de teléfono. Luego dijo dos palabras, sólo dos. Y colgó. Se puso el sombrero y salió del hotel Bristol. Mi madre estaba en el bar con María Luisa de Escoriza. Cuando me di la vuelta, Claudia O'Callaghan había desaparecido.

Mi madre y yo nos dimos un beso pero no nos dijimos nada. Yo sabía lo que ella no. Sabía que el Café de Kant era el Café Edecán y sabía que en la habitación 117 había un cadáver. Sabía cómo podía mirar mi madre a un hombre y sabía cómo miraban las mujeres a los hombres. Eso bastaba. Y estaba hablando María Luisa de Escoriza.

—Pues tú me dirás. Lo cierto es que me tiene preocupada. Lo veo inquieto y alterado, como si hubiera envejecido, pobre Ernesto. Genio siempre ha tenido, pero la verdad es que sangre fría también. Un hombre de su responsabilidad ha de saber mantener la sangre

fría. Y ahora lo veo alicaído y nervioso. Demasiado nervioso. ¡Si ni a los perrillos hace caso! Chica, a ver si acaba de una vez este trajín de los billetes chinos, que tan a mal traer nos está llevando. Fíjate tú que la otra noche me mandó callar delante de tu marido. Menos mal que todas eran personas de confianza, aunque también estaba Lastra, del que no me fío un pelo. Se lo he dicho a Ernesto: por muy general que sea no es de fiar. Y él, callado como una tumba. La disciplina es un arma de doble filo, te lo digo yo, que llevo más años que tú en esto. Y a éste lo han mandado aquí porque no sabían qué hacer con él. Claro, como el pobre Ernesto tiene las espaldas tan anchas. ¡Niño, tráenos otro Cinzano! Tú quieres, ¿verdad? Te sentará bien, que estás muy pálida. A ver si el clima de tu isla te provoca *surmenage*. ¿No estarás embarazada? Sería una suerte para el niño, otro chico, porque ya me dirás, aquí sólo tiene a las chicas del Ayudante, o a nosotras, y eso no es sano, que luego el niño sale rana, ya me entiendes, pero bueno, qué estás diciendo María Luisa, nada como un vermutito italiano para aligerar la lengua y espantar el frío, chica, pero la verdad es que ahora no he estado muy oportuna, perdóname, este feo asunto nos tiene a todos en vilo... Pero ¿qué ocurre, Zita, qué está ocurriendo?...

Llovía. Frente a la cera habían aparcado el Volkswagen negro del coronel Montero y el Simca color cereza de la comandancia, el mismo que a veces venía a buscar a mi padre a nuestra casa. Vimos al coronel seguido por O'Callaghan, Yáñez y Márquez y, cruzando la vidriera, al askari del general Lastra con su chilaba rayada y a Bismarck y Metternich mordiéndole las botas. Los oficiales que había en el bar se levantaron de sus sillas y se dirigieron rápidamente al hall. Hubo taconazos, saludos y voces. Un velador cayó al suelo. Montero subía los peldaños de la escalera de dos en dos. María Luisa de Escoriza y mi madre también se levantaron muy deprisa. Parecía que hubieran saltado los muelles del sofá de pared. Yo no me moví. Yo era la única persona del Bristol que sabía lo que estaba pasando.

—¡Quédense ahí! —gritó Montero apoyándose en la barandilla—. ¡Y que nadie salga del hotel! Cierren las puertas si es necesario y, usted, Yáñez, ponga a un par de muchachos montando guardia en la

calle. Y ese moro —dijo señalando al askari— que se quede en la calle también. De aquí no se mueve nadie.

—¿Y tu marido? —preguntó María Luisa con el cuello enrojecido—. ¿Dónde está Eduardo?

Mi madre no contestó y yo pensé que tampoco ella sabía dónde estaba mi padre. Imaginé al coronel Montero junto a la butaca de la habitación 117. Se oyeron algunos gritos, órdenes en voz muy alta. Y de nuevo el ruido de las botas en la tarima.

—Llamen a la comandancia. Que venga el capitán médico inmediatamente.

—¿Qué ocurre, Ernesto? ¿A qué viene tanto revuelo?

El coronel Montero estaba otra vez en el centro del hall, con el capote sobre los hombros y una mano en el cinto de la guerrera. La otra mano golpeaba la caña de la bota izquierda con una fusta de cuero. Llevaba su abrigo de piel de lobo sobre los hombros y una bufanda de seda blanca alrededor del cuello. Metternich y Bismarck se habían echado a sus pies. Los oficiales le rodeaban en posición de firmes. Uno de ellos había desenfundado la pistola. El Bristol volvía a ser un hotel de París durante la Ocupación.

—El general Lastra —dijo—. Un suicidio, coño.

18. La piscina de Pompeya

A la mañana siguiente, la guarnición del Norte parecía la posición avanzada de una nación en estado de guerra. Por las calles patrullaban grupos de soldados con las bayonetas caladas y en las entradas y salidas de la ciudadela se habían instalado puestos de ametralladoras rodeados de sacos terreros. Había centinelas en las esquinas y nadie de paisano en la calle, como si esperásemos un ataque masivo del maqui. Un par de camiones caquis circulaban arriba y abajo y el viento abombaba la lona de los volquetes como un globo Montgolfier que fuera a emprender el vuelo. Por las puertas de la comandancia entraban los oficiales con carteras de cuero bajo el brazo y el uniforme impecable, en perfecto estado de revista. El coronel Montero había mandado cablegrafiar la noticia del suicidio del general Lastra al Ministerio de la Guerra en Madrid y a la Capitanía General de Barcelona. Estaba reunido en su despacho, esperando una respuesta que no llegaba. El capitán O'Callaghan permanecía arrestado en la sala de banderas.

—No me haga reír, Márquez, y demuéstreme la relación entre los anónimos chinos y la conspiración monárquica, demuéstrela, hombre. ¿Acaso cree que los monárquicos quieren que el destronado emperador de la China sea el rey de España, imbécil? No diga sandeces, hombre, no sea cretino. Ahora que Lastra está muerto ya sé por dónde van los tiros. Y en cuanto a O'Callaghan, está usted equivocado. Completamente, ¿me oye? O'Callaghan es africanista, no monárquico; es hombre cabal y tengo plena confianza en él. Que le haya dejado arrestarle no es más que una formalidad. Cuando esto acabe, que va a acabar muy pronto, voy a levantarle el arresto y proponerle para una cruz blanca al Mérito militar. ¿No ve usted que O'Callaghan era quien me vigilaba de cerca a Lastra? Se habían

conocido en el Sáhara y el general sentía cierto afecto por él, desde el día que enviudó allá en Melilla. Ustedes los de la Segunda ven fantasmas por todas partes. Lo que tienen que averiguar es por qué coño un general se suicida vestido con una guerrera de coronel. Y luego me hace un memorándum y santas pascuas, asunto cerrado, ¿me oye?: ¡cerrado! Que a costa de mis hombres usted no consigue un ascenso, Márquez, se lo digo yo. O sea que a trabajar. Y esta gente de Madrid, sin contestar... Puñetera burocracia.

—¿Usía da su permiso? —Era Yáñez, con un cablegrama entre las manos. Se lo entregó al coronel Montero. El comandante Yáñez se había puesto el fajín azul turquesa de diplomado de Estado Mayor.

El coronel lo leyó en silencio, de pie junto a su mesa, con la boca prieta, las mandíbulas de rumiante en movimiento y una mano apoyada sobre el auricular del teléfono.

—Señores, habló Madrid. Les leo: *Que lo entierren. De madrugada y sin honores militares. Orden de El Pardo*.

Hubo un silencio tenso y espeso, como después de aullar los lobos en una noche de niebla. Nadie dijo nada. De madrugada y sin honores. Aquello era una ofensa militar. Eso dijo mi padre durante la cena. Y luego añadió: «Monárquico y de artillería, claro». No dijo nada más.

—Y ahora, Márquez, si hace usted el favor, vaya a lo suyo y déjenos a nosotros con lo nuestro. Aquí no va a haber ni un billete de sobra, ni una sola tontería más contra el caudillo. Y que la tropa vaya retirándose a la comandancia, Yáñez. Deje a uno o dos retenes patrullando y los demás a los barracones.

—A sus órdenes, mi coronel.

—Y en cuanto a O'Callaghan, Balmoral, cuando acabe Márquez de hablar con él, que venga a mi despacho. Quiero el cuarto de banderas vacío y a todo el mundo en su puesto. Aquí no ha pasado nada. Y después me trae usted el informe que le encargué sobre las fortificaciones de frontera. Lo necesito.

Cuando Claudia O'Callaghan y yo entramos en el hall del Bristol, el hotel parecía abandonado y las calles eran fragmentos rotos de la taiga siberiana. El bar estaba cerrado y el conserje dormitaba en recepción.

—Qué bien, te podré llevar a la cripta —dijo Claudia O'Callaghan en voz muy baja.

Yo nunca había estado en la cripta, pero había oído hablar de ella a mi madre. A principios de siglo, el hotel Bristol era un balneario de aguas termales. Pero en los años treinta se impuso la moda del esquí y el balneario se convirtió en un hotel de montaña al que acudían los burgueses aficionados al *sport*. Del viejo establecimiento se conservó una piscina de aguas cálidas en el sótano. Se le llamaba la cripta, y después de la guerra se cerró a clientes y extraños. Pero en la ciudadela se decía que el dueño del Bristol, un alemán llamado Stadler que había ganado una medalla de plata en natación durante la Olimpíada de Berlín, la había conservado en su estado original y nadaba en ella todas las noches, después de apagar las luces del bar.

Claudia O'Callaghan iba delante. Claudia O'Callaghan siempre iba delante, incluso hablando iba siempre por delante de mí. Sólo con sus hermanas se mantenía a veces en silencio y las escuchaba, como quien escucha una parte de sí mismo que aún no conoce del todo. Bajamos los peldaños que conducían al sótano. Era una escalera larga y angosta iluminada por unos apliques de latón sucio. Al fondo había una puerta de teca con un ojo de buey de latón tan sucio como los apliques. Claudia la empujó y entramos en una sala en penumbra que parecía el gimnasio de la comandancia.

—Ahora cierra los ojos y no los abras hasta que yo te diga. Voy a encender las luces de la piscina.

Por supuesto no los cerré. Miré las tres cúpulas del techo y me recordaron el grabado babilónico de Villa Edelweiss. Unas columnas de fundición se repartían por la estancia como árboles fosilizados. A uno de los lados del techo había una larga claraboya por la que se filtraba la claridad del jardín del hotel, más difuminada a medida que se acercaba al mosaico que cubría el suelo. Las paredes estaban pintadas de colores verdes, azules y rojos que dibujaban las aguas

del mármol. Y unas ánforas grises, rodeadas de helechos, abubillas, jilgueros y zorzales, adornaban las aguas veteadas de la pared. Dos largos bancos de madera se apoyaban en los muros. Dobladas sobre uno de esos bancos había varias toallas a rayas blancas y ocres.

Oí el chasquido de un interruptor y ante mis ojos, en el centro de la sala, apareció la piscina, de un verde aguamarina idéntico al de los ojos de Claudia O'Callaghan. El agua, inmóvil, parecía una membrana elástica.

—Ya está. Puedes abrirlos —dijo.

—Los tenía abiertos —contesté—. No es bueno tener los ojos cerrados; alguien puede atacarte a traición y llenarte la boca de nieve.

Claudia se rio de la misma forma en que se reía con sus hermanas la mañana que las vi partir desde las cristaleras del Bristol. Y esa risa era la invitación a entrar en el misterio inaccesible de la vida de las mujeres. Yo oía su risa y el eco de su risa fluyendo entre las columnas, pero no podía ver dónde estaba escondida Claudia O'Callaghan.

Entonces apareció bajo la luz apagada de la claraboya.

—Prométeme que no te moverás de donde estás —me pidió.

Y yo asentí con la cabeza. No pude hacer otra cosa que asentir con la cabeza.

Claudia O'Callaghan estaba desnuda al borde de la piscina. Completamente desnuda. Me miró muy seria y luego dijo:

—Me gusta que me veas.

Levantó los brazos y sus axilas formaron un triángulo perfecto con el vello de su vientre. Estuvo así, quieta y con los brazos alzados sobre su cabeza durante unos segundos y después se tiró al agua. No sé el tiempo que estuvo nadando, pero ese tiempo fue el tiempo más largo de mi vida y a la vez el tiempo más fugaz que ha habido en mi vida. No me moví. Miraba el agua y el cuerpo luminoso de Claudia O'Callaghan y ambos eran partes del mismo organismo.

Incluso las pinturas de la pared, las cúpulas y la luz cenicienta de la claraboya sobre el mosaico del suelo parecían estar ahí como una extensión de Claudia O'Callaghan en el agua. Y el denso chapoteo contra los azulejos de la piscina era el sonido de sus músculos al bucear y darse impulso en el fondo antes de salir de nuevo a la superficie y volver a sumergirse. Yo miraba su cuerpo y lo veía, y al verlo pensaba que no era exactamente su cuerpo lo que veía, sino el agua que acariciaba su cuerpo, aunque su cuerpo diera forma al agua. Y era al agua de la piscina a quien pertenecía aquel cuerpo que yo miraba, pero no a mis ojos, no a mi mirada, como si ésta fuese un extraño invitado que contempla las anémonas y posidonias de un acuario. Y en el cuerpo de Claudia O'Callaghan vi también el cuerpo atlético y norteamericano de su hermana Leonor y el de su hermana Irene, la judía de *Ivanhoe*, y pensé que una mujer era todas las mujeres, del mismo modo que el agua del mar es siempre todo el mar. Eso pensé entonces. Y que yo no sabía nadar. Nunca nadie me había enseñado a nadar.

No sé el tiempo que Claudia O'Callaghan estuvo nadando, sólo sé que de repente la tuve ante mí, el agua resbalándole sobre la piel y los ojos como el agua que había abandonado y que ahora bailaba como si quisiera salir también de la piscina donde Tristán Stadler recordaba su medalla de plata en Berlín, después de apagar las luces del bar.

—¿A qué esperas para traerme una toalla, hombre?

Y cuando le di la toalla me besó mientras metía sus brazos bajo el abrigo, mojándome toda la ropa. Entonces supe que mis ojos eran el centro del mundo.

De camino a casa empezó a nevar. Los copos caían sobre el hielo resquebrajado y la nieve sucia, cruzada por pisadas de botas y huellas de neumáticos. La luz de la ciudadela era una luz distinta, como filtrada por una película de agua en la que se proyectara el cuerpo de Claudia O'Callaghan. El verano pasado, tío Ramón me

había dado a leer un cuento inglés donde un hombre tallaba una lente para su microscopio y en esa lente estaba encerrada la mujer más bella que hubiera visto jamás aquel hombre. Esa mujer encerrada en la lente le descubría una vida desconocida y esa vida adquiría toda su misteriosa intensidad cada vez que el hombre miraba a través de su microscopio. Y el hombre abandonaba su trabajo y su familia y pasaba sus días ante el microscopio. Al final del cuento inglés, el hombre enloquecía.

Yo miraba la luz de la ciudadela entre la nieve y veía a Claudia O'Callaghan en el aire de esa luz. Pero yo no enloquecí. A no ser que la felicidad sea una forma benigna de locura. Los soldados habían desaparecido de las calles y cuando llegué a casa, mi madre me esperaba en el mirador del notario Raventós. No sé cómo fue, pero al verla allí de pie, tras los cristales, supe que nos quedaba poco tiempo en aquella casa. Que muy pronto todos abandonaríamos la guarnición del Norte. Mi padre me abrió la puerta y me besó en la frente.

Estábamos acabando de cenar y mi padre había empezado a contarnos la reunión en el despacho del coronel Montero. Vi que sonreían de nuevo al mirarse y noté que se trataban con una delicadeza distinta a la de siempre, cuando aún se reían juntos por el pasillo, o haciendo las maletas en su habitación. Sus ojos estaban cansados, como si llevaran varias noches sin dormir, y yo veía sus gestos —al retirar los platos o encender un cigarrillo, incluso al rozarse las manos cuando doblaban el mantel— como realizados a cámara lenta, con miedo a que algo que yo no podía distinguir se rompiera para siempre. Como si entre ambos sostuvieran una pieza de porcelana muy valiosa o un espejo que de romperse pudiera traerles una desgracia bíblica. Y tampoco sé cómo lo supe, pero de la misma manera que intuí que apenas nos quedaban unos días en la guarnición del Norte, supe que mientras yo estaba en la cripta del hotel Bristol con Claudia O'Callaghan, ellos habían estado solos en

casa diciéndose lo que jamás antes se habían dicho, amándose de una forma distinta a como se habían amado hasta entonces. Tan distinta como distinta era para mí la luz de la ciudadela y los días que me quedaban por delante, no sabía dónde, como por delante de mí iban siempre las palabras de Claudia O'Callaghan, no sabía cómo. Por primera vez en mi vida percibí la soledad de mis padres y supe que ninguno de ellos llegaría a atravesar nunca la frontera de soledad que los separaba.

Oímos el frenazo de un automóvil y que ese automóvil patinaba al frenar sobre el hielo. Luego sonó varias veces un claxon. Mi padre y yo fuimos hasta el mirador. Frente a la casa estaba aparcado el Duesenberg de tío Jaime Doval. Y el teniente Doval, con abrigo y sombrero negros, cerraba con su llavín la portezuela del Duesenberg, con la misma atención que un banquero cierra una caja de caudales. Después de asegurarse estirando la manecilla del coche, Jaime Doval se irguió y a modo de saludo levantó el sombrero un palmo por encima de su cabeza. Dos chorros de humo le salían por la nariz. El teniente Doval cruzó la cancela de nuestra casa a grandes zancadas, como quien va a una fiesta a la que llega tarde.

19. La ruta del Ártico

—No, Zita, te lo agradezco, pero no tengo hambre, estoy molido del viaje y sólo quiero tocar la cama y dormir. Mañana me espera un día absurdo. Pero antes, Eduardo, tú y yo tendríamos que hablar unos minutos. Necesito tu ayuda.

Tío Jaime se metió la mano en un bolsillo de la americana y sacó su libreta con tapas negras de hule. De entre sus páginas extrajo varias fotografías y las colocó sobre la mesa del comedor, como si fueran naipes y él estuviera haciendo un solitario. Sólo pude ver una de esas fotografías. Era la fachada de un edificio de una sola planta. Había un letrero luminoso, un bar y dos mujeres junto a la puerta. Las mujeres estaban fumando. En el letrero se leían dos palabras: Café Shangay.

—¿Por qué no ayudas a tu madre en la cocina? —me dijo mi padre. Y luego se acercó al aparador y cogió una botella de coñac y dos copas de cristal.

—Y cierra la vidriera al salir.

La cocina estaba a oscuras. Antes de subir la escalera oí hablar a mi tío Jaime.

—Montero está al cabo de la calle desde hace semanas. Capitanía le ha informado de todo lo que hemos ido averiguando. Yo sólo he venido a detenerle y a cerrar de una vez por todas este asunto. De lo demás hablaremos mañana.

Al pasar por delante del cuarto de mis padres vi que la puerta estaba cerrada. Me pareció que mi madre estaba dentro y lloraba. Me desvestí y apagué la luz. Pensé en Claudia O'Callaghan nadando desnuda en la piscina del Bristol. Y supe que nunca más volverían a agrandarse los muebles, ni yo vería luces de quirófano, ni, sobre todo, me vería a mí agachado en una esquina y esperando la carga

de los húsares nocturnos. Del comedor ascendía el rumor de la conversación entre el teniente Doval y el capitán Balmoral. Como si tramaran una asonada militar o estuvieran confesándose. Como si fueran Holly Martins y el mayor Calloway buscando a Harry Lime por las alcantarillas de Viena.

No les oí salir de casa. Sólo oí el motor del Duesenberg al encenderse y desde la ventana vi a mi padre revisando el cargador de su pistola. Tío Jaime Doval se había puesto el uniforme. Después de calentar el motor durante unos minutos, el Duesenberg del teniente Doval salió camino de la comandancia.

Sonó el teléfono y mi madre no lo cogió. El teléfono se cortó y volvió a sonar de nuevo. Yo me acerqué al pasillo para descolgarlo. Al fondo vi a mi madre con las manos en la nuca, recogiéndose el moño. Llevaba dos horquillas en la boca. No se movía. Escuchaba el timbre del teléfono como si cada llamada fuera la frase de una conversación interrumpida.

—Déjalo que suene —me dijo. Y volvió a encerrarse en su habitación.

El teléfono sonó una y otra vez, obsesivamente, en el pasillo vacío. Yo me fui al mirador y puse uno de los discos de Cole Porter: *You are the top | you are the Coliseum | you are the top | you are the Louvre Museum*... Y el teléfono no dejaba de sonar. Cuando al fin lo hizo, mi madre salió de su habitación. Y luego me dijo:

—Apaga ese aparato.

Al cabo de unas horas el rumor de la detención de Luis Duncan corría por la ciudadela como la pólvora. No es una frase. Se habían oído disparos en el Café Mundial. Dijeron que había muerto uno de los chóferes de Duncan y yo pensé en el Opel gris perla que esperaba a mi madre para llevarla hasta el Café Edecán, junto a la estación. Pensé que el taxista de Duncan nunca podría decir con quién se había visto mi madre la mañana que Claudia O'Callaghan me llenó la boca de nieve. Y fue ella, Claudia O'Callaghan, quien me

contó que Duncan se había defendido pistola en mano, ayudado por uno de sus chóferes. Que tío Jaime Doval había herido en un brazo a Duncan. Que el coronel Montero —y su ayudante— estaban al tanto de la operación. Que ya no habría más anónimos contra Franco escritos en los billetes del Banco de Shangai. Me lo contó en el hall del hotel Bristol y me dijo que me escribiría, que ella y sus hermanas se marchaban a vivir a Zaragoza con una tía suya, una hermana de su padre, y que el Sultán se reuniría con ellas cuando hubiera acabado toda la investigación. No dijo mi padre, dijo el Sultán, y luego añadió: «Una mujer más en el harén».

La noticia de la detención de Duncan no salió en el periódico y mi padre jamás nos contó lo que había pasado aquella mañana en El Consulado. Sólo dijo que Alberto Horsch y el teniente Márquez habían regresado a Madrid. «Sin despedirse», dijo, pero en casa nadie añadió una sola palabra más. Sólo mi madre, que le preguntó a mi padre si quería que le preparase un café. Mi padre no contestó, pero Jaime Doval lo hizo por él:

—A mí me iría de perlas —dijo— y creo que a tu marido también.

—Chica, este Duncan era un bandido que se atrevió incluso con Ernesto. ¡Con Ernesto, imagínate!... Creía que la ciudadela era de su propiedad y que las fronteras no estaban hechas para él. Ni las fronteras, ni las leyes, ni el Ejército, chica, menudo mangante. Por lo visto había empezado su carrera en Tánger con el contrabando de maquinaria extranjera. Luego regentó un par de prostíbulos con un socio chino, un malvado chinito de esos con la piel amarilla, que dan un asco que te mueres, chica, nunca sabes lo que están pensando, pero seguro que nada bueno. Y cuando llegó el alzamiento se alistó en las filas del bruto de Yagüe, ya te puedes imaginar la guerra que hizo ese bicho. Un hombre sin escrúpulos, vaya. Ernesto dice que al acabar la cruzada se hizo de la policía. Como para echarse a temblar. Menos mal que en España manda el Ejército, o sea, nosotros, porque si no ya me dirás, con gentuza de esta clase. Y parece que

con lo que obtuvo en sus rapiñas de Barcelona y las provincias vascongadas, ya sabes, robos, saqueos en casas de los detenidos, chantajes, lo que quieras, hija, hizo una pequeña fortuna en joyas, dinero y antigüedades y se vino aquí, donde por lo visto tenía comprada a media guarnición. Pero llegamos nosotros y la cosa empezó a írsele al garete. Bueno es mi Ernesto para que le engañe un civil de esta calaña. Fíjate que fue Duncan el que proporcionó el cemento para ese fiasco de fortificación en la frontera, pura arena, aunque de eso el que sabe es tu marido, pues Ernesto le encargó que lo investigara. ¡Luis Duncan de Rivera!: vete a saber cómo se llama en realidad.

»Con los taxis pasaba toda clase de contrabando y hasta se sospecha que también le hacía el juego al maqui. Que hacía el doble juego, vamos. Si es que esta gente no cree en nada. Pero Ernesto aumentó la vigilancia en los caminos y en los pasos de montaña. Y empezó un plan de maniobras, qué te voy a contar a ti, si tu Eduardo estaba todo el día arriba y abajo con las mulas y las piezas... Entre esto y lo de más allá se le fue hundiendo el negocio. Fue entonces cuando intentó comprar a Ernesto, pero así muy sibilino él, como no diciendo lo que había dicho, insinuándose pero no del todo, para que no se le pudiera pillar en falta. Ernesto lo sacó del despacho con cajas destempladas. Y al cabo de unos meses empezó la historia de los billetitos chinos. Todo para desprestigiar a Ernesto ante Capitanía, el ministerio, el nuncio de Su Santidad y lo que hiciera falta y que así lo sustituyeran por otro de su cuerda o más maleable. Mira que nos dio la murga con los dichosos billetes. Lo preocupado que veía yo a Nestín. Y en la comandancia hay arrestados, no creas. Dos brigadas, un alférez y un teniente, los cómplices que tenía dentro, los que metían los anónimos en pleno cuartel, unos vendidos al dinero de Duncan. Si hasta la gasolina de los taxis procedía de la comandancia. Cuánto deshonor, hija. Menos mal que en el Ejército la ropa sucia la lavamos en casa, que si no, menudo escándalo. Y qué ejemplo para la nación. O sea que un consejo de guerra sumarísimo y a la calle. Y antes de la calle, que vayan sumando años de cárcel. Por cierto, que me han dicho que Duncan estaba a punto de comprar un título nobiliario... No, si hasta

de gobernador civil lo habríamos visto de no ser por Ernesto Montero. Bueno, y por tu marido y tu cuñado, ese que vive en Barcelona, un lince tu cuñado, no creas, que me ha dicho mi marido que sin ellos... Y el Ayudante, el pobre, vigilando a Lastra día y noche tú ya sabes lo poco que me gustaba ese hombre, como si los billetes fueran parte de una conspiración monarquista. Con lo acabados que están los Borbones y lo calladitos que estuvieron los suyos cuando la República... Y otra cosa más escabrosa aún: Ernesto tiene la sospecha de que la guerrera que llevaba Lastra cuando se mató, una guerrera de coronel, ¿recuerdas?, se la puso el mismo Duncan al descubrir el cadáver, para amenazar a mi marido de lo que podía llegar a ocurrirle si seguía en sus trece, ¿entiendes? Un coronel muerto... Vaya pajarraco, además de profanador de cadáveres, claro, un verdadero buitre, te lo digo yo. Eso si no lo mató el mismo Duncan para buscarle la ruina a mi Ernesto. Si España todavía no está limpia, todavía no lo está, no me canso de repetírselo a mi marido... Oye, y este capitán Horsch, el que vino de Madrid, ¿no era amigo vuestro?...

Me levanté antes de que María Luisa de Escoriza le pidiera al camarero un vermutito con aceitunas sevillanas. Pero antes vi que mi madre se callaba, como si no supiera qué contestar. Y también la sonrisa de María Luisa cuando lo hizo.

Salí a la calle. Necesitaba pasear. Me dirigí hacia el Café Mundial y el cine Sebastopol. Las hojas de los castaños estaban tapizadas de una piel de cristales de nieve. Parecían armiños o liebres que fueran a escapar saltando en el momento menos pensado. La nieve convertía lo vegetal en animal y lo inorgánico —casas, calles o automóviles— en orgánico. La piel de Claudia O'Callaghan también era de nieve y en cuanto a su luz sólo la he visto alguna vez en ciertos cuadros de Tiziano. Pero jamás en otra mujer. La luz de Claudia O'Callaghan era la misma luz que tenía la ciudadela cubierta por la nieve recién caída.

El Mundial y el Sebastopol estaban cerrados. De hecho parecía que no hubieran estado abiertos nunca. Que hubieran sido abandonados por su dueño muchos años atrás, como una ciudad desierta azotada por la ventisca. Aún colgaba el cartel de *La*

amargura del general Yen y debajo de él, los de las películas viejas, como un milhojas o un librillo de papel de fumar. El viento y la lluvia habían rasgado aquel cartel y, junto a la sombra maligna del general Yen, aparecían los ojos de Alida Valli en *El tercer hombre*. De la mirada oriental de Nils Asther, envuelta en humo, no podía esperarse nada bueno, ya lo había dicho María Luisa, pero la mirada de Alida Valli era una mirada tallada en pedernal, la mirada de una mujer que lo ha perdido todo y nada espera de la vida que le queda por delante. Pensé que Alida Valli habría hecho temblar al general Yen, pero no como Barbara Stanwyck, tan frágil e indefensa frente al deseo de Nils Asther. Pensé que lo peor que podía ocurrirle a una mujer era tener la mirada devastada de Alida Valli en *El tercer hombre*. Y recordé a mis padres, de regreso del cine, bailando al son de una música desconocida que ambos tarareaban bajo la luz amarillenta de las farolas. Los recordé enlazados sobre los adoquines brillantes de lluvia, moviendo las piernas hacia adelante y hacia atrás, como en uno de esos bailes griegos en los que sólo los hombres bailan. Y me oí decir la palabra gracias en voz baja. «Gracias», dije, y en aquel momento, mientras veía a mis padres bailar en la noche, estaba pensando en la mirada verdosa de Claudia O'Callaghan, desnuda al borde de la piscina, reflejándose en el agua cálida de las termas de nuestra Pompeya secreta. Y esa palabra fue como si me despidiera. Como si estuviera despidiéndome para siempre de un fragmento de mi vida. Y luego grité y salí corriendo en dirección a casa.

Hacía días que tío Jaime Doval había regresado a Barcelona con tía Nora. Se marchó con el Duesenberg rutilante, y en la curva, antes de desaparecer carretera abajo, hizo sonar varias veces el claxon. La tarde en que yo regresé solo a casa abrí el armario del cuarto de invitados. El traje gris marengo del teniente Doval colgaba de la barra junto a su largo abrigo negro. Metí la mano en el bolsillo y saqué el cuaderno con tapas de hule. Vi la fotografía del Café

Shangay y detrás, a lápiz, estaba escrita la palabra Ceuta y una fecha: 1938. Había también varias fotos de Duncan, vestido con el uniforme de alférez provisional, detrás de una ametralladora. Al fondo se veía un montón de cadáveres. Duncan se reía con cara chulesca, enseñando los dientes cariados por los habanos. Y las fotografías de los billetes de Shangai, y una lista de los anónimos en contra de Franco. En la libreta, un par de páginas más adelante, estaban dibujadas las rutas de los contrabandistas y un listado con los nombres de los oficiales conchabados con Duncan escrito a lápiz rojo. Había varios números de teléfono de la ciudadela y luego unas páginas en blanco. Detrás de esas páginas mi tío había escrito tres letras separadas por una barra, como en el dossier 721/49. Aquí no ponía dossier ni número alguno. Sólo tres letras: *A.H./Z.* Y cuatro fechas. Tres de ellas eran de los días que estuvimos en la isla. La otra era la fecha del día que Claudia O'Callaghan me llevó hasta el Café Edecán. Las demás páginas estaban en blanco.

Mi padre llegó con el Diario Oficial del Ejército en la mano. Besó a mi madre en los labios y nos dijo que regresábamos a casa. No entendí la frase, pero mi madre sí. Yo creía que no teníamos casa y que al mismo tiempo teníamos casa en cualquier parte. Para mi madre la palabra «casa» sólo significaba la casa de sus padres. Pero para mi padre, pensé, aquella palabra debía tener el mismo significado que la palabra Dunkerque para las tropas aliadas. Leyó en voz alta la notificación de su ascenso a comandante y dijo que se hablaba del próximo generalato de Ernesto Montero y que a O'Callaghan le habían concedido la cruz blanca al Mérito militar. Y me miró mientras lo dijo.

—¿Ves, los ayudantes? —comentó mi madre.

—Creo, Zita, que separarte de María Luisa te sentará bien —le respondió mi padre. Y dejó el Diario Oficial sobre la camilla del mirador.

Mis padres habían salido al jardín y contemplaban las montañas blancas, coronadas por nubarrones grises y amarillos. Mi madre apoyaba la cabeza en el hombro de mi padre y hablaba. Mi padre no decía nada. Fumaba mirando la ladera por la que descendía con sus esquíes noruegos para dormir con nosotros cuando estaba de maniobras. La miraba como yo había mirado a Claudia O'Callaghan cuando me dijo que se marchaba con sus hermanas a Zaragoza.

La casa se estaba tiñendo de amarillo, como las nubes. Y yo estaba en el mirador de la casa del notario Raventós como un capitán en el puente de mando de su buque rompehielos, camino de la ruta del Ártico. Cogí el Diario Oficial y empecé a hojearlo. Entonces vi su nombre: Alberto Horsch. Eran sólo dos líneas: «Incorporación inmediata del capitán Alberto Horsch a su destino de agregado militar en la Embajada Española en Venezuela». Como Miranda Loring, pensé. Y detrás de esas líneas me pareció ver la sonrisa de Jaime Doval, con el sombrero levantado sobre su cabeza y sacando humo por las narices, como una gárgola misteriosa. Mis padres nunca comentaron nada sobre esas líneas. Y el nombre de Alberto Horsch jamás volvió a mencionarse en nuestra casa.

20. El sable de mi padre

Acabo de colgar el teléfono del pasillo. Regreso a mi habitación, la 19 de la pensión Rialto, en las afueras. Las afueras de cualquier ciudad siempre son una metáfora del fin del mundo, el antiguo destino del capitán Balmoral. Anoto en mi libreta el nombre que me ha dado mi interlocutor antes de colgar: Ana H., pasaporte venezolano. Desde la ventana se ve el tráfico del aeródromo militar. La escena pertenece a una de las películas que hace ocho años pude ver en el cine Sebastopol, allá en la guarnición del Norte. Los focos alumbran las pistas de aterrizaje, y el zinc ondulado de los hangares ha adquirido un tono más frío, como de hielo. Cuento hasta siete Messerschmitts 109, diez Junkers y once Heinkels. Más que un aeródromo español parece un campo de aviación de la Luftwaffe. Sólo falta una revista del mariscal Göring con sus uniformes de opereta, las mejillas maquilladas y las uñas pintadas de color de rosa. Los mecánicos se mueven muy deprisa por las pistas, revisan los motores y limpian las hélices, llenan los tanques de combustible.

Estamos a finales de 1957 y yo debo ir a la guerra. O debería ir a la guerra. Pero no iré a ninguna guerra. El armario está abierto. Miro mi uniforme de sargento de las milicias universitarias colgado de una percha. Ahí pienso: que descanse para siempre como un ahorcado al que nadie pudo encontrar. Cojo el sable que me regaló mi padre. Lo desenvaino y lo deposito sobre la mesa junto a su vaina. El sable me mira y yo miro al sable. La hoja del sable deforma los muebles de la habitación, deforma mi rostro, deforma los objetos que descansan junto a él sobre la mesa. Los deforma como el agua pompeyana deformaba el cuerpo de Claudia O'Callaghan al salir de la piscina del Bristol.

Ha estallado la guerra en África. En Ifni. Desde hace meses las guerrillas marroquíes hostilizan a nuestras tropas. Ha habido infiltraciones del enemigo, sabotajes y muertos. Franco ha abandonado su visita por las provincias del norte y se ha refugiado en El Pardo para organizar la campaña bélica en el desierto. Él conoce a los moros mejor que nadie, dicen. Empezó con ellos. Y no hay otra cosa que moros en su guardia personal. Ahora nuestro Ejército está asediado por los marroquíes en la ciudad de Sidi Ifni. Eso cuentan los periódicos. Lo que no cuentan los periódicos es que, en El Pardo, Franco tiene su jaima y desde su despacho sueña con Trípoli, Haifa y El Cairo, sueña con el Afrika-Corps y las ratas del desierto de Montgomery, sueña con los dragones de Napoleón ante las pirámides, y en el mapa sólo vislumbra las luces de Sidi Ifni, de vuelta de las lluvias del norte y sus atunes como submarinos de bolsillo.

Mañana comienza la contraofensiva. Dentro de unas horas me marcho de España. Pero no hacia el Sáhara, aunque lleve en el bolsillo una carta de recomendación de mi padre para García Valiño, que fue alto comisario del Protectorado. Nadie me ha dicho dónde voy. Sólo la consigna y el nombre de mi acompañante. Ellos son del Partido Comunista, gente que contactó conmigo en la universidad, gente con la que compartí reuniones en pisos clandestinos, vigilados por la Brigada de Investigación Social, y que ahora me necesita para que haga de correo y hable en Radio España Independiente de la situación española y su guerra colonial. Yo también los necesito a ellos para salir de aquí. Creo que soy un desertor. Un desertor no es nadie, como un apátrida. Nadie, como no se es nunca nadie en la India.

Me preparo un café como los que tomaba Kant en Königsberg. Veo mis ojos en el agua negra. Mis ojos son el centro del mundo. Y el mundo no está en Ifni. Lo sabe Franco y lo sé yo. Mis ojos son ahora los ojos de Alida Valli. Miro la vaina del sable de mi padre que achata mis ojos hasta rasgarlos como los de Nils Asther en *La amargura del general Yen*. El café está amargo. Enciendo un cigarrillo, me pongo la gorra de plato y me miro en el sable de mi padre poniendo la cara perversa del general Yen. En el sable se refleja mi camisa blanca y

en ella imagino a mi padre esquiando por las montañas que rodeaban el valle de la guarnición del Norte. Miro lo que hay en la mesa. Junto al buda de mi abuela está uno de sus sobres con el sello Spender & Connolly y una mancha de pintalabios que parece betel. Saco la carta del sobre y la leo. Es una carta antigua. En ella cuenta que tía Lula tuvo que ser ingresada en una clínica de reposo y que aquel mismo día el abuelo dejó de escribir su Enciclopedia del Arte Militar. Y en el sable veo a mi madre cenando en la casa de las mujeres. Su piel parece bañada en luz lunar y brilla bajo la lámpara como un vestido de seda. Sus ojos —de un verde musgo salpicado de diminutas motas granates y doradas— tienen una película de agua sobre el iris, que los ilumina con una extraña placidez, animal y satisfecha. Va vestida con un traje de gasa negra y sólo se ha puesto un collar de perlas que le da a su cuello el misterio de una ciudad fronteriza. Pero en el sable no veo a tío Ramón. Miro el libro que hay sobre la mesa. Príncipe Yussupov: *Así maté a Rasputín*. Lo abro. Hay una fotografía del príncipe. Por primera vez, encuentro que se parece mucho a mi tío. Aparto el frasco de Veramón. Creo que ya no voy a tener más dolores de cabeza. Lo contrario que en Ifni, supongo. En otro sobre tengo los millones de marcos de la República de Weimar que mi abuelo guardaba en su mesa de despacho, creyendo que algún día lo convertirían en un potentado. Cuando vio que no, me los regaló. Me han acompañado a todas partes, como el mahjong de bolsillo de mis padres y uno de los billetes de Shangai. Aplasto la colilla en el cenicero.

Vuelvo a mirar el sable, su empuñadura negra, la cazoleta con el águila, su cabeza de león, entre renacentista y art déco. En la hoja está grabado el escudo de artillería, como en los rombos del cuello de mi guerrera, ahí, colgada en el armario. Muevo el sable y lo apoyo sobre dos fotografías. Una de ellas es la del Café Shangay, aquel prostíbulo que Luis Duncan tuvo en Ceuta, que yo le robé al tío Doval. La otra es del general Montero y María Luisa de Escoriza frente a su chaletito de El Sardinero, en Santander. Eso pone la fotografía con tinta negra y letra picuda de colegio del Sagrado Corazón: «Nuestro chaletito». Yo nunca creí que Luis Duncan fuera el artífice de la conspiración china. Yo creía que eran los militares

monárquicos los que escribían los anónimos, en espera de una sublevación. Y que la llegada del general Lastra fue un aviso para todos ellos. Como su suicidio, si es que Lastra llegó a suicidarse y no lo mataron. La solución Montero ante un asunto que se le estaba escapando de las manos. La solución Montero-De Escoriza, por qué no, o quizá la solución tramada desde el despacho de Doval, quién sabe. Y Luis Duncan de Rivera, un bravucón convertido en monigote de papel, un vulgar hampón huyendo del hotel Bristol como un jabalí herido porque se temía la que se le echaba encima. Pero lo que yo creyera es como el sable de mi padre, que deforma lo que ve. Como las alcantarillas de Viena deformaban el fantasma de Harry Lime. O como mi padre mismo, del que nunca supe si era monárquico, o franquista, o de quién era mi padre. Ahora yo soy un insecto de la colección de madame Goujon, una columnata de la pintura de mi tía Lula en el entresuelo de tío Raimundo. Quizá la tía Lula se sintiera doble como me había ocurrido a mí en el Duesenberg del teniente Doval al regresar de Francia en compañía de un cadáver que sólo era un dossier numerado. Quizá por eso tía Lula estuviera en la clínica de reposo, por saberse doble demasiadas veces y dejar de saber cuál de las dos que vivía en ella era ella de verdad. No sé. Todo esto pertenece al tiempo de los abrigos de caucho, las inyecciones de éter y la muerte con bata blanca. Ahora sólo soy la sombra de mis padres bailando bajo las farolas con la música de Anton Karas. Soy un zorzal de la cripta del hotel Bristol, a punto de emprender el vuelo. Pero en el sable no se distingue la música de Karas, ni se ven las pinturas de la piscina del Bristol. Aunque deforme las cosas y los hechos del mismo modo que los deforman los ojos cuando están cansados de mirar.

Miro de nuevo por la ventana. Ha llegado una columna de camiones, de los que bajan los soldados con armamento de combate. Se introducen en los hangares y allí cenarán y dormirán hasta que se dé la orden de despegar hacia Villa Cisneros. Yo no iré con ellos. Yo no soy nadie. Sólo unos ojos. Veo los estandartes y ninguno es como las banderas que ondeaban en Viena al acabar la guerra. Ésta no es mi guerra. Mi guerra tuvo lugar en aquellos días de la ciudadela. Mi guerra estuvo en los días de Villa Edelweiss. Oigo

llegar un coche, como cuando nos visitaba el Duesenberg de Jaime Doval, siempre por sorpresa. Miro la guerrera colgada en el armario. Miro el sable de mi padre, lo envaino y meto en la cartera de mano la carta de mi abuela, el sobre repleto de marcos inservibles, el buda de bronce, el libro del príncipe Yussupov, el billete de The Central Bank of China, la llave 31033 de la Unión Cerrajera. Cojo el mechero y los cigarrillos. Enciendo uno. Cierro la puerta de la habitación 19 y bajo las escaleras.

Salgo de la pensión. Cruzo la verja y la carretera, como quien cruza un puente. Me subo al coche. No conozco a nadie de los que van en él. Son dos hombres y una mujer. Me levanto las solapas del abrigo. Me hundo en el asiento de piel cuarteada. Le doy una carta cerrada a uno de ellos. «Tírela mañana en la delegación de Correos», le digo. Es para mis padres, pero eso no se lo digo al hombre desconocido. La carretera es oscura como el lomo de una pantera. Los focos del automóvil son amarillos. Es un automóvil francés. Todos los coches franceses tienen los ojos amarillos. Como el Citroën de tío Raimundo. Como los gatos. Como madame Goujon. Hay veinte kilómetros hasta el puerto. Los hacemos en silencio, sin que ningún otro coche se cruce con el nuestro.

Cuando llegamos al puerto, la mujer desconocida me dio dos billetes de barco con destino a Marsella. El que conducía dijo:

—Encontrará a su contacto en el bar de la sala de embarque. Lleva una boina negra y va vestida con un traje de chaqueta a cuadros. No ha de decirle nada. Ella sabe quién es usted. Ya le enseñamos una fotografía de usted. Que tenga buen viaje. Habrá un coche esperándolos en el mismo muelle de Marsella.

Supuse que debía bajar del coche. Crucé el malecón y me dirigí hacia la estación marítima. Lloviznaba. No se veía a nadie paseando. En una esquina oscura un gitano con gabardina punteaba las cuerdas de una cítara húngara. Sonreí. Aparté una hoja de la vidriera de entrada. La vi sentada a una de las mesas del bar, bajo la luz

sucia de la estancia y una maleta de piel de cerdo entre sus piernas. No llevaba puesta la boina y su pelo era castaño con reflejos rubios. Ella también me vio. Luego me fijé en la puerta de embarque, junto al puesto de Aduanas. Había cuatro miembros de la Policía Armada y una pareja de la Guardia Civil, con una capa verde que les llegaba hasta los pies y los naranjeros colgados al hombro, negros como el humo del buque. Dos policías de paisano charlaban con ellos mientras miraban de reojo a los que estábamos en la sala.

Ana H., pensé. Pasaportes venezolanos, pensé. Ana Horsch, pensé. Y me reí por dentro como un idiota sometido a una especie de broma universal.

Ella se acercó a mí y me besó en la mejilla como si fuéramos novios. Tal vez primos. Sí, fue un beso entre primos, supongo, porque yo nunca tuve primos.

—Me llamo Anna —dijo sonriendo.

—¿Anna Schmidt, supongo?

—Sí —se rio—, y usted debe de ser Holly Martins.

—Bueno, mejor lo dejamos en el mayor Calloway —contesté.

Volvió a sonreír y miró hacia el puesto de Aduanas.

—Me parece —dijo— que debemos disimular un poco. Al menos hasta que hayamos embarcado. O sea que, por favor, háblame del tercer hombre.

La cogí del brazo y nos dirigimos hacia la escalerilla del barco con los billetes en la mano.

El mensajero de Argel

Frente al ocaso de donde venimos.

J. R. J.

I

El 19 de septiembre de 1991, una pareja de escaladores se encontró con un cuerpo momificado en la grieta de un glaciar de los Alpes italianos: el glaciar de Hauslabjoch. Al principio creyeron que se trataba de un profesor de música que había desaparecido por la zona de Ötztal en 1941. La sospecha se desmintió una vez la momia congelada llegó al Instituto de Anatomía de Innsbruck: el cadáver tenía cinco mil trescientos años de antigüedad y su estado de conservación se debía al rápido proceso de congelación provocado por una tormenta de nieve. Una flecha que le entró cerca del omoplato izquierdo y se instaló junto al pulmón había acabado con su vida. Rondaba la cuarentena, medía 1,59 de estatura y pesaba algo más de cincuenta kilos. Llevaba el pelo largo y barba, en los que anidaban los piojos, las momias congeladas de esos piojos, quiero decir. Su dentadura estaba bastante mellada debido a los cereales molidos con piedra, una costumbre que dejaba entre la pasta del grano abundantes partículas de cuarzo capaces de ir desgastando cualquier dentadura, por fuerte que fuera esa dentadura. Parece, además, que nuestro hombre padecía de arteriosclerosis avanzada, lo que provoca pérdidas de memoria. En eso era un hombre contemporáneo.

El 19 de septiembre de 1991 yo sólo tenía veintitrés años de antigüedad y estaba empezando mi tesina sobre Carlos de Beistegui, otra momia perdida en el glaciar del tiempo. En aquella época yo también viajaba solo, igual que ahora. Al hombre de los hielos lo bautizaron como el hombre de Ötztal o el hombre de Similaun, por el refugio cercano a donde había sido hallado. Yo titulé mi tesina *La edad de hielo* y elegí a De Beistegui, entre otras cosas, porque fue un fin de raza empeñado en reconstruir atmósferas perdidas y decoradas como un *objet trouvé*. Su intención era que al entrar en

esas estancias, se sintiera, a través de su escenografía, «una presencia». Entonces yo ya estaba convencido de que sólo a través de las «presencias» podía reconstruirse una memoria que Occidente parecía empeñado en perder para siempre. Como si todos padecieran arterioesclerosis —como el hombre de los hielos—, o alzhéimer, o hubieran caído en esa plaga de infartos cerebrales —con afasias incluidas— provocados por el abuso juvenil de cocaína. O tuvieran, quizá, un quiste cerebral, de esos que provocan los teléfonos celulares y borran el disco duro de la memoria.

Una de las cosas que más llamó la atención en el caso del hombre de los hielos fue su vestimenta y utensilios, que hablan de la complejidad de los comienzos de la civilización neolítica y son un festín para científicos e historiadores. La otra —se dijo—, que había restos de semen en el recto, con lo que rápidamente las revistas gay se lo hicieron suyo reivindicando el carácter ultraarqueológico de la homosexualidad, algo apagado —su brillo— tras la macabra apoteosis del sida. Pero aquel entusiasmo militante o bien se desvaneció pronto, o bien fue una noticia tan fugaz como la rutinaria aparición veraniega del monstruo del lago Ness.

El hombre de los hielos llevaba pelliza y calzas de piel de cabra, protegidas por una capa impermeable de fibra vegetal. Su gorro era de piel de oso y los zapatos, forrados también de fibra vegetal, eran de piel de ciervo. Todas sus ropas estaban muy remendadas. Sus pertenencias consistían en dos recipientes de madera de abedul —se supone que para ingerir agua y alimentos— y una piedra de mármol pulimentado, colgada de un cordón de piel. ¿Adorno, distinción tribal, o amuleto? Uno de esos recipientes contenía distintas clases de setas y algunas astillas de álamo: un botiquín de la noche de los tiempos. Llevaba tatuajes en las piernas y en la zona lumbar; iba armado con un puñal, un hacha con filo de bronce, un carcaj con varias flechas y un arco que parecía roto, o bien sin acabar, como si lo estuviera arreglando horas antes de ser sorprendido por quienes habrían de darle muerte.

Un equipo de científicos al frente del cual estaba el doctor Egarter, patólogo forense en Bolzano, estableció las circunstancias de esa muerte: el hombre de los hielos se encontraba lejos de su territorio y

fue sorprendido por varios rivales que le atacaron por la espalda, desde cierta distancia, con sus arcos y flechas. Una de ellas le atravesó el hombro y, después de un breve combate donde se hirió en la mano derecha —quizá al detener el golpe de un cuchillo atrapándolo en el aire—, intentó escapar arrastrándose por la nieve. Acurrucado tras unas rocas, murió desangrado. No es difícil imaginar el miedo y el agotamiento del hombre de Similaun —sus jadeos acallados para no ser descubierto—, mientras empieza a caer la nieve que lo hará viajar a través del tiempo, año tras año, durante cinco mil trescientos años, un millón novecientos treinta y cuatro mil quinientos días con sus correspondientes noches. Ahora descansa en una cámara frigorífica que hace las veces de glaciar artificial, pero nadie ha sabido qué buscaba el hombre de Similaun lejos de su territorio.

Carlos de Beistegui también se encontraba lejos de su territorio, aunque la suya era una lejanía más profunda que la simple lejanía física. Era un hombre sin territorio. Basta contemplar la fotografía que le hizo Cecil Beaton con una exagerada peluca dieciochesca, el rostro maquillado e impostado como un nuevo Luis XIV, y unas hopalandas de puntilla anudadas al cuello. Todo en él es una máscara cuya impostura nos habla del vacío y de su necesidad de permanecer oculto tras el deslumbramiento que producía en los otros, tejiendo —como una Penélope, como una Parca— escenarios donde el lujo del pasado produjera la sensación de vivir en otra parte, en otra época inexistente, en un lugar de nadie desde el que poder convocar a todas las sombras —las presencias— que algún día fueron, y así erigirse en emperador victorioso sobre la muerte y el tiempo. En el fondo, debía de ser un tirano de esos sobre los que avisa Hemingway en *París era una fiesta*, que avasallan con sus brillos de luciérnaga nocturna a los poseedores de cierto talento, belleza o felicidad, atrapándolos en su red. «Los atractivos ricos —escribe Hemingway—, los encantadores, los que se dejan querer enseguida, los generosos, los comprensivos, los que no tienen defectos y dotan a cada día de una cualidad festiva y que, cuando han pasado arrancando el alimento que necesitan, lo dejan todo más

muerto que las raíces de una hierba hollada por los caballos de Atila». El mundo de mis abuelos, en cierto modo.

Eso dice Hemingway y nada de eso se advierte en los restos momificados del hombre de los hielos y, sin embargo, él es el único emperador del tiempo que nuestra civilización de la desmemoria reconoce de soslayo, como de soslayo se miran los cuadros de un museo cuando ya se lleva más de una hora en él. Pero he de volver a Carlos de Beistegui, para quien los cuerpos humanos eran un elemento de ornamentación, como los pavos reales en su mansión de Montfort-l'Amaury, el castillo de Groussay.

La primera noticia que tuve de él surgió de la asignatura Arquitectura Contemporánea, en el último año de mi carrera. Entre las obras de Le Corbusier, figuraba un caprichoso ático en los Campos Elíseos, perteneciente —decía el texto— al esteta De Beistegui. Había una fotografía de ese ático, en la que se veía una terraza convertida en salón —una chimenea neoclásica y un par de butacas Imperio— cuya alfombra estaba hecha de césped artificial. El efecto era de un surrealismo *avant la lettre*, ¡un salón en la terraza! Luego, en los interiores —había, también, en aquel texto, dos fotografías del interior del apartamento—, contrastando (o mejor sería decir combatiendo) con los cubos y líneas rectas del apartamento, se veían consolas pintadas Luis XVI, volutas doradas, espejos venecianos y copias de la Escuela de Fontainebleau. Nada, en fin, que tuviera que ver con el racionalismo arquitectónico. Abajo, en una nota a pie de página se decía que el cosmopolita De Beistegui —descendiente de vascos que hicieron fortuna en México y a los que Alfonso XIII había concedido de nuevo la nacionalidad española— había sido agregado cultural en la embajada de España en París. Nada de eso me habría llamado la atención, de no ser por la fecha de sus labores diplomáticas: 1941, en plena Ocupación. Nada de eso habría llamado mi atención y De Beistegui se habría quedado donde siempre estuvo: en una tumba. E incluso esa fecha me hubiera podido resultar indiferente si no hubiera encontrado, meses atrás, en el buró de mi abuelo, entre un fajo de acciones de la Texas Oil Company, unas cartas con el sello de la embajada de España en Francia, dirigidas a él, en cuyo remite, con trazos

arabescos, podía leerse el nombre de Beistegui. Una presencia, en fin, que cruzaba —como el hombre de los hielos— el tiempo de la amnesia, pero también el de la ignominia. Aunque nadie se preocupe por eso hoy en día más que como una forma de obtención de beneficios. Los que produce el mal, que son muchos.

El 19 de septiembre de 1991, una pareja de escaladores se encontró con un cuerpo momificado en la grieta de un glaciar de los Alpes italianos. Al principio creyeron que se trataba de un profesor de música que había desaparecido por la zona de Ötztal cincuenta años atrás. Pero la única música que conocía el hombre de los hielos era la producida por la nieve al cristalizarse en sus oídos. La música que escucho a veces detrás de las músicas escritas en el pentagrama de mi vida.

Y en el origen de ese pentagrama, mientras el hielo también cristaliza en mis oídos, oigo el motor de un automóvil detenido frente al número 3 de la rue Albéric-Magnard. El automóvil es de color hueso, como la gabardina del hombre que se introduce en él. Un hombre lejos de su territorio porque no tiene territorio y todos los territorios son el suyo. Lleva un maletín negro, de médico, en la mano izquierda y un par de cuadros atados con cordeles en la derecha. El coche abandona la calle Albéric-Magnard y es París cuando París no era precisamente una fiesta pero estaba a punto de volver a serlo: principios de junio, 1944. Hace unas horas que ha estallado una bomba cerca de esa casa de la calle Albéric-Magnard. Durante toda la noche se han oído disparos. En el piso que ha abandonado el hombre de la gabardina color hueso queda una lámpara encendida. El automóvil avanza en dirección a la embajada de España. Hay sacos terreros, ametralladoras, puestos de control del Ejército alemán. Pero el automóvil no se detiene. El rostro blanquecino y crispado del hombre que lo conduce es un rostro tallado en hielo.

II

1

Vivo en una barriada que cuando cae la noche parece que sea de día y a plena luz del sol parece que sea de noche. Vivo en una barriada de Europa que podría estar en cualquier ciudad marítima de Asia, de Sudamérica o incluso de África, una barriada en la que cuando es de día, es de noche, y cuando es de noche, parece que sea de día. Vivo en una barriada que es como yo, que no sé de dónde soy.

Desde la cocina de mi apartamento veo el mar. Detrás del mar y los barcos está el perfil nebuloso de la ciudad. Los barcos son pesadas ballenas que van a morir a otro mar; los campanarios y las torres de la ciudad son las agujas de una brújula que me indica que vivo en una barriada de la vieja Europa, aunque yo sepa que vivo en Valparaíso, Port Sudan o el golfo de Tonkín.

Me llamo Carlos Orfila Klein y tengo cuarenta y dos años. Estoy separado de mi mujer y no tengo hijos. La gente que tiene hijos no vive en la ciudad. Sólo los chinos tienen hijos y viven en la ciudad. Mi calle se llama la calle de Jacob y sin embargo aquí no hay judíos. En la calle de Jacob no hay judíos, pero sí varios restaurantes chinos, otro italiano, un peepshow propiedad de la mafia rusa, tres bares, un cine, una tintorería, dos pensiones, un supermercado, un burdel de nombre griego y una parada de taxis. Uno de esos bares es el Bizerta; su dueño es amigo mío. Yo le llamo Cartago, aunque su nombre es Farid y nació en Túnez. Cuando vine a vivir aquí, no se oía hablar ruso por la calle de Jacob. Ahora sí, ahora los rusos se pasean en flamantes deportivos y les gusta llevar sortijas espantosamente llamativas y corbatas muy chillonas. Ya nadie usa corbata hoy en día, excepto ellos. Los chinos desconfían de los

rusos. Los chinos desconfían de todo el mundo: incluso de los demás chinos.

Me licencié en Historia Contemporánea, pero trabajo en la radio. Somos muchos los que trabajamos en los medios de comunicación o en los aledaños de esos medios: casi nadie vive lejos de su sombra parabólica. Mi sueldo me cubre sólo lo indispensable para vivir y hay meses que ni eso. Mi programa se llama *La Morgue*. El productor quería que se llamara *Depósito de Cadáveres*, pero logré convencerle de que no fuera tan explícito. Hoy en día apenas nadie sabe lo que es una morgue. Nadie sabe que una morgue es lo mismo que un depósito de cadáveres. Hoy en día apenas nadie sabe nada más allá de lo que le ocurre ese mismo día. Y aún. Nadie sabe si Federico de Prusia fue un emperador romano o si las guerras antiguas eran una forma de enriquecerse o un juego caprichoso de los gobernantes: una naumaquia —si supieran lo que fueron las naumaquias— o una pelea de gallos. Nadie sabe qué precio tendrá el kilo de carne: los precios se mueven caprichosamente a lo largo del día. El mundo es una gigantesca bolsa de valores sometida a constantes vaivenes. A esos vaivenes no escapa nada; ni siquiera algo tan elemental como el pan y el agua. Sobre todo el agua. No digamos un paraguas —llueve a menudo y la lluvia es pegajosa y caliente— o un *scooter*, que es el medio más habitual de desplazamiento. Hasta en eso parecemos asiáticos.

Vivimos en la inestabilidad permanente. Nos hemos acostumbrado a ella. Esa inestabilidad es nuestra estabilidad, esa cosa antigua que anhelaron nuestros padres y tuvieron nuestros abuelos. Ya sé que fue al revés, pero ahora da igual. Ahora todo puede contarse al revés. A nadie le importa porque nadie sabe lo que ocurrió anteayer. Incluso dudo que alguien sepa lo que le ocurre en el momento en que le está ocurriendo. Se trata sólo de escapar sin saber siquiera de lo que uno escapa. Porque nadie escapa de sí mismo —es difícil saber quién es uno mismo—, sólo escapa sin pararse a pensar de qué. Sin saber incluso que está escapando.

Mi programa es un programa de baja audiencia —la radio en sí es un medio que pierde audiencia día a día: sólo la escuchan los ciegos y los taxistas, apenas se emite para nadie más que para los ciegos y

los taxistas—. Mi programa es un programa situado en una pésima franja horaria (de las 20:30 a las 21 horas), de un día pésimo (el sábado), mientras la poca gente que permanece en su casa está cenando y mira la televisión. Mantenerlo me cuesta una o dos horas de discusión semanal con el productor, quien a su vez discute otras dos horas semanales con el director, que también discute dos horas más en el consejo de administración, defendiendo su continuidad. Eso dicen ellos. Yo creo que no discuten, que mi programa les importa un bledo —¿qué hacer con ese espacio de tiempo si el programa desaparece?—, y que si lo hacen, la discusión, o lo que sea, no dura más allá de un par de minutos. Como quien cumple con un trámite engorroso.

Está sonando la radio-despertador. Lo hace al mismo tiempo que suenan las sirenas de los muelles. Y las bocinas de los barcos. Y la música del Café Bizerta: música rai a todas horas, como en una mezquita sin dios. He puesto una monótona y vieja —qué digo vieja, si es una antigualla— canción de Lou Reed: *Street hassle*. Suena el teléfono, que no descuelgo: nunca descuelgo el teléfono. Pavanas para un tiempo difunto.

La neblina matinal empieza a despejar. En los pinos de la calle cantan los mirlos. Antes apenas había mirlos en la ciudad; ahora sólo hay mirlos —mirlos y gaviotas— en la ciudad: son negros y tienen el pico color naranja. Fondeados en la bahía hay tres barcos de guerra de la Flota de Occidente. Tres barcos grises y deteriorados como elefantes centenarios. El buque radar está atracado en el muelle de Levante. El buque radar permanece atracado en el muelle de Levante durante todo el año. Es un buque compacto, como un bloque de hormigón. Nadie sabe lo que hay en él. Sin embargo todos saben que desde ese buque puede controlarse hasta la hora en que uno se despierta o el momento en que se lava los dientes. Lo que tampoco sabe nadie es si le controlan a uno cuando se despierta o sólo cuando se lava los dientes. O si ningún dispositivo del buque radar funciona y es sólo un esqueleto anclado en la rada, un vulgar criadero de mejillones envenenados.

Miro los barcos de la Flota. Me gusta mirar esas fortalezas flotantes: un portaaviones, un portahelicópteros y un carguero. Son

barcos tan viejos como la canción de Lou Reed que suena en mi apartamento: llevan unos veinte años navegando. Como *Street hassle*. El carguero puede que incluso lleve más de cincuenta, o que ya navegara durante la guerra de Corea. Los dos portaaeronaves tuvieron su bautismo de fuego real cuando la primera guerra del Golfo. Ha pasado mucho tiempo de todo aquello. Ahora ya no se fabrican barcos de guerra: los astilleros que aún funcionan, escasos y desperdigados por el golfo de Bengala o en las bases de la Gran Alianza en los fiordos, se dedican a las reparaciones de la flota existente. Los presupuestos militares se han reducido de forma considerable y la mayor parte de su gasto va a las partidas del frente oriental, a la guerra de guerrillas en las antiguas repúblicas soviéticas, o a reforzar las instalaciones fronterizas con los estados islámicos. En cambio los presupuestos policiales internos se han incrementado hasta límites inconcebibles, ocultos siempre bajo el eufemismo «Estudios sobre la paz social». Hay tantos eufemismos ahora que las palabras ya no significan lo que puede leerse sobre ellas en los diccionarios. Los diccionarios son como los viejos buques de guerra fondeados en la bahía.

2

Soy un entrevistador de ancianos. Por eso mi programa se llama *La Morgue*. Porque entrevisto a cadáveres ambulantes. A personas que vivieron en un mundo que ya no existe. Un mundo que no sobrevolaban los helicópteros y donde los escarabajos estaban en el campo y en los jardines, no en el asfalto y en las aceras, como ahora. Algunos parecen pesados carros de combate avanzando a través de la espesura de un bosque; otros marchan tan rápido como las tanquetas en el desierto. Muchos caen en la batalla, pisoteados. Entonces se les abren los élitros quitinosos y muestran sus partes blandas, moribundos sobre la acera hasta que otro pie los aplasta definitivamente. Como los viejos de mi programa, que ya han perdido la quitina y los élitros y el caparazón, y sólo viven de los recuerdos de sus partes blandas: hasta que su propia memoria, que reside en la zona más débil de su cerebro, acaba aplastándolos. Como aplasta la vida a todo aquel que sólo se alimenta de sus recuerdos. Pues bien: yo soy el archivero de esos recuerdos, el memorialista de un mundo que no he conocido, el recopilador de un mundo que me resisto a que desaparezca. Soy el archivero de la calle de Jacob.

Todavía faltan dos horas para que se abra el aeropuerto. Ahora los aeropuertos tienen un horario limitado, lo que suele provocar más de un accidente aéreo al mes. Los aeropuertos están sujetos al horario policial de tráfico aéreo. Mientras los helicópteros de la policía sobrevuelan la ciudad, el aeropuerto permanece cerrado. El aeropuerto permanece cerrado catorce horas al día. Durante esas catorce horas, el aire de la ciudad pertenece a los helicópteros de la policía, a los insectos, a los mirlos que dan caza a los insectos y a las gaviotas que dan caza a los mirlos. Y a la lluvia. En el aire nunca es

de día ni de noche y los helicópteros de vigilancia tienen el mismo color que los escarabajos de la calle. Pero cuando se abre el aeropuerto, el aire se llena de luces de plata si es de día y de luces de colores si es de noche. Y la ciudad tiembla. La ciudad siempre tiembla aunque ninguno de los que vivimos en ella notemos ya temblor alguno. Ni hagamos caso de las explosiones.

Los domingos no hay vuelos comerciales y los helicópteros de la policía sólo sobrevuelan la ciudad durante la noche, aunque hay menos helicópteros las noches de domingo. De día, vuelan los hidros y las avionetas de recreo. Son vuelos cortos que apenas rompen la quietud de la ciudad. Porque los domingos la ciudad parece que esté muerta y el canto de los mirlos se oye más que nunca. En cambio hay días que el cielo de la ciudad parece el cielo del canal de la Mancha durante la batalla de Inglaterra, el cielo de Pearl Harbor bajo el fuego de los Zeros del emperador japonés, cuando aún había emperador japonés y la cocaína se aspiraba con tubos de plata. Ese cielo de las películas viejas de la filmoteca. El mismo cielo que el de las batallas antiguas, esas que sólo recordamos los que aún vamos a la filmoteca y los que me visitan en *La Morgue*.

Me gusta mi trabajo. Me gusta oír las historias de los demás, las palabras de los otros cuando me cuentan todo aquello que yo no he conocido. Me gustan las vidas de los demás. Tengo la sensación de ser un hombre que escribe una extraña enciclopedia de arqueología y cosas muertas mientras el mundo cambia a su alrededor. Un hombre que fija la vida que ha precedido a esos cambios que se le escapan. Porque ya he dicho que todo lo que está ocurriendo ahora es como si ya no ocurriera nunca. Me gusta mi trabajo porque sé que es un trabajo inútil, porque sé que es un trabajo que a nadie le produce riqueza; tampoco poder. Y eso es un alivio: saber que, en el fondo, sólo trabajo para mí mismo.

Calle de Perú, 9; ahí está la emisora, a cuatro manzanas de mi calle, frente al Club Náutico, en un edificio que mandó construir un indiano en 1907. Había regresado de Venezuela infectado de dólares y, al acabar la casa, la miró satisfecho y dijo: «Ya tengo mi propio panteón». Y se murió al día siguiente. Eso cuentan en la radio. El panteón del indiano, calle de Perú, la morgue, mi lugar de trabajo.

Hace un año entrevisté a una anciana que me contó la vida de su padre. Mi vida ha sido un pálido reflejo de la vida de mi padre, me dijo, por eso no tengo nada que contarle de mí. Mi padre fue escultor de bancos. Esculpía cariátides y elefantes en sus fachadas, nadadoras desnudas y hombres de torso continental. Mi padre inventaba el rostro elegante del dinero, su fachada de piedra polícroma, sus ornamentos para seducir al mundo y recordarle que también la belleza la compra el dinero. No como ahora que todo son fachadas de cristal, quirófanos al aire libre. Una vez al año mi padre nos reunía a todos en el comedor de casa y nos decía: ¿Veis esta moneda? Es la última que me queda. Voy a lanzarla al aire; si sale cara me iré a la China y si sale cruz me iré al Perú. Por eso me reí tanto cuando usted me citó en la calle de Perú, número 9, porque incluso ahora, cuando sólo me queda el tedio pegajoso y la enfermedad amenazante que preceden a la muerte, la sombra de mi padre me persigue no sólo cuando miro un billete en el supermercado o veo cómo a los elefantes del banco se les desprende la trompa y las nadadoras han perdido la cabeza como sólo la pierden las mujeres que fueron muy bellas, sino que hoy, el único día en tantos días y años que alguien me escucha, también está ahí él, con su moneda al aire, antes de que podamos oír el tintineo sobre las baldosas azul turquesa y con su vozarrón de escultor de bancos, nos diga me voy a la China o me voy al Perú. Y la China era una amante que tuvo toda su vida y el Perú sus amigos noctámbulos, gente turbia, de apuestas en peleas de perros y mesas de juego donde desfilaban tierras y casas y esposas incluso, mi madre, no sé, puede que alguna vez. Calle de Perú, ja, ¿no jugarán ustedes al póker, al acabar la programación?

Recuerdo que no la había oído reír cuando le di por teléfono la dirección de la emisora y aquel día, en la radio, pensé que tal vez los viejos sólo supieran reír hacia adentro, blandos los músculos de su rostro, imposibilitados para articular la risa o el llanto, destinados tan sólo a hacer muecas de espanto, gestos espectrales reflejo de la risa o del llanto, sombras del placer o del dolor que alguna vez sintieron, como reflejo y sombra de la vida de su padre era la vida de aquella mujer.

Ella fue la primera que me habló de los desaparecidos. ¿Sabe lo que se dice de su programa, joven? Ya estábamos a micrófono cerrado y ella se estaba poniendo un abrigo de paño rojo con botones de pasta blanca. Se dice que después de venir aquí, la gente se muere, ja, eso me han dicho. Entre nosotros se lo digo, a mí me da igual, comprenderá que ya he visto demasiados elefantes en mi vida, demasiados atletas con el torso desnudo y mujeres de caderas como bahías, demasiadas como para que me importe morirme o no. Uno se muere cuando ya ha visto tanto que no puede ver más y por mucho que mire ya no ve más que lo que vio cuando aún podía ver. Una y otra vez ve lo que vio en el pasado y la vida se desliza a su lado como en una pista de hielo, indiferente como una patinadora en una pista de hielo. A mí, joven, me importa un pito irme definitivamente a la China o bailar un tango en el Perú, si es que en el Perú se bailan tangos. Yo ya estoy cansada de ser una prolongación de mi padre, por eso no tuve hijos, no quise tenerlos y vivo sola con mis gatos, pero le aviso que a usted le llaman el enterrador y un poco pálido sí le veo, joven, debería tomar más el sol o trabajar al aire libre, yo qué sé, cuidando jardines, por ejemplo, o fumigando escarabajos, que la calle está imposible, si parece que vayamos pisando huevos, menudo asco. Pero debo confesarle que esto de la radio me ha parecido algo excitante. Le ponen a una un micrófono delante y es como si le dieran cuerda, ja, cuerda para ahorcarse en la calle del Perú o en los brazos de la China, como se ahorcó mi padre cuando los bancos ya no le encargaban ningún trabajo y en Perú le buscaban sus acreedores para partirle las piernas.

Hay veces en que oigo las palabras de mis entrevistados como si fueran maullidos en la noche. Eso fue lo que me pareció la llamada de Jorge Baker al estudio radiofónico de la calle Perú. Iré a verle, me dijo. Piense en París, me dijo. Al fondo de su voz maullaba un gato. Ronco, negro, con la piel llena de costuras.

3

Tengo cuarenta y dos años y empiezo a no reconocerme en los espejos. Ha comenzado la edad de la metamorfosis. No reconozco al que está frente a mí al empezar el día, en pijama y sin afeitar, y tampoco reconozco al que cruza la calle y se refleja en el escaparate. Es como un precipitado químico que hubiera salido mal: un día atraviesas una calle cualquiera y, al otro lado, la luna de un escaparate refleja la imagen de un desconocido que se va acercando a ti y lleva la misma ropa que te has puesto después de ducharte. Un desconocido ante el que pasar de largo. Luego sonríes, y en la sonrisa hay una sombra del que ya no es y una mueca nueva a la que debes acostumbrarte como se acostumbra uno a un nuevo barrio o a un trabajo nuevo. Sin acostumbrarse. Por nómadas que seamos uno no se acostumbra a ese nomadismo interior que te cambia por fuera hasta hacerte irreconocible, y convierte la vida adulta en una incertidumbre donde la búsqueda de rastros que te confirmen que algún día fuiste otro que ya no eres, es la única certeza. Y ¿cómo era ese que ya no está? Y, sobre todo, ¿dónde se quedó?

A veces hago incursiones para averiguarlo. Son mis particulares merodeos por el tiempo, detenido en algún sitio, esperando como esas puertas de los relatos fantásticos que un día están y el otro ya no. Desaparezco. Desaparezco durante algunos días y me voy a vivir como un vagabundo a otras partes de la ciudad, las calles que a veces frecuento en mis sueños, las calles donde siempre encuentro a alguien que se acuerda de algún fragmento de su pasado. Y en ese fragmento habito yo como un fantasma. Habito en él como mis entrevistados en la niebla de su memoria. Habito en él como todavía

habitan esas sombras que conocí ya no sé cuándo. Por ejemplo, Manuel Tedesco.

Manuel Tedesco es pianista y toca en el Tanganika, un garito de la calle Mar de Aral. Cuando yo no tenía cuarenta y dos años y la vida era como esas flores de cactus que se abren por la noche, Tedesco y yo fuimos amigos. Ahora, si nos cruzáramos en otro sitio que no fuera el garito de la calle Mar de Aral, ni nos saludaríamos. Los fantasmas no se saludan entre sí durante el día; sólo de noche se detectan, como ciertos insectos noctámbulos en las flores de cactus.

Manuel Tedesco es un hombre que se defiende de la vida por medio de la risa y una simpatía fuera de lo común. No es el típico pianista de jazz-club o de bar nocturno, con el cigarrillo entre los labios, la mirada perdida y una perenne mueca escéptica, al que nos tenían tan acostumbrados la novela y el cine negros. Su risa y su simpatía son proporcionales al horror que debió de sentir en algún momento de su vida por el hecho de estar vivo. Y ese horror debió de ser enorme, porque es como un autómata que va de mesa en mesa contando chismes de los demás —conozcamos o no a esos demás—, riendo con una potencia devastadora y ejerciendo constantes muestras de un afecto tan impostado como su risa. Eso le proporciona invitaciones en todas las fiestas de la ciudad y de ahí extrae las anécdotas sobre los vicios y costumbres de sus anfitriones, que luego reparte por ahí, como si fuera un calamar asustado que se camufla en una nube de tinta, protegiéndose así —o creyendo que se protege— de sus propios vicios y costumbres, esos que tanto miedo le proporcionaron en algún momento de su vida y mantiene medio a escondidas en saunas y pestilentes cuartos oscuros, culpabilizando a los demás —vengándose en los demás— de ese miedo frío como un pez podrido.

Me gusta el Bar Tanganika porque en sus paredes hay afiches y posavasos de hoteles de los años cincuenta del pasado siglo, cuando los hombres aún se vestían de esmoquin para asistir a un cóctel y las faldas de las mujeres se abrían como sombrillas de varias capas. Y bajo el esmoquin se escondían los cadáveres de alguna guerra europea —si no la pistola, todavía—, como bajo las faldas una colección de adulterios para combatir el aburrimiento. Ésa fue la

generación de mis abuelos. Mientras bebo solo, o bromeo con Tedesco u observo a las chicas hieráticas que bailan en la pista, a veces miro los colores apagados de esos afiches y posavasos —ocres, verdes, naranjas, azules...—, o leo sus nombres como quien lee un relato de Somerset Maugham: Hotel Garnier, Gare St. Lazare, París; Hotel Capitol, Madrid; City Hotel, Buenos Aires; Hotel Slavie, Jiçin, CSR; Kamakura Hotel, Kaihin, Japan, Tel. n.º 4 & 331; Schweizerhof, Zürich; Hotel Weitzer, Graz, Austria; Hotel Londres, Tánger, Propietario: A. Villodre...

En las habitaciones de esos hoteles que ya no existen se encierran las vidas que no tuve, las que busco en las voces de *La Morgue*, las que conjuran las sombras por donde deambula la mía ahora que vuelvo a vivir solo en una barriada que cuando cae la noche parece que fuera de día, y a plena luz del sol parece que fuera de noche.

Hace unas horas, a la salida del Tanganika, nos han pedido la documentación. Íbamos paseando tranquilamente K. y yo, y más atrás, Tedesco gritaba no sé qué acerca del cortejo de los pavos reales. K. es una joven rumana que ha pasado la noche en mi casa con el objetivo de dormir bajo techo y desayunar caliente mientras simulaba emular el cortejo de los pavos reales. Un coche se ha detenido y han bajado dos agentes de seguridad sin cerrar las puertas del automóvil. Uno llevaba la mano sobre la culata del revólver. Yo les he enseñado mi tarjeta de identificación y lo mismo ha hecho Tedesco, que a los dos minutos parecía íntimo de los policías. K. les ha mostrado sus papeles. A uno de ellos se le han iluminado los ojos como los de una rapaz ante la presa. Pero Tedesco ha intervenido con sus risas y una broma obscena sobre el culo de la muchacha y la incomodidad de los calabozos de comisaría, broma que ambos agentes han festejado como si Tedesco fuera de la familia. Yo he encendido un pitillo y he mirado a K., que ha bajado los párpados intentando que esos párpados le concedieran cierta invisibilidad. Los agentes le han devuelto los papeles y uno de ellos ha palmeado a Tedesco en el hombro. Se han metido en el coche y han continuado su ronda a la busca de esa carne fácil que se obtiene del miedo. He tirado el pitillo a una alcantarilla y he abrazado a K. por la cintura. Me ha parecido que temblaba. Manuel

Tedesco me ha mirado diciendo por lo bajo: mira que llegar a nuestra edad para soportar esto. Luego ha parado un taxi y desde la ventanilla nos ha dicho adiós, gesticulando como un actor de teatro en la noche del estreno.

No me acostumbro al sexo esporádico. Desde que me separé de mi mujer he perdido cualidades en ese sentido. La falta de práctica cotidiana combinada con la falta de afecto, me hace sentirme en la cama como si estuviera fuera de ella o jugara al meccano. Y de la extrañeza al fiasco no hay más que un paso, ese que provoca que la mente esté en un sitio y el cuerpo vaya por otro. K. ha llegado al orgasmo en los juegos preparatorios, pero al introducirme en ella quien ha llegado demasiado pronto he sido yo. He hecho lo que he podido, aunque al levantarme K. me ha mirado con una mezcla de fatiga y celo gatuno en los que he preferido no indagar. No había pavos reales en la cama. Ahora miro la negrura del mar mientras oigo el sueño agitado de K. en mi habitación. Recuerdo el tiempo en que aún no sabía que toda vida puede perderse al girar una esquina o atravesar una calle. Cuando aún no sabía que cada día, al despertarse, lo primero que vemos en el espejo es el rostro de un extraño que nos escruta con cierto temor, poca curiosidad y una dosis inaguantable de perplejidad.

4

La muchacha rumana, K., se parecía a una fotografía de mi madre tomada en el festival de Monterey, pocos años antes de que yo naciera. Tal vez por ahí tendría que explicarme mi triste papel en la cama, o el hecho de que nos eligiéramos el uno al otro en la penumbra del Tanganika, pero prefiero no darle más vueltas al asunto. La foto de la que hablo está hecha al amanecer, mientras The Animals tocaban *The house of the rising sun*. Eso me contó mi madre. Y añadió: fueron los días más felices de mi vida; fueron días en los que el mundo descubrió las puertas del paraíso.

Mi madre no sé, pero yo sí habité ese paraíso. Si pienso en aquellos años todo se tiñe de color canela. La atmósfera del paraíso era de color canela y tenía el perfume de la canela, mezclado con hash, bálsamo de tigre y patchouli. Y largos pañuelos de colores muy vivos y cestas y pisos amplios en los bulevares de la ciudad y playas en la noche y casas en el campo, con perros que se paseaban entre los cuerpos desnudos. Y bares, terrazas de bares y bares oscuros en los que la corriente eléctrica sólo se utilizaba para alimentar el tocadiscos y la única luz era la de las velas encendidas. Eso recuerdo de aquel paraíso donde la música y el humo de los cigarrillos se movían a un ritmo parecido. Porque la música se mueve; como el humo. Y como el humo se va y luego aparece de nuevo, como en una invocación.

Pero si tuviera que elegir una música entre todas las músicas para definir el paraíso donde crecí, hasta que mis padres se separaron y el paraíso se deshizo como se deshacían las volutas de humo, formando una neblina uniforme, ésta sería una canción del *Atom heart's mother* de Pink Floyd. Esa canción se llamaba *If...* y cuando pasé a vivir a casa de los padres de mi madre, esa canción se perdió

en la niebla confundiéndose con el poema de Kipling, titulado también *If...*, que mi abuela me hacía recitar por las noches, antes de acostarme y soñar con el paraíso. Hasta que dejé de soñar con él.

Mi padre —lo supe años después, lo sé ahora, entonces no lo sabía— se parecía mucho a Steve Winwood, el vocalista del grupo Traffic, y era escritor. Quiero decir que escribía. Yo al menos así lo recuerdo, escribiendo, inclinado sobre una mesa, mientras fumaba y bebía cerveza y en el aire flotaba la armónica de John Mayall. Es un recuerdo vago, pero no huidizo, que recuperé con fuerza para no irse ya más el día que volví a escuchar aquel disco doble de Mayall, donde va vestido con pieles como el hombre de los hielos, donde tanto se parece al hombre de los hielos y también está acurrucado, pero no para que no le descubran los enemigos que le han herido de muerte, sino para encender el fuego frotando dos trozos de madera que quizá fuera de abedul. Mi padre escribiendo sus canciones en el desván de la calle Ferlinghetti —no se llamaba calle Ferlinghetti, pero mi padre la llamaba calle Ferlinghetti—; mi padre escribiendo en una mesa primitiva, bajo la vasta cúpula verde de una higuera en la isla de Formentera. Mi padre tocando la armónica —como Mayall —, con barba —como Mayall— en un garito de la ciudad de mi madre; de mi ciudad. Mi padre, abrazado a mi madre, junto a la puerta de una casa de pescadores, en Lesbos, donde vivimos todo un verano que no recuerdo. Mi padre, entre dos marroquíes sonrientes, en el zoco de Fez o de Xauen —si es que en Xauen hay zoco, que no sé— o de Tánger, adonde viajaba solo para efectuar sus negocios, unos negocios que nada tenían que ver con la escritura. Mi padre en La Floresta jugando con un pastor alemán y apoyada en una columna del porche, mi madre y yo de la mano. Mi padre en Londres, junto a su amigo Lepski, el polaco que hablaba en francés. Mi padre en un mercado de París, con su cesta colgada del hombro, charlando con su amigo mister Argakoulian, un armenio que también hablaba en francés. Y el penetrante olor a cáñamo de esa cesta de mi padre, un olor que asocio al perfume de la canela, que me relaja como lo hace el perfume de la canela, y pienso que eso ocurre porque tal vez pasara muchas tardes y noches en esa

cesta, de bar en bar, o en el interior de la furgoneta DKW de mis padres, durmiendo, acunado por el penetrante olor a cáñamo, envuelto en un sari de algodón, o en un viejo camisón de hilo, mientras mi padre y mi madre hacían el amor (y en la casa se oía *Songs of love and hate* o *Astral weeks* —también algunos *Nocturnos* de Chopin o según qué conciertos de Vivaldi—, es curioso que fuera la misma música que escuchaba mi padre al escribir); hacían el amor, insisto, y no la guerra, aunque la guerra viniera después al lento ritmo de *Formentera lady* —como una tormenta que va acercándose en medio de la calma— o con la electricidad ascendente de Nico y la Velvet Underground. La misma que derivó en la música obsesiva de *Street hassle*, que ahora escucho como un chamán escucha los latidos de la tierra y éstos le revelan las voces de los antepasados.

Mamá —si es que puedo llamarla así; si es que puede llamarse así a una madre que desaparece de la vida de uno; si es que hay otra manera de llamar a una madre cuando se va demasiado pronto de tu vida; llamarla como quien grita en medio de una pesadilla, o musita las dos sílabas más repetidas antes de que se apague la luz para siempre—, mamá, digo, bailando con otros hombres que no eran mi padre, o con otras mujeres, muy lentamente al principio —los ojos viajando por una tierra desconocida—, como enloquecida después, la música de *Stairway to heaven*, esa escalera que la conducía al paraíso y, en el paraíso, a su casa entre las estrellas. Una casa que era varias casas, todas numeradas: la casa II en Piscis y la casa V en Acuario, la casa XII en Capricornio, y Casiopea y Venus y Antares, el rival de Ares, aquel que en la *Ilíada* posee el grito de cien mil hombres y ese grito se oye ahora como se ha oído siempre en el mundo por mucho que mis padres creyeran que ellos conseguirían que dejara de oírse para siempre... Son palabras, frases que recuerdo de mi madre: debió de ser entonces cuando aprendí a unir la palabra madre a la palabra casa. Entonces, que éramos nómadas y cantábamos como cantan los gitanos, e íbamos de casa en casa y todas las casas eran mi casa porque en todas estaba mi madre. Y todos los paisajes eran una casa en la tierra, como las estrellas eran una casa en el paraíso de mi madre, y mi padre recitaba unos versos

que hablaban de un caballo en la noche, parado y solo en la calle tranquila, relinchando, como si cantara una dulce y alta y hambrienta sílaba única. Los recitaba por la noche, antes de que yo me durmiera, en el desván de la calle Ferlinghetti, en el desván de la calle Ferlinghetti, en el desván de la calle Ferlinghetti, y yo soñaba con una calle solitaria donde relinchaba un caballo montado por una mujer desnuda que era mi madre y las notas del caballo sonaban como la canción de The Animals que mi madre oyó en Monterey y la chica rumana sigue durmiendo —oigo ahora su gruñido animal— y he de despertarla porque debo ir a grabar mi programa semanal en la radio y parece que yo estuviera invitado en mi propia casa y yo no fuera yo sino otro, ese raro efecto que provoca la presencia de una mujer a la que no se conoce, y no quiero que se quede sola en mi casa —esta casa que no es la suya y tampoco la mía del todo mientras ella esté— y al regresar continúe aquí, o no lo haga, y encuentre algo a faltar que nunca querría echar en falta.

5

—Yo a usted le conozco.

Hacía pocos minutos que estábamos en el estudio de grabación, los dos solos y aquel hombre se había fumado ya tres cigarrillos y a punto estaba de encender el cuarto, el mechero de oro en una mano, la boquilla de carey en la otra. Era un hombre alto y delgado, el pelo blanco peinado hacia atrás, la cara surcada por un mapa de arrugas como fallas geológicas y una mirada negra, iluminada por una luz inapropiada para la edad de mis entrevistados, que acostumbran a tener transparencias glaucas y membranas blanquecinas en los ojos. Como si el humo del tiempo se hubiera condensado en sus retinas.

—Yo a usted le conozco —le dije, y no supe si mis palabras le inquietaban o tranquilizaban. Era de esas personas que después de haberte dado la mano sientes la necesidad de tomar algo caliente, como si hubieras pasado un buen rato encerrado en una cámara frigorífica. Pero yo recordaba a ese hombre en la sala de casa de mis abuelos, encendiendo un cigarrillo tras otro con el mismo mechero de oro y colocando esos cigarrillos, antes de encenderlos, en la misma boquilla de carey. Recordaba a ese hombre entregando un sobre a mi abuela, vaciando de un sorbo su taza de café y levantándose luego y saludando con un taconazo militar y una inclinación de cabeza.

Mi abuela le llamaba el mensajero de Argel.

—No creo que usted me conozca —contestó—; ni yo mismo sé quién soy a veces. Por eso he venido a su programa.

El técnico de sonido de *La Morgue* me hizo una señal con la mano, para indicarme que en un minuto estaríamos en el aire.

—¿Cómo quiere que le llame? —le dije.

—El Coleccionista estaría bien, pero me llamo Baker, como la cantante negra de los plátanos. Le llamé anteanoche, ¿recuerda? —respondió mientras me entregaba una tarjeta.

BAZAR BUENOS AIRES
Propietario: Jorge Baker,
Coleccionista

—Debería usted visitar mi comercio —comentó al acabar la entrevista—. No me extrañaría que mis colecciones pudieran serle de cierta utilidad, señor Orfila; no me extrañaría, la verdad.

El coleccionista Baker —un nombre más de los muchos falsos que debía de haber empleado en su vida, antes incluso de que mi abuela lo bautizara como el mensajero de Argel— habló de las viejas monarquías asiáticas que durante las primeras décadas del pasado siglo enviaban a sus herederos a estudiar a Europa, París y Londres preferentemente, con piso en Roma para sus vacaciones. Habló de todo eso como si hubiera sido el edecán o el tutor de distintos príncipes camboyanos, indochinos y afganos, cuando en esa época el coleccionista Baker no se llamaba Baker y debía de vivir en casa de sus padres, en Buenos Aires, Lyon, Argel, o donde fuera que se hallara la casa de sus padres. Habló de la dinastía del rey Chulalongkorn de Tailandia y de los Khanes de Kabul y la afición al jazz y al fox-trot en el Saigón de los años treinta, de los saqueos artísticos del templo de Angkor y su colección de fotografías reales y árboles genealógicos del Extremo Oriente, pero no habló de sí mismo, ni del mundo que había conocido, ni siquiera del mundo de sus padres ya muertos, como tantos otros entrevistados cuya edad va acercándolos a la tumba donde descansan sus antepasados y ese acercamiento les hace vivir a través de las vidas de ellos como si fueran médiums. Y tampoco habló de París. El señor Baker parecía dueño de una rara energía que lo convirtiera en inmortal y su visita al programa una diversión más con la que entretener el aburrimiento que le producía esa misma inmortalidad.

Cuando nos despedíamos, ya en la calle de Perú, ante el portal número 9, Jorge Baker repitió: debería usted venir a ver mi negocio, créame. Ha de interesarle a la fuerza. Y quizá le ayude a mantener vivo este programa para muertos. Estoy seguro de que le ayudará.

Volvió a darme la mano y yo volví a sentir la necesidad de tomarme un café muy caliente. Antes de subir de nuevo al estudio, miré cómo se alejaba hacia los muelles, estirado como un oficial prusiano de la Segunda Guerra. Se paró en la esquina para encender un cigarrillo. Entonces le grité: ¡Señor Baker! Tardó en girarse, como si el nombre no fuera con él. Dio unos pasos hacia donde yo estaba.

—¿Ha vivido alguna vez en Argel? —pregunté.

—No conozco Argel, señor Orfila; África no me ha interesado nunca; no hay refinamiento en África, mire cómo han acabado, colonizados por los virus.

—¿Y la casa de los Klein, en la calle Bósforo? ¿Visitó alguna vez esa casa?

Jorge Baker dio una calada a su enésimo cigarrillo y después de expulsar una larga bocanada de humo respondió.

—No conozco a ningún Klein; ni siquiera sé dónde está esa calle. ¿Fósforo, ha dicho?

—Bósforo, señor Baker, Bósforo.

—Menos aún; si se tratara de fósforos...

Se dio la vuelta y alzó la mano izquierda, ya de espaldas, despidiéndose. Antes de perderlo de vista, me pareció oír que se reía. Y volví a ver a ese hombre, alto y estirado como un oficial prusiano de la Segunda Guerra, entregando un sobre a mi abuela en la casa del doctor Klein, calle Bósforo, número 23, allá por 1978.

En ese momento sonó una explosión en el puerto. Baker había desaparecido. Corrí hasta el final de la calle Perú. Vi las llamaradas y, después, empezaron a sonar las alarmas de las instalaciones portuarias. Regresé al estudio para avisar a los de los informativos. Ninguno se movió. Aunque era la primera bomba en el centro de la ciudad, ninguno de ellos se movió. Se oyeron las sirenas de los bomberos. Pero nadie de la radio salió a ver qué pasaba. Todos lo sabíamos. Ninguno de nosotros podía hacer nada. Ni siquiera informar al respecto.

Sólo existe un medio para conocer, sin conocerlo, lo que nadie desea conocer. Lo que no es conveniente conocer. Me refiero a la página web de los milenaristas: www.findelmundo.com, que parece el título de una novela de ciencia ficción ahora que la ciencia ficción ha dejado de ser una ficción sin llegar a ser una ciencia. A veces acudo a esa página y leo los rasgos del rostro del presente, que son los mismos rasgos inciertos del rostro del futuro: sombríos y desdibujados, merodeando entre nosotros sin que podamos reconocerlos. Como nuestro propio rostro en el espejo pasados los cuarenta. Esa página es una especie de notaría de catástrofes, otra presencia que está ahí, a la vista de todos, mientras todos miramos hacia otro lado. El cadáver de un hombre devorado por los perros a dos manzanas de casa. La constatación de que el humo que invade a menudo la ciudad —y las escamas de ceniza que revolotean por sus calles— se debe a un nuevo incendio que asola el norte o el este del territorio. La desaparición de mendigos. El descubrimiento policial de un laboratorio donde se negocia el tráfico de órganos procedentes de las repúblicas del Este. El precio abusivo del agua y la cotización en Bolsa de las compañías propietarias de acuíferos y embalses. La misteriosa aparición de cadáveres en el puerto, con la cara —sólo la cara— comida por los peces. Las toneladas de basura diaria... Esa clase de noticias incómodas que apenas interesan y que los que hacen la página findelmundo.com interpretan como signos del desastre, el galope sordo de los jinetes del Apocalipsis.

Esta página es el único medio de conocer el número de explosiones e incendios que tiene lugar cada semana, tanto en la ciudad como fuera de ella: en la red viaria, en los depósitos de gas, en las fábricas de energía eléctrica o en las naves industriales donde se purifica el agua de lluvia. Las noticias son escuetas: el lugar, la hora, el número de víctimas en caso de haberlas. A veces publica alguna fotografía. Pero nada más. Ningún comentario al respecto, ninguna interpretación más allá de su certeza. No existe ningún otro sitio donde averiguar algo más sobre esos atentados que sitian la ciudad y a veces se internan en ella. Pero nadie pronuncia la palabra atentado. Hay días en que findelmundo.com permanece bloqueada por los servicios informáticos de la policía. En esos días la sospecha

de que el desastre es inminente aumenta. Pero todos vivimos como si eso no fuera cierto. Como si no ocurriera, ni hubiera ocurrido jamás. El destino de esa página también es el olvido, cuando no su antesala, la indiferencia. Salvo para la policía y los insomnes hastiados de pornografía.

6

Hoy he recibido una llamada telefónica de Tedesco. A Tedesco le gustan ciertas formalidades de la antigua escuela. Cuando éramos amigos nunca llamaba al teléfono móvil, ni mandaba mensajes, ni siquiera utilizaba el correo electrónico. Tedesco llamaba al teléfono de casa. Hoy ha hecho lo mismo, como si aún viviéramos en los ochenta, al ritmo de The Smiths. Y yo, que casi nunca descuelgo, he descolgado el teléfono como si intuyera que esa llamada procedía de algún pasaje perdido donde fui feliz.

No he entendido la llamada de Tedesco. Ha preguntado por la rumana de anteanoche y mi laconismo le ha hecho lanzar una de sus risotadas y recomendarme una mezcla de raíz de ginseng, polvo de cantárida y cuerno de rinoceronte que venden los chinos de mi barrio. Eso hasta que los rusos los desplacen, si llegan a hacerlo. Luego me ha hablado de una agenda que habían encontrado en el Tanganika y de si podía ser mía esa agenda. Después me ha comentado que ayer vio a Balanzó y que tal vez sería bueno que cenásemos juntos los tres como en los viejos tiempos de La Colonia, cuando éramos inseparables de Jimmy Noland. Llámame y quedamos, le he dicho, hay un kebab muy bueno en mi calle. Déjate de orientalismos trasnochados: o francés o nada, ha sido su respuesta, pero llámame tú; tú eres el hombre ocupado. Se ha despedido con una broma y ha colgado. Mientras cambiaba la funda de las almohadas —aún olían al perfume de K., como una intromisión inaceptable— he tenido la sensación de que Tedesco quería decirme algo que ha silenciado.

Mis abuelos pasaban el verano en un chalet racionalista de La Colonia, entre pitas y pinos y con el mar azul al fondo. En él escribí mi tesina sobre De Beistegui. Pero eso fue cuando ya hacía diez años

que vivía con ellos y de mis padres apenas sabía nada. La Colonia era una urbanización en la costa noreste fundada por un barón alemán del que decían que había hecho su fortuna traficando armas para las guerras de independencia africanas de los cincuenta y sesenta. Nadie sabía si el título de barón era verdadero o no, pero lo cierto es que supo atraer a La Colonia a distintos ricos de Europa y América a los que vendía los solares, después de haberse acostado con sus esposas. Digamos que éstas eran sus agentes inmobiliarios más eficientes. Eso decía mi abuelo, sin mirar a mi abuela. Cuando La Colonia estaba viviendo su apoteosis, el barón desapareció: murió en un accidente de caza en la Selva Negra, pero jamás encontraron el cadáver. Por supuesto se habló de algún marido celoso y al saberse la noticia en La Colonia, más de uno brindó con champán.

Nuestro chalet estaba situado entre otros dos: el de la izquierda pertenecía a un matrimonio sudafricano apellidado Cook, como la agencia de viajes. Parecía un museo de arte negro y de mister Cook se decía que disparaba a los criados con su pistola cuando cumplían incorrectamente su cometido. Más de una noche, con todas las lámparas encendidas y los coches de los invitados aparcados sobre la grava del jardín, oíamos los disparos y en una ocasión mi abuelo tuvo que hacer una cura de urgencia en el tobillo de un sirviente dominicano. Mi abuela nunca aceptó ninguna de sus invitaciones a cenar. A casa de mister Cook, mi abuelo, iba solo.

El chalet de la derecha era de una millonaria argentina, Iris Frabetti, que había sido amante de Porfirio Rubirosa y todos los veranos ofrecía la *soirée* más chic de La Colonia. Su peluquero vivía en la casa, como un miembro más del servicio y ella tenía por costumbre cambiarse el peinado varias veces a lo largo de la noche. En una de esas fiestas mandó traer cincuenta guacamayos que poblaron los árboles del jardín, como esos niños negros que en el siglo XVIII vestían con casaca y aguantaban un candelabro en cada estancia de palacio. Durante tres veranos, el pinar se pobló de guacamayos, hasta que alguien, irritado por los graznidos que le impedían hacer la siesta —se dijo que había sido mister Cook—, alquiló una partida de cazadores que les dieron muerte, exponiendo

las piezas ante la verja de Iris Frabetti. A partir de ese día mister Cook fue borrado de la lista de invitados de la señora Frabetti.

Pero cuando conocí La Colonia —o empecé a reconocerla, más allá de un paisaje estival de adolescencia cuyo exotismo yo había vivido como algo normal— ésta era lo que los norteamericanos llaman un *has been*. Los viejos nombres de una aristocracia financiera internacional —salvajes y refinados como señores feudales que habitaran una tierra de nadie colindante con el Renacimiento—, ese gran mundo que evitaba Cannes o Mónaco para retirarse en ella y vivir como en la Costa Azul —aunque lejos de su fulgor salvo cuando lo emulaban—, había desaparecido. Las casas se habían cerrado y vendido. Las grandes fiestas eran un recuerdo, teñido a veces del brillo de lo imaginario y sus nuevos propietarios nada tenían que ver con aquellos que la fundaron, escribiendo su nombre en el mapa de cierta dolce vita europea. Cuando Europa aún lo era y su tenacidad por instalarse en el olvido empezaba por el silenciamiento de sus grandes guerras, esas que la definían y perfilaban con la misma claridad que sus catedrales, mercados y cementerios. Como si jamás hubieran ocurrido. De ahí tal vez que ese lugar fuera el lugar de nacimiento de mi tesina sobre De Beistegui —de ahí tal vez naciera también mi interés por un tipo como De Beistegui— y de que ahora trabaje en un programa como *La Morgue* e indague sobre la memoria de un mundo que no existe y nadie sabe ya si existió alguna vez.

Entonces, mi abuelo —que había sido el médico de todos ellos— dejó de tener dientes y empezó a vivir de las rentas de mi abuela. Y yo dejé de ver por casa a esos hombres de negocios egipcios que habían huido de Nasser, armadores griegos y petroleros venezolanos, en cuyos rostros la afabilidad enmascaraba un alma en forma de libro de contabilidad, talonario de cheques y pistola en la mesa del despacho. Todo se volvió más prosaico, menos irreal. Fueron sustituidos por banqueros locales, antiguos gobernadores civiles, algún artista, empresarios de la hostelería y políticos retirados. Fue la época en que conocí a Tedesco, Balanzó, Valcárcel, Rovira, Jimmy Noland... La época de nuestros largos paseos en bicicleta, las tardes de pesca submarina y las noches de baile y

pastillas en Mambo, cuando esas noches ya no eran de satén; ni blanco ni negro, no lo eran. Y las escapadas a la ciudad en el viejo Mercedes descapotable de Jimmy Noland, mientras ellos bebían whisky en cualquier terraza de La Colonia —el tiempo se les deshacía ya entre las manos como el hielo tintineante— y a nosotros nos aplaudían los pájaros al amanecer.

Pero tampoco debo adelantarme al tiempo; estoy yendo demasiado deprisa y también a mí puede deshacérseme entre las manos, como en el ocaso de La Colonia. Deshacerse como el hielo en el ámbar líquido. Deshacerse como no se deshizo el hombre de Similaun —*mon semblable, mon frère*— porque estaba protegido por el hielo de los siglos.

7

Los dedos parecían cubiertos de una arcilla translúcida. Esos dedos que servían para acariciar y tocar la guitarra y enhebrar collares y trabajar el cuero y hacer la comida y nunca sabíamos cuántos seríamos a comer porque las casas eran como los discos o los libros o los cuerpos o los cigarros: corrían de mano en mano. Fue la última vez que vi sonreír de verdad, como si se estrenara el mundo. Los dedos parecían cubiertos de una arcilla translúcida que los teñía de canela, henna o betel en los pliegues y hacía brillar aún más la plata que los adornaba. Esos dedos deshacían las hebras de un cigarrillo rubio —recuerdo las marcas: Bisonte o Chesterfield y el bisonte era como los que debía contemplar el hombre de los hielos y el Chesterfield, sin filtro, era el mismo que fumaba el doctor Klein, mi abuelo—. Luego, los mismos dedos rompían un fragmento de las tabletas de hash envueltas en papel de plata que había sobre la chimenea, o en los cajones de cualquier cómoda, o en la mesa de la cocina donde se cortaban las verduras del huerto, para preparar un arroz a la luz del camping-gas, como un lívido Georges La Tour. Esos dedos que cogían un mechero y calentaban la piedra de hash y de repente flotaba un perfume como el de la tierra cuando ha llovido y los dedos la deshacían entre las hebras del cigarrillo ya deshecho y con varios papeles de fumar —también recuerdo la marca: Smoking, el librillo era rojo con letras doradas— aquellos mismos dedos preparaban un cono de geometría perfecta e introducían un cartón enrollado en la boca de ese cono que pasaba de mano en mano, como en una ceremonia antigua, y el cono parecía una trompeta primitiva y algo de música en sordina encerraba, porque los cuerpos se balanceaban luego como si la música se hubiera instalado en ellos y la mano —las líneas de esas manos teñidas también de canela o

betel o henna— adquiría la forma de cazoleta y sonreían, todos sonreían, mientras yo jugaba entre ellos o bailaba con ellos o me escondía en el regazo de mi madre o buscaba los largos brazos de mi padre que eran como las alas de un águila batiendo en el aire. Aquellos brazos en cuyas manos los dedos parecían cubiertos de una arcilla translúcida y sabían extraer la música de la hierba seca, del polen prensado, del aceite espeso y negro que le mandaba por correo en pequeños paquetes su amigo Argakoulian. Y entre el humo y el perfume a tierra mojada sonaba la guitarra acústica de *If* o la voz felina de Carole King o el *For what it's worth*, de Buffalo Springfield, esas canciones que aún escucho cuando viajo hacia la casa de mis padres, cuando viajo hacia la casa que no existe porque jamás existió —esa casa donde en los días de lluvia se escuchaba a Sandy Denny y a Neil Young, y en las mañanas de sol *White bird* y *Hot summer time*, la música de los hermanos Laflamme o el *More* de Pink Floyd—.

En aquellas tardes de lluvia —*The North Star grassman and the ravens* y *Harvest* al aparato— mi madre construía cajas donde encerrar sus sueños. Eso decía ella: los sueños de una persona caben en una caja. Durante el verano reunía piedras marinas, carretes de hilo, trozos de madera pintada, láminas viejas, fragmentos de mapas, cajas de cerillas, recortes de periódico, sellos, fotografías antiguas, desnudos de sus amigas, cajetillas de tabaco, insectos, huesos y plumas de pájaro que encontraba por el campo. Los clasificaba luego en carpetas y cajitas de habanos con la meticulosidad del entomólogo. Yo la ayudaba en la tarea. Después, con las primeras lluvias y la aparición de los jerséis de lana —una lana amarillenta y áspera, que olía a arena y picaba cuando me abrazaba—, mi madre sacaba sus tesoros y los exponía junto a la chimenea. Allí, ambos sentados sobre la alfombra, forraba una caja de madera —servían las de vino, las que mandaba mister Argakoulian o las que compraba en el Rastro por dos duros los sábados que visitábamos la ciudad— y pegaba en ella algunos de los objetos y papeles que guardaba. Luego, con un punzón y unas tenazas cortaba el cristal que las convertía en vitrinas. Cogía entonces un lápiz de carpintero y escribía por detrás: El baño de

Lilian de Pougy, La pesadilla del káiser, Arcoíris en Mongolia, Los sueños de la lechuza, La vía láctea, Layla, El viaje de Cleopatra, Avenida de la Utopía, cosas así escribía mi madre al dorso de esas cajas. Y en voz muy baja, me decía: ahora el universo ha recuperado una partícula de su armonía. Y yo no sabía ni lo que era una partícula ni lo que significaba la armonía, aunque viviera en un lugar que se le parecía mucho. O eso creía yo, mientras contemplaba una nueva y luminosa partícula del universo que a través de las manos de mi madre había escapado de un agujero negro. En esas cajas se encerraba una música parecida a la que surgía de los dedos de mi padre. Una música que hablaba del orden y la paz que mi madre extraía del lenguaje de las estrellas.

En una ocasión —mi padre había salido de viaje— me encontré a mi madre llorando junto a una de sus cajas. La había hecho mientras yo dormía. No había nadie en casa y por primera vez olí —venteé como un animal— la sensación de soledad. De una soledad que podía olerse y dañaba por dentro, como se huele y daña por dentro la humedad. Sobre una fotografía en blanco y negro de un salón lleno de gente vestida de etiqueta había montado dos pequeños esqueletos hechos con huesos de pájaros, y flotando sobre las improvisadas clavículas había recortado los rostros de una reproducción de *El matrimonio Arnolfini*. Al dorso escribió: La consulta del doctor Klein. Y a los pies de los esqueletos puso un lecho de pequeñas vainas de proyectil que había encontrado el pasado verano cerca de un campo de tiro militar. Luego arrojó la caja al fuego y me abrazó. Nada dijo sobre partículas y armonía. No recuerdo que hubiera música en esa caja. Tampoco recuerdo a mi madre llorando salvo en aquella ocasión. Ni siquiera cuando mi padre desapareció, lloró mi madre. Ni siquiera cuando regresó de Lisboa, enfermo y demacrado, para desaparecer de nuevo y para siempre al cabo de unos meses.

8

Hoy he bajado al centro de la ciudad que fue, cuando era puerto franco y los turistas adinerados de Europa jugaban en sus casinos y tomaban las aguas de sus balnearios. Hay una fotografía de mi abuelo en la cubierta del Zaca, el velero de Errol Flynn, fondeado en la bahía. En ella se ve al actor norteamericano con un vaso largo en una mano y la otra abrazando a mi abuelo por los hombros. La fotografía está dedicada por Flynn: *To my friend Mr. Klein, my Dr. M.; Errol F, April 1952*. A sus espaldas cruza la botavara y, en un curioso efecto óptico, parece que esa botavara sostenga la ciudad entera: sus hoteles como mansiones sudistas, pasteles vieneses o villas palladianas; sus campanarios como minaretes norteafricanos; sus edificios de oro y ocre, como tallados en una vieja cantera de arenisca. Y más allá el Ensanche racionalista, una ciudad ártica y moderna de cubos recortados en blanco y curvas como el puente de mando de un buque rompehielos.

Ambos van con el torso desnudo y descalzos. Flynn con pantalones cortos de explorador; Klein con pantalones largos blancos hasta la pantorrilla, anudados en la cintura por un pañuelo. A sus pies hay dos cajas de madera llenas de cascos vacíos de Coca-Cola y un caniche blanco que ladra asomado a la borda. Como si alguien nadara alrededor del yate y el perro quisiera arrojarse sobre esa persona que la foto no recoge. En la popa se ve a una mujer que toma el sol con un bañador blanco, un gorro blanco de toalla y unas gafas de sol de cristales negros.

La ciudad parece dormitar alegremente. Porque esa ciudad de la fotografía todavía era una ciudad feliz. Eran los tiempos del restaurante La Dársena, que de vez en cuando aparecía en las páginas del *Paris-Match*. De los night-clubs y las dancing-terraces

donde el swing de las orquestas sonaba bajo la luna y el destronado Faruk jugaba al bacarrá. Esa ciudad se miró en los ojos de Ava Gardner y sus calles fueron minuciosamente escrutadas por la mirada de búho de Robert Morley, aunque tampoco ya nadie sepa quién fue Robert Morley. Esa ciudad era una mujer misteriosa y cálida por la que mi abuelo —cuya afición por los zapatos ingleses le persiguió toda la vida— paseaba descalzo hasta el Club Náutico, como acariciándola y dejándose acariciar por ella.

La casa de mis abuelos en la ciudad era un piso muy amplio y soleado en una de cuyas alas el doctor Klein tenía su consulta, que miraba al jardín de la finca. Desde el alto mirador de su despacho se veían dos palmeras, un jacarandá y, al fondo, una hilera de cipreses oscuros. Las estancias de la otra ala, donde vivíamos, miraban a la calle Bósforo, que tenía un paseo central por donde deambulaban los peatones a media tarde y se saludaban con una inclinación de cabeza. Era un piso muy confortable, amueblado con gusto burgués, de médico bien situado: butacas Luis XVI, lámparas de Murano, suelos de tarima, alfombras de la Real Fábrica de Tapices y copias bastante buenas de pintura francesa e italiana del XVIII. Lo cierto es que el piso de mis abuelos aún estando en la ciudad, tenía una atmósfera parisina, más *rive droite* que *gauche*. En cambio, en el chalet de La Colonia, de factura racionalista, había muebles estilo Bauhaus y pintura geométrica de los años veinte y treinta, lo que le daba un aire aséptico y frío como de laboratorio o de quirófano, tan apropiado a la profesión de mi abuelo como a la temperatura de las temporadas de verano. Nunca, antes de la desaparición de mis padres, estuve en el piso de la calle Bósforo. Y cuando llegué a él lo hice como un extraño. Tan extraño para mí como yo lo era para ellos: este chico parece un apache, dijo mi abuela. Mi abuelo no dijo nada, pero en sus ojos grises no vi el menor asomo de vida: parecían de ceniza los ojos de mi abuelo. La casa olía a éter.

Mi ropa fue a la basura directamente. Lo mismo que mi pelo, que cortó el barbero que visitaba el piso de la calle Bósforo cada quince días. A partir de aquel momento empecé a ser un deportado de mí mismo, una sensación de desplazamiento que, aún hoy, permanece. Dejé de oír música a cualquier hora: en aquella casa todo era

silencio y olor a madera. También dejé de oír los nombres de mis padres, como si mamá no fuera su hija y tampoco mi padre su yerno. Los pasos apenas se oían y mis abuelos parecía que hablaran, cuando lo hacían, en un susurro. Tenían dos criadas filipinas que ocupaban la única habitación interior de la casa, junto a la cocina. Ninguna de las dos decía nada: se desplazaban por los pasillos como muñecas silenciosas. Como el olor ácido y helado del éter. La noche del último sábado de cada mes, alguien venía a cenar. Nunca supe si eran amigos o clientes de mi abuelo. El trato era correcto, educado y frío. El mismo trato que yo recibía.

Cuando paseo por el centro de la ciudad, suelo pasar por la calle Bósforo y miro la finca donde viví con mis abuelos. En la entrada todavía está la placa de latón del doctor Klein. Felipe Klein, médico internista. El piso está cerrado y las persianas de los balcones despintadas y rotas. Años atrás hubo una agencia de viajes. Ahora no hay nada. Nadie lo habita. Es un piso muerto que no sé a quién pertenece. A veces marco su número de teléfono y una chirriante voz de mujer me contesta: Floristería Danae, ¿dígame? Cuelgo.

En esa casa —los visillos ondeando por la brisa del mar, las tazas de café de satsuma sobre la mesita de cerezo con incrustaciones de caoba, las butacas de madera dorada y lino crudo— fue donde vi por primera vez la espalda del mensajero de Argel, su cogote rasurado, su boquilla de nácar y sus manos pasadas por la manicura que entregaban un sobre grande a mi abuela. Ese hombre era la única visita que recibía mi abuela cada medio año. Puntual como un reloj suizo. Y siempre en ausencia del doctor Klein. Como si ese hombre esperara en un taxi a que mi abuelo saliera de casa. Porque el mensajero de Argel siempre llegaba en taxi, como si viniera del aeropuerto. Yo lo veía desde mi cuarto. Y los sobres desaparecían en el secreter privado de mi abuela, que le daba las gracias y después le hacía una pregunta —ésta sí— que oí en repetidas ocasiones.

—¿El mismo número de cuenta?

La respuesta también era siempre la misma.

—El mismo, madame.

Después el hombre se levantaba, daba un taconazo marcial e inclinaba la cabeza hacia mi abuela, que no hacía ademán alguno de

moverse de su butaca. Cogía una campanilla de plata y la agitaba llamando al servicio filipino. El siguiente sonido —opaco y amortiguado— era el de la puerta al cerrarse. Y la casa volvía a quedar en silencio.

Ahora miro los balcones cerrados de Bósforo, 23, Principal. Hay bolsas de plástico atadas a las barandillas, como si algún vecino las hubiera colocado para ahuyentar a las gaviotas carniceras. Imagino el comedor iluminado por la araña de cristal, los sombreros de Bebé Iribarne, el monóculo de mister Cuevas, el esmoquin blanco del señor Builla, los collares de perlas de madame García, el pelo rubio platino de Piti Monzón, la orquídea en la solapa de Ernesto Gasset, los largos habanos de Kefir Burgur y sus recuerdos del Club Mohammed Aly en El Cairo, la risa cantarina de Mimí Alglada, los gemelos de diamantes del señor Dolgoruki, sus conversaciones sobre el París de Lequerica y Carlos de Beistegui... También ellos son un piso cerrado con las persianas despintadas y rotas, como branquias de una tintorera que ha muerto en la playa y hace que los bañistas se tapen la nariz y desvíen su camino, alejándose del mar.

9

Mis padres tuvieron un bar. El nombre del bar lo puso mi madre: Aquarius. Mi padre quería que el bar se llamara El Sueño de Aníbal.

Mi madre le dijo que ése podía ser el título de la novela que mi padre estaba escribiendo entonces, pero no el nombre de un bar. Y lo llamó Aquarius Bar. Mamá y sus constelaciones. Mamá y la Era de Acuario. Pero junto al rincón de los discos, mi madre colgó una caja que hizo para el cumpleaños de mi padre. Y la tituló *El sueño de Aníbal*. El fondo de la caja estaba forrado por la lámina de una revista vieja en la que se veía la marcha del Ejército de Aníbal a través de los Alpes. Unos elefantes avanzaban pesadamente entre los riscos nevados y uno de ellos se despeñaba y caía al vacío. Y con él caían los guerreros armados que iban en la cesta y también el guerrero cartaginés que estiraba las bridas del elefante que caía. Sobre el grabado —como si fuera la mariposa de una colección de insectos— había una fotografía de mi padre, recortada por la silueta. Mi padre estaba desnudo y tenía los brazos en cruz: parecía que volara entre los Alpes y los elefantes de Aníbal. O que hubiera salido de la cesta del elefante que caía y se elevara hacia el cielo encapotado. Más abajo, en la parte inferior de la caja, había un lecho de arena de grano muy grueso. Entre la arena y los pies de mi padre, mi madre había escrito una frase: «Si el sueño de la reina Dido fue Aníbal, ¿cuál es el sueño de Aníbal?». Ahora pienso que esa frase no era más que una invitación a que mi padre acabara la novela que estaba escribiendo, la novela —que como todos sus libros— jamás terminó.

Recuerdo muy bien el bar de mis padres. Recuerdo que mi madre me subía a la barra de madera y que el primer día puso la canción *Our house*, de Crosby, Stills, Nash & Young, encendió el fuego de la

chimenea y colocó unas flores que había traído de casa en una jarra sobre la barra. Luego se puso a bailar conmigo, yo de pie junto a las flores, la cabeza de ella en mi pecho, y me dijo: todo es más fácil de lo que parece, hijo, todo lo es. *4 + 20 years ago...* Pero han pasado muchos más. Han pasado el color de la canela y la luz de la miel. La armónica de mi padre, los blues de Clapton con Derek & The Dominos, The Kinks cantando *Lola...* Recuerdo que las mujeres llevaban el pelo largo, suelto hasta la cintura y botas de piel hasta media pantorrilla. Las mujeres llevaban faldas largas y floreadas que se les pegaban a los muslos y a las nalgas, pero no ropa interior. Y grandes jerséis de lana gruesa donde bailaban sus pechos al lento ritmo del humo. *Country girl I feel your dreams,* / ... *let me be your country man.* Y cada tarde en el Aquarius, cada noche en el Aquarius era como abandonarlo todo e irse de viaje —*everybody I love you...*— y en los ojos de ellas, tan ausentes, estaba escrita la ruta de ese viaje: el golfo de Adén o las montañas de Capadocia, el valle de Shangri-La o las playas de Goa. Y cuando pienso en el Aquarius Bar, pienso en un fumadero de opio en China y en ese fumadero estoy yo, tumbado sobre una cama y no sé quién soy. Y las sombras que se forman en el techo, como peces en un acuario, reconstruyen la película de mi vida mientras yo río y me como las flores de adormidera que mi madre ha colocado en una jarra, allí donde Venus se encuentra con Acuario en la casa VII.

Y detrás de las flores veo el tres cuartos de piel de mi padre, su armónica Hohner, su caja metálica de cigarrillos egipcios Royal Derby —donde no guardaba cigarrillos, precisamente...—. Veo su cesta llena de papeles y frutas, sus manos de dedos largos que introducen el disco *Déjà vu* en su funda color sepia, pero apenas logro ver su rostro. Apenas lo veo porque mi padre vive en el sueño de Aníbal y nunca logra llegar a las puertas de Roma. Nunca llega a las puertas de Roma porque se lo impide la nieve y el caballo salvaje donde monta —no un elefante sino un caballo— y también sus reyezuelos aliados, Lepski el polaco y Argakoulian el armenio, a quienes también veo entrar en el Aquarius Bar y es su presencia la que provoca la desaparición del rostro de mi padre, entre risas y abrazos y un billete de avión y un pasaporte que de la cartera de Argakoulian

pasan al bolsillo del chaquetón marrón de mi padre, un tres cuartos de piel que se ponía en invierno para ir en motocicleta. Y veo esa moto —una Ossa 150, con el depósito rojo— aparcada en la acera, frente al Aquarius Bar. La misma moto en que le vería partir para siempre hacia la carretera del aeropuerto, camino de Tánger.

La puerta del Aquarius Bar era una vidriera de dos hojas con una barra de latón atornillada a la madera. Hay noches en que sueño que llego al bar y no puedo cruzar esa vidriera. Intento entrar o empujar una de aquellas barras de latón y no me obedecen los pies y tampoco la mano. Sólo los ojos, pegados a la hoja de vidrio. Mis ojos frente a la pecera. En el interior del bar mi madre destapa una botella de cerveza y se la acerca a los labios, pero no bebe. Está mirando a alguien que yo no puedo ver desde el lugar donde me encuentro. Veo a Claudio, el filósofo, a quien mi padre llamaba mister Arkadín. A Lola, la madrileña, con sus cejas pobladas y sus ojos amarillos; Lola que acostumbraba a dormir en la cama de mis padres y sonreía cada vez que mi padre aparecía por la puerta. (Y cuando pienso en ellos tres entre las sábanas me acuerdo de la funda de un disco de Cohen que divertía mucho a mi padre: *Death of a ladies' man*: decía que era un Cohen borracho imitando a Sinatra). También veo a Gustavo, *le bel* Gustavo, el hombre tranquilo, que decía que estudiaba para marino mercante y hablaba de la Cruz del Sur con mi madre y fumaba tabaco de pipa. Veo a Javier, que cazaba insectos conmigo cuando estábamos en el huerto de casa y me enseñaba a distinguir por su canto a los pájaros. Veo a Carmen, que hacía galletas de nata en el horno y enhebraba collares con plumas y piedras de Mauritania y le gustaba nadar a la luz de la luna. Veo a Charlie, que no se llamaba Charlie, pero al que todos llamaban Charlie, y tenía una cicatriz en la cara y decía que había estado en la Legión, pegando tiros a los moros. Veo a Martín y a Martha, que era holandesa, muy guapa, y leía las cartas y Martín era de La Coruña y acompañaba con los bongos a un músico brasileño que tocaba el sitar como Ravi Shankar. Veo la brasa que pasa de mano en mano y a Julián y a Lucía y a David y a África y a Ana, la francesa, y a las dos alocadas jamaicanas que eran hermanas y llevaban tatuajes en el tobillo y se teñían el pelo de amarillo... Veo a

dos policías que entran y se sientan en los taburetes de la barra, vestidos con traje y corbata, y piden un coñac y miran como si buscaran a alguien y le preguntan a mi madre y mi madre no contesta y ellos dicen algo en voz alta y se beben el coñac y luego se van y, ya en la calle, uno de ellos se estira los pantalones y escupe a mis pies, como si yo no estuviera, vaya mierda de gente, dice después. Veo la luz ambarina de las velas y huelo el perfume de la canela. Veo las barbas y el pelo largo de aquellos hombres de los hielos que eran los amigos y las amigas de mis padres, que vivían en nuestra casa, fuera cual fuera esa casa, y a los que yo llamaba por su nombre. Como si fuera uno de ellos. Como a mis padres. Y en el interior de ese acuario los peces nadan tranquilamente entre la vegetación submarina, sin saber que en la belleza de sus colores también anida el veneno y se esconden, entre los légamos, las pirañas y los escualos.

Pero ninguno de ellos me ve a mí, ahí en la calle, quieto, al otro lado de la pecera, sin poder entrar en el Aquarius Bar, sin poder marcharme hacia cualquier otra parte donde la memoria no sea agua estancada, ni se oiga la voz de Jagger cantando *Wild horses*, cuando la noche alarga las sombras de las casas vecinas y las arrastra por el asfalto húmedo como Jagger las palabras de esa canción donde mi padre enterró el sueño de Aníbal, mientras los elefantes se deslizaban al vacío entre la nieve de los Alpes, sin saber que yo estaría en las murallas de Roma, esperándole. Como el hombre congelado en el glaciar alpino de Hauslabojch.

10

Al salir de la radio me he dirigido hacia el Bazar Buenos Aires. En la calle de Perú habían abierto una zanja y me he manchado los zapatos de barro. Hacía días que quería visitar la tienda de Jorge Baker, pero la conversación con la señora Jacotot y su rusa blanca eran el pretexto necesario para aceptar su invitación: no me extrañaría que mis colecciones le ayudaran a mantener vivo su programa para muertos, me había dicho. Aunque la señora Jacotot me dio la impresión de estar más viva que yo mismo.

Mientras sorteaba taxis y ciclomotores sus palabras resonaban en mi interior como en una cámara de ecos.

—Yo vivía con mi familia en el campo. Mi padre era hijo de indianos que habían hecho fortuna en Puerto Rico. Tenían plantaciones de caña de azúcar y una destilería de ron. Las cosas les fueron bien, qué digo bien, les fueron estupendamente y al morir ellos, mi padre decidió regresar dejando sus negocios en manos de un administrador, un primo suyo. Yo tenía cuatro años cuando regresamos y ya era ciega. Fue a consecuencia de una meningitis. Apenas si tengo recuerdos de cuando veía. La memoria es muy curiosa, más selectiva incluso que el azar, ¿no le parece? Me recuerdo jugando con un perrillo en el patio de casa, un patio con una pérgola de flores muy perfumadas. Recuerdo la luz cegadora del sol al mediodía y también el polvo en suspensión, iluminado por las franjas de las persianas, en el salón donde mi padre hacía la siesta después de fumarse un habano. Recuerdo una tabaquera de piel y un jarrón chino. Y también las botas altas de mi padre. Recuerdo una bastonera de cerámica de colores muy vivos, con un espejo encima donde no podía verme porque mi estatura me lo impedía (después ya no he podido mirarme en un espejo), y a mi padre

montado a caballo que se aleja de casa. Y a mi madre paseándose desnuda por la cocina. Pero no recuerdo nada más. Incluso a veces pienso si todos esos recuerdos (todos, salvo la luz cegadora del sol), no son sino recuerdos inventados. Después, ya todo forma una atmósfera de olores, sonidos y sensaciones táctiles: la humedad salitrosa del mar, los gritos del alcatraz, el olor a pintura del barco, el hierro de sus barandillas.

Cuando llegamos aquí el olor del mar era otro, más ligero, y también recuerdo el olor a cuero del automóvil que nos llevó hasta nuestra casa en el campo y que el olor de esa casa era de una humedad dulzona y que ese olor ya nunca me ha abandonado. Pero le mentiría si le dijera que he tenido una vida interesante. Mi vida ha sido una vida aburrida porque las sombras lo son. Y si a usted no se lo parece es porque todavía es joven, amigo mío, más joven de lo que cree. De lo que creerá durante toda su vida, porque eso es como la malaria, no se va nunca. No hay ni rastro de vida en las sombras: sólo el latido de la muerte, nada más. Pero también mentiría si le dijera que en ese océano de sombras —y perdone la grandilocuencia, pero es que es un océano y sin ningún destello de luz— no pude sentir tanto o más de lo que pueda usted haber sentido, o llegar a hacerlo, con la vista.

Ocurrió varios años después de nuestra llegada. Mi padre contrató a una lectora que acudía por las tardes a visitarnos. O mejor dicho: a visitarme a mí y hacerme compañía. Esa mujer me enseñó a disfrutar de la vida a través de los libros. Me leyó a Tolstói y a Balzac; a Stendhal y al duque de Saint-Simon; a Chéjov y Pasternak; a Dickens y a Flaubert y a Turguéniev. Llenó el océano de voces y colores y personajes y pasiones que yo desconocía. Como si mi cuerpo se convirtiera en un salón de baile. ¡Ah!, olvidé decírselo: esa mujer era rusa; la hija de unos rusos blancos que consiguieron escapar de Stalin. Ya, ya sé lo que se está preguntando: Lenin, bueno, pero cuando Stalin pocos rusos blancos debían quedar en Rusia. Pero sus padres escaparon de Stalin. Habían combatido junto a la Wehrmacht durante la Guerra Mundial. Formaban parte del séquito del general Vlasov y sus cosacos. Cuando los aliados firmaron su sentencia de muerte, entregándolos a las tropas de

Stalin, ellos ya habían escapado con su hijita. No me pregunte cómo ni adónde. Nunca me lo dijo. Sólo sé que tenía un acento mestizo, la dulzura del ruso combinada con la estirada sofisticación del francés, algo así era su acento: como una confitura hecha de dos frutas diferentes. Quizá su madre hubiera sido institutriz en alguna familia zarista de copete, vaya usted a saber. Me dijo que ella había sido profesora de literatura, pero yo nunca la creí. Digamos que estaba poseída por una melancolía extraña, algo arrabalera, sí, arrabalera es la palabra, que desmentía esa condición. Vamos, creo yo que la desmentía, a lo mejor estoy equivocada, no conozco a muchos profesores de literatura. Pero la suya no era esa melancolía que nace de la herida del tiempo, no, era la melancolía de alguien que ha vivido situaciones y lugares que no le correspondía haber vivido, no sé si me explico. Una persona ciega puede detectar eso mejor que otra que vea. Se sorprendería de lo que puede llegar a deducir un ciego del silencio. No me pregunte cómo llegué a esa conclusión, pero llegué a pensar que esa mujer se había prostituido en Marsella o Barcelona, en algún sitio así, durante algunos años. Aunque ella nunca me dijera una sola palabra al respecto. Ambas éramos exiliadas, un exilio por partida doble; yo de mi infancia y de la contemplación del mundo; ella de su patria y de su propio cuerpo.

Le debo tanto a esa mujer. Le debo el ulular del búho nival, el sonido del hielo formándose en el Volga, el resplandor dorado de las cúpulas de cebolla, la textura de los troncos blancos de abedul, la alfombra de florecillas en la taiga... Y el amor entre un hombre y una mujer, y también todo aquello que acaba con ese amor. Quizá le dé risa, pero es así. Le debo incluso haberme sentido mujer yo misma, una mujer capaz de olvidarse de las sombras y la desesperanza y por tanto de la compasión. Hace tiempo que escucho su programa y no quería marcharme de este mundo sin contar mi historia. Se lo debo a ella y sólo a ella, pero tal vez algún día, quién sabe si el día en que ustedes la emitan, ella puede oírla o alguien se la cuenta, quién sabe. La vida también es generosa. La gente se olvida de lo generosa que es la vida. Todos piensan en lo que pudo haber sido y no fue, pocas veces en lo que fue sin que uno mereciera que lo fuera.

Un buen día ella desapareció. Quizá regresara a Rusia, una vez se derrumbó el régimen comunista, quizá no. No lo sé. Los negocios de mi padre acabaron mal, como acaba mal todo lo que no se cuida. Su primo murió y la administración pasó a un sobrino y ese sobrino ya no era como su padre y todo fue de mal en peor. Tuvimos que venderlos. Por dos perras, además, la inflación y eso. Y cuando empiezas vendiendo algo, acabas perdiéndolo todo. Siempre es así: sólo es cuestión de tiempo. Ahora vivo en un pisito, sola, con una gata que me acompaña cuando quiere. Se llama Zina. Como ella. Pero no me habla, como ella; ni tiene la piel tan suave como ella; ni sabe escuchar, como lo hacía ella. La quise mucho, ¿sabe? Y eso es más fuerte que la ceguera o la ruina o la vejez. Si se ha amado una vez en la vida, uno ya puede dar gracias para siempre. Y si además de amar se fue amado, entonces cualquier queja es un lujo impermisible, créame.

Y ahora debo irme, joven. Si me acompaña hasta la calle me hará un favor. Hay una vecina que me espera abajo. Y ya le he hecho esperar demasiado...

Cuando ella se marchó, pensé en la invitación de Baker. Quizá él supiera decirme algo de una rusa blanca que había vivido en la ciudad cuando a la ciudad todavía no habían llegado los rusos, ni los chinos, y Asia era un misterio sin descifrar ni desmenuzar por las agencias de viajes. Le había pedido a la señora Jacotot su número de teléfono.

—Llámeme —me dijo muy alegre—, hace años que no me llama nadie.

Vi el letrero de la tienda: Bazar Buenos Aires. Las letras eran art déco y el escaparate estaba flanqueado por dos cristales negros como la tinta. En el de la derecha se reflejaba mi silueta: la silueta de un espantapájaros. Entré.

11

Los escaparates laterales formaban un pasillo acristalado y estaban vacíos. Había estanterías y atriles, pero no se veía ningún libro. Quedaban dos cartas náuticas del XVIII y un mapa del imperio otomano desplegado en el suelo, junto a unas fundas de Decca y Odeon, cuando los discos eran de baquelita. Las luces de ambos escaparates estaban apagadas. El interior de la tienda parecía la sala de una casa habitada. Había varias butacas alrededor de un brasero de latón con pies de madera, dos lámparas salomónicas y vitrinas en las paredes, llenas de objetos viejos y papeles amarillentos. Las carpetas se amontonaban sobre las alfombras. De alguna de aquellas carpetas sobresalían grandes fotografías en blanco y negro. Vi un telescopio y varios sables con las hojas melladas, o picadas por el óxido. También una colección de tinteros de cristal sobre un bufé antiguo y algunos platos de cerámica apilados en el suelo. Unas cortinas raídas separaban esa estancia de lo que debía de ser la trastienda. En una de ellas, alguien había cosido el cartel de una corrida de toros en Las Ventas, año 1956. Se oía la voz de Frank Sinatra cantando *Strangers in the night*, una de las canciones más bailadas en los veranos de mis abuelos en La Colonia.

—Espere un momento; ahora salgo.

Era la voz de Jorge Baker. Medida y fría como el compás de un metrónomo.

Al acabar la canción, Baker cruzó las cortinas. Sobre la ropa llevaba puesto un batín de seda y olía a colonia 4711.

—Creí que ya no vendría, señor Orfila. Estaba usted a punto de decepcionarme.

Le conté por encima la visita de la señora Jacotot y le hablé de la posibilidad de que él hubiera conocido a esa mujer rusa, cuando en

la ciudad no había mujeres rusas y por la noche era de noche y por el día era de día. Baker no dijo nada. Se llevó ambas manos al nacimiento de la nariz y cerró los ojos.

—Tengo algunos recuerdos rusos que tal vez puedan servirle. Acciones, cartas, monedas, pasaportes, cosas así. Quizá entre ellos podamos hallar alguna pista de esa mujer. Si mal no recuerdo, me los vendió una mujer, allá por 1960. Pero fue en París. O sea que... Pero pase, pase, suba a mi despacho.

Cruzamos las cortinas y pensé en las presencias de De Beistegui. Estaba a oscuras, pero la atmósfera contenía esa presencia espesa, casi tangible, de un tiempo muerto que aquí permanecía vivo. Podía respirarse, sentir cómo le impregnaba a uno la piel. Baker debió de darle a un interruptor, porque una bombilla de menos de treinta watios iluminó una escalera de madera.

—Sígame. Paso yo delante, que conozco el camino.

Llegamos a un altillo con el suelo de tarima, amueblado con una mesa de despacho, un par de butacas y dos estanterías acristaladas. Todo art déco, como las letras del cartel. Había también una camilla de piel negra y armazón cromado y un cojín sobre ella.

—Aquí duermo a ratos. Me ayuda a mantener recta la espalda; la espalda vertebra el espíritu de los hombres —dijo Baker. Y se quedó mirándome, como esperando alguna reacción por mi parte.

La mirada de Baker era la mirada de un mentiroso. Una mirada potente, pero falsa; una mirada que parecía esconder, haciéndole notar a uno que estaba escondiéndolo, el conocimiento de lo que iba a ocurrir en cada momento. El conocimiento tanto de las reacciones como del pasado de quien tuviera delante, una especie de conocimiento absoluto que seguro inquietaba a cualquiera.

Le pregunté por sus recuerdos rusos.

—Siéntese. Siéntese a la mesa que ahora se los traigo.

Se sacó un llavero del bolsillo y abrió una de las estanterías. Cogió dos o tres álbumes y los puso sobre la mesa. Frente a mí. Luego pasó al lado donde yo estaba, dio la vuelta al llavero y abrió uno de los cajones. Entonces la vi. Debajo de los sobres que había cogido Jorge Baker, había una caja de madera con objetos en su interior y el vidrio astillado. Nunca antes había visto esa caja pero la reconocí

como una de las cajas que hacía mi madre en las tardes de lluvia, cuando el verano ya había dado sus últimas boqueadas. Baker cerró el cajón de golpe y dio una vuelta a la llave. Desde el primer momento supe que él sabía que yo había visto la caja. Yo sabía que él quería que viese esa caja. Por eso había hecho que me sentara ahí. Lo que no sabía era el motivo de esa jugada.

No hice ningún gesto que pudiera delatarme. Noté que el corazón me latía con fuerza. Cogí uno de los álbumes y empecé a hojearlo. Entonces se oyeron unos pasos en el piso de abajo.

—Quédese usted aquí tranquilamente y mire lo que quiera. Yo bajaré a atender a mi cliente. A él lo estaba esperando. Pero lo suyo ha sido una verdadera sorpresa, Orfila. Pensaba que ya no iba a venir nunca.

En sus palabras —mire usted lo que quiera— latía la crueldad amortiguada del sarcasmo. Podía notarla como estaba notando los latidos de mi corazón: como los timbales de una orquesta, como el sonsonete del cello en *Street hassle*. Baker estaba jugando conmigo, pero yo quería saber por qué y, sobre todo, adónde conduciría ese juego.

Cuando Baker bajó, intenté abrir el cajón. No pude. Entonces intenté tranquilizarme y poco a poco lo conseguí. Se trataba de olvidar, durante una hora, lo que había visto: una postal coloreada sobre un papel blanco muy grueso y un pendiente de plata con una piedra amarilla colgando de ese papel. Y más abajo unas frases escritas con la letra de mi madre, la misma letra con la que escribía los títulos detrás de las cajas, cuando yo la ayudaba a hacer esas cajas. ¿Y si me equivocaba? El cebo estaba en el anzuelo. Ahora me tocaba a mí mover pieza. Pensé en las palabras de la señora Jacotot, en su cara de alegría cuando le pedí su número de teléfono.

El álbum que había abierto al azar contenía monedas de plata, rublos con la efigie de Catalina de Rusia y de Pedro el Grande. Lo cerré. Abajo se oía a Baker hablando con otro hombre. Ambos hablaban en alemán. Abrí el segundo álbum. También eran monedas. También lo cerré. Abrí el tercer álbum. Éste ya contenía papel. Volvió a oírse la voz de Sinatra. Como si Baker hubiera vuelto a poner el disco para que yo no pudiera escuchar o entender lo que

hablaban. Se trataba de mirarlo rápidamente, lo mismo que los sobres del cajón, y de salir de ahí antes de que el cliente de Baker se marchara. Había toda clase de acciones, obligaciones, cupones y pagarés de la Rusia zarista. Compañías ferroviarias de capital ruso-alemán-holandés, maravillas en caligrafía cirílica sobrevoladas por el águila bicéfala y valores de sociedades metalúrgicas francesas instaladas en suelo ruso y decorados con excelentes grabados de ciudades fluviales: símbolos ajenos a la crisálida revolucionaria, el rostro elegante del dinero del que me habló la hija del escultor de bancos. Pero no había nada que pudiera darme una pista de la amiga de la señora Jacotot. Al abrir los sobres vi que estaban llenos de billetes de banco de la época de Nicolás II. Eran de color calabaza, turquesa, ámbar, verde estanque... Desperdigados sobre la mesa formaban una especie de alfombra de colores submarinos. En el último sobre encontré varios billetes con la efigie del general Vlasov y pensé que podrían haber pertenecido a los padres de Zina. Entre ellos, había dos o tres fechados en 1919, de ornamentación constructivista. Los tiempos estaban cambiando. Entonces me asaltó de nuevo la visión de la caja de mi madre —si es que aquella caja estaba hecha por mi madre—, cerrada con llave junto a mi pierna izquierda. Se oían voces: Baker seguía con su cliente. Cerré el último sobre, abandoné el despacho, bajé las escaleras y crucé la trastienda oscura. Al hacerlo no noté presencia alguna, sólo la de mi madre, ahí arriba, a mis espaldas. Me despedí apresuradamente de Baker, musitando una ridícula excusa sobre el olvido de una cita.

—¿Ha encontrado algo que pudiera servirle? —me preguntó.

Le contesté que no.

—Bueno, no se preocupe —dijo él—. Espero que vuelva. Más bien creo que debe volver. Esta clase de negocios son una caja de sorpresas.

Y pronunció la palabra caja más lentamente que las otras. Ya en la calle caí en la cuenta de que junto a Baker no había nadie. Entonces sonó una explosión. Esta vez había sido muy cerca. Tembló la calzada y reventaron algunos cristales de farolas y ventanas. Me alejé del humo, los gritos y las sirenas.

12

A mi padre lo detuvieron con un pasaporte robado y un cargamento de hachís en la Lisboa de la Revolución de los Claveles. Había embarcado en Tánger a bordo de un carguero de bandera panameña, el Sirius, quizá pensando que las estrellas y las casas numeradas de mi madre le traerían suerte para burlar a los aduaneros. O que la misma revolución, con sus desórdenes y su alegría —tanto clavel en las bocas de los fusiles— y sus ajustes de cuentas y las detenciones entre los miembros de la policía política de Salazar, la temida PIDE, mantendría despistados o temerosos y por tanto benévolos o descuidados a esos mismos aduaneros y policías. Cuando la realidad fue que no estuvieron despistados, ni temerosos, ni siquiera benévolos o descuidados con el alijo de mi padre y él acabó en la cárcel cruzándose en la entrada con aquellos que salían debido a la caída de la dictadura y que le habrían tomado, de no ser por su aspecto, por uno de los que entraban por el mismo motivo que propiciaba su inesperada liberación, tan inesperada para ellos como el confinamiento para mi padre, que en sus primeros años universitarios había sido y actuado en su país sin éxito ninguno como los capitanes que mandaban a los soldados que ahora le llevaban, éstos sí triunfantes, esposado en un camión celular. O como los que salían a la calle y se abrazaban y cantaban con entusiasmo revolucionario —ese entusiasmo que también acaba en muerte y olvido— las estrofas de *Grândola, vila morena* y mi padre sonreía, no por nada, sino por la pésima música y letra de aquella canción que estaba a años luz de su propia vida entonces, abril de 1974, y su sonrisa era interpretada por un funcionario deseoso de demostrar su adhesión al nuevo estado de cosas como una burla o un insulto —quizá el funcionario necesitara algo que también

demostrara su entusiasmo por la novedad que le atemorizaba y ese algo fuera la sonrisa de mi padre—, y lo derribó de un puñetazo en la cara, otro más de los que tan acostumbrado estaba a repartir entre aquellos que ahora salían, felices, por la misma puerta que aguardaba la entrada de mi padre para cerrarse.

Pero tal vez mi padre no se equivocara exactamente respecto al favor del desorden revolucionario o a la bondad de Sirio en la casa IV, recomendada por mi madre, o a ambas cosas juntas, porque sólo le cayeron dos años de cárcel, se habían perdido unas pruebas, hubo un incendio en el juzgado pertinente, o los testigos policiales habían desaparecido como por ensalmo, o el alijo no era tal, o el juez se durmió en la vista, fatigado por los excesos festivos de la noche anterior, ya consolidado en su puesto de nuevo, sus viejas veleidades salazaristas olvidadas, y sin temor a ser enviado a casa para no volver a la judicatura y eso había que celebrarlo y, durante un tiempo corto, no ser muy duro en las penas comunes, que en las políticas había que hacer méritos y castigar con severidad a sus antiguos comparsas de régimen. La cuestión es que a mi padre le cayeron dos años y un día, y al año y medio salió del penal con los papeles de la condicional en la mano y la obligación de presentarse en el juzgado cada viernes.

Mi padre ya no regresó a casa y mi madre me dijo que le había fallado el mundo que había construido, que necesitaba apartarse de él para satisfacer la necesidad de inventarse una vida propia. Me lo dijo excusando la ausencia de mi padre, pero yo pensé que estaba hablándome de ella misma. No era la primera vez que ese mundo le fallaba a mi padre, lo supe años más tarde. También se había hundido su izquierdismo militante bajo los tanques de Praga o la niebla pútrida del Gulag o el moho de las tumbas y el convencimiento de que el estalinismo continuaba vivo en la izquierda —de que siempre continuaría vivo, latiendo como un sapo bajo el fango—, y a él lo asfixiaba como le habían asfixiado las atmósferas cerradas o los calabozos del Gobierno Civil cuando lo detuvieron —un chivatazo, se dijo— por posesión de una máquina de ciclostil y propaganda clandestina. Huellas de fósiles de un mundo que dejó de existir y ya no se sabe si existió alguna vez. Fue entonces cuando lo

abandonó todo y sus antiguos compañeros de viaje lo excomulgaron sin perdonarle el extravío: su desviacionismo burgués, dijeron. Y las llamadas telefónicas de madrugada y las amenazas. Fue entonces cuando creó la comuna a la que llegó mi madre diez meses antes de que yo naciera en una noche de lluvia, entre las goteras del desván de la calle Ferlinghetti. Fue entonces cuando empezó a viajar a París y conoció a Lepski el polaco y a mister Argakoulian el armenio y Marruecos se convirtió en su segunda casa, esa casa donde uno puede ya no ser nadie y ser feliz por ello.

En ausencia de mi padre el Aquarius se cerró por orden gubernativa y Claudio, mister Arkadín, desapareció de la ciudad. Una noche oí cómo relacionaban esa repentina desaparición con el cierre del bar. Se lo oí decir a Javier y parecía muy enfadado. Los demás continuaron viviendo en casa y cuidando del huerto y Lola durmiendo en la cama de mis padres, ahora ya sola con mi madre, enlazadas como una estrella de ocho puntas o una araña de dos espaldas, según hubiera luna o no la hubiera. *Death of a ladies' man*. Eso recuerdo, al menos, cuando me despierto de madrugada en mi cuarto, donde siempre es de noche aunque en la calle parezca de día. Y las canciones de Sandy Denny y las cartas astrales y las hierbas en los botes metálicos de la cocina, como la farmacia de un monasterio medieval. Y la miel en el té con menta a media tarde. Los discos de Cohen y Mayall, y también *Islands*, de King Crimson —esos discos con los que mi padre escribía unos libros que no acabaría jamás— se los regaló mi madre a Gustavo, *le bel* Gustavo, el hombre tranquilo, antes de embarcarse hacia la pesca del bacalao en el mar del Norte, la noche que nos despedimos de él y Lola horneó un pastel de chocolate en el que deshizo una tableta de hash por encima, como viruta de cacao. Pero *Astral weeks* se lo quedó mamá, que había dejado de hacer cajas, se olvidó de sus carpetas y ya no recogió más objetos de la playa, ni del campo o de los contenedores de basura, y no visitó el Rastro nunca más. *Times were changing* y yo estaba a punto de ingresar, sin saberlo, en la vida de mis abuelos como en otro acuario, aunque esta vez de aguas abisales perfumadas con el éter. *El sueño de Aníbal* se quedó en el bar, cuando lo clausuraron.

Como otros sueños. Mi madre se marchó con Lola y en la repisa de la chimenea de la cocina dejó una postal escrita con la letra de mi padre. El matasellos es de Lisboa. Guardo esa postal doblada, partida en dos trozos, en mi cartera. Es de una cuesta adoquinada: en ella se ve un tranvía amarillo que asciende, dos mujeres con la cabeza envuelta en un pañuelo que caminan por una acera muy estrecha y el mar al fondo, con un carguero del que sólo asoma el fragmento de popa. A veces leo esa postal con los versos de mi padre, quizá los únicos que acabara antes de dejar de escribir para siempre:

Me enamoré en el verano del 76,
el mismo que murió Paul Morand
y los termómetros de toda Europa
establecieron un récord mercurial.
Fue un suicidio. Desde entonces,
guardo mi corazón en el frigorífico.
La pasión de mi vida ha sido el miedo.

Parece un chiste como en el fondo son chistes todos los poemas-postales, aunque hablen de amor y muerte. O precisamente porque hablan de amor y muerte y sólo camuflan el miedo. Ese miedo que mi padre nombraba al acabar. Por lo menos lo nombraba, aunque fuera con palabras que no eran suyas. Hay veces que me río al releer esa postal rota, pensando que una vida no puede acabar en eso: seis versos malos y una cita, y después el silencio, la huida, los caballos salvajes de Jagger y Richards y una maleta vacía. La que me dejó Charlie, antes de llevarme en su Citroën 2CV hasta el 23 de la calle Bósforo y señalarme con la mano el Principal, donde las voces eran un susurro frío como las hojas de afeitar que me había regalado mi madre dos días antes de marcharse, y luego, mientras yo miraba los balcones del piso de mis abuelos, abrir la portezuela del 2CV y decirme hala, muchacho, el verdadero juego empieza ahora y has de mover bien tus cartas: sólo consiste en eso.

Con el corazón en el frigorífico, pensé al subir los peldaños de mármol tan blanco como los diques flotantes del Ártico.

13

El doctor Klein había cursado estudios de medicina en La Salpêtrière. Al estallar la guerra cruzó la frontera y se incorporó a los servicios médicos del Alto Estado Mayor de Burgos. Allí patentó un tópico alcalino obtenido de la destilación de un opiáceo, que las farmacias militares se encargaron de distribuir en el frente y en zona nacional. Era milagroso para aliviar las dolencias bucales. Al acabar la guerra esa patente le proporcionó cierta fortuna, que aumentó al exportarse a Alemania e Italia y llegar hasta el frente ruso. Durante la Ocupación fue destinado como agregado militar a la embajada española en París. Allí fue el médico particular del embajador Lequerica, al que había conocido en Burgos años atrás. Eso contaba mi abuela del joven médico con el que se casó en 1944, a su regreso a España, antes de instalarse durante unos años en la Argel francesa, donde adquirió el hábito de fumar Gitanes y chupar pastillas de regaliz francés de la marca Florent. Hasta que empezaron a estallar bombas en la calle y a llover paracaidistas y Salan fue traicionado en el balcón del ayuntamiento por su antiguo compañero de armas, el general De Gaulle. Y el matrimonio Klein regresó a casa.

Pero la cima de su carrera fue la invención de un suero cuyas propiedades tónicas proporcionaban una prolongación de la juventud de aquel que se lo inyectara periódicamente. El invento ocupó decenas de páginas en periódicos y revistas de la época y la fotografía del doctor Klein —que había trabajado, se dijo, en un laboratorio de Bucarest— dio la vuelta al mundo. Él y los fastuosos deportivos del ingeniero Wifredo Ricart fueron los primeros embajadores de una España —franquista, por supuesto— en desarrollo.

En casa de mis abuelos había un piano de media cola que parecía una góndola en los astilleros. Nadie tocaba nunca ese piano, pero sobre él estaban las fotografías del doctor Klein con personalidades de la época: Franco, François d'Orléans, Adenauer, Ferdinand Marcos, Niarchos, Feisal y Kurt Waldheim. Con éste no se estrechaban la mano, sino que se abrazaban como se abrazan dos viejos amigos: los tiempos del París ocupado, quizá. Al revés que Franco, que parecía mirar hacia otra parte. Después apareció la doctora Aslan y hubo algo de una acusación de intrusismo y apropiación de fórmulas que el Régimen se encargó de silenciar en España. Pero el doctor Klein, por si acaso, dejó de viajar al extranjero. Además, los que a él le interesaban como clientes fueron los que empezaron a viajar al nuevo hogar del doctor Klein. Magnates de países de segunda fila y algunos millonarios excéntricos. Entonces se construyó el chalet de La Colonia, para estar más cerca de ellos, y lo decoró con los recuerdos de su estancia parisina entre 1941 y 1942. En una ocasión le pregunté de dónde habían salido los cuadros de la casa y me dijo que se los había comprado a un conocido periodista de Madrid con el que había coincidido en la capital francesa. Tendrías que haber visto a ese hombre, dijo, escribía como los ángeles, pero a veces llevaba a Lucifer en el rostro, aunque también es verdad que un artista es un ángel caído. Casi siempre lo es. Fue una de las frases más largas que mi abuelo me dedicó en toda su vida.

Cuando me quedaba solo en el piso de la calle Bósforo, con las dos silenciosas criadas filipinas en la cocina o en su habitación, recorría la casa en busca de señales que me confirmaran que yo pertenecía a esa casa. Revisaba los muebles, abría cajones —los que no estaban cerrados con llave—, miraba fotografías, repasaba los nombres de la agenda telefónica, leía las cartas que quedaban por en medio o las invitaciones a un cóctel, o a una cena, y los nombres de los que las remitían. Pero jamás pude entrar en el despacho de mi abuelo, que permanecía hermético como una caja fuerte, como el secreter privado de mi abuela. Ni tampoco hallar alguna fotografía que indicara que mi madre era la hija del matrimonio Klein y yo su nieto, por tanto. Sólo el apagado olor a éter que impregnaba

sutilmente el aire, las cortinas y las alfombras. Y el silencio. Y las clases en la Alianza Francesa, a media tarde y el regreso a casa, dando un rodeo para acercarme hasta la calle donde había estado el Aquarius Bar. Allí me quedaba, quieto, sin adentrarme hasta el lugar donde el local permanecía cerrado. Como si de un momento a otro, pudiera aparecer mi padre montado en la Ossa 150, con el depósito colorado, o mi madre conduciendo la furgoneta DKW y, después de aparcarla, fueran bajando de ella mister Arkadín y Lola, Charlie y África, Gustavo y David y Julián y las dos jamaicanas teñidas de rubio diciendo obscenidades y pasándose la lengua por los labios como si hubieran comido un merengue. Rastros que iban diluyéndose en el tiempo y adquirían la condición fantasmal de lo que nunca ha ocurrido más allá de nuestra imaginación o nuestro deseo. Hasta que dejé de visitar la calle del Agua y a la salida de la Alianza, me dirigía directamente al piso de la calle Bósforo, creyendo que llegaría el día en que en vez de abrirme la puerta una de las criadas filipinas lo haría mi madre, o tal vez los dos, si mi padre conseguía sacar su corazón del frigorífico. Y con ellos abandonaría la casa del doctor Klein, su olor a éter y el silencio de cementerio, y sólo regresaríamos la noche del último sábado de cada mes para cenar con mis abuelos y sus amigos, cuando Bósforo 23 parecía el trópico por el plumaje de las aves exóticas que revoloteaban en él durante unas horas.

Una tarde, a mi regreso de la Alianza, mientras dejaba la maleta en mi habitación —mi abuela había ido a jugar al bridge a casa de Mimí Alglada—, oí unos gritos procedentes del pasillo. Era la voz de mi abuelo que discutía con un hombre cuya voz se parecía mucho a la de Claudio, el filósofo. La voz de mister Arkadín. Al principio no entendí lo que decían, pero luego, antes de que se cerrara la puerta y el silencio volviera a adueñarse de la casa, oí claramente algunas frases.

—Si no me paga, sólo será cuestión de tiempo. Recuerde París, señor Klein. Recuerde sus misiones especiales. No fueron muy diferentes de lo que yo he hecho. Le aseguro que en este país ya hay revistas para las que sus viejos asuntos serían de mucho interés. Quedan huellas suyas por todo, créame. Volverá usted a ocupar la

primera página de todos los periódicos, no lo dude. Sólo es cuestión de tiempo.

—Es usted un cerdo —dijo mi abuelo.

—¿Usted me habla de cerdos? Vamos, no me haga reír.

La voz era idéntica a la de Claudio, pero no me atreví a salir de mi habitación para averiguarlo. Tenía miedo. Me invadió la sensación del animal que olfatea el peligro y me quedé paralizado junto a mi cama. Después se oyó la puerta al cerrarse y yo salí al pasillo. No había nadie. La vidriera del gabinete del doctor Klein estaba abierta. Me acerqué. No se oía ruido alguno. Entré en el despacho. Mi abuelo no estaba. Fui hasta la mesa. Uno de sus cajones permanecía abierto. Vi unas carpetas. Las saqué: eran acciones de empresas farmacéuticas extranjeras, de la Telefónica, de varios bancos españoles y otras, más viejas, de la Texas Oil Company. Entre ellas había algunos sobres de la embajada de España en Francia. Fue la primera vez que leí el nombre de De Beistegui. Debajo de las carpetas estaba la foto de una muchacha. Era mi madre, con catorce o quince años, vestida con el uniforme azul del colegio del Sagrado Corazón. Sus ojos sonreían a la cámara; aún no viajaban. Me llamó la atención que en el despacho del doctor Klein no existiera el más mínimo rastro de éter. La estancia olía a colonia 4711, pero no a éter. Pensé en qué debía ser lo que mi abuelo había sacado de ese cajón para dejarlo abierto, él, que siempre cerraba con llave todos los cajones.

14

Cuando entró en el estudio de grabación pensé que era un hombre joven y a punto estuve de decirle que se largara, que se había equivocado de sitio. Su rostro tenía una luz impropia en los visitantes de *La Morgue*. Parecía un personaje extraído de algún retablo de pintura flamenca: el rey Melchor de Memling o un cambista de Van Eyck. Pero a medida que me fui fijando en él me di cuenta de que sus arrugas le daban el aspecto centenario de una tortuga o una iguana, salida de los orígenes de la Era Terciaria. Eran unas arrugas muy finas sobre la piel blanca, como los microsurcos de un viejo vinilo. Al principio no se percibían; después no podías apartar la mirada de aquel palimpsesto del tiempo.

—No tengo historias de interés en mi vida, no crea. Pertenecí a una familia normal, sin aspiraciones de ninguna clase y por tanto más o menos feliz. Tuve un trabajo mediocre pero bien remunerado. Quiero decir que jamás me sentí explotado por ningún canalla y tuve suficiente para vivir. Yo no quería más. Siempre he creído que en la vida hay que ser generoso, pero nunca víctima de la usura de los demás, eso que tantas veces ocurre en los trabajos, ¿verdad? No tuve hijos; me habría gustado, pero mi mujer era estéril. Ahora, tal como está la vida, pienso que esa esterilidad, que fue una leve sombra planeando sobre nuestra convivencia, en realidad era una bendición. En fin, que no puedo quejarme. Tampoco lo haría si tuviera motivos, la queja es la madre del infortunio. Fuimos más o menos felices y cuando ella murió —demasiado joven— lo hizo en paz y sonriendo. Créame si le digo que esa paz y esa sonrisa no me han abandonado desde entonces. Pero no quiero engañarle porque ninguna de las dos ha sido suficiente cuando llega la noche. No lo han sido y la verdad no alcanzo a comprenderlo, entre otras cosas

porque sé que a ella no le habría gustado que así fuera. Desde que ella murió no duermo. A veces escucho su programa y me gusta; es una forma de vivir otras vidas que no tuve. Como las novelas o el cine, supongo. Una noche pensé que tal vez le interesara lo que yo podía contarle. He tardado en decidirme. No me atrevía. Quizá le aburra o no lo considere de suficiente interés para su programa. No hay recuerdos, no hay nada, sólo una larga e inmensa noche blanca. Algo así como Alaska, supongo, o el sur de la Patagonia.

No duermo cuando me quedo leyendo o escuchando música hasta muy tarde y tampoco cuando no lo hago. No duermo cuando hace frío y el frío se agarra a mis viejos músculos como un parásito maligno y no logro dormir en verano, con las ventanas abiertas y el sonido de las sirenas y los helicópteros atronando en mi casa. No duermo cuando escucho alguna frase por la calle que me inquieta, porque intuyo que detrás de esa frase se esconde la infelicidad. No duermo cuando intento recordar algo de mi propio pasado que se me escapa y tampoco cuando el pasado se instala en mi memoria como si no fuera a abandonarme jamás. No duermo de día y tampoco de noche. O duermo mal, como dicen que duermen los aparecidos. Duermo mal si la atmósfera está cargada de humo denso o de lluvia ácida. Duermo mal si he andado varias horas al día y también si no he andado apenas. Duermo mal si al día siguiente debo hacer una visita y lo mismo me ocurre si llevo semanas sin ver a nadie. Duermo mal si el teléfono me sobresalta y duermo mal si el teléfono no suena durante días. Duermo mal si acabo tomándome una pastilla y también si no lo hago. Y lo que es peor, cuento el tiempo de mi vida en función de mis horas de insomnio. No es algo voluntario, no lo es, simplemente el insomnio es un reloj que da los cuartos, las medias y las horas y un huésped al que nunca puedo sacar de casa. Un huésped que va grabando el tiempo en mi cuerpo con una cuchilla muy fina, como hecha de hielo.

El problema es que por cada surco que abre, abre también una nueva casa destinada al olvido. He llegado a olvidar la cara de mi mujer cuando salíamos a cenar o íbamos al cine, o las palabras que me decía al llegar a casa, riéndose de mí si le comentaba que estaba cansado. Si no fuera por las fotografías, ya no sabría si estuve

casado o no. Incluso podría creer que tuvimos varios hijos y que no los veo porque han muerto o se han ido a vivir a otra ciudad y no me llaman nunca vaya usted a saber por qué. Entonces hago un esfuerzo y pienso en cuando conocí a mi mujer, aún sin serlo, y también en la primera vez que nos acostamos y en sus ojos por los que circulaba el agua quieta, como si fuera un lago verde, cuando hacíamos el amor. Y, la verdad, no lo consigo. Veo trenes cargados de sombras, esclusas por donde unas manos enguantadas introducen cadáveres sin rostro, paisajes en los que no crece ni una sola flor, frases que sé que son mentira y parecen verdad... Y a veces dudo, dudo de si yo fui el que creo o si ocupo el lugar de otro, un amnésico, por ejemplo, o un intruso que me hubiera suplantado a mí mismo. Y sólo la imagen del rostro de mi mujer, sonriente y en paz mientras moría, niega esa duda.

Ahora bien, le mentiría si le dijera que lo que le cuento me produce algún dolor. Sé que fui feliz antes de que esto ocurriera y a veces pienso que estoy pagando el precio a tanta felicidad. O sea, que creo que no tengo ningún derecho a sentir dolor, ninguno. Sólo esperar a la muerte, porque sé que en cuanto muera recuperaré todo lo que he perdido y ya no encuentro por mucho que lo busque: el sueño, los recuerdos, la vida cuando lo era. Y mientras tanto, debo distraerme. Por eso escucho su programa. Porque los que le visitan a usted son personas que no han perdido la memoria y llenan el vacío que me habita. Hasta sé el epitafio que debe leerse en mi nicho: por fin duermo. No quiero otro.

No me dijo su nombre. Tampoco su apellido. Ni siquiera dónde vivía. Sólo me dijo que en uno de los locales de su finca había un bar al que acudían los prestamistas y sus clientes. No es un bonito espectáculo, musitó, la codicia, ya sabe. Y que tenía un amigo japonés, el señor Yamazaki, propietario de un restaurante en el que a veces se quedaba un rato compartiendo una tacita de sake. El señor Yamazaki, cuando iba borracho, le recitaba haikus de Basho y alguno de esos días llegaba a dormir dos horas seguidas y soñaba con el vuelo de las garzas y con juncos meciéndose lentamente en el agua. Mire usted —me dijo al marcharse—, que si el error es Occidente.

No le entendí.

Al regresar a casa, me topé con una pareja dominicana que la emprendía a golpes entre sí ante un locutorio regido por el turbante y la barba negra de un sij, contemplando la escena con cara de asistir al pase de una película muy aburrida. Cuando pasé por delante del Bar Bizerta, mi amigo Farid no estaba. Vi a una chica morena y delgada, acariciando un gato detrás de la barra. La voz de Nilsson llegaba hasta la calle: *everybody is talking at me... and the echoes in my mind...* La misma canción con la que cerramos la emisión de *La Morgue*.

15

La semana en que apareció el cadáver de Claudio el filósofo, mi abuelo adelantó la temporada de verano en La Colonia. A mister Arkadín lo encontraron en el retrete de un bar de extrarradio con una jeringa en el brazo. Sobredosis. Dos días en las páginas de sucesos y caso cerrado. Aquel verano la vida social de mis abuelos aumentó considerablemente. Asistían a todos los cócteles y cenas a los que eran invitados. (Recuerdo los faros del automóvil de mi abuelo iluminando la casa y la grava blanca del camino, el crujido de esa grava bajo los neumáticos cuando regresaban). Y en el chalet de La Colonia se celebraban fiestas cada semana, cuando no veladas de juego: backgammon, bridge y póker. Yo estaba preparando mi ingreso en la universidad y apenas salía con mis amigos. Sólo asistí al trofeo del Club de Vela y al Rallye de coches de época, como todos los veranos. El papel que hicimos Valcárcel, Tedesco, Balanzó y yo en la regata fue mediocre: un octavo puesto y con dificultades. Tedesco estuvo vomitando casi todo el tiempo: tenía resaca. Pero en la entrega de premios del Rallye conocimos a Jimmy Noland.

Lo habíamos visto en veranos anteriores en las terrazas del paseo de las Palmeras, aunque Noland era mayor que nosotros y no se dignaba ni a mirarnos. Siempre iba acompañado por las chicas más guapas de La Colonia, cuando no por algunas extranjeras, aún más guapas todavía, y eso hacía que Tedesco y Balanzó lo despreciaran con esa intensidad que sólo se obtiene de la envidia e inventaran, de paso, toda clase de leyendas sobre su persona. Que si era un vulgar camarero que se gastaba sus ahorros en verano como si fuera millonario. Que si vendía coca. Que ninguno de sus padres conocía la procedencia familiar de Noland y eso era fatal en nuestro círculo a no ser que el dinero le saliera por las orejas y éste no era el caso. O

que su afición a hacer de monitor de esquí náutico en el Club —lo que le daba derecho a una habitación permanente— no era más que otro camuflaje, pues no tenía donde caerse muerto. La verdad es que Noland era guapo, fuerte e iba impecablemente vestido. Conducía un Mercedes descapotable de dos plazas color verde botella, aunque de tercera o cuarta mano. Y caminaba con el aplomo de quien sabe que el mundo va a entregárselo todo con sólo un chasquido de sus dedos.

Siempre pensé que lo que deseaban Balanzó y Tedesco era ser amigos de Jimmy Noland y compartir con él sus andanzas de chico-anuncio de Martini. Y con el tiempo llegué a sospechar que Tedesco estaba enamorado de él. Valcárcel sonreía y se mantenía al margen: poca broma con Noland, decía, y volvía a sonreír, como si su padre —que años atrás había sido gobernador civil— le hubiese contado algo que prefería silenciar. A mí, Jimmy Noland me caía bien. En cambio Balanzó echaba pestes en cuanto podía. Balanzó era uno de esos tipos que no perdonan a los demás ser lo que son, como si ellos desearan ser lo mismo, no tanto por ganas de serlo como de que no lo sean los demás. Balanzó era ocurrente —no como Tedesco, pero casi— y muy gracioso —se le achinaban los ojos cuando reía, y reía mucho—, pero detrás de sus ocurrencias y gracias —normalmente a costa de los demás y más crueles en cuanto más débil fuera el objeto de sus bromas— latían unos celos cósmicos, procedentes —decía Valcárcel— de la estrepitosa ruina de su familia, siendo él niño, a manos de la rapacidad inmisericorde de un banquero de nuevo cuño. Manipulador y egocéntrico, Balanzó siempre intentaba mermar la reputación de aquellos a los que en público abrazaba y colmaba de atenciones. Esas demostraciones de cariño y su parte de chantaje sentimental eran sus armas favoritas para llevar a la víctima hasta la trampa y descabezarla. Nadie estaba a salvo con él. Nosotros, probablemente, tampoco. Pero Jimmy Noland sí. Jimmy Noland estaba a salvo de cualquier maledicencia y poseía un encanto boscoso, aseguraba Tedesco con entusiasmo, como de elfo o duende. Aquel año, Noland empezó a salir con nosotros y lo mismo hizo los siguientes, hasta que se marchó a trabajar a Cannes, nadie supo de qué ni cómo. Pero todos estuvimos

conformes en que Cannes era un lugar muy adecuado para Jimmy Noland.

Con Noland las noches de verano cambiaron. Las mañanas en la playa y las tardes en el Club de Vela continuaron siendo lo mismo de siempre, pero las noches adquirieron un tinte de canallería por horas que a todos nos gustaba mucho. Especialmente a Tedesco, claro. Noland nos llevaba a tugurios de la ciudad con tablao flamenco, putas y sinfonola. Entraba en ellos como si fuera el príncipe de los gitanos y se comportaba con una naturalidad sólo comparable al mando que ejercía, ya no sobre nosotros, sino sobre cualquier miembro de aquella corte de noctámbulos de pelaje patibulario. Tedesco no se despegaba de él, como si fuera su secretario particular y más de una noche Balanzó, Valcárcel y yo nos encontramos esperándolos sin que llegaran a aparecer: las artimañas secesionistas de Tedesco habían triunfado y regresábamos a casa maldiciendo a nuestro amigo. Balanzó cambiaba en función de que Noland estuviera con nosotros o no. Si no estaba, Balanzó continuaba con su catálogo de insidias. Si aparecía, rivalizaba con Tedesco por ocupar el lugar de favorito. Valcárcel seguía siendo Valcárcel: media sonrisa y poca broma con Noland. A mí, Jimmy Noland me gustaba. Y aún me gustaba más desde que empezamos a tratarlo con cierta frecuencia porque con su sola presencia había conseguido quebrar la atmósfera enrarecida que se establece entre los que han compartido el final de la adolescencia y el principio de la juventud, en ese momento en que los defectos de cada uno ya no encierran la posibilidad de lo pasajero, sino que se acentúan y constituyen la máscara con la que luego deambulamos por el mundo. Jimmy Noland creaba la ilusión de que podíamos ser diferentes: incluso entre nosotros podíamos ser diferentes, aunque luego eso no fuera cierto. Aunque eso no llegara a ser cierto nunca.

Recuerdo una madrugada, a la salida del Dean's Bar, que nos fuimos a nadar con tres francesas que habíamos conocido gracias a Noland. Valcárcel se besaba con una de ellas en el asiento trasero del viejo Mustang de Tedesco, donde yo iba de copiloto. Jimmy Noland conducía por delante de nosotros, con otra de las francesas a su lado besándole en el cuello, mientras Balanzó y la tercera chica se

habían acoplado como pudieron en el estrecho espacio trasero del descapotable. Habíamos bebido bastante y en ambos coches sonaba al unísono la misma cinta de los Smiths: *Hatful of hollow*. La música del Ford Mustang de Tedesco —con el que solía participar en el Rallye anual de La Colonia— era el eco de la música del Mercedes de Noland: la de la canción *William, it was really nothing*. Una lechuza cruzó entre ambos coches sobre la cinta negra de la carretera. Tedesco intentó adelantar a Noland, pero no pudo. A Jimmy le gustaba marchar en cabeza. Cuando llegamos a la playa, saltamos del coche y ellas empezaron a quitarse la ropa con rapidez. Balanzó, Tedesco y Valcárcel hicieron lo mismo y salieron detrás, corriendo como faunos acosando a las náyades. Entre la luz de la luna y la oscuridad del mar los cuerpos desnudos parecían aún más desnudos. Noland y yo nos quedamos atrás, observándolos. Tedesco había dejado encendida la radiocasete del Mustang y ahora sonaba una canción de Les Rita Mitsouko. Jimmy sacó su cajetilla de Dunhill y me ofreció un pitillo.

—¿Te gusta París? —me preguntó.

Le contesté que nunca había estado en París. Dio la impresión de que no me había oído.

—Pero tu abuelo aún conserva su piso en la rue Albéric-Magnard, ¿no?

No entendí la pregunta de Noland. Era la primera vez que oía hablar de un piso de mi abuelo en París. Pensé que Noland no tenía por qué conocer lo que yo sabía o no sabía sobre el patrimonio de mi abuelo.

—Sí —dije—. Si no lo ha vendido esta mañana, supongo que sí, ¿por qué lo dices?

—Por nada, chico, por nada. Es raro que no conozcas París, ¿no? Venga, vamos a darnos un chapuzón.

Nos desnudamos y corrimos hacia el agua. Jimmy Noland nunca más volvió a hablarme de París. Y tampoco de mi abuelo.

16

He vuelto a escuchar *Street hassle*, de Lou Reed. El cello acelerado sigue el compás de los latidos de mi corazón y un armónium surge de muy atrás, como el sol translúcido, casi blanco, tras una tormenta de verano. Los violines son aves marinas en los acantilados. La voz de Lou Reed es una letanía somnolienta en el interior de un templo. Me preparo una infusión de hierbas en la cocina. Miro el mar y la ciudad. Miro la sombra del buque espía atracado en el muelle de Levante, los cargueros como saurios, los campanarios que puntean el perfil de la ciudad vieja. Cruzo el piso y voy hasta el balcón de la sala. Son las doce de la noche. *Sha-la-la-la-la, babe.* Los relámpagos iluminan la copa de los pinos. Dos hombres salen del burdel Mykonos. Se meten en un coche oficial. Un chófer de uniforme empuja la portezuela y se pone al volante. El coche se adentra en la avenida Newton y desaparece. Un helicóptero vuela sobre los tejados de la calle de Jacob. Unos chinos discuten en la esquina. Voy al botiquín y cojo el frasco de los tranquilizantes. Lo abro y me tomo uno con un sorbo de infusión. *And never find the voice...* La voz de las presencias del tiempo se confunde ahora con los ruidos de la calle y el cello de la canción de Lou Reed marca el ritmo de sus apariciones y desapariciones. Recuerdo el funeral de Rovira, muerto de sida a los treinta años. A Iris Frabetti bailando desnuda sobre la mesa del comedor, jaleada por sus invitados. A mister Dolgoruki paseando a sus carlinas por la playa. A Mimí Alglada convertida en una momia inca con la piel a punto de estallar a causa de su enésima operación de cirugía estética. A Roberto Velasco dando tumbos por el paseo de las Palmeras, borracho como una cuba y llorando el abandono de su último amante. A mí mismo en la terraza del chalet, mientras el sol caía sobre el mar y ya no

podía continuar con mi trabajo. O revisando los cajones y bolsillos de mi abuelo hasta que encontré una tarjeta con su nombre, un teléfono de París y una dirección impresa: 3, rue Albéric-Magnard. Era una tarjeta vieja, con pequeñas manchas de óxido, que me hizo pensar en la manera de incluirla en mi tesina sobre De Beistegui, para ver cómo reaccionaba el doctor Klein cuando la leyera. Si la leía.

El verano que empecé mi tesina sobre De Beistegui apenas vimos a Noland. Entre nosotros incluso nos vimos poco. Valcárcel había acabado la carrera de medicina y se había marchado a Suiza a hacer unos cursillos de cirugía con láser. Balanzó ya estaba metido en política y su resentimiento era el combustible con el que reducía a ceniza a sus rivales, para no arder él mismo como un bonzo suicida. Tedesco había fracasado en todo aquello donde imaginaba triunfar y apenas aparecía por La Colonia. Se decía que tocaba el piano en un bar de Valencia y los había que aseguraban que no era el piano precisamente lo que tocaba. A mí acababa de dejarme una mujer a la que quise mucho y con la que no llegué a vivir jamás pues prefirió quedarse con su marido que venirse conmigo. A Noland parecía que se lo había tragado la tierra. Hasta que una tarde tuve que acompañar a mi abuelo a una visita de urgencia en casa de uno de sus amigos, Ricardo Balza, que estaba de viaje. Le había llamado su mujer diciendo que a su hija le había dado un colapso cardíaco. Mi abuelo llamó por teléfono a una ambulancia y después me pidió que le llevara hasta el chalet de los Balza, en la avenida del Mar.

—Podemos ir en tu motocicleta, si quieres. Llegaremos antes —dijo mientras cogía su maletín.

Cuando llegamos al número 16 de la avenida del Mar me pareció ver a Noland, de espaldas en la sala, discutiendo con Adelina Balza, que salió muy agitada, al oírnos en el vestíbulo, cerrando las puertas tras de sí, como si no quisiera que conociéramos la identidad de su huésped. O del de su hija. Condujo a mi abuelo hasta la biblioteca y al abrir la vidriera vi un cuerpo desnudo —el de Francis Balza— apenas cubierto por una toalla sobre el sofá. En la alfombra había restos de vómito. Me quedé en el vestíbulo hasta que mi abuelo salió de la biblioteca cuando llegaba la ambulancia. Entraron los

camilleros, acompañados por una médico muy joven, a la que el doctor Klein dijo algo que yo no pude oír. Después me hizo una seña con las cejas para que nos marcháramos.

De regreso a casa, no cruzamos ni una sola palabra. Pero al bajar de la moto, mi abuelo, que parecía rejuvenecido por el trayecto motorizado, me preguntó si conocía a Jimmy Noland. Lo dijo como si Noland fuera alguien del pasado. Le contesté que sí, que lo conocía y que me había extrañado verlo en casa de los Balza, porque creía que este verano no estaba en La Colonia. Mi abuelo no contestó. Luego dijo: a esta chica la matará la cocaína; si no la deja en una silla de ruedas, que no sé qué es peor. Y ya no volvió a comentar nada más sobre el episodio.

Aquel verano, a principios de septiembre, fue cuando hubo el incendio en casa. Ese día habíamos bajado a la ciudad. Ardió el despacho de mi abuelo, con todas sus pertenencias. El resto de la casa no sufrió apenas: se ahumó y hubo que limpiar durante una semana y pintar el chalet de nuevo. Los bomberos dijeron que el fuego había empezado con el cortocircuito de un enchufe. Mi abuela decidió adelantar el regreso a la ciudad porque no soportaba el olor a humo. Si seguimos aquí, acabaremos como arenques noruegos, dijo. El doctor Klein no hizo comentario alguno sobre el desastre. Como si no le hubiera afectado en absoluto. Al día siguiente del incendio, creí ver a Jimmy Noland saliendo del Club de Vela, pero cuando pregunté por él nadie parecía haberlo visto. Ni ese día, ni ningún otro. Ese verano Noland no había pisado La Colonia. Francis Balza no se recuperó. Al regresar de la clínica no veía y apenas si oía. No sé qué se hizo de ella.

Ahora oigo a lo lejos el ritmo sincopado del cello y un punteo de guitarra eléctrica, como si la tocaran bajo el agua. El tranquilizante está haciendo efecto. Los ruidos de la calle son más lejanos. La tormenta seca ha parado y el helicóptero ha vuelto a los hangares policiales, o está ya en otra zona de la ciudad. Recuerdo que cuando mi padre se marchó mi madre escuchaba una canción titulada *A horse with no name*. No sé por qué recuerdo eso ahora: de los caballos salvajes al caballo sin nombre. Recuerdo el piso de la calle Bósforo, blanco y oro tenue, su olor a éter; la luz del Aquarius Bar,

las paredes encaladas una y otra vez hasta trazar la orografía del tiempo, su olor a canela y tierra húmeda. Recuerdo el ala incendiada del chalet, como la sombra de un cuervo sobre los cubos blancos de la casa. Y al fondo, el mar. El mar azul plata, veteado de zumo de naranja o sombras verdes de jardín. Mañana llamaré a Jorge Baker. Quiero comprarle la caja de mi madre. Oigo la voz de Lou Reed: *oh baby, come on, why don't slip away, come on baby...* La noche es un jarabe denso que avanza por el suelo: como una boa. Y yo el hombre de los hielos, enterrado bajo el silencio seco de la nieve.

17

Parecía que me estuviera esperando. Apoyado en el escaparate, bajo las letras déco del Bazar Buenos Aires, Jorge Baker parecía salido de una fotografía de los años treinta, Berlín tal vez, o Chicago, cuando el gang levantaba los mejores edificios de la ciudad. Llevaba un fular de seda blanca enrollado en el cuello y un traje gris marengo a rayas. Fumaba, pero no con boquilla; Baker estaba fumando un largo habano, marca Cohiba.

Le pregunté por las cajas de mi madre. Por toda respuesta me dio la espalda y se encogió de hombros, adentrándose en la tienda. Se sentó en una butaca.

—No sé de qué cajas me está hablando, Orfila. Usted está buscando otra cosa y lo que busca no lo encontrará en ninguna caja. Porque es usted quien vive encerrado en una caja. Usted parece un insecto atrapado por una aguja empapada en cloroformo. Olvídese de las cajas. Si hasta trabaja en una caja de cristal cuyo eco se escucha en otras cajas.

—La otra tarde, en el cajón del escritorio, había una caja de las que hacía mi madre hace veinticinco años. Yo la vi.

—Usted vio lo que quería ver. Nada más. Hace veinticinco años su madre no hacía cajas; probablemente no hizo cajas en su vida. La verdad, no sé de qué me está hablando. Mire, en esta tienda tiene usted material para veinte o treinta programas por lo menos: cada objeto, cada lámina encierra una historia de las suyas; eso es lo que debería interesarle y no las cajas de marras, que no son más que un pobre invento de usted.

Entonces crucé las cortinas de la trastienda. Dejé atrás a Baker gritándome ¡pero qué hace, vuelva! y subí los peldaños de madera

que conducían a su altillo. Encendí la luz y abrí sin dificultad el cajón derecho de la mesa: estaba vacío. Bajé.

—¿Qué? ¿Satisfecho? —dijo Baker—. ¿Ha conseguido usted su caja?

Me senté.

—Sé que estaba ahí; usted la ha escondido —dije.

—No me haga reír. Le he dicho que aquí puede disponer de algo mucho mejor que una vulgar caja encerrando cursis souvenirs sin gracia. Y usted sigue empeñado en no escucharme. Sigue considerando que la vida se encierra en una caja y ya está. ¡Bah! No sea simple. ¿Por qué no me pregunta sobre las visitas que hacía a madame Klein y que usted, tan mayorcito, espiaba por el ojo de la cerradura? ¿Le da miedo?

Recordé las palabras de mi abuelo cuando me habló del escritor madrileño que traficaba con arte en el París ocupado: a veces llevaba a Lucifer en el rostro. En ese momento Jorge Baker también llevaba a Lucifer en el rostro. Y parecía muy satisfecho de hacerlo. Efectivamente, me daba miedo.

Baker se sacó una fotografía del bolsillo y me la entregó. En ella aparecían la mayor parte de los que formaron la comuna de mi padre, los habitantes del paraíso donde yo había crecido. Pero nada era como yo lo recordaba. Parecía un grupo de primates escapados de una cueva troglodita, la estampa de un libro de Prehistoria. Sólo faltaban las pinturas rupestres y un bisonte asándose en la hoguera. Sucios, sin brillo ninguno en la mirada, cansados. Demasiado cansados. Ni siquiera parecían jóvenes, cuando ninguno de ellos había cumplido los treinta años. La belleza que yo recordaba no se advertía por ninguna parte. Pensé en la frase de mi abuela: si parece un apache. Mis padres no estaban en esa foto. Me entró el frío y sentí que mi rostro empalidecía. Baker lanzó una carcajada.

—¿Por qué no me pregunta por los amigos de sus padres? ¿No le interesa llevarlos a su programa? Yo seguí su rastro durante años, señor Orfila. Su abuela me hizo ese encargo y yo lo cumplí a rajatabla. Si le doy la dirección de cada uno de ellos, *La Morgue* hará honor a su nombre, me crea. Vaya si lo hará. ¿Recuerda a Charlie, el que lo dejó en casa del doctor Klein? Charlie acabó traficando armas

y ahora vive en Coyoacán, donde trabaja para un cártel mexicano. África murió del sida en un callejón de Lima. Gustavo es profesor de universidad: lo encontrará en Santiago de Compostela; está casado y tiene una hija; es un hombre sin pasado. Lola es astróloga, sí, aprendió de su madre los rudimentos necesarios del oficio y va por ahí engañando a la gente y cobrándoles un pastón por ello. Javier acabó en la Legión, ahí donde había empezado Charlie; es sargento y vive en Melilla. Martha trabajó durante años en un peepshow de Barcelona; la droga, ya sabe. David se rehabilitó: ahora se llama de otra manera y es un político conservador; muy conservador, por cierto. Y las jamaicanas se dedicaron a la prostitución y están muertas, su final fue horrible, pobres chicas. Martín es músico y vive en las montañas de Pakistán; participó en la grabación de un disco de Jan Garbarek y luego volvió a desaparecer por el Hindu Kush. Es el único que sigue viviendo como vivieron todos ellos en la comuna de su padre. Julián está en el manicomio, colgado de un mal ácido: cuando está bien cree que es un lagarto; cuando está mal permanece atado en una cama durante meses: los celadores le tienen terror. El sueño de la Era de Acuario acabó en pesadilla ¿Es suficiente, o quiere que continúe?

Permanecimos en silencio durante varios minutos. Él fumándose su habano, yo inmóvil en mi butaca, como si Baker me hubiera cosido a ella con alfileres. Luego hablé.

—Mis padres, ¿logró encontrarlos?

—No. Ése fue mi gran fracaso. Ni sus viejos amigos, ni mis antiguos compañeros de la OAS (ya sabe usted que aquí se establecieron bastantes al huir de Argelia), ni los policías que conozco, ni la turbamulta de camellos, soplones y delatores que merodea por ahí, a la espera de unos billetes, supo decirme nada de sus padres. Su abuela me había pedido que siguiera la pista de su madre y le diera cuenta del lugar donde vivía y la manera en que lo hacía. Mientras estuvo con Lola fue fácil. Después, imposible. Ahí es donde le digo que fracasé. En cuanto a su padre, pues bueno, su padre no formaba parte del trato. En casa de los Klein nadie quería saber nada de su padre. Era el culpable de todo: para ellos estaba muerto. Pero yo pensaba que a través de su padre quizá llegaría a

localizar a su madre. Aunque también a él parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Hasta que dejé de buscarlo y con el dinero que me había pagado su abuela abrí este comercio. Entonces fue él quien vino hasta mí. Sin que yo hiciera nada. Sin que yo lo esperara. La vida es muy divertida, ¿no cree? ¿Le apetece un coñac?

Baker abrió una de las vitrinas y sacó una botella de Courvoisier y dos copas. Paladeaba la suya como si contemplara a una mujer desnuda. Yo necesitaba la mía y la vacié de un trago.

—Si me disculpa.

Baker se metió en la trastienda y al cabo de unos segundos empezaron a oírse los primeros acordes de *Strangers in the night*. En la calle ya era noche cerrada. Baker cerró la tienda y encendió todas las lámparas. Yo pensé que todo era demasiado fácil; incluso la imposibilidad de localizar a mi madre era demasiado fácil. Jorge Baker me estaba engañando, pero ¿por qué?

18

—Su padre entró aquí una tarde, después de aparcar un destartalado Mehari cargado de cajas de cartón frente a mi tienda. Su coche era de color naranja, como los de la compañía del gas Butano, aún lo recuerdo. Me preguntó si compraba libros de segunda mano. El azar tiene estas cosas: yo sabía quién era él, pero él no tenía ni la más remota sospecha, no ya de quién era yo, sino de lo que yo sabía acerca de él. De la relación con su madre, quiero decir, y de sus andanzas en el mundo de la droga. Le dije que sí. Le mentí, porque en aquella época ya había decidido no comprar ningún libro más y desprenderme de los que tenía. La verdad es que obtenía más beneficios con lo que compraba al ir a buscar libros a esas casas que los herederos deshacen con un furor sólo comparable a su ansiedad por verlas vacías, que con los libros en sí. Pensé que tal vez a su abuela le habría hecho gracia este servicio póstumo. Le ayudé a descargarlos, doce cajas en total, y le pagué no lo que me pidió pero casi, convencido de que estaba pagando más de la cuenta, pero me daba igual. Entonces me habló de Aníbal. Se sentó en esta butaca en la que usted está sentado y me habló de Aníbal.

—Busco bibliografía sobre Aníbal —me dijo—. Me interesa todo lo que tenga y todo lo que pueda obtener para mí sobre Aníbal.

—Pensé en la jerga de los camellos y los drogadictos. Pero su padre parecía tranquilo. Tranquilo y, en cierto modo, feliz. Mire, yo conozco muy bien las manías, los gestos, el disimulo incluso de los que buscan algo; de bibliófilos, bibliómanos, coleccionistas, los poseídos por la fiebre de las antigüedades o esos chalados de la genealogía que creen que un pasado con relumbrón puede iluminar sus tristes vidas. No se distinguen de los tics de un cocainómano, por ejemplo. Su padre no era de ésos. Se le veía dueño de una

extraña calma, un raro sosiego que sólo puede lograr aquel que ha pasado mucho tiempo instalado en el desasosiego. Me hablaba de Aníbal como quien habla del fin del mundo o del Santo Grial, cuando ha podido regresar del fin del mundo o ha tenido entre las manos el Santo Grial.

—Aníbal —me dijo—, siempre lloraba al final de una batalla. Lloraba por los enemigos que habían muerto. ¿Y sabe usted cómo murió?

Yo negué con la cabeza. Por supuesto sabía que Aníbal se había envenenado con una pócima que llevaba en un tubo de madera de abedul, conociendo como conocía Roma y la palabra de los reyes, la famosa frase de Tito Livio. Pero quería ver hasta dónde llegaba su padre.

—Se suicidó. Se había retirado a vivir a Asia, lejos de los romanos. Allí cuidaba de su casa, su huerto y su caballo. Pero los reyezuelos de la zona decidieron atacar Roma y consideraron que Aníbal era el caudillo adecuado para encabezar ese ataque y salir triunfante. Fueron a buscarle. Él se negó, pero insistieron. Insistieron tanto que él les pidió una noche para pensarlo. Esa noche se mató con su espada.

—Luego su padre se calló. Yo me fui al almacén y regresé con un libro de Mommsen que dedica un par de capítulos a la figura de Aníbal, no recuerdo el título de ese libro. Tenga, se lo regalo, le dije. Él dudó, pero luego lo metió en su cesta. Su padre aún llevaba cesta, ¿sabe?, como en los setenta. Vuelva a pasar de aquí a unas semanas, le dije, tal vez tenga algo más para usted. Me dio las gracias, se levantó y se dirigió hacia el coche. Le miré salir: seguía tan delgado como siempre, quizá más, lo que por detrás engañaba, pero en su manera de andar se le notaba que había envejecido. El tiempo no perdona a nadie; Peter Pan no existe. Y su padre parecía saberlo. Entonces volvió a entrar.

—¿Sabe una cosa? —me dijo—, en el colegio yo siempre fui cartaginés. Y eso se arrastra toda la vida.

Y sonrió. No le entendí, pero cuando vi su sonrisa y la luz de sus ojos —una luz nueva que no tenía minutos antes— pensé que tal vez fuera yo el equivocado y que Peter Pan sí que existe. Existe entre

esas personas que llevan la muerte escrita en su sombra. Y lo saben. Creo que su padre era de ésos. Por supuesto ya no volvió a aparecer por aquí nunca más... Por cierto, ¿le interesa ver la biblioteca de su padre? O mejor: lo que queda de la biblioteca de su padre.

Entendí que la pregunta era mera retórica. Ni siquiera asentí. Me condujo hasta un escritorio de madera de cerezo que había al fondo, en un pasillo oscuro. Encendió una de esas bombillas de las que cuelga el interruptor de una cadenilla y abrió la vitrina superior.

—Aquí están. No es gran cosa. Tampoco había muchos más, no crea, pero sí, vendí algunos. Hace años, cuando me dedicaba a esto. Los fui vendiendo hasta...

Baker calló y yo me acerqué a la vitrina donde junto con los libros había una esfera armilar, un colmillo de león marino, una brújula inglesa de latón y unas postales de Argel, cuando Argel era colonia francesa. Me puse las gafas —que son la prótesis de la cuarentena— y leí los lomos de aquellos libros que, según decía Baker, habían sido de mi padre: *Don Juan*, Byron; *Ficciones*, Borges; *Antología de la poesía norteamericana*, Agustí Bartra; *Off-off*, Alberto Arbasino; *The American New Left*, California Press; *Contra natura*, Rodolfo Hinostroza; *Tao Te King*, Lao Tsé; *Cruzar una calle para escaparse de casa*, José Elías; *El hombre unidimensional*, Herbert Marcuse; *Rayuela*, Julio Cortázar; *Botticelli; Les dones i els dies*, Gabriel Ferrater; *El lobo estepario*, Hermann Hesse; *Personae*, Ezra Pound; *Más allá de la cultura*, Lionel Trilling; *Poesía*, Li Po; *Moralidades*, Jaime Gil de Biedma; *La place de l'étoile*, Patrick Modiano; *Escritos sobre arte y literatura*, Trotski; *Cuatro Cuartetos*, T. S. Eliot; *L'ofici de viure*, Cesare Pavese; *La muerte en Beverly Hills*, P. Gimferrer; *Reivindicación del conde don Julián*, Juan Goytisolo; *A la sombra de las muchachas en flor*, Proust; *Latitud dels cavalls*, F. Parcerisas; *I Ching*; *El Bosco*; *Justine*, Lawrence Durrell; *Paradiso*, Lezama Lima; *Poesía*, Baudelaire; *Las armas secretas*, Julio Cortázar; *Trópico de Cáncer*, Henry Miller; *Hojas de hierba*, Walt Whitman; *Cobra*, Severo Sarduy; *The Energy of Slaves*, Leonard Cohen; *Antología*, W. B. Yeats; *Obra completa*, Rimbaud; *Cuentos*, E. A. Poe; *Necronomicón*, H. P. Lovecraft; *La princesa de Clèves*, Madame de Lafayette; *Tristes trópicos*, Claude Lévi-Strauss; *Antología poética*, Rilke; *El placer del*

texto, Roland Barthes; *Del amor* y *Recuerdos de egotismo*, Stendhal; *El lugar del hijo*, Leopoldo María Panero; *La ausencia del libro*, Maurice Blanchot...

Una cuarentena larga, esta vez sin prótesis. La biblioteca portátil de nuestra vida en común, cuando nunca sabíamos cuántos seríamos a comer. Cogí el libro de Blanchot por su título, que me pareció una broma que el destino había jugado a mi padre, un escritor sin libros...

—Si quiere alguno, tómelo; es suyo; aunque ése precisamente no es gran cosa; ni siquiera veinte páginas y la encuadernación, una birria. Lo cierto es que en esos años los libros estaban hechos con los pies. Contribuciones del realismo socialista y la cultura popular, supongo.

Se rio. Le miré a la cara. Ninguno de los libros, de ser los libros de mi padre, era un libro para mí. Eran otra cosa: huellas, ecos, el reflejo apagado de una luz color canela.

—Si fueron de mi padre —le dije— me gustaría llevármelos. Todos.

Jorge Baker no dudó.

—Si los quiere todos, le haré un buen precio, pero tiene que pagarlos. Uno no tiene un comercio para ir haciendo beneficencia por ahí.

Y sonrió como el vendedor de alfombras de un zoco norteafricano en las películas de Hollywood de la época de mis abuelos. Como el malvado vendedor de un zoco en el momento de tender una trampa a su cliente.

—Venga pasado mañana con una maleta y lléveselos. ¿Quiere que le haga una factura?

—No creo que sea necesario —contesté.

—¿Pasado mañana a las siete?

—Pasado mañana a las siete.

Nos dimos la mano, como quien cierra un contrato. Volví a sentir la aleta de un pez abisal. Yo no sabía que ese apretón de manos iba a ser nuestra despedida. Ya nunca más volvería a ver a Jorge Baker.

19

Llevábamos hablando media hora en el estudio y yo ya me había convencido de estar enfrentándome a una loca de remate. Pero había algo en su rostro que me resultaba familiar, como si la cara estuviera trazada con rasgos de alguien conocido, barajados y vueltos a colocar de manera diferente. Ella había entrado en el locutorio dando voces.

—Soy Teresa Cabarrús y me encanta su programa. Estoy aquí de incógnito. Nadie lo sabe. Pero usted es mi hombre. Sólo usted puede comprender mi aburrimiento y desespero ante el triste destino que me ha tocado en suerte. Vivir aquí abajo, entre seres inferiores que ni sospechan quién soy. Y, sobre todo, lo que he sido. Yo soy Teresa Cabarrús y tuve el *tout Paris*, cuando París era París, rendido a mis pies. Es hora de que el mundo lo recuerde, querido. Vamos a hacer el mejor programa de su vida.

Hablaba agitando las manos como abanicos, con una voz de timbre histérico y como si llevara algo en la boca. Tocada por un sombrero negro de ala corta, de cuya copa salían dos plumas de avestruz, vestía pantalones negros y casaca negra con dos filas de botones dorados. Iba muy maquillada, pero tenía un cuerpo fornido y masculino. No paraba de hablar y gesticular.

—¿No me reconoce, *mon petit* shu-shu? Usted tiene que haber visto mis retratos, querido. No me hacen justicia, desde luego, pero tampoco están tan mal. ¿No recuerda la delicada miniatura de Isabey? ¿Y los dos dibujos de Gérard? Sí, los que están en el Carnavalet. Eso por no hablar de las pinturas: Rivarol, Deboucourt, Pesse de Chimay... Bueno, no se lo tendré en cuenta si no se acuerda: los recuerdos son un peso que afecta al talento, estoy convencida. Y cuando se tienen demasiados, uno está perdido. Pero

yo fui una de las mujeres más retratadas de Francia, entérese. Y cuando me pintaban era como si me hicieran el amor... Le confieso que en más de una ocasión llegué a sentir esos deliciosos espasmos que azotan el cuerpo por dentro como una nube de estrellas diminutas, *ça va?* Esa mirada masculina recorriéndome la piel como un doctor perverso, ¡qué maravilla! Ya de pequeña, en Madrid, el ministro Godoy me miraba de esa manera. ¡Qué guapo era el cabrón! Y qué ambiguo, el muy liante. Por no hablar de Luis XVI, o del pícaro de Talleyrand, menudo demonio, o del marqués de Fontenay, mi primer marido. Los hombres... ¡hay que ver cómo son ustedes! Y luego, cuando la Revolución, todas esas pasiones desatadas, se fornicaba en cualquier parte, hasta sobre los charcos de sangre de los guillotinados se fornicaba. Y la cárcel, no le digo yo lo que puede ser el sexo a las puertas de la muerte, y la aparición de Tallien, mi segundo marido, el mejor. Mi amado Jean Lambert, mi bastardo particular. Y el odio de Robespierre, ese impotente. Y los brazos de Barras... y de Ouvrard. Le confieso que he pasado media vida medio desnuda en canapés, divanes, alfombras, carrozas, fiacres y coches de punto. Un placer. Porque eso sí, la cama es para los aburridos. Lo importante es el momento en que todo salta por los aires, sin dilación y con urgencia extrema. Para el amor *comme il faut* no hay tiempo de llegar a la cama. No ha de haberlo. Y yo fui la reina del Directorio, créame. Si hasta mi amiga Josefina Bonaparte me envidiaba. Y mire que era perra, pero con esos dientes podridos, ya me dirá, una criolla. En cambio vea los míos: como perlas de Oriente. Napoleón los apreciaba mucho. Tienes dientes de odalisca otomana, putita mía, mi sultana, me decía encendido como un rábano. ¿Le he hablado ya de mi hotelito en la rue Babylone? Tendría que haber visto el jardín, qué digo el jardín si era un parque y la de fiestas que celebré en él. Ni Truman Capote, ni el Aga Khan, ni las hermanas Bouvier, ni el Sha de Persia. Yo era la sacerdotisa de la moda parisina. Hasta que me casé con el conde de Caramán, príncipe de Chimay, y todo se vino abajo poco a poco. Mi mundo se fue viniendo abajo. Padecí el desprecio de Luis XVIII y también el de Guillermo de Bélgica, cerdos. Nada de eso hubiera ocurrido de tener yo algunos años menos. Me hubieran cubierto de joyas y

propiedades y lengüetazos. Pero bueno, lo que le cuento es nada, un programa no me basta para nada. Los detalles... lo importante son los detalles, no lo olvide. Aunque usted nunca olvida nada, ¿verdad? Su programa es un monumento a la memoria, un cenotafio, pero la memoria es también una perversión, ¿no cree? Es más inocente el olvido, más puro, la criba del olvido es lo que nos permite seguir viviendo. Y amando. Como si nunca hubiera conocido a monsieur Tallien, o a monsieur Barras, o a monsieur d'Ouvrard, o al mismo emperador. Total, a estas alturas, de qué me sirve. La memoria sólo es un espejo por donde desfilan los fantasmas. Y ¿para qué?, dígame. Los espejos se empañan y luego el óxido va apoderándose del azogue y acaban en una sombra, nada más que en una sombra. Y vivir entre sombras existiendo la luz es una estupidez. Lo que hemos visto o sabido, gozado o pensado, ¿quién puede llegar a valorarlo en la misma medida que lo hemos visto, sabido, gozado o pensado? Nadie. La memoria es un espejismo, que rima con abismo, ¡ay, qué gracia! Distorsiona las cosas y acaba confundiéndonos y, sobre todo, no nos devuelve nada de lo que perdimos. Miente, como se miente en las novelas. Se lo digo yo, que poseo la memoria de tres siglos. Cuando nos acordamos de un momento feliz, lo estamos leyendo en el éter... nada más que en el éter... y ya sabe usted cómo huele y aturde el éter... Sus mismos entrevistados: ¿No ha pensado en alguna ocasión que son muertos que están más vivos que usted, ahí en su silla, flotando en el éter? ¿De verdad no ha pensado en eso? Contemple su vida, querido. La que tiene, no la que tuvo. Mire, la memoria es un cedazo: al principio sus agujeros son muy finos y lo que se filtra por ellos también lo es. Por eso aprendemos a fiarnos de ella, por su precisión. Y porque esa precisión nos hace diferentes. Pero después llegan el tiempo y la edad con las rebajas, los agujeros ceden y por ahí se cuela lo que fue y lo que no, lo que vivimos y deseamos haber vivido, todo se cuela y acabamos sin saber lo que es verdad y lo que no lo es, convertidos en fantoches, en marionetas de nuestro propio capricho. Ese capricho al que llamamos memoria, como si fuera algo autónomo, independiente de la inteligencia o la torpeza, de la sensualidad o de su contrario, que van deformándola hasta convertirla en una cosa distinta de lo que fue. Pero veo que no

le gusta lo que le estoy diciendo. Tal vez prefiera que hablemos de mi piel de seda, o de los juegos que sé hacer con la boca, o de los orificios más profanos del cuerpo, querido. Le puedo contar cómo follábamos en el siglo dieciocho y cómo lo hacíamos en el diecinueve, *ça va?* De las modas eróticas del Antiguo Régimen y las del Mundo Nuevo. Incluso podríamos hacer varios ejercicios prácticos, unas sombras chinescas, usted ya me entiende, querido. Hasta he traído nitrito de amilo, por si te cuesta funcionar como ha de funcionar un hombre, mi corzo, mi jabalí.

Aquella mujer se levantó de su silla y empezó a desabrocharse los botones de la casaca. Era enorme, una especie de drag queen. Estaba a punto de llamar a los de seguridad para que me la quitaran de encima, cuando abrió el bolso y empezó a desmaquillarse con una toallita de celulosa. Luego se quitó el sombrero y la peluca y soltó una estrepitosa carcajada.

—He venido a verte aquí, chico, porque si no no llamas, cabrón.

Teresa Cabarrús era Manuel Tedesco.

20

—Tenemos mesa reservada en el Sector 4. Ni kebab, ni Punjab, querido: Balanzó nos espera en Cheng's.

En el Sector 4 de la avenida Marítima están los restaurantes de lujo, los concesionarios de automóviles de lujo, las discotecas de lujo, los yates de lujo, las tiendas más caras de ropa y algunas viejas villas de veraneo, las que aún sobreviven de las que se construyeron a mediados del pasado siglo algunos amigos del doctor Klein, reconvertidas ahora en villas de lujo, donde vive gente invisible. Siempre fue el lugar favorito de Tedesco, un balcón iluminado sobre el mar, que desde allí parece una laguna en cuya otra ribera se alzan las sombras de la ciudad vieja. Un gueto fortificado por patrullas de policía, radares y un ejército privado de guardias de seguridad que pagan los empresarios de La Zona. Pero Tedesco tenía pases. Tedesco siempre tiene pases para La Zona. O eso me dijo en la radio, cuando le recordé que el Sector 4 era coto vedado. La Zona es como se le llama en la ciudad al Sector 4 de la avenida Marítima.

Estábamos aparcando cuando Tedesco me volvió a hablar de la agenda encontrada en el Tanganika.

—La descubrió uno de los camareros del bar ahí donde estabas tú sentado. Pensamos que era tuya. Y si no lo es, como si lo fuera. A ti siempre te ha gustado husmear en esas cosas. Luego te la doy.

No dije nada. Nunca he sabido llevar una agenda. O sea que nunca he tenido agenda. Pero callé. Después de la actuación de Tedesco, pensé que esa agenda tenía relación con algo que yo desconocía y él no. Pero tampoco demostré interés alguno por verla.

Tedesco entregó nuestros pases en el Control 1 y empezamos a andar bajo las farolas de titanio en dirección al Cheng's. La ebullición noctámbula de La Zona era un cuerpo táctil, que se palpaba en la

electricidad ascendente de la atmósfera. Una metáfora de Sodoma y Gomorra antes del desastre. Los grupos de gente rivalizaban en poses aparentemente frías y ensimismadas, aunque en tensión vigilante. Los había que paseaban iguanas atadas con cadenillas de brillantes. Otros llevaban un guacamayo sobre el hombro o una serpiente a modo de collar. Camisetas ceñidas a los músculos, pantalones de piel y minúsculas minifaldas de licra sobre multitud de piernas vertiginosas. La música latina se mezclaba con la música oriental. La música oriental se mezclaba con los cánticos religiosos medievales y éstos con el tecno más sincopado y afásico. Los deportivos circulaban lentamente por la avenida, como a la caza de alguna pieza estrambótica. De vez en cuando, algún Rolls conducido por un alemán rodeado de walkirias muy *cool*. La gente bebía y bailaba en las terrazas, a la puerta de los bares, junto a los catamaranes atracados. Se bebían cócteles, mojitos y Coronitas. A veces, se bebían entre sí con los ojos o se miraban con un desprecio infinito. Ellos, como Tedesco, llevaban el pelo rapado y adornos metálicos en la cara. Ellas olían a perfume caro y parecían salidas de un pase de modas en una base del espacio. Nadie hubiera dicho que La Zona formaba parte de la ciudad sitiada.

—Es curioso comprobar cómo la ciudad sigue defendiéndose de sus fantasmas —le dije a Tedesco—. Mientras la fiesta continúe, la ciudad se defiende de sus fantasmas.

—Mira, chico —contestó—, aquí el único que no sabe defenderse de sus fantasmas eres tú, ya te dije. O sea que esta noche nos toca sesión de espiritismo.

Una chica con un sucinto bikini de topos y un bull terrier al extremo de una correa nos sacó la lengua al llegar a la pasarela del Cheng's y Tedesco le dijo una cochinada que no entendí, subrayada por la palabra «guarra». Entramos y enseguida vimos a Balanzó, levantándose de la mesa con una sonrisa profesional que mostraba una dentadura perfecta, capaz de acabar con un armadillo, de cruzarse un armadillo en su camino, cosa bastante posible en el Sector 4. El Cheng's era un restaurante ecléctico muy de moda en la pasada temporada. Su propietario era un cubano de los nacidos en Miami. De él se decía que había hecho cierta fortuna con

medicamentos adulterados y patentes falsas en la Rusia de Putin. Luego se había trasladado a la ciudad y había abierto Cheng's: un jardín zen en una balsa sobre el mar, donde se servían algunos de los platos más sofisticados de La Zona a base de cocina francesa y japonesa. La carta de vinos era inexistente. En Cheng's sólo se bebía agua mineral —más de cien modalidades— y champán. Ahora que ya no estaba en alza —su lugar en el pódium se lo había arrebatado un italiano, el Capri21— el Cheng's era el restaurante favorito de políticos, abogados y empresarios.

Hacía años que no veía a Balanzó. Que no lo veía en persona, quiero decir, porque tanto en periódicos como en televisión, no había día en que Balanzó no fuera noticia. Concesiones de obras, conspiraciones de partido, denuncias, visitas a los juzgados, declaraciones intempestivas o falsamente conciliadoras eran los naipes habituales de la baraja particular de Toni Balanzó, ahora Antonio de Balanzó y Rigau, barón de Pert.

Una altísima camarera africana —como poco watusi, dijo Balanzó — nos entregó la carta. Empezamos a hablar de los veraneos de La Colonia, de la época de Jimmy Noland —después os diré lo que fue de él, dijo Tedesco—, de la muerte de Rovira —pobre Rovirita, dijo Balanzó, el mejor de todos nosotros—, del colapso de Francis Balza y su ingreso en el reino vegetal, de madame Frabetti, Mimí Alglada y Roberto Velasco, momias embalsamadas en la gloria de un pasado que parecía no haber existido nunca. Y del carrerón de Valcárcel, que ahora trabajaba en el Cedars Hospital de Boston. Pero muy pronto se hizo un silencio opaco y tenso, como si no tuviéramos nada que decirnos. O lo que pudiéramos decirnos fuera más conveniente callarlo. Los miré a los dos: ya éramos mayores y el tiempo para darle la vuelta a las cosas había acabado para los tres.

Los cuarenta son crueles porque acaban atrapándote, decía mi abuela, y ahora entiendo por qué. No son sólo las propias mutaciones. También las mutaciones de los demás contribuyen a alejarnos de lo que fuimos, pues su metamorfosis se alimenta de la negación del pasado. O de su invención. En la década de los cuarenta se esconde la confirmación de las traiciones. En ella observamos con nitidez cómo nuestra vida se separa de otras vidas.

Tal vez mi padre huyera de eso, no quisiera o no pudiera soportarlo, pensé mientras miraba a Tedesco y a Balanzó leyendo la carta del Cheng's. Nos separan los intereses, las costumbres cotidianas, los gustos, las debilidades —que ya son inseparables de nuestro comportamiento—, las ambiciones —satisfechas o frustradas—, el dinero y, sobre todo, la manera de obtener ese dinero, que siempre configura las distintas formas de relación con el mundo y el modo de mirar a los otros. Balanzó y yo fuimos amigos —si es que Balanzó fue alguna vez amigo de alguien, si es que su forma de relacionarse con los demás no era ya una colección de máscaras y engaños destinada a lograr sus objetivos—; ahora, Balanzó y yo somos dos extraños que se sostienen sobre los mermados pilares de un pasado común. De un pasado que tal vez cuando sucedía ya era mentira en sí mismo. Me pregunté qué hacía allí, sentado con él y dispuesto a compartir una cena. La pregunta de Tedesco me hizo salir de dudas. Balanzó era su testigo y yo no sabía de qué ni para qué. En todo caso, no quería hablar a solas conmigo.

—¿Conoces a un tal Jorge Baker?

No contesté.

—Te lo digo porque vino a oírme tocar hace días al Tanganika y acabó hablándome de ti, chico, no importa que pongas esa cara, ni que te hagas el interesante con tus silencios.

—Conozco a Baker —dije. Y volví a callar.

Entonces Manuel Tedesco sacó una agenda de su chaqueta y la puso sobre la mesa.

21

—En realidad yo creo que vino para sacarme información, lo que no sé es sobre qué. Es un hombre, cómo os diría, tan antiguo, con ese aspecto suyo tan trasnochado, como de espía de la guerra fría. Si parece salido de una película de James Bond. Pero bueno, me dejó esto para ti. Lo del camarero sólo era un detalle a lo Cabarrús, tú ya me entiendes. Sabía que mintiéndote despertaría tu interés y, hace un rato, al verte disimular —por cierto, lo haces pésimamente— supe que habías picado el anzuelo.

Abrí la agenda. Dos páginas anotadas y el resto en blanco. Cayó un sobre encima del mantel. Era un sobre de tela, muy arrugado. En él había escrita una lista. Al reconocer la letra de mi padre, volví a colocar el sobre en la agenda y me la metí en el bolsillo trasero del pantalón. La idea de que Tedesco hubiera podido leer esa carta —y lo había hecho, de eso estaba convencido— me irritó. Y aún me irritó más la indiscreta maniobra de Baker. Para qué utilizar a Tedesco de correo del zar, si ayer nos habíamos visto y él sabía que mañana pasaría por la tienda a recoger los libros.

Balanzó había pedido una botella de la Veuve Clicquot y propuso un brindis.

—Por nuestro Juanito Valcárcel, que se ha hecho millonario a costa de las vísceras de los patricios y los judíos ricachos de Nueva Inglaterra.

—Por Juanito, que está a salvo —dijo Tedesco.

Brindamos y tras vaciar su copa, Balanzó llamó a la camarera.

—Sashimi con escargots, para empezar, ¿os parece? Y de segundo, que cada uno pida lo que quiera. Y vaya enfriando otra botellita de éstas, bella hotentote.

Durante toda la cena parecimos jugadores de póker que se resisten a mostrar su juego y van aumentando las apuestas —y los faroles— en la esperanza de desbancar al contrario por puro agotamiento. En otro momento, me hubiera levantado con cualquier excusa, pero me lo impedía no saber la causa de que estuviéramos ahí los tres, mintiéndonos como en los viejos tiempos. Aquello, peor que el tedio, era un compromiso. Así que me encaré con Tedesco.

—Para ser una velada espiritista, somos médiums de pacotilla, Manuel. Especialmente tú, que eres el organizador. Cuéntanos lo que sepas de Noland, al menos, tú que tanto quisiste a Noland.

—No seas memo, Carlos, yo jamás he querido a nadie —contestó impostando la voz—. Eso se lo dejo a los seres débiles, querido, que sois muchos. Aunque lo prometido es deuda. Menudo hijodeputa Jimmy Noland. Ya nos lo decía Valcárcel: poca broma con Noland. Pero bueno, a ti eso te da igual: al fin y al cabo Jimmy fue el encargado de borrar el rastro, digamos que confuso, de tu abuelito, el doctor Mabuse.

Balanzó sonrió con una sonrisa angelical. Nadie habría sospechado la hiena que se agazapaba detrás de esa sonrisa.

—Tú deja en paz a los muertos y háblame de Noland —respondí.

—Sin muertos no hay espiritismo. Y, por otra parte, no creo que Noland siga vivo. ¿Recuerdas el incendio en el chalet de La Colonia, tú que lo recuerdas todo? Aquello fue un trabajito de Noland. Un trabajo muy bien pagado, como todos los suyos. ¿Y a que no adivinas quién se lo encargó? Tu abuelo, querido, y no para cobrar el seguro, créeme. A tu abuelo le hacían chantaje, eso me lo contó Valcárcel. Querían sacar a la luz sus trapos sucios, que no eran pocos. Quién quería eso te lo cuento luego, no hay prisa. Por lo visto tu abuelo había hecho ciertos servicios al Régimen franquista durante su estancia en la Francia ocupada. Servicios especiales. Servicios médicos para traer a España a los republicanos detenidos por la Gestapo, sedados, supongo, o anestesiados a la hora de secuestrarlos, yo qué sé. Tu abuelo era compañero de carrera de distintos médicos franceses que, al llegar los alemanes y pactar Pétain en Vichy, se pusieron de inmediato al servicio de la gendarmería más próxima. Entre ellos debieron de entenderse. Y

después nada: de vuelta a casa y hacia Argelia, donde ve a saber tú cual fue su historial. A la clase médica le pirra el dinero. Y a tu abuelo, pues también. Por no hablar de su propensión a facilitar según qué drogas prohibidas a sus ricos clientes. Siempre fue generoso con el botiquín. Miraran por donde miraran podía ser portada durante semanas —y no por inventar calmantes o crecepelos, precisamente— y eso le puso muy nervioso. Su nombre arrastrado por el barro populista, qué horror. Franco había muerto, el Régimen se desmoronaba y durante los primeros años de democracia no le llegaba la camisa al cuerpo. Había demasiado polvo que esconder bajo la alfombra, chico. Fue entonces cuando le hicieron chantaje. Alguien de su confianza le hizo chantaje, el mismo tipo que denunció a tu padre a la policía y la policía corrió a advertir a la policía portuguesa y ahí se perdió tu padre. Se dijo que habían sido sus excompañeros de militancia. Se dijeron tantas cosas que quizá todas llevaran su parte de razón. Los comunistas siempre lo vieron como un traidor y Roma no paga, pero Moscú ni paga ni olvida. Pero lo cierto es que tu abuelo compró a ese tal Claudio Echevarría, el hippy ese, y el tipo lo denunció. A lo mejor no lo hizo sólo él; a lo mejor también los comunistas pusieron de su parte: los medios no importan con tal de lograr el fin, un paso atrás para dar dos adelante, qué te voy a contar. Y luego el tal Echevarría se reviró y quiso morder la mano que le había dado de comer. Casualmente, lo encontraron muerto por sobredosis, seguro que también lo recuerdas. Una muerte muy oportuna. Pero la cuestión es que tu abuelo se puso más nervioso todavía y contrató a Jimmy Noland para que incendiara su despacho del chalet, donde guardaba todos los papeles que podían comprometerle. Siempre fue muy aséptico el doctor Klein. Ni siquiera él se encargó de quemar sus cosas. Es algo que no alcanzo a comprender. El por qué no andaba escarmentado después de lo de Echevarría. En fin, no había que dejar pistas y Noland estaba ahí para lo que hiciera falta. O quizá fuera Noland quien también chantajeara a tu abuelo, vete a saber. ¿De qué te crees que vivía ése? ¿Del Domund? ¿De una ONG? Noland era un espécimen de los bajos fondos y conocía el pasado de tu abuelo al dedillo. El de tu abuelo y el de todos los miembros de La Colonia, no

te quepa duda. Menudo pájaro. Ahora todo eso es historia; qué digo, ni siquiera es historia, es la nada, el vacío. Pero entonces... entonces podían arruinarse reputaciones de toda la vida por dos duros. O eso creían ellos, los muy valientes. Había llegado la hora de ser demócratas de toda la vida, gente de ideas liberales, ¿recuerdas? Noland le supo sacar provecho a ese miedo. Y mientras tanto se follaba a sus hijas, o las embutía de coca como a la tonta de la Balza. Y no me preguntes cómo sé todo esto. Valcárcel contó algo, una noche que bebió más de la cuenta, raro en él, y se fue de la lengua, todavía más raro. A veces he pensado que era su manera de ponernos sobre aviso para que fuéramos con más cuidado con Jimmy. Pero tú aquella noche no estabas, tú aquella noche te dedicabas al honroso estudio de no sé qué personaje de los que conoció tu abuelo en su estancia en la embajada española. Tu famosa tesis, o tesina o lo que fuera. Menuda chorrada. Cuando tenías a tu abuelo que te hubiera podido contar lo inenarrable sobre sus andanzas con ese tipo. Y total para acabar en la radio. Nos ha jodido. Y tú no lo sabes, claro, pero tienes ese trabajo gracias a las rentas de tu abuelo, que son las que sostienen tu maldito programa, si no de qué, monín. De qué iban a aguantar en los estudios esa tontería con los índices más bajos de audiencia que hayan existido nunca desde Marconi. Al fin y al cabo eras el hijo de su querida hija y aunque el doctor Klein fuera un pez de agua helada, tú llevabas su sangre. Así que ya se encargó él antes de morir, justo después de perderlo todo en Bolsa, la crisis del petróleo, ¿recuerdas?, el viejo se encargó de que si regresabas no te faltara trabajo. Que cómo lo hizo: ahí ya no llego. Yo no soy Sherlock Holmes, querido, sólo soy la Cabarrús, a ver si te enteras, y tú y yo no nos hemos conocido nunca, imbécil.

En ese momento Balanzó sacó una petaca de piel de cocodrilo y nos ofreció un puro. Lo hizo como si fuera un chambelán de Versalles y nosotros dos coquetas damiselas. Aún sonreía cuando encendió el suyo. Entonces sonó la explosión. Fue enorme. La balsa del Cheng's dio un bandazo mientras, enfrente nuestro, la ciudad vieja se teñía de rojo cárdeno bajo una lluvia de luces de flash. La

gente empezó a gritar al mismo tiempo que una humareda negra se alzaba por detrás de la basílica de San Juan de Patmos.

—Qué detalle, fuegos artificiales en nuestro honor —gruñó Balanzó.

Antes de darle un puñetazo a Tedesco, pensé en Jorge Baker, el coleccionista. Las palabras de Tedesco eran de su cosecha, estaba seguro. Baker coleccionaba las vidas de los demás. Como yo mismo en *La Morgue*. Sólo que yo no jugaba. Y Baker sí.

22

Gracias a las influencias de Antonio de Balanzó y Rigau, la policía nos soltó al cabo de una hora y Tedesco y yo no tuvimos que pasar la noche en el calabozo y tampoco declarar en el juzgado de guardia. Las peleas están penalizadas en el Sector 4, pero la mano de Toni Balanzó tiene dotes de mago malabar. Cuando los guardias nos esposaron para entregarnos a la policía, tuve la sensación de ser de hielo. El puñetazo, incluso, había sido tan teatral como la actuación de Tedesco. Lo que él había contado durante la cena no me había afectado en absoluto. Pero no porque mi vida estuviera lejos de todo eso, que no lo estaba, sino porque yo también era un Klein. Yo era nieto del doctor Klein y mi reacción era similar a cualquier reacción del doctor Klein: fría y calculada. El círculo empezaba a cerrarse. El mensajero de Argel estaba haciendo bien su trabajo.

A la salida de la comisaría del bulevar Mediterráneo, Balanzó nos esperaba junto a su coche. Le di las gracias. El cubano no ha puesto denuncia, dijo, me debía una y, caramba, para eso estamos los viejos amigos, hoy por ti... No contesté. Sólo dije que prefería irme andando hasta casa. Necesitaba tomar el fresco. Tedesco aún debía estar firmando en el Registro de Salida. Tampoco tenía ganas de verlo.

Amanecía. Un hongo de humo gris se extendía sobre el cielo de la ciudad. Lloviznaba. La policía había aumentado la dotación callejera. Se veían patrullas por todas partes y había controles con erizos eléctricos en medio de la calzada. La gente andaba nerviosamente por las aceras. Esta vez el atentado había sido importante. Hasta ahora jamás habían llegado hasta el corazón de la ciudad. Los bares estaban cerrados. Mientras caminaba pensé que ahora yo sí sabía

algo que Tedesco, o Baker, desconocían. Sólo era una hipótesis, desde luego, pero no muy descabellada. Si las cosas ocurrieron como había contado Tedesco, el doctor Klein habría ido averiguando cosas sobre Jimmy Noland como una araña que observa los movimientos de la presa atrapada en la tela. De eso estaba seguro. Y cuando Noland había cometido la torpeza de dejarse ver en casa de los Balza, el doctor Klein cayó sobre él y le inoculó el veneno, exigiéndole que hiciera su trabajo. Gratis, de eso también estaba seguro. Y que luego desapareciera para siempre. Él convencería al padre de Francis Balza de que optara por el silencio para evitar el escándalo. Pero si Noland no aceptaba, contribuiría a acelerar la denuncia. Si Jorge Baker tenía razón en lo que me había dicho su muñeco ventrílocuo, Noland trabajó para mi abuelo, pero no con sus métodos, sino a la orden de los viejos métodos del doctor Klein.

Cuando llegué a la calle de Jacob no se movían más que los escarabajos. Todos los locales estaban cerrados. Subí al piso. Abrí la nevera y cogí una cerveza. Del bolsillo del pantalón, saqué la agenda que me habían devuelto en comisaría. Hacía demasiadas horas que quería hacer lo que me disponía a hacer ahora. Cogí el sobre y leí la lista escrita por la letra de mi padre en su reverso:

En busca del Barón Corvo
Satie
Ray Davies
El tercer hombre
Hunky Dory
The famous blue raincoat
Casablanca
The love song of J. A. P.
Florian
Cornell
La condición humana
El hombre que amaba a las mujeres
Las tentaciones de San Antonio
Bitinia

Lo leí varias veces hasta que llegué a la conclusión de que esa lista era un autorretrato en clave dibujado con la sombra de lo que él hubiera querido hacer y no llegó a hacerlo, porque era la misma existencia de todo eso la que se lo provocaba y al mismo tiempo se lo impedía. El escritor sin libros escribe el testamento del escritor que ha dejado de serlo, dije en voz alta. Y era, esa lista, un rastro. El único rastro tangible de que yo disponía. *En busca del barón Corvo*. Ja. Sólo que el tiempo para esa búsqueda también se había agotado. Antes de abrir el sobre, leí las anotaciones de Jorge Baker: una sola frase escrita veinte o treinta veces, como en un viejo castigo colegial: 3, rue Albéric-Magnard. La dirección de la que me habló Jimmy Noland. La dirección de la tarjeta parisina de mi abuelo. Y un apellido: Oliveira. Entonces abrí el sobre. En su interior había una cuartilla rota por el canto superior derecho. No tenía comienzo y tampoco final, como si fuera parte de una carta, pero no la carta entera. Empecé a leerla:

Nacimos en el miedo; las mañanas eran claras, pero al fondo estaba el miedo, de donde escapamos como pudimos. Entonces la soledad no era un destino —como lo sería después— sino una elección, como su contrario. Las palabras eran hermosas. Y el mundo podía serlo también pues estaba hecho de palabras. Pero nosotros escapamos del miedo para descubrir que la historia no la hacen los hombres sino las pasiones de cada hombre: la envidia, la soberbia, la venganza, el resentimiento disfrazado de bien común o de justicia, que sólo son palabras. La brutalidad del mundo necesita camuflarse bajo unas engañosas reglas de comportamiento. Y así los más sangrientos parecen los más sensatos. Y los más puros son a menudo los más podridos, cajas donde retumban el ruido y la furia. Escribir es sólo un gesto que se sabe agotado en sí mismo. Como estos días bajo la lluvia interminable. Ahora debo aprender cosas de las que uno quisiera estar exento si no las hizo antes.

¿A quién se dirigía mi padre? ¿Y por qué? ¿De dónde había salido ese sobre? ¿Qué significaba la repetición de una dirección en París en una agenda sin emplear? ¿Y para qué había escrito mi padre esa lista? Busqué la tarjeta del Bazar Buenos Aires. Todavía era temprano para que Baker tuviera abierto su negocio, pero lo intenté. Marqué el número. Ni siquiera sonaba la llamada. Sólo el vacío, como si tuviera una caracola apoyada en la oreja. Se oyó una voz metálica de mujer: hay una avería en el distrito; vuelva a marcar dentro de unos minutos; gracias. Colgué.

Después de ducharme y cambiarme de ropa, bajé a la calle. Me dirigí a la parada de taxis. La gente andaba con recelo. Los fantasmas de la ciudad empezaban a apoderarse de ella. Los coches de policía circulaban lentamente. Seguía habiendo controles. Dos helicópteros sobrevolaban el barrio. Abrí la portezuela y me metí en el taxi.

—Puente de los Ingleses, número 4, por favor.

—Lo intentaré, pero creo que no podré acercarte hasta ahí. Ayer la bomba estalló por esa zona —me dijo la taxista antes de arrancar el coche y gritar «¡vá-mo-nos!». En el espejo retrovisor, vi que llevaba una argolla en la nariz.

23

Nos pararon en tres controles de seguridad y las tres veces tuve que mostrar mi identificación de periodista. El taxi me dejó a dos manzanas de la tienda de Baker: ya no se podía avanzar más que a pie. A medida que me iba acercando al Bazar Buenos Aires, el barro, las piedras, los vidrios y tejas rotas se esparcían por la calzada como restos de un animal despedazado. La ciudad es un animal que respira por las branquias de las persianas y los aparatos de aire acondicionado. Los bomberos estaban retirando las vallas metálicas. Llovía. Las calles olían a ceniza mojada, a gas y madera quemada. Un silencio extraño acolchaba los ruidos de las tareas de desescombro. El corazón de la ciudad mutaba lentamente hacia la frontera de las últimas cosas. Una oficina cerrada. Un almacén cerrado. Un garaje cerrado. Un edificio al que se le ha arrancado la piel. Algunos automóviles amontonados como carros de combate después de la batalla. Ya nada es perdurable en la ciudad sitiada. Los escenarios cambian como en un teatro. Aunque la ciudad continúa respirando con una bombona de oxígeno adosada a su espalda. Dos chicos con el pelo a lo rasta tocan los bongos como si nada hubiera pasado. Un policía los expulsa de su esquina. Uno de ellos se encara y el policía le aplica un tubo de descarga eléctrica. El chico cae al suelo, entre sacudidas de epiléptico. El otro lo arrastra hasta una entrada. Los bongos quedan en medio de la calle. El policía grita, tenso como un perro de presa. Sigo andando. Se ha levantado el viento. Cálido, pegajoso, denso. Al llegar a Puente de los Ingleses, el Bazar Buenos Aires no existe. Un boquete como el cráter abierto por un obús ocupa su espacio. La vida es una sucesión de pérdidas y de hallazgos. Las cosas se desmoronan y esfuman, como las neuronas que alimentan la retícula donde se sostiene la

memoria. Las neuronas son los rublos de Catalina de Rusia o el papel moneda del mariscal Vlasov y sus cosacos de la muerte. Los discos de John Mayall o las canciones de *Hunky Dory*. Cada neurona es un territorio que arde y sus pavesas flotan en el éter antes de evaporarse para siempre. Como el estallido de luces de anoche detrás del buque de la basílica de San Juan de Patmos. Una charada apocalíptica del terror y la fatiga. Veo la sombra de Jorge Baker fumando un habano bajo las letras art déco que ya no existen. Busco entre el yeso y las piedras los restos de una caja con objetos y frases escritas hace años, mientras Sandy Denny cantaba *Next time around* en un muelle del norte donde las gaviotas chillan. Como ahora, aquí, en este lugar que podría ser Valparaíso, Port Sudan o el golfo de Tonkín. A la hora que suenan las sirenas del puerto, la niebla cae sobre la ciudad y el aire se tiñe de amarillo. La arena en suspensión. La vida, burlándose de nuestros pasos, convirtiendo en arenas movedizas el terreno que pisamos y en arenisca el aire que respiramos.

Allí ya no se me había perdido nada. Allí había perdido cualquier posibilidad de recuperar lo perdido. Encendí un pitillo. Una gitana arrastraba una de las alfombras de Baker. Su hijo iba detrás, con una lámpara en la mano. Los papeles volaban por la calle como pájaros heridos. Me di la vuelta y empecé a caminar sin rumbo fijo, deambulando por una ciudad que ya no reconocía. Al cabo de una hora estaba ante la entrada de mi casa con las llaves en una mano y un periódico en la otra. Una explosión de gas en el barrio antiguo de la ciudad era la noticia que ocupaba la portada. Y a nadie hubiera podido decirle —de haber existido ese alguien— cómo había llegado hasta casa.

Lo primero que hice fue encender el ordenador y conectarme a la red. Busqué www.findelmundo.com. La noticia del atentado abría la página web. Veintidós muertos. Más abajo había un titular sobre la destrucción del Bazar Buenos Aires. Cliqué sobre la palabra bazar. Entonces aparecieron dos fotografías. En la de la izquierda se veía a un joven Jorge Baker con el uniforme de las SS, fotografiado en la escalinata del Sacré-Cœur parisino. Me llamo Jorge Baker y soy coleccionista, recordé. El hueco de la segunda fotografía tardaba en

rellenarse. Me levanté a buscar una cajetilla de tabaco. Cuando me senté frente al ordenador ella estaba allí, sonriente y con el rostro ajado. Era una fotografía de mi madre. Aunque estuviera envejecida, esa mujer era mi madre. Como lo era la chica de la foto en el cajón de mi abuelo, o la mujer que servía en el Aquarius Bar. A su lado estaba el Jorge Baker que yo había conocido, con algunos años menos. Su nombre era Gustav Kepler. Según decía la noticia Kepler se había establecido en la ciudad bajo el nombre falso de Jorge Baker, tras su búsqueda por toda España de los cadáveres de los aviadores y marinos alemanes muertos durante la Primera y Segunda Guerras Mundiales en aguas territoriales españolas o estrellados en suelo nacional. De aquel viaje por los cementerios a la busca de restos humanos hacía unos veinte años. «Durante esa búsqueda —decía la noticia— conoció a Laura Klein, hija del médico Felipe Klein, que vivió en esta ciudad hasta su muerte y gozó durante el franquismo de cierto prestigio profesional y una gran reputación social». Pensé en el paraíso de mi madre, a las puertas de un vasto cementerio de cruces de hierro, enamorada de un antiguo oficial de las SS. El sendero de las estrellas es un sendero extraño. La noticia acababa diciendo que los restos de Gustav Kepler serían incinerados mañana en el crematorio municipal. No sabría decir por qué, pero detrás de aquella noticia vi la sonrisa de Toni Balanzó, ahí al fondo, como en un maligno holograma. Sólo sentí frío. Nada más que frío. Como el hombre de los hielos cuando ya no pudo impedir que la nieve le asfixiara.

Acabé durmiéndome en el sofá. Al despertarme era de noche y, como todas las noches, en mi barriada parecía que fuera de día. Había dejado el balcón abierto y el parpadeo de las luces del Mykonos le daba a la sala un aire de carrusel de feria. La música del Bizerta llegaba hasta la cocina. Cogí una cerveza de la nevera y me preparé un sándwich. Los hábitos culinarios de quien vive solo suelen ser patéticos. Mientras la tostadora se calentaba miré por la

ventana. El mar negro. La ciudad apagada, en estado de queda. Los barcos de guerra de la Flota de Occidente ya no están en la bahía. El buque radar, sin embargo, permanece atracado en el muelle de Levante detectando la sismografía de los atentados. He vuelto a leer la carta de mi padre: Ahora debo aprender cosas de las que uno quisiera estar exento si no las hizo antes. Si no las hizo antes. Sólo me queda una de esas cosas: el número 3 de la rue Albéric-Magnard, París. Sólo eso. Después de acabarme el sándwich, he bajado al Bizerta. El territorio de Cartago. La tierra de Aníbal. Farid tenía el bar atiborrado de gente bailando. La ciudad que se defiende de sus fantasmas y yo tenía sed. Cartago y yo éramos los más viejos, acodados en la barra como gendarmes de un puesto fronterizo. ¿Bombay, verdad? Cartago nunca pregunta nada excepto por lo que uno desea beber.

Al tercer gin tonic han empezado a sonar los acordes de *Aisha* en directo: Khaled cantando con Taha y Faudel en el POPB de París, la noche del 26 de septiembre de 1998. Cartago sabe que ésta es una de las canciones que prefiero. He leído sus labios: va por ti, amigo. He apagado el pitillo y he empezado a bailar entre la gente y el humo y los vapores de las colonias de moda. Ella no ha tardado en acercarse, muy sonriente, hacia donde yo me movía como un autómata con el mecanismo dislocado. No debía de haber cumplido los treinta. Ha acercado su boca a mi oído, su pelo me acariciaba la cara. Luego lo retiraba con la mano abierta y reía. Elegía las palabras como quien elige lo que se ha de poner antes de salir. Llevaba sandalias de tacón y tenía los pies muy bonitos. *Aisha, Aisha, écoutez-moi...*

—Deja que te mire los pies mientras bailo —le he dicho.

—Prefiero que me mires a los ojos. Quiero verte los ojos.

En los suyos habitaba la luz de una caja de bengalas y una extraña felicidad en cuyo reflejo yo también era feliz, como cuando aún reconocía mi rostro en el espejo del cuarto de baño y al dormir sabía dónde colocar ambos brazos sin que acabara despertándome el dolor. Era delgada y alta —con los tacones, algo más que yo—. Llevaba unos pantalones beige muy ceñidos a las piernas —largas como el Tigris y el Éufrates—, una camiseta blanca y la cintura

anudada por un pañuelo de colores. Mientras bailaba levantaba sus brazos como las alas de un ave, como los levantaba mi padre para abrazarme. Le he rodeado la cintura con los míos y después he cogido una de sus manos y por la espalda la he colocado en mi cuello. Había acabado *Aisha* y ahora sonaba música gitana: *ya no sé cómo olvidarte, cómo arrancarte de mis adentros, desde que te marchaste, mi vida es un tormento*. Nos hemos abrazado; sus mejillas ardían. De vez en cuando se daba la vuelta y bailaba con su espalda contra mi pecho, sus nalgas ciñéndome el sexo.

—Sé quién eres —ha musitado en mi oreja—. Déjate llevar por mí, esto es un juego, el tiempo lo es, disfrútalo.

—¿Cómo te llamas? —he preguntado.

—Qué más da. Pon que me llamo K.

Me eché a reír. Y mi risa era la risa de otro.

III

París es una ciudad gris que contemplo desde la ventanilla de un taxi. Una sucesión de fotogramas en blanco y negro mientras afuera, llueve. París es una ciudad donde el zinc de los tejados refleja un cielo que no existe. Nadie puede ver su rostro en el espejo de París, porque ese rostro deja de ser el propio para convertirse en una sombra más de la ciudad, la ciudad donde ser otro para siempre. Por los altavoces del avión, después de aterrizar, sonaba *Formentera lady*, de King Crimson, como en el desván de la calle Ferlinghetti. He visto a mi padre escribiendo bajo una higuera de la isla y a sus pies un gato negro como el que ahora contemplo cruzando frente al número 3 de la rue Albéric-Magnard. Una marquesina de hierro y cristal, un muro de ladrillo y una chimenea de cuatro salidas, como los tubos de un órgano cegado. Hablo con la portera. Le enseño unas fotografías. Nunca ha visto a Magdalena Klein, bueno, quizá una vez, hace años, no podría asegurárselo. No conoce a Gustav Kepler ni a Jorge Baker. Tampoco al doctor Klein. No, señor, durante la Ocupación era una niña y vivía en Dijon, dice sonriendo. Me comenta no sé qué de una amante del último emperador de Vietnam; tuvo dos hijos con él, ¿sabe? Vivió aquí. Pienso en Baker, el día en que vino a la radio y me habló de las monarquías del Extremo Oriente y de su afición por el jazz. Después le pregunto por mi padre, monsieur Orfila, Antonio Orfila. Sí, como el científico, el investigador de venenos, le digo; vivió y murió en París, le digo. Ah, sí, me contesta, el hombre español de madame Oliveira. Pobre, dice, está muy enfermo. Llegarán de un momento a otro. Si quiere esperarles. Han ido al mercado. Todas las mañanas van juntos al mercado de la rue du Seine; desde hace treinta años, todas las mañanas, cerca del hotel Louisiane. A él le gustan mucho los erizos y a ella, las flores frescas. Él es traductor, ¿sabe?, y ella lee el Tarot.

¿Es usted periodista? No, digo, he venido a que madame Oliveira me lea las cartas. ¿Vive usted cerca?, pregunta ella. No, vivo junto a la plaza Furstenberg, respondo. Pues si quiere, pase y espere. Mejor paseo un rato. Gracias.

—¿Quiere que le diga alguna cosa a madame Oliveira? —me grita desde la entrada.

—No importa, gracias, volveré dentro de una hora.

He empezado a andar, sin saber si regresaría a la rue Albéric-Magnard, o si esa calle sería lo que había sido hasta entonces: un nombre que ocultaba lo que no conocía. Ahora es tarde. Siempre es tarde cuando las cosas se conocen. Siempre es tarde cuando llegamos a un lugar donde no habíamos estado nunca. Siempre es tarde aunque tampoco lleguemos a saber que ya es demasiado tarde.

En el verano de 1976 mi padre acababa de salir de la cárcel y se enamoró de una mujer en Lisboa. Fue un suicidio, le había escrito a mi madre. Tan irreversible como un suicidio, debería haber escrito, pues esa mujer seguía viviendo con él. Eso si es que esa mujer era la misma que ahora es madame Oliveira y sus cartas donde lee el futuro de los que no tienen pasado. Mi padre, por ejemplo, que decidió borrarlo para siempre. O quizá el arma viniera de la mano del doctor Klein, empujándole a París y alejándolo de su hija como si se tratara de un apestado. Jamás sabré por qué aceptó. El amor, supongo. Prefiero suponer que fue eso lo que le hizo enterrar su corazón en el frigorífico. El hombre de hielo, otra vez. O el miedo. Quizá fuera el miedo. El miedo a su propio fracaso, irreversible como sólo lo es el fracaso. El mismo miedo que debió sentir el hombre de los hielos perseguido por sus enemigos, escondido en el glaciar de Hauslabjoch, como mi padre se escondió en el piso de la rue Albéric-Magnard para no salir jamás, salvo al mercado todas las mañanas. Aníbal en Bitinia. Aníbal entre sombras: al fin y al cabo son las sombras las que perfilan, la luz desdibuja y borra.

A mi padre lo habían derrotado los reyezuelos aliados de Roma —Argakoulian, Lepski, mister Arkadín, Baker...—, siempre y cuando Roma fuera el doctor Klein, claro. Escipión Klein. O el césar Klein, disponiendo de vidas y haciendas. Excepto la de mi madre, de la que

no pudo disponer, ni siquiera salvar —el gran doctor Klein y su suero de la vida— cuando ella se alejó de Jorge Baker para morir, como se alejan los elefantes. Los de Aníbal y los de Escipión el Africano.

Mi madre escapó de Jorge Baker cuando supo que iba a morir. Como murieron tantos de su generación, tras conocer las puertas del paraíso. Su particular cementerio de elefantes fue aquella búsqueda de militares alemanes desperdigados aquí y allá por los cementerios de España. Y después desapareció. Igual que había aparecido hizo lo contrario. Cuando el doctor Klein lo supo, fue demasiado tarde. Y Baker no llegó a saber jamás que Magdalena Klein había muerto. Por eso vino a buscarme: para averiguar qué sabía yo, para tender su trampa y recuperar a mi madre, cuando yo ya sabía que no podría recuperarla —ni él, ni yo— porque estaba muerta. Como lo sabía mi padre, a quien ella visitó para decirle que estaba muy enferma y que le quedaban pocos meses de vida. Quizá una vez, hace años, no podría asegurárselo, me ha dicho la portera. Yo, en cambio, sí: ella estuvo en el 3 de la rue Albéric-Magnard. Una sola vez, pero estuvo. Baker debió de hablarle del piso de mi abuelo. Y mi padre nunca dijo nada: ya era un hombre sin pasado. Le imagino nervioso, estando sin estar ahí, deseando que la visita de Magdalena Klein, una sombra apenas identificable, acabara de una vez. Pero yo lo supe por Lola, que me escribió a los pocos días de haber muerto mamá. Murió en su casa, en Madrid. Sin saber quién era. Sin reconocerse ni reconocer a Lola tampoco. Entonces callé, como si mi silencio fuera una deuda contraída con el silencio de mi madre. Y Jorge Baker no llegó a saber nada nunca. Él, que parecía saberlo todo. ¿Para qué? Siempre es tarde cuando las cosas se conocen. Demasiado tarde.

Ahora debería volver a la rue Albéric-Magnard y esperar a que lleguen del mercado con sus erizos y sus flores. O no. Quizá debería marcharme, como hicieron ellos. O quedarme en París y ser otro distinto, sin pasado, como mi padre. Me gustaría pensar que ha sido un error llegar hasta aquí. Pero no puedo. Ya no puedo pensar más. Sólo olvidar. Como olvidaron mis padres. Como no pudo olvidar el doctor Klein. Como no supo hacerlo el coleccionista. Ingresar, yo también, en la cofradía de la desmemoria.

Hace un rato que los he visto bajar de un taxi. Él llevaba una vieja cazadora de cuero negro, pantalones vaqueros, botas de ante y una cesta. El pelo largo, escaso y ralo, cortado sobre los hombros, con entradas como la rada de un puerto. Caminaba con dificultad, apoyado en un bastón negro con la empuñadura plateada. Todavía es un hombre delgado y su cara parece de cera cuarteada. Lleva una perilla grisácea y cuando camina arrastra la pierna izquierda. En ella apenas me he fijado: llevaba el pelo recogido en un moño y un ramo de fresias en la mano. Una mujer morena, algo gruesa: jamás había visto antes a esa mujer. Ha pagado al taxista mientras mi padre subía con dificultad los peldaños de la entrada. Debo aprender cosas de las que uno quisiera estar exento si no las hizo antes. Sus movimientos eran como los de una mantis religiosa y en los seis o siete metros que le separaban de la casa ha tosido en dos ocasiones. Una tos cavernosa y en sordina. Al verlo moverse con tanta dificultad, he pensado en la voz arrastrada de John Martyn, que tanto le gustaba. Su cuerpo posee ahora esa cadencia arrastrada. Luego ha desaparecido en la oscuridad del edificio. 3, rue Albéric-Magnard: la Bitinia de Aníbal, la Venecia del barón Corvo, la última tentación de san Antonio Orfila. No he sentido nada al verle. Me he visto a mí mismo, mirándole, quieto como un espía de Roma tras la esquina de una casa en Asia Menor. Una marioneta más del doctor Klein. Como mi padre, escondido durante treinta años en el piso de mi abuelo, con los pulmones podridos, alejándose día a día de la vida que hubiera podido tener y no quiso, o no pudo, o no le dejaron. O simplemente, no supo, que es lo que nos acaba ocurriendo a todos. La telaraña del doctor Klein. En el centro de esa telaraña estoy yo ahora, observando a las presas que caen. Hoy he visto a la última: el hombre del bastón. Esa telaraña es también mi vida. No me muevo. Sólo observo. Como el agua mortecina en los adoquines de París o las mansardas de pizarra. No siento nada. Sólo frío. El mismo frío de las manos de Jorge Baker. El mismo frío que debió sentir el doctor Klein durante toda su vida. El que inoculó a su hija e inyectó a mi padre. Los experimentos de un siglo muerto. El

mismo frío de Similaun, cuando crucé los Alpes por primera vez y, desde entonces, espero y miro. Como esperaba el mensajero de Argel con un rublo de oro sobre la lengua.

Un volumen que reúne cuatro novelas fundamentales de Llop, considerado «el Modiano español» (*Le Figaro Litteraire*)

«José Carlos Llop es un mago».

La Croix

«Llop introduce al lector en una atmósfera enigmática y envolvente de la que te resultará difícil escapar».

Emma Rodríguez, *El Mundo*



Dos son los protagonistas de las novelas que forman este *Cuarteto de la memoria*: la ciudad y una voz que se aferra a esa memoria para comprender una vida que se le escapa.

La segunda mitad del siglo XX es la época donde transcurren, justo en ese instante donde el tiempo viejo aún no se ha ido del todo y el tiempo nuevo está por llegar: como en las civilizaciones. Su deriva arranca en un colegio de jesuitas y un misterio familiar, continúa en el regreso de un escritor a esa misma ciudad para hacerse cargo de una herencia, tiene su cénit entre una plaza militar del norte de España, un complot y una familia mediterránea regida por las mujeres, y declina en una Europa que se deshace lentamente y un programa de radio por donde desfilan las sombras de un tiempo que fue y ya no es.

Los secretos sin desvelar, las atmósferas de intriga, un fino sentido del humor, los personajes ambiguos que surgen de las guerras, los expatriados, el tráfico de arte, el hipismo de los sesenta y el humus de las pasiones humanas son algunos de los rasgos de este *Cuarteto*, cuyas novelas *El informe Stein*, *La cámara de ámbar*, *Háblame del tercer hombre* y *El mensajero de Argel* , fronterizas entre lo vivido y lo imaginario, han tenido una gran acogida en Francia.

Sobre José Carlos Llop

José Carlos Llop (Palma, 1956). Es autor de las novelas *El informe Stein* (1995) -Prix Écureuil de Littérature Étrangère 2008-, *La cámara de ámbar* (1996), *Háblame del tercer hombre* (2001), *El mensajero de Argel* (2005), *París: suite 1940* (2007), *En la ciudad sumergida* (2010; Alfaguara, 2017) -Mention Spéciale du Jury Prix Méditerranée Étranger 2013-, *Solsticio* (2013) -Prix Laure Bataillon 2017-, *Reyes de Alejandría* (Alfaguara, 2016) y *Oriente* (Alfaguara, 2019, finalista del Prix Fitzgerald 2022). Sus últimos libros de poesía son *La avenida de la luz, Cuando acaba septiembre, La vida distinta* y *Mediterráneos* (Poesía 2001-2021). Ha publicado también diarios, relatos, teatro y ensayo literario. Llop ha recibido el Premio de las Letras del periódico *El Mundo* y el Premi Ramon Llull del Govern Balear por el conjunto de su obra. *Si una mañana de verano, un viajero* (Alfaguara, 2024) es su último libro publicado.



Primera edición: junio de 2025
© 1995, 1996, 2001, 2005, 2025, José Carlos Llop
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de la cubierta: Fondation Henri Cartier-Bresson / Magnum Photos / ContactoPhoto

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-7913-2

Compuesto en Arca Edinet, S. L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Cuarteto de la memoria
Dedicatoria
Otro mar
El informe Stein
- **Cita**
- **1**
- **2**
- **3**

La cámara de ámbar
- **1**
- **2**
- **3**
- **4**
- **5**
- **6**
- **7**
- **8**
- **9**
- **10**
- **11**
- **12**
- **13**
- **14**
- **15**
- **16**
- **17**
- **18**
- **19**
- **20**

Háblame del tercer hombre
I
- 1. La estirpe vienesa
- 2. La guarnición del Norte
- 3. Los billetes de Shangai

4. El Consulado
5. La Línea Maginot
6. La amargura del general Yen
7. Las banderas de Francia
8. La falsa cruz de Lorena
9. La carga de los húsares
II
10. La casa de las mujeres
11. El agente secreto del zar
12. La Corniche
13. El pantano de los caimanes
14. La cena de Platón
15. Estación marítima
III
16. La lámpara voltaica
17. El Café de Kant
18. La piscina de Pompeya
19. La ruta del Ártico
20. El sable de mi padre
El mensajero de Argel
Dedicatoria
I
II
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13

14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
III
Sobre este libro
Sobre José Carlos Llop
Créditos

Contenido

1. Cuarteto de la memoria
2. Dedicatoria
3. Otro mar
4. El informe Stein
    1. 1
    2. 2
    3. 3
5. La cámara de ámbar
    1. 1
    2. 2
    3. 3
    4. 4
    5. 5
    6. 6
    7. 7
    8. 8
    9. 9
    10. 10
    11. 11
    12. 12
    13. 13
    14. 14
    15. 15
    16. 16
    17. 17
    18. 18
    19. 19
    20. 20
6. Háblame del tercer hombre
7. I
    1. 1. La estirpe vienesa
    2. 2. La guarnición del Norte
    3. 3. Los billetes de Shangai
    4. 4. El Consulado
    5. 5. La Línea Maginot
    6. 6. La amargura del general Yen
    7. 7. Las banderas de Francia
    8. 8. La falsa cruz de Lorena
    9. 9. La carga de los húsares

8. II
    1. 10. La casa de las mujeres
    2. 11. El agente secreto del zar
    3. 12. La Corniche
    4. 13. El pantano de los caimanes
    5. 14. La cena de Platón
    6. 15. Estación marítima
9. III
    1. 16. La lámpara voltaica
    2. 17. El Café de Kant
    3. 18. La piscina de Pompeya
    4. 19. La ruta del Ártico
    5. 20. El sable de mi padre
10. El mensajero de Argel
11. Dedicatoria
12. I
13. II
    1. 1
    2. 2
    3. 3
    4. 4
    5. 5
    6. 6
    7. 7
    8. 8
    9. 9
    10. 10
    11. 11
    12. 12
    13. 13
    14. 14
    15. 15
    16. 16
    17. 17
    18. 18
    19. 19
    20. 20
    21. 21
    22. 22
    23. 23
14. III
15. Sobre este libro
16. Sobre José Carlos Llop

17. Créditos

Lista de páginas

1. 1
2. 2
3. 3
4. 4
5. 5
6. 6
7. 7
8. 8
9. 9
10. 10
11. 11
12. 12
13. 13
14. 14
15. 15
16. 16
17. 17
18. 18
19. 19
20. 20
21. 21
22. 22
23. 23
24. 24
25. 25
26. 26
27. 27
28. 28
29. 29
30. 30
31. 32
32. 33
33. 34
34. 35
35. 36
36. 37
37. 38
38. 39

39. 40
40. 41
41. 42
42. 43
43. 44
44. 45
45. 46
46. 47
47. 48
48. 49
49. 50
50. 51
51. 52
52. 53
53. 54
54. 55
55. 56
56. 57
57. 58
58. 59
59. 60
60. 61
61. 62
62. 63
63. 64
64. 65
65. 66
66. 67
67. 68
68. 69
69. 70
70. 71
71. 72
72. 73
73. 74
74. 75
75. 76
76. 77
77. 78
78. 79
79. 80
80. 81
81. 82

82. 83
83. 84
84. 85
85. 86
86. 87
87. 88
88. 89
89. 90
90. 91
91. 93
92. 94
93. 95
94. 96
95. 97
96. 98
97. 99
98. 100
99. 101
100. 102
101. 103
102. 104
103. 105
104. 106
105. 107
106. 108
107. 109
108. 110
109. 111
110. 112
111. 113
112. 114
113. 115
114. 116
115. 117
116. 118
117. 119
118. 120
119. 121
120. 122
121. 123
122. 124
123. 125
124. 126

125. 127
126. 128
127. 129
128. 130
129. 132
130. 133
131. 134
132. 135
133. 136
134. 137
135. 138
136. 139
137. 140
138. 141
139. 142
140. 143
141. 144
142. 145
143. 146
144. 147
145. 148
146. 149
147. 150
148. 151
149. 152
150. 153
151. 154
152. 155
153. 156
154. 157
155. 158
156. 159
157. 160
158. 161
159. 162
160. 163
161. 164
162. 165
163. 166
164. 167
165. 168
166. 169
167. 170

168. 171
169. 172
170. 173
171. 174
172. 175
173. 176
174. 177
175. 178
176. 179
177. 180
178. 181
179. 182
180. 183
181. 184
182. 185
183. 186
184. 187
185. 188
186. 189
187. 190
188. 191
189. 192
190. 193
191. 194
192. 195
193. 196
194. 197
195. 198
196. 199
197. 200
198. 201
199. 202
200. 203
201. 204
202. 205
203. 206
204. 207
205. 208
206. 210
207. 211
208. 212
209. 213
210. 214

211. 215
212. 216
213. 217
214. 218
215. 219
216. 220
217. 221
218. 222
219. 223
220. 224
221. 225
222. 226
223. 227
224. 228
225. 229
226. 230
227. 231
228. 232
229. 233
230. 234
231. 235
232. 236
233. 237
234. 238
235. 239
236. 240
237. 241
238. 242
239. 243
240. 244
241. 245
242. 246
243. 247
244. 248
245. 249
246. 250
247. 251
248. 252
249. 253
250. 254
251. 255
252. 256
253. 257

254. 258
255. 259
256. 260
257. 261
258. 262
259. 263
260. 264
261. 265
262. 266
263. 267
264. 268
265. 269
266. 270
267. 271
268. 272
269. 273
270. 274
271. 275
272. 276
273. 277
274. 278
275. 279
276. 280
277. 281
278. 282
279. 283
280. 284
281. 285
282. 286
283. 287
284. 288
285. 289
286. 290
287. 291
288. 292
289. 293
290. 294
291. 295
292. 296
293. 297
294. 298
295. 299
296. 300

297. 301
298. 302
299. 303
300. 304
301. 305
302. 306
303. 307
304. 308
305. 309
306. 310
307. 311
308. 312
309. 314
310. 315
311. 316
312. 317
313. 318
314. 319
315. 320
316. 321
317. 322
318. 323
319. 324
320. 325
321. 326
322. 327
323. 328
324. 329
325. 330
326. 331
327. 332
328. 334
329. 335
330. 336
331. 337
332. 338
333. 339
334. 340
335. 341

Puntos de referencia

1. Cubierta
2. Índice